CARLOS A. PÉREZ RICART



La historia de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México

CIEN AÑOS DE ESPÍAS Y DROGAS

DEBATE

Cien años de espías y drogas

La historia de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México

Carlos A. Pérez Ricart

DEBATE

Introducción

El video está colgado en YouTube. Con un poco de paciencia es fácil encontrarlo. Es del 13 de febrero de 2014. Las imágenes muestran los campos agrícolas de las afueras de Culiacán. Hay ranchos desolados. En la imagen aparecen metralletas que se asoman de un helicóptero, las botas cafés de un marino, cascos militares. Las imágenes se sobreponen.

Las escenas son grabadas desde una cámara GoPro empotrada en el casco del agente estadounidense de la Administración Federal Antidrogas (Drug Enforcement Administration, DEA), Víctor J. Vázquez. El agente va montado en un Black Hawk que serpentea el aire.

Vázquez no va solo; lo acompañan miembros de un comando especial de la Marina mexicana; todos están amotinados e incómodos en unos cuantos metros cuadrados. Han recibido información de que Ismael *el Mayo* Zambada ha vuelto a una casa de seguridad que mexicanos y estadounidenses han vigilado durante semanas. No hay sonido en el video, pero es fácil imaginarlo al ver los árboles danzar con el pasar de las hélices que se aproximan al suelo. Pasan algunos minutos. El Black Hawk aterriza. La toma se interrumpe.

Vázquez se interna en una mansión. Hay caras frustradas a su alrededor. Zambada ha escapado justo a tiempo. Un nuevo fracaso.

Otros videos similares dan una idea de las operaciones de Vázquez por aquellas semanas en Sinaloa. Uno de los más

emblemáticos fue filmado cuatro días después de la primera operación. El registro de la cámara no deja lugar a dudas sobre la fecha y hora: 17 de febrero de 2014, tres y media de la mañana.

En esta ocasión, Vázquez y un grupo de marinos están por entrar a una de las casas de seguridad de Joaquín *el Chapo* Guzmán en Culiacán. La puerta está cerrada; buscan derribarla. La cámara filma a marinos mexicanos turnarse un ariete con el que golpean la puerta ferozmente. Pasan varios minutos. Por fin, la puerta cede y los marinos logran ingresar a un salón con paredes blancas y prácticamente vacío; hay algunas sillas y mesas plegables, un monitor prendido, dos cuadros que parecen caros. La cámara de Vázquez se dirige al cuarto principal todavía a oscuras y, de inmediato, al baño, donde encuentra algo inusual: el piso de la regadera levantado. ¿Debajo? Unas escaleras que conducen al sistema de desagüe de la ciudad por donde el Chapo acaba de escapar. Fue el inicio de la persecución que culminó la madrugada del 22 de febrero de 2014 con el penúltimo arresto del narcotraficante mexicano.

Ese mismo 22 de febrero, minutos después del arresto, un marino mexicano tomó la primera fotografía del Chapo que se haría viral en pocas horas. En ella no aparece solo el narcotraficante mexicano con los ojos vendados: a su lado está Vázquez, disfrazado con el uniforme de la Marina mexicana, pasamontañas y una gorra negra que, luego se supo, pertenecía al mismísimo Chapo. Un pequeño *souvenir*.

¿Qué hacía un agente estadounidense como Vázquez en México? Su propio testimonio jurado ante la Corte Federal del Distrito Este en el juicio del Chapo Guzmán en enero de 2019 nos aclara algunas dudas (o nos confirma certezas, como quiera verse).[1] Vázquez admitió que vivió con marinos mexicanos durante varias semanas, vistió el uniforme de la Marina y un rifle de alto poder de uso oficial, y ordenó el accionar de la DEA en la operación contra el Chapo —una

operación de la que no estaba enterado ni el procurador General de la República (PGR), ni el secretario de Gobernación de México.

En el testimonio de Víctor Vázquez no hay espacio para la ambigüedad: fue la inteligencia estadounidense la responsable de interceptar millón y medio de mensajes de 77 celulares distintos en los meses previos a la detención del narcotraficante, y fueron los agentes de la DEA y de la Oficina de Alguaciles de ese país los responsables de llevar a cabo los operativos que dieron con la guarida del Chapo.

¿Cómo llegamos hasta acá? ¿Desde cuándo operan agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México? ¿Cuáles son los alcances y límites de sus operaciones? ¿Qué sabemos de su forma de operar y de relacionarse con las instituciones de seguridad de nuestro país? ¿Cuántos agentes como Vázquez han *jugado* a ser policías en México? ¿Pueden aquellos utilizar uniformes y armas de los marinos mexicanos sin consecuencias? ¿Cómo y ante quién son responsables? ¿Quién paga cuando se equivocan? Otra vez, ¿cómo llegamos hasta acá?

Las preguntas se agolpan. Llegan como remolino. Cada una de ellas arroja una nueva baraja de interrogantes que quedan casi siempre sin respuesta. Para contestarlas —o para intentar contestarlas— escribí este libro, que habla más del *pasado* que del *presente*, y que busca explicar *cómo fue antes* para inferir y comprender *cómo es ahora*. Así, me sumergí en miles de documentos de decenas de repositorios que dan cuenta de una historia jamás contada: la historia de la presencia de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México.

No más, pero tampoco menos, es lo que analizo en este libro.

[1] Official Court Reporter, "Transcript of Criminal Cause for Trial before the Honorable Brian M. Cogan United States District Judge before a Jury (809-CR-00466)", 17 de enero de 2019.

PRIMERA PARTE
Los orígenes y las estructuras

Capítulo 1

Cien años de agentes antinarcóticos en México

La historia se ha contado una infinidad de veces en películas, libros y series de televisión. A plena luz del día del 7 de febrero de 1985 fue secuestrado en Guadalajara, Jalisco, el agente de la Administración Federal Antidrogas (Drug Enforcement Administration, DEA) Enrique *Kiki* Camarena. Tres semanas después, su cuerpo, junto con el del piloto mexicano Alfredo Zavala Avelar, fue encontrado a medio enterrar y envuelto en plástico en un rancho de Michoacán. A pesar del fuerte estado de descomposición del cadáver, el equipo forense que lo analizó pudo constatar que Camarena había sido torturado antes de morir. Grabaciones de audio realizadas por sus captores, recuperadas meses después, comprobaron el tremendo martirio al que estuvo expuesto el agente de la DEA, al menos durante treinta horas.

La noticia del secuestro y tortura de Camarena se expandió rápidamente lo mismo en México que en Estados Unidos. La DEA, la agencia antidrogas más importante de Estados Unidos, comenzó una larguísima investigación —llamada Operación Leyenda— que buscó esclarecer el crimen y encausar judicialmente a los responsables.[1] Esta involucró a cientos de fiscales, jueces y policías de Estados Unidos. Tras diez años de pesquisas, se concluyó que Camarena había sido secuestrado y asesinado por Rafael Caro Quintero con la

anuencia de sus cómplices Miguel Ángel Félix Gallardo y Ernesto Fonseca Carrillo, tres de los principales traficantes de marihuana y cocaína de su tiempo.

Entre una docena de implicados de alto perfil, la investigación —que duró de manera oficial hasta 1995— vinculó al asesinato de Camarena a Manuel Ibarra Herrera, en ese momento director de la Policía Judicial Federal (PJF); a José Antonio Zorrilla, director de la Dirección Federal de Seguridad (DFS); así como a Miguel Aldana Ibarra, representante mexicano ante Interpol y primer comandante de la PJF. Es decir, la plana mayor de los servicios de seguridad e inteligencia del Estado mexicano. Según declaraciones de testigos protegidos, el exsecretario de Gobernación, Manuel Bartlett, y el exsecretario de la Defensa Nacional, Juan Arévalo Gardoqui, habrían estado igualmente involucrados. Por si fuera poco, se probó que la tortura de Camarena tuvo lugar en una casa que había sido propiedad de Rubén Zuno Arce, el cuñado del expresidente de México, Luis Echeverría.

Los motivos del asesinato del agente siguen sin esclarecerse en su totalidad. Según la historia oficial, enojado por varias confiscaciones de marihuana, de las cuales aparentemente Camarena era el responsable, Caro Quintero se habría propuesto eliminarlo. Muy fresco estaba en su memoria el gran decomiso de marihuana sucedido en noviembre de 1984 en la colonia agrícola El Búfalo en el estado de Chihuahua. En ese lugar, en una extensión de cientos de hectáreas, por lo menos cuatro mil jornaleros, en condiciones de semiesclavitud, sembraban marihuana para Caro Quintero y sus aliados.

Esta versión, aceptada como válida durante décadas, y reproducida *ad nauseam*, ha empezado a ser cuestionada por nuevos trabajos periodísticos y académicos.[2] Según sabemos hoy, ni Camarena dirigió el decomiso de drogas de El Búfalo (tarea que correspondió casi por entero a la oficina de la DEA en Hermosillo, y

no a la de Guadalajara, a la que Camarena estaba asignado) ni era el único o principal responsable de la masiva operación de intercepción de llamadas telefónicas que llevó a la incautación de millones de dólares a Caro Quintero y sus socios entre finales de 1984 y principios de 1985.[3]

Una versión alternativa, sostenida desde hace años por tres exagentes federales de Estados Unidos, y compatible con otras declaraciones de testigos protegidos, señala que Camarena fue asesinado por órdenes de la Agencia Central de Inteligencia (Central Intelligence Agency, CIA) a través del agente cubano Félix Ismael Rodríguez Mendigutia, el Gato o Max Gómez, una de las figuras más importantes de la CIA en la segunda mitad del siglo XX.[4]

Según esta narrativa, que difiere completamente de la historia oficial, la CIA, con la complicidad de la DFS —en ese entonces la principal agencia de inteligencia del gobierno de México— y de algunos traficantes como Caro Quintero, mercaba drogas a Estados Unidos para financiar, con las ganancias, las armas de las guerrillas contrarrevolucionarias en su lucha contra el régimen sandinista en Nicaragua. De ser cierta esta versión, en lo esencial, se asimilaría al esquema de la Operación Irán-Contra en la que oficiales de la administración del presidente Ronald Reagan vendieron armas a Irán entre 1985 y 1986, a pesar del embargo armamentístico que pesaba sobre el país persa, con el fin de destinar los dividendos de esas operaciones a Nicaragua.[5] El caso —plenamente documentado por una investigación del Congreso de Estados Unidos— estuvo a punto de costarle a Reagan su presidencia.

Según esta versión, Camarena habría —y aquí subrayo el condicional— descubierto la operación de la CIA en México, ante lo cual Rodríguez Mendigutia ordenó a Caro Quintero secuestrar al agente y averiguar cuánto sabía Camarena de la participación de la CIA en el tráfico de drogas. En una sucesión de eventos

desafortunados, el agente estadounidense habría muerto tras varios intentos por parte de sus captores de "mantenerlo despierto".

¿Qué pasó? ¿Cuál es la verdadera historia? ¿Por dónde comenzar a contar un relato tan intrincado? El historiador inglés Benjamin Smith —quizás el tipo que más sabe sobre las drogas en México— me dijo una tarde, después de mucho reflexionar sobre el punto, que el caso Camarena se parecía mucho al de John F. Kennedy. Su historia genera fascinación pues tiene todos los componentes básicos del *thriller* político: un héroe, un cadáver, varios sospechosos, testigos protegidos, un cuñado incómodo, millones de dólares rondando por todos lados, una agencia de inteligencia que trafica droga y muchísimos policías corruptos. Y luego te sumerges en archivos y en grabaciones durante meses, incluso años, y al final del día no puedes sino dudar de todos los involucrados; demasiadas mentiras de un lado y del otro que te llevan a donde comenzaste. Carlos Monsiváis bien atinó al etiquetar el caso Camarena como "el juego de las apariencias".[6] Conviene, entonces, alejar la lupa y empezar a mirar el bosque en lugar de concentrarnos en el árbol.

Camarena no fue el primer agente antinarcóticos de Estados Unidos en México ni era, en su momento, el más importante. Su muerte, sin embargo, funcionó como aditivo para solidificar una identidad compartida entre todos los agentes estadounidenses que luchaban la guerra contra las drogas en todo el globo. Desde su muerte se han construido docenas de memoriales, bibliotecas y estatuas en su nombre; hasta el día de hoy, al entrar al edificio central de la DEA en Virginia, el visitante se encontrará con una pared dedicada a la memoria del agente.

El caso Camarena atrajo la atención de periodistas de todo el mundo. La revista *Time* le dedicó una de sus portadas y el *New York Times* envió a México a sus mejores reporteros para seguir los pormenores de la investigación. Se filmaron series de televisión y se escribieron libros enteros alrededor de Camarena.[7] Todavía, hasta el día de hoy, el caso sigue dando de qué hablar al punto de que

Narcos, la famosa serie de Netflix, dedicó toda una temporada a recrear la vida y muerte del exagente de la DEA.

En México tampoco fue menor la atención dedicada al caso. Los principales periódicos del país y el semanario *Proceso* siguieron paso a paso la investigación. El foco, como era natural, se centraba en Camarena y sus presuntos captores. Sin embargo, poco a poco comenzaron a surgir preguntas sobre la naturaleza del trabajo que realizaba Camarena en México. ¿Cuál era su estatus legal? ¿Estaba acreditado como funcionario consular de Estados Unidos? ¿Llevaba pistola? Y si sí, ¿con qué permisos? ¿Sabía la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) de su presencia en el país? ¿Cuántos otros agentes de la DEA trabajaban aquí? ¿Quiénes eran los informantes de la DEA? ¿Cuál era el tipo de relaciones que establecían los agentes con las diferentes esferas del gobierno mexicano? Y, en un plano más abstracto, ¿qué tipo de facultades ejercía un agente policial de otro país en nuestro territorio?

Esas preguntas, que solo fueron respondidas de manera parcial en su momento, continúan siendo relevantes a la luz de un hecho incontrovertido: hasta el día de hoy los agentes de la DEA siguen operando en México. Camarena es el caso más emblemático, pero claramente la historia de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos en nuestro país ni empieza ni acaba con él. Este libro es una muestra de ello.

Desde lo sucedido con Camarena, la presencia de agentes antidrogas en México genera una fascinación incomprensible en la que participo como autor de este libro y que, en buena medida, comparte un gran sector de la opinión pública y cualquier interesado en temas de narcotráfico y de la relación México-Estados Unidos. Para bien o para mal, Camarena, sus captores y los actores de su historia son protagonistas de lo que Alfonso Reyes llamaba "nuestro pasado inmediato".[8] Dejar su análisis al terreno de la especulación no es una opción.

Este libro tiene su punto de fuga en el caso Camarena, que es la referencia obligada para hablar de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México y más allá de sus fronteras. Y, sin embargo, este libro trata de escapar de la mitología de este suceso para tocar base en cuestiones más concretas, más verosímiles, más reales. En otras palabras, intenta romper el hechizo y la fascinación sobre los relatos y la vida de los agentes antidrogas en México para volverlos sujetos con una historia propia.

Este libro es un esfuerzo por poner en orden toda la información pública y clasificada sobre el trabajo de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México a lo largo del siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI. En otras palabras, trata de ofrecer una reconstrucción histórica de la forma en que los agentes de la DEA y sus organizaciones predecesoras han operado en México desde hace un siglo. La investigación es resultado de diez años de trabajo realizado en decenas de archivos, así como de varias entrevistas a agentes antinarcóticos en México y Estados Unidos. El epílogo presenta una nota metodológica que da cuenta del trabajo de fuentes que permitió la escritura de este libro.

¿Dónde empieza esta historia?

La historia de los agentes antinarcóticos y de su presencia en México comienza mucho antes de la creación de la DEA en 1973 y se remonta a la década de los años veinte del siglo pasado, periodo en que el gobierno de Estados Unidos, a través de diferentes organizaciones, comenzó a construir una red de decenas de agentes distribuidos por todo el globo.

Los agentes antidrogas son una mezcla de diplomáticos, burócratas, investigadores, policías y conspiradores que, a veces, en franca ilegalidad, y otras, con el permiso parcial de los gobiernos

locales, desarrollan actividades que van desde el cultivo de redes de informantes hasta la realización de operaciones policiacas que involucran detenciones, confiscaciones, muertos y heridos.[9] México —país productor de marihuana y opio, así como receptor de cocaína proveniente del sur del continente— se convirtió rápidamente no solo en un área central para las acciones de los agentes antidrogas, sino acaso en su escenario más importante.

La presencia de agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México está ligada directamente con la prohibición del opio y la marihuana. En 1914 se prohibió el consumo de opio, y en 1916, su exportación. Cuatro años después, en 1920, se promulgaron las "Disposiciones sobre el comercio y cultivo de productos que degeneran la raza" a partir de las cuales se prohibió tanto la venta como el cultivo de la marihuana. En los años que siguieron se firmó una letanía de decretos, leyes y disposiciones que reafirmaron el talante prohibicionista del régimen revolucionario.

Desde que en México se prohibió el cultivo de adormidera (cuyos primeros registros datan de finales del siglo XIX en Sinaloa, Sonora, Chihuahua y Durango) surgió el interés de Estados Unidos en verificar que las leyes se cumpliesen y que los primeros *gomeros* (traficantes de goma de opio), la mayoría de ellos con apellidos de ascendencia china, fuesen detenidos antes de cruzar la frontera a Estados Unidos.

Al principio eran los cónsules estadounidenses en las ciudades del norte de México los encargados de investigar los pormenores del tráfico de drogas y de enviar la información al Departamento de Estado. Los cónsules urgían a Washington tomar acciones inmediatas para detener el tráfico de drogas. Asimismo, pedían al Departamento de Salubridad Pública (DSP) mexicano (por mucho tiempo la instancia gubernamental encargada del tema de las drogas ilegales) quemar los cultivos de amapola y marihuana identificados. La realidad es que ninguno de los gobiernos respondió rápido a las demandas de los cónsules. Tres razones lo explican. Primero, porque

en un contexto en el que se discutía la prohibición del alcohol, ni el opio ni la marihuana eran una prioridad más que para un pequeño círculo de protestantes, también llamados *temperantes*.[10] En segundo lugar, porque ninguno de los dos gobiernos tenía la capacidad (¡y siguen sin tenerla!) de monitorear los más de tres mil kilómetros de frontera compartida. Por último, porque aquellas autoridades locales que hubieran tenido la posibilidad de actuar contra las primeras redes de cultivo y contrabando de opio y marihuana probablemente ya participaban del negocio de la droga. No es, pues, falsa la afirmación de que el narcotráfico nace, crece y se reproduce con la complicidad estatal: hoy, como hace cien años, el tráfico de narcóticos funciona solamente con la aquiescencia y voluntad de, por lo menos, parte del Estado.

En condiciones adversas y pese a todo, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos comenzó a tomar nota de los informes de los cónsules y a enviar de manera más bien infrecuente a algunos de sus agentes a explorar la situación en el norte de México, específicamente a los estados de Sonora y Chihuahua. Estos primeros agentes, por lo general, ni hablaban español ni estaban realmente entrenados para este oficio. Viajaban por semanas e incluso meses al sur de la frontera, reunían toda la información disponible y escribían reportes muy elaborados sobre las incipientes zonas de cultivo de amapola y marihuana en México, algunos de los cuales sorprenden por el nivel de detalle.[11] Muchos de esos reportes aún pueden leerse en los archivos del Departamento del Tesoro en Maryland, Estados Unidos, donde está localizada la National Archives and Records Administration (NARA), fuente de donde obtuve gran parte de la información para escribir este libro.

Al pasar de los años, el rango de actividades de los agentes antidrogas se fue expandiendo cuantitativa y cualitativamente. En la década de los años treinta los agentes, normalmente afiliados al Departamento del Tesoro de Estados Unidos, participaron en las campañas de erradicación de cultivos de amapola y marihuana que

desde la primavera de 1938, de manera casi ininterrumpida, emprenden anualmente policías y militares mexicanos en la Sierra Madre Occidental, específicamente en la zona entre Sinaloa, Chihuahua y Durango, también conocida como el Triángulo Dorado.

Aunque los agentes antidrogas participaban de manera encubierta, estos dirigían parte de las operaciones; ordenaban, pagaban algunos gastos a los policías y "compraban" información a campesinos y rancheros de la zona. Hay registros de que algunos agentes estadounidenses llegaron a participar en la planeación y coordinación de las campañas a las que después se subordinaban militares y policías. Cada año, al terminar los programas de erradicación, los agentes volvían a Estados Unidos y escribían largos informes en los que detallaban las hectáreas de amapola y marihuana quemadas, los sospechosos detenidos y los muchos —muchísimos— casos de corrupción de los que se enteraban (y de los que en algunos casos eran partícipes). Esos reportes, de los que tengo copia, son una fantástica puerta de entrada para investigar no solamente la forma de operar de los agentes antidrogas de Estados Unidos, sino la génesis del tráfico de drogas en México.

¿Aceptaba el gobierno de México la participación de los agentes estadounidenses en las campañas? Sí. El gobierno conocía los nombres de los pocos agentes que "subían" a la montaña, y en algunos casos los jefes del Departamento de Salubridad Pública se comunicaban directamente con ellos mediante telegramas. Eso sí, pedían discreción absoluta. Los periódicos no debían enterarse de que, ya desde entonces, la política de drogas se jugaba en un tablero binacional en el que las consideraciones de "soberanía nacional" no eran sino una bandera política de cara a la opinión pública.

¿Cuál era la situación legal de los agentes en México? Esta ha sido siempre un área de controversia que no tiene respuesta fácil. Durante muchos años, hasta bien entrada la década de los años sesenta, no hubo acuerdo legal que regulara sus actividades. Sin

embargo, existe constancia de que ya desde la década de los años treinta estaban acreditados como parte del personal diplomático del gobierno de Estados Unidos en México. No podían portar armas, debían compartir con el gobierno toda la información que recababan y alejarse de cualquier situación potencialmente conflictiva. Lo cierto es que, como veremos más adelante, estos principios no se han cumplido nunca; ni antes ni ahora.

Que los agentes antinarcóticos de Estados Unidos hicieran parte de las campañas de erradicación no era tan grave para el gobierno como que participaran en investigaciones policiacas, actividades mucho más expuestas a la luz pública. A pesar de eso, desde 1936 ya había al menos un agente estadounidense, Alvin Scharff, envuelto en una investigación policial contra una red trasnacional de contrabandistas de heroína con conexiones en Shanghái, Buenos Aires, Estambul y Ciudad de México.[12] En ese caso en particular, a pesar de que Scharff participó directamente en la captura de los presuntos traficantes en un departamento de la capital mexicana y de que el caso fue seguido por los periódicos de la época, ningún medio se atrevió a mencionar siquiera la participación del agente estadounidense y mucho menos su nombre, bastante popular en los círculos policiacos de la ciudad.[13] Esta sería la dinámica que predominaría en la relación entre los medios, la política nacional y los agentes antidrogas: exceptuando los casos en que las motivaciones políticas extraordinarias sugiriesen lo contrario, sus actividades se mantendrían en secreto. Faltaría más de medio siglo para que, con la transición democrática y el fin del control del Estado mexicano sobre la mayor parte de la prensa, el periodismo comenzara a inquirir realmente en las actividades de los agentes estadounidenses.

Operaciones encubiertas

En relatos populares, pero también en algunas investigaciones académicas, se ha difundido el mito de que durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) el gobierno de Estados Unidos llegó a un acuerdo secreto con el gobierno de México para permitir el cultivo de amapola en el Triángulo Dorado.[14] El mito dice así: la casi total interrupción del comercio interatlántico durante la Segunda Guerra Mundial provocó desabasto de opio en Estados Unidos, otrora proveniente de India, Persia, Yugoslavia y Turquía. El opio era clave en el contexto de guerra pues se trata de la materia prima para la elaboración de morfina, indispensable para calmar el dolor de los soldados en el frente europeo. Ante ese escenario, el gobierno de Estados Unidos habría negociado un acuerdo secreto que permitiría cultivar amapola en México y exportar el opio crudo clandestinamente a Estados Unidos.

La historia se propagó y difundió a partir de un escrito de un publicista australiano que, de visita en Culiacán, Sinaloa, escuchó la historia y escribió un artículo que luego fue calificado como "fantasioso y más allá de la imaginación más salvaje" por Harry J. Anslinger, eterno jefe de la policía antinarcóticos en Estados Unidos.[15] Con todo, como he dicho, el mito se repite abundantemente en las historias sobre el tráfico de drogas en México.

Lo cierto es que no solamente no hay ninguna prueba del supuesto acuerdo, sino que los reportes de los propios agentes antidrogas —precisamente durante los años de la Segunda Guerra Mundial— dan cuenta de sus esfuerzos por acabar con plantíos de adormidera y por detener a las pocas redes de traficantes que existían. Entre otras, la dirigida por Ignacia Jasso, alias la Nacha, una de las principales traficantes de droga en Ciudad Juárez y a la que se le adjudica el dudoso honor de haber construido el primer laboratorio clandestino de morfina del que se tenga registro. El arresto de la Nacha, así como de muchos otros traficantes de la época, se pudo conseguir o bien a partir de la información provista

por los agentes antinarcóticos o como consecuencia del despliegue de operaciones encubiertas; esta última, una de las técnicas de investigación que caracterizan a los agentes antinarcóticos.

Las operaciones encubiertas son el conjunto de técnicas de investigación realizadas por agentes policiales que, ocultando su verdadera identidad, se infiltran en organizaciones sospechosas con el fin de identificar a sus participantes, reunir evidencias para presentarlas ante los jueces y, en ocasiones, ejecutar negocios ficticios o verdaderos: las llamadas entregas vigiladas (en inglés conocidas como *buy and bust*). Estas consisten en la entrega o recepción custodiada —según el caso— de dinero o sustancias ilegales entre agentes encubiertos y sospechosos de narcotráfico. Al concertar dicha acción se permite identificar a las personas que participan directamente en actividades de contrabando y, con cierta probabilidad, a la red criminal que rodea el delito.[16]

Las operaciones encubiertas en general, y las entregas vigiladas en particular, estuvieron prohibidas por la ley mexicana durante prácticamente todo el siglo xx. Ni los ministerios públicos ni los jueces aceptaban la evidencia recolectada a partir de esos mecanismos. El fundamento legal estaba basado en una tradición jurídica que obviamente no compartían los agentes antinarcóticos: el Estado no puede combatir a las redes criminales a partir de sus propias lógicas; en otras palabras, no podía "instigarse" a un tercero a cometer un crimen.[17]

El objetivo final de las operaciones encubiertas, además de identificar el *modus operandi* de las redes de narcotraficantes, era generar evidencia para crear casos exitosos, y hacerlo suponía, en primer lugar, reunir inteligencia estratégica, operativa y táctica. Dicho con lenguaje más prosaico y menos policial: la obtención de nombres, plazas, rutas, direcciones, localización de sembradíos, apodos, identidades, organigramas, teléfonos, lazos y métodos. El segundo paso era que toda esa evidencia pudiera ser utilizada ante

un juez y que este la considerara como válida y suficiente para emitir un fallo.

A pesar de su prohibición, hay evidencia de que desde la década de los años cuarenta los agentes antinarcóticos de Estados Unidos no solamente participaron activamente en operaciones encubiertas en México, sino que enseñaron a los policías mexicanos la tecnología más avanzada para obtener el mayor beneficio de estas. La estrategia incluía cursos informales sobre cómo practicar escuchas telefónicas, aprender acentos extranjeros, examinar drogas, perseguir sin ser observados, instalar micrófonos escondidos, marcar billetes y "administrar" informantes; este último, un tema del que hablaré líneas más abajo y que es transversal a todo el libro.

Así y todo, los agentes antinarcóticos de Estados Unidos fueron, pues, pioneros de estas prácticas en México, socializaron a los policías en su uso y, con ello, es verdad, desarticularon muchas de las incipientes redes de narcotraficantes que en las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta pululaban en México. Con el paso de los años, se adoptaron nuevas tecnologías y se perfeccionaron métodos, pero, en lo esencial, el corazón de las operaciones encubiertas fue el mismo antes, durante y después de Camarena.

INFORMANTES Y CONTACTOS

Una premisa clave para la ejecución de las actividades de los agentes antidrogas era la cooperación de una o varias instituciones policiales en México. Ninguna de las actividades de los agentes funcionaba sin la intervención activa de algún departamento de policía. Aunque las operaciones importantes se hacían con la aquiescencia de la Procuraduría General de la República (PGR) y de la SRE, la mayoría de las operaciones encubiertas que se realizaron en

las décadas de los años cincuenta y sesenta se hicieron lado a lado con policías locales de ciudades fronterizas. Las ligas más relevantes para los agentes antidrogas eran precisamente con los pequeños departamentos policiacos de Nogales, Tijuana, Laredo, Mexicali, Ciudad Juárez o Tecate.

No era fácil para los agentes antidrogas de Estados Unidos convencer a los jefes de las policías fronterizas en México de trabajar lado a lado con ellos. Esto, en parte, porque dichos mandos probablemente participaban en el tráfico de drogas y, en parte, porque no tenían ningún incentivo para hacerlo. Con respecto a lo segundo, los agentes antidrogas podían hacer bastante: repartir dinero, prometer tecnología e invitar a lujosos viajes a Washington, Los Ángeles o Chicago; para lo primero, sin embargo, apenas podían hacer algo al respecto. Encontrar jefes policiacos no vinculados directamente al tráfico de drogas se convirtió en una obsesión para los agentes que, de una u otra manera, hoy continúa.

Tan importante era tender puentes con jefes policiacos como con agentes del ministerio público, jueces, políticos locales y nacionales y, también, por supuesto, traficantes de droga. Una parte del trabajo no público de los agentes antinarcóticos consistía —y consiste— en establecer relaciones de complicidad, y a veces hasta de genuina amistad, con todo tipo de personajes que pudieran servir para sus fines. De todo el espectro de personajes, los más útiles eran los llamados *informantes* o, en lenguaje policial, *madrinas*.

Los informantes eran, por lo general, aunque no siempre, individuos o bien involucrados en actividades criminales o en proceso de retiro de la actividad criminal. Sin embargo, el espectro de actores podía ser amplio: policías locales y federales, retirados, despedidos o en activo; pilotos aviadores al servicio de diferentes secretarías de gobiernos estatales o del federal; funcionarios de gobiernos locales, guardaespaldas, rancheros, ciudadanos estadounidenses residentes en México, trabajadores de aeropuertos, cárceles, carreteras, terminales de autobuses, puertos marítimos y

un largo etcétera. En la mayoría de los casos se trataba de gente cuya reputación provocaba serias dudas. No obstante, la condición de dependencia en la que trabajaban los agentes obligaba —cuando menos— a ofrecerles la oportunidad de mostrar que podían ser útiles. Si se lograba algún arresto o confiscación a partir de la información obtenida, entonces se le daba un voto de confianza. El uso de informantes, sin embargo, no estaba —y sigue sin estarlo— exento de riesgos. Entre otros, por citar el peligro más grave, la posibilidad de que los informantes trabajasen como agentes dobles y proveyeran información falsa a la policía.[18]

El pago y uso de informantes por parte de agentes estadounidenses en México existe desde el primer momento en que estos atravesaron la frontera para intentar descubrir el origen de la pasta de opio que en latas era contrabandeada a Estados Unidos. Se trata de la herramienta más antigua de inteligencia y la más utilizada por las agencias antidroga para preparar grandes confiscaciones y detenciones importantes. En 1945, un solo agente antinarcóticos pagó a medio centenar de informantes por datos relevantes sobre la zona de cultivos de amapola en el noroeste de México.[19] En las décadas siguientes estas prácticas se hicieron cada vez más comunes.

La mayor parte de los informantes a los que se alude en los archivos son personas que se aproximan directamente o bien a los agentes o bien a los consulados estadounidenses. A veces lo hacían por carta o por un intermediario que podía ser un cónsul o un policía local. En casi todos los casos la motivación para hacerlo permanecía oculta. Algunos hablaban de deber moral o sano arrepentimiento; otros pedían directamente una serie de beneficios que no siempre podían cumplir los agentes: ingreso a algún programa de protección de testigos, recompensas por la confiscación de mercancías, protección a su familia o pagos excesivos. No hay evidencia —al menos no en los archivos que utilizo en este libro, aunque es posible que ese tipo de datos simplemente no fueran comunicados a

mandos superiores— de que se intercambiara información a cambio de droga, acción que se identifica como habitual por parte de la bibliografía secundaria y como mito reproducido en series de televisión.[20]

Los informantes eran y continúan siendo "el pan y la mantequilla" del trabajo de los agentes estadounidenses en México. "Sin ellos no existimos", confesó un agente de la DEA a un periodista a finales de la década de los años setenta.[21] Para su contratación, todas las agencias antidrogas que trabajaron y trabajan en México mantuvieron partidas presupuestarias especiales. Durante algunas décadas se les dio el epíteto de *special employees* o "trabajadores especiales", una fórmula suficientemente amplia como para obviar el hecho de que estos podrían volver al mundo del crimen tras su breve colaboración con los policías.

Los agentes antidrogas de Estados Unidos casi nunca informaban a la policía mexicana ni a jueces sobre la identidad de sus informantes. Actuaban así —infiero— un tanto por temor a la propagación de la información y otro tanto por solicitud expresa de los informantes ante el temor de que la policía pudiera enterarse de su colaboración con los estadounidenses; el miedo a la policía en México, se sabe, es un acto de supervivencia.

La relación con los informantes era compleja; el control, endeble, y los mecanismos de coerción y chantaje estaban limitados a arreglos informales a los que apenas se les daba continuidad. Esto permitía "desechar" a los informantes en cuanto no fueran más de utilidad y dejarlos a su suerte. En muchos casos, como es obvio, una vez que quedaban sin la protección de los agentes, muchos informantes sufrieron la venganza de quienes fueron delatados en ocasiones anteriores. La DEA y sus agentes se desentendían: sus informantes mexicanos eran carne de cañón. En la década de los años ochenta la implementación de programas de protección de testigos intentó cambiar esa dinámica y ofrecer ciertas seguridades

para quien colaborara con ellos. Sin embargo, aun hoy, el uso de informantes en México permanece en una zona gris conveniente a casi todos, menos al Estado de derecho.

La década de los años setenta

Decíamos que la DEA ni fue la primera ni la única agencia federal antidrogas de Estados Unidos en operar en México. Sin embargo, a partir de su fundación en 1973, lo que antes eran operaciones puntuales y contenidas —propias de las décadas de los años cincuenta y sesenta— pasaron a ser operaciones sistemáticas, cotidianas y más complejas. Lo anterior, como consecuencia directa de la nueva configuración del mercado de la droga en México, pero también del discurso dominante en Estados Unidos en relación con la guerra contra las drogas lanzada por Richard Nixon en 1971.

En la década de los años setenta se combinaron varios factores que fundaron las bases de la crisis de violencia en el México contemporáneo: el inicio de la exportación de cocaína de Colombia a Estados Unidos, la consolidación de una organización criminal de rancheros y expolicías sinaloenses con su centro de operaciones en Jalisco —que después habría de denominarse Cártel de Guadalajara — y la mayor capacidad de instituciones policiacas y de inteligencia, en particular la PJF y la DFS por apropiarse de la enorme renta monetaria que suponía el tráfico de drogas. Esos tres factores que refieren a un cambio de un producto ilegal al afianzamiento de un grupo criminal y a la institucionalización de la corrupción estatal crearon un coctel explosivo que tardó en detonar, pero que, cuando lo hizo, no ahorró en decibeles.

Las dos agencias predecesoras de la DEA, el Federal Bureau of Narcotics (FBN) y el Bureau of Narcotics and Dangerous Drugs (BNDD), habían comenzado a establecer oficinas en México desde los años

sesenta. La primera oficina en la Ciudad de México data de 1963, seguida por la de Monterrey constituida meses más tarde. El BNDD abrió despachos en Guadalajara (1969), Hermosillo (1971) y Mazatlán (1973). Casi todos estaban al interior de los consulados de Estados Unidos o cerca de estos. Con la excepción de la de la Ciudad de México, donde había ocho agentes, a cada una de las otras dependencias no se asignaban más de dos o tres. Con la inauguración de las oficinas también se celebraron los primeros acuerdos que regulaban la presencia de los agentes antidrogas y que exigían, sobre todo, discreción.[22]

La DEA no solo heredó la infraestructura del BNDD, sino que comenzó un proceso de expansión apenas advertido por la opinión pública en México e incluso por el mismo gobierno mexicano. Hacia el año 1974, además del personal administrativo en cada oficina, ya había 26 agentes distribuidos entre la Ciudad de México, Monterrey, Guadalajara, Mazatlán y Hermosillo.[23] Hacia marzo de 1978, la cifra creció a 37 agentes.[24] Aun cuando más adelante se constituyeron nuevas oficinas —en 1976 se estableció la de Mérida—, por muchos años la cantidad de agentes se mantuvo más o menos estable.

Más allá del crecimiento del número de agentes de la DEA asignados a México, el verdadero cambio estribó en la cantidad de policías antidrogas instalados en las oficinas de la DEA localizadas en ciudades de Estados Unidos cercanas a la frontera sur. Siempre del lado estadounidense, estas oficinas estaban situadas en puntos clave del trasiego de droga, incluyendo Calexico, El Paso y San Diego. Así, por ejemplo, si el 30 de junio de 1973 había 34 agentes antinarcóticos colocados en oficinas fronterizas, el 31 de agosto de 1974 había 157.[25] Estos agentes, en el papel dedicados a trabajar casos de tráfico de drogas solamente en Estados Unidos, viajaban continuamente a México para participar en operaciones encubiertas. *De facto* actuaban como agentes antinarcóticos *en* México, pero con

la particularidad de no tener que ser acreditados por nuestro gobierno.

Además de los agentes permanentes y de los situados en la frontera, hay que sumar a los así llamados TDY o agentes temporales (*temporal duty agents*), personal normalmente asignado a oficinas nacionales en Estados Unidos, pero que, por temporadas definidas, viajaban a México para participar en las campañas de erradicación de cultivos de marihuana y amapola que se celebraron en la década de los años setenta. Su presencia fue particularmente extendida hacia los años 1976 y 1977, en los inicios de lo que después se llamaría Operación Cóndor. Como parte activa en las campañas de erradicación, los agentes TDY de la DEA volaron sus propias avionetas y helicópteros alrededor del Triángulo Dorado, dirigieron bloqueos de carretera en la sierra, patrullaron armados carreteras secundarias y participaron en el arresto de presuntos traficantes, así como en tiroteos en los que murieron dos agentes estadounidenses.

Mientras el gobierno mexicano conocía muy bien la identidad de los agentes permanentes, quienes en la mayoría de los casos estaban registrados como parte del personal de la embajada o de los consulados estadounidenses en México, estaba menos enterado de la identidad de los agentes que cruzaban la frontera por periodos cortos para realizar operaciones encubiertas. Como demuestran los archivos consultados y que se presentan en este libro, en algunos casos, ni siquiera los jefes en las oficinas centrales de la DEA en Virginia tenían una idea clara de la cantidad de veces que sus agentes asignados, por decir algo, a oficinas en El Paso o Calexico, cruzaban la frontera hacia México.

Desde un punto de vista metodológico, los años setenta son especialmente interesantes. Conocemos muy bien lo sucedido durante esa década gracias a un reciente proceso de desclasificación de archivos que nos permite acceder a reportes casi diarios sobre las actividades de los agentes de la DEA en este periodo. Este libro

analiza con atención estos documentos y reseña la cara menos amable del actuar de los agentes de la DEA en aquellos convulsos años. Entre otros casos se analizan denuncias de casos de tortura y ejecuciones extrajudiciales en los que estuvieron envueltos los agentes estadounidenses.

Después de Camarena

Cualesquiera que fuesen los motivos de su asesinato, la muerte de Camarena en 1985 tuvo consecuencias demoledoras en muchísimos ámbitos. Para empezar, provocó la última gran crisis diplomática de México con Estados Unidos que se recuerde.

En un episodio conocido como Segunda Operación Intercepción, autoridades de aquel país cerraron la frontera, lo que causó graves afectaciones económicas en el norte de México por varios días. Por su propia cuenta, la DEA comenzó, a veces con evidencia, pero las más de las veces dando palos de ciego, a acusar a la plana mayor de la política nacional de estar involucrada en el negocio del narco. Como diría el clásico, "no tenían pruebas, pero tampoco dudas" de que todos, absolutamente todos los políticos mexicanos estaban inmiscuidos en el tráfico de drogas. Sus acusaciones estuvieron repletas de racismo y apelaron a la —¿supuesta?— corrupción orgánica y endémica de los mexicanos. Para avanzar esas narrativas, filtraron rumores a mansalva a periódicos y televisoras de ambos lados de la frontera.

Dos actos posteriores al asesinato de Camarena ilustran la impunidad con que la DEA operaba —y siguió operando— en México. En 1990 la agencia organizó la captura extrajudicial en México del médico mexicano Humberto Álvarez Machaín, acusado de haber suministrado medicamentos para mantener "despierto" a Camarena durante su tortura e impedir un paro cardiaco (cosa que claramente

no logró). En concreto, la agencia contrató a una docena de expolicías mexicanos —cuyo nombre clave era Los Gansos Salvajes— para detener a Álvarez Machaín e internarlo subrepticiamente a Estados Unidos para luego ser procesado judicialmente. Los Gansos Salvajes detuvieron al médico jalisciense, lo subieron a un avión que esperaba en una pista clandestina y lo trasladaron hasta El Paso, Texas. Además de varios miles de dólares, a Los Gansos Salvajes se les premió con la residencia estadounidense.

El secuestro de Álvarez Machaín no solo fue una violación al tratado de extradición entre México y Estados Unidos; se trató, para todo efecto práctico, de un secuestro; en sí mismo, nada diferente a las acciones del servicio secreto israelí, Mossad, que en la década de los años sesenta secuestró y trasladó a Tel Aviv al criminal de guerra Adolf Eichmann para luego ser ahorcado en ese país.

El secuestro del médico mexicano no fue el primero organizado por la DEA. Cuatro años antes, en 1986, otro grupo mixto de agentes de la DEA y de la Policía Judicial del estado de Baja California secuestraron al presunto narcotraficante René Verdugo Urquídez en Mexicali. Vendado y amarrado, a Verdugo "lo cruzaron" ilegalmente a Estados Unidos para ser juzgado. A pesar de que la justicia estadounidense nunca pudo probar la participación de Verdugo en el asesinato de Camarena y de que se probó que fue detenido en territorio mexicano, este permaneció preso hasta su liberación en diciembre de 2018. Su largo encarcelamiento es una de las mayores vergüenzas de la diplomacia mexicana del último siglo.

Además de enrarecer la relación bilateral, el caso Camarena también tuvo efectos internos. Las investigaciones de la DEA ilustraron un escenario en el que judiciales y narcotraficantes convivían en absoluta impunidad. La mente brillante de Carlos Monsiváis no se equivocó al señalar que 1985 fue el año en que "la nota roja se incorporó a la política, o a la inversa".[26] La evidencia de la degradación de las corporaciones policiacas ante la opinión pública

obligó a la total reestructuración del aparato de seguridad del gobierno mexicano. Entre todo lo malo, el caso Camarena derivó en la desaparición de la DFS, epítome de la corrupción policiaca.

El caso Camarena también llevó a una amplia reorganización de la forma en que se cultivaba, producía y exportaba droga hacia Estados Unidos. Aunque la droga continuó fluyendo, al ser capturados los capos sinaloenses, el mercado se fragmentó; se crearon nuevas redes criminales y con ellas nuevos —aunque frágiles— equilibrios; nuevos pactos con nuevas corporaciones policiacas. Todo cambió para seguir igual.

Por último, también para la DEA el asesinato de Camarena supuso un antes y un después. Sus agentes adquirieron un aura de inmunidad casi absoluta. Camarena dejó claro para los narcotraficantes mexicanos el límite de su impunidad. Podían (pueden) matar policías y soldados a contentillo; podían (pueden) traficar y desaparecer migrantes; podían (pueden) controlar territorios enteros; atacar a un agente de la DEA, sin embargo, era harina de otro costal; otra cosa, otra dimensión; un error que procurarían no volver a cometer.

Para el gobierno mexicano los agentes se convirtieron en una amenaza continua. Mientras el Departamento de Justicia de Estados Unidos exigía al gobierno mexicano garantizar la plena movilidad a sus agentes antinarcóticos, la opinión pública subrayaba una y otra vez la inconstitucionalidad de su presencia en México. ¿Dónde estaba el discurso patriotero de la soberanía nacional con el que el régimen había validado su política exterior desde hacía décadas? ¿Por qué no resistir a la presión estadounidense? En una situación inescapable y resignados, los gobiernos que han sucedido a Camarena —desde Miguel de la Madrid hasta la fecha— han tenido que navegar las aguas difíciles de la asimetría.

LA DEA HOY

Hoy la DEA mantiene 11 oficinas en México y un número desconocido de agentes que bien podrían rondar los cincuenta. En su dependencia en Ciudad de México se reciben los informes de inteligencia que diariamente envían los agentes distribuidos a lo largo y ancho del país. Un grupo de analistas en la agencia central examina y pondera la información para después decidir su uso. Mientras algunos datos, nombres y eventos se comparten con sus aliados mexicanos en la Marina, la Fiscalía General de la República o el Ejército, otros son enviados directamente a los *headquarters* de la DEA en Virginia, Estados Unidos.

La presencia de los agentes en México continúa estando regulada por frágiles equilibrios internos entre las agencias de Estados Unidos y por la mayor o menor disposición del gobierno mexicano por aceptar oficialmente su presencia en México.

Cuando escribo estas líneas, la DEA mantiene ciertas limitaciones propias del sistema legal estadounidense. Así, por ejemplo, los agentes, en principio, pueden estar presentes en arrestos de presuntos traficantes, pero oficialmente no pueden participar directamente en estos. Su jefe inmediato en México es el embajador o jefe de la misión estadounidense; los agentes están supeditados a su autoridad y al programa estratégico antinarcóticos que el Departamento de Estado impone para México.

Desde los años sesenta y ochenta el Departamento de Justicia de los Estados Unidos negoció periódicamente los términos de la presencia de la DEA en México. La última gran negociación a ese respecto tuvo lugar a principios de la década de los años noventa y se resume a los siguientes puntos: los agentes tienen que ser acreditados, no tienen inmunidad diplomática, su participación debe limitarse a tareas de enlace y no pueden participar en operaciones encubiertas. Por último, están obligados a compartir toda la información recabada con sus contrapartes mexicanos.[27] Los nuevos lineamientos que en 2020 se crearon a raíz de la detención por

orden de la DEA del general Salvador Cienfuegos en Estados Unidos reproducen, palabras más, palabras menos, la negociación de principios de los años noventa. No hay nada nuevo bajo el sol; la historia se repite, a veces como farsa, a veces como tragedia.

La falta de cumplimiento de tales arreglos ha sido materia de controversia periodística en México y Estados Unidos. Así, por ejemplo, diferentes reportes de prensa mostraron cómo durante el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012) las actitudes del gobierno federal ante la DEA se "suavizaron" al punto de permitir una presencia extendida de agentes antinarcóticos en México, la participación por parte del embajador Carlos Pascual en la toma de decisiones de todas las operaciones antinarcóticos relevantes y el vuelo de drones en los cielos mexicanos.[28]

Aunque la DEA mantiene relaciones con prácticamente todos los actores del campo antinarcóticos en México, lo real es que, tal como reconociera un antiguo jefe de operaciones de la DEA, el "99% de las veces la agencia trabaja con agencias policiacas y no con los militares".[29] Históricamente la relación con los militares ha sido con la CIA, mientras la DEA siempre ha sido más cercana a la extinta Policía Federal (antes Policía Judicial).

En los últimos treinta años ha crecido igualmente el interés de la DEA por incrementar el número de informantes que, a cambio de información, son protegidos por tiempo indefinido en Estados Unidos. Esto ha incluido la "contratación" no solamente de narcotraficantes retirados sino, aparentemente, también de algunos en activo.

Muy recientemente, en la documentación pública del proceso judicial al que estuvo sometido Vicente Zambada Niebla, el Vicentillo, hijo de Ismael *el Mayo* Zambada, salió a relucir información que ofrece luz sobre las actividades de la DEA en México. Según la defensa presentada por sus abogados ante la Corte del Noreste de Illinois, Zambada Niebla, detenido en marzo de 2009 en la Ciudad de

México, la DEA habría acordado con él un pacto en virtud del cual, a cambio de otorgar información sobre los grupos rivales de la organización de Sinaloa, se le daría inmunidad. En este acuerdo habrían estado involucrados, además de miembros de otras agencias como el FBI y el ICE (Immigration and Customs Enforcement), el director general de la DEA para México, el asistente regional de la DEA para América Latina, así como agentes de la DEA establecidos en Hermosillo, Monterrey y la Ciudad de México. Aunque oficialmente la DEA ha negado tal acuerdo con Zambada Niebla, sí reconoció la existencia de uno similar con un confidente del Mayo y del Chapo Guzmán, un señor llamado Humberto Loya-Castro.

Gracias a trabajos periodísticos recientes, sabemos que agentes de la DEA han colaborado en operaciones como agentes encubiertos que incluyen su participación directa en envíos acordados de cocaína, transferencias electrónicas a bancos de Estados Unidos, Canadá y China, y el lavado de dinero de millones de dólares del así llamado Cártel del Norte del Valle de Colombia y de la organización de los hermanos Beltrán Leyva. Así lo demuestran declaraciones juradas de un agente de la DEA a cargo de supervisar la operación contra el presunto narcotraficante colombiano Harold M. Poveda Ortega.[30] La naturaleza de tales operaciones lleva a la pregunta de si los agentes de la DEA están facilitando el delito o intentado reducir la oferta de drogas en Estados Unidos. Asimismo, la dimensión y tamaño de estas operaciones lleva a reflexionar sobre su utilidad en un contexto en que se discuten las consecuencias nefastas de la guerra contra las drogas en todo el mundo. La paradoja no podría ser más grande: mientras en Estados Unidos empieza a abrirse el mercado millonario de la marihuana lúdica y medicinal, los agentes de la DEA en México parecen más y más abocados a terminar con un monstruo incapaz de ser derrotado. Cien años de fracasos no han sido suficiente lección y Sísifo sigue buscando cargar la roca hasta lo más alto de la montaña.

ESTE LIBRO

Este no es un libro más sobre la historia del tráfico de drogas en México. Es una historia sobre la presencia de agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México. Como tal, resulta necesario hacer un recorrido histórico por los principales acontecimientos alrededor de la génesis y evolución de las redes de narcotráfico en el país; sin embargo, ni es este el objeto de estudio ni el hilo rojo que da estructura al texto.

Este es un libro que busca *entender* más que *denunciar*. Si bien reconozco el valor de la denuncia política, aprecio mucho más el valor del entendimiento como primer paso para analizar el mundo en el que vivimos. Los agentes de la DEA ni son malos ni son buenos; son parte de una estructura y de un contexto acaso inescapable. Este libro es un intento por entenderlos.

Sin embargo, no por ello encubro o justifico su historial de violaciones a los derechos humanos de los que algunos de ellos han sido protagonistas de manera directa. Como demostraré a lo largo del libro, varios agentes antinarcóticos estuvieron inmiscuidos en casos de desapariciones forzadas, asesinatos extrajudiciales nunca aclarados, detenciones arbitrarias, secuestro de personas, eventos de tortura y otros actos violatorios a los derechos humanos, temas hasta ahora tabú en la historia de la política de drogas y de la relación México-Estados Unidos. Este libro es el primero no solamente en documentar estos hechos a partir de fuentes contrastadas, sino en presentar el contexto en el que sucedieron. Serán los lectores quienes saquen sus propias conclusiones.

Por último, sobra decir que el esfuerzo por documentar cien años de operaciones de agentes antidrogas en México es necesariamente un ejercicio incompleto y fragmentario. Las fuentes disponibles son esquivas y callan mucho más de lo que dicen.

Muchos de los protagonistas de los episodios que aquí se exponen han fallecido. Los periódicos —en otros casos testigos imprescindibles del presente— investigaron poco y mal las operaciones de los agentes antinarcóticos en México; privilegiaron la nota roja, las declaraciones oficiales y las teorías conspirativas. Las publicaciones oficiales que se conservan sirven para situar puntos de referencia, pero callan en todo lo que subyace a sus reglamentos, directrices, códigos, actas, decretos de ley, disposiciones, guías, informes, acuerdos y memorándums. Finalmente, quedan los archivos de las agencias policiacas de un lado y otro de la frontera, los cuales constituyen base documental principal de esta investigación (véase el epílogo del libro).

No debe buscarse en los archivos sinceridad, análisis complejos o sistematicidad. Por utilizar dos de las descripciones de quienes mejor han estudiado el tema de drogas a través de los archivos oficiales, "son temperamentales"[31] y mantienen "zonas de silencio".[32] Lo escrito en las fuentes policiales es siempre una combinación entre el resultado de fobias personales, reflejos del *Zeitgeist* dominante y espejos de guerrillas burocráticas. Invariablemente todos ocultan e ignoran cosas. Y al hacerlo —de manera más frecuente de lo esperado— hablan y permiten, poco a poco, reconstruir relaciones, sensibilidades, eventos, lugares y —con suerte y paciencia— episodios y procesos históricos completos.

Este libro está dividido en dos partes. La primera explica "el sistema" y la segunda cuenta las historias personales de cuatro agentes antinarcóticos de Estados Unidos que han trabajado en México a lo largo del último siglo. La primera parte otorga la estructura necesaria para entender el contexto en que estos cuatro individuos llegaron a desarrollarse: explica el todo; la segunda parte se enfoca en las piezas. La primera parte cuenta el *por qué*; la segunda, el *cómo*. Ambas son necesarias; ambas se complementan. El libro termina con un capítulo titulado "La DEA hoy: violencia y derechos humanos". Más que una conclusión es un intento por

buscar entender los cambios y continuidades en la forma de operar de la DEA en México, así como las consecuencias que sus actividades tienen sobre las dinámicas de violencia en nuestro país.

Llevo diez años estudiando la historia del tráfico de drogas y el papel de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos en eso que hemos convenido en llamar la "guerra contra las drogas". Lo que más me ha llamado la atención es la forma en la que se ha "sensacionalizado" todo lo que tiene que ver con el tema. Se ha privilegiado la intriga y la exageración; la conspiración y el mito; la mentira y el secreto. Se hace, en parte, porque se cree que es lo que la "mayoría" de la gente quiere y espera leer.

Creo con firmeza que se trata de una posición equivocada. Han sido el mercado, el amarillismo y el *marketing* los responsables de suponer que los lectores prefieren, por encima de todas las cosas, la historia fácil sobre la realidad compleja, la histeria del momento sobre el armado de la historia, el clic efímero sobre la lectura crítica. Se considera —equivocadamente— que la gente prefiere lo urgente sobre lo realmente importante.

Este libro es una apuesta por contar una historia que, sin dejar de ser fascinante, se mueve entre el matiz, el análisis del contexto y la cautela. Se acepta lo que no se sabe, se investiga lo que se puede estudiar, y se lleva hasta las últimas consecuencias la búsqueda de los grises, la búsqueda de la verdad.

[1] Sobre el caso Camarena y los verdaderos motivos de su asesinato se ha escrito mucho. Véase Russell H. Bartley y Sylvia Erickson Bartley, *Eclipse of the Assassins. The CIA, Imperial Politics, and the Slaying of Mexican Journalist Manuel Buendía* (Madison: The University of Wisconsin Press, 2015); Jesús Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero: La historia secreta* (México: Grijalbo, 2014). En 2013 la revista *Proceso* publicó tres números consecutivos (1928, 1929 y 1930), en los cuales se revisó el tema Camarena.

[2] El más importante es posiblemente Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero*.

[3] Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero*, 84-85.

[4] Una autobiografía del personaje puede leerse en Félix I. Rodríguez y John Weisman, *Shadow Warrior: CIA Hero of a Hundred Unknown Battles* (Nueva York: Simon & Schuster, 1992).

[5] Esa misma versión la presentó desde 1999 el periodista estadounidense Gary Webb. Véase Gary Webb, *Dark Alliance: The CIA, the Contras, and the Crack Cocaine Explosion* (Nueva York: Seven Stories Press, 1999).

[6] Carlos Monsiváis, *Los mil y un velorios. Crónica de la nota roja en México* (México: Debate, 2009).

[7] Elaine Shannon, *Desperados: Latin Drug Lords, U.S. Lawmen, and the War America Can't Win* (Nueva York: Viking, 1988).

[8] Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos* (México: El Colegio de México, 1941).

[9] Ethan Nadelmann, *Cops across Borders: The Internationalization of U.S. Criminal Law Enforcement* (Pensilvania: Pennsylvania State University Press, 1993).

[10] El mejor estudio que conozco al respecto de estos grupos es Cecilia Autrique Escobar, "Los orígenes de los movimientos prohibicionistas del alcohol y las drogas. El caso de México (1917-1928)", *Historia y Grafía* 27, núm. 53 (2019): 145-183.

[11] Por ejemplo: Henry C. A. Damm a Secretary of State, "Further Concerning the Growth of the Opium Poppy in the Nogales District", 5 de febrero de 1928, RG 59 812.114, NARA; Special Agent Dresser W.E. a Special Agent in Charge Bureau of Prohibition Ralph Read, 16 de septiembre de 1927, RG 170, caja 22, fólder 3, NARA.

[12] "Narcotics Ring Suspect Tries to Take Own Life", *Honolulu Star-Bulletin*, 13 de febrero de 1937; Garland Roark, *The Coin of Contraband: The True History of United States Customs Investigator Al Scharff* (Garden City: Doubleday Company, 1964), 329.

[13] "International Cooperation in the Fight against Drug Smuggling", *Weekly News Sheet*, 16 de octubre de 1936.

[14] Un ejemplo del mito en Antonio Haas, *Memorias presentes* (México: Siglo XXI/El Colegio de Sinaloa, 2007).

[15] Harry J. Anslinger a Howard Lewis, 24 de agosto de 1950, RG 170, caja 161, fólder 1, NARA.

[16] Mariano Herrán *et al.* (eds.), *Análisis, técnicas y herramientas en el combate a la delincuencia organizada y corrupción: con fundamento en la Convención de Palermo* (México: Ediciones Coyoacán, 2007), 89.

[17] El paso mexicano hacia la adopción formal de "nuevas técnicas de investigación policiaca" como son las operaciones encubiertas, las entregas vigiladas o el actuar de "agentes intrigantes" —entre otras— comenzó a codificarse en la Ley Federal contra la Delincuencia Organizada (LFCDO) de 1996 a la que se le fueron sumando otros instrumentos legales como la reforma de la Ley de la Policía Federal de 2009.

[18] Sobre los riesgos asociados al uso de informantes en México, recomiendo: Gustavo Fondevila, "Controlling the Madrinas: The Police Informer Management and Control System in Mexico", *The Police Journal* 86 (2013): 116-142.

[19] Treasury Representative in Charge D. J. DeLagrave a Commissioner of Customs, 5 de junio de 1946, RG 170, caja 22, fólder 7, NARA.

[20] Nadelmann, *Cops across Borders*, 210.

[21] Nelson Goodsell, "Drug Agent Stress the Trafficker, Not the Traffic", *Christian Science Monitor*, 25 de enero de 1978.

[22] James A. Reed, "Jurisdictional Guidelines and Operating Procedures for the Bureau of Customs and Bureau of Narcotics in Anti-Narcotics and Marihuana Activities", 23 de julio de 1964, RG 170, caja 49, fólder 1, NARA.

[23] Stanley Meisler, "War on Drugs: Mexico, No Place to Get Caught", *Los Angeles Times*, 9 de diciembre de 1974.

[24] U.S. Embassy Mexico a U.S. State Department, "DEA Proposed Increase in Staffing [Limited Official Use]", 11 de julio de 1978, 1978MEXICO11288,

WikiLeaks PlusD, Carter Cables.

[25] DEA Administrator John R. Bartels, "Hearing before the Subcommittee on Public Health and Environment of the Committee on Interstate and Foreign Commerce, House of Representatives, Ninety-Third Congress, Second Session, on Heroin Trafficking and Addiction and Related Drug Abuse Problems, October 7, 1974 (Heroin Trafficking and Addiction Oversight)", 1975, 14.

[26] Monsiváis, *Los mil y un velorios.*

[27] Poder Ejecutivo, "Acuerdo de las secretarías de Gobernación, de Relaciones Exteriores, y de la Procuraduría General de la República, en el ámbito de sus respectivas competencias, que establece las normas que regulan la estancia temporal de los agentes representantes de entidades de gobiernos extranjeros que, en su país, tienen a cargo funciones de policía, de inspección o vigilancia de la aplicación de leyes y reglamentos, así como técnicos especializados", *DOF*, 3 de julio de 1992.

[28] Ginger Thompson, "U.S. Agencies Infiltrating Criminal Groups Across Mexico", *The New York Times*, 24 de octubre de 2011.

[29] Randal C. Archibold, "Adding to Unease of a Drug War Alliance", *The New York Times*, 12 de mayo de 2012.

[30] Ginger Thompson, "U.S. Agents Aided Mexican Drug Trafficker to Infiltrate His Criminal Ring", *The New York Times*, 9 de enero de 2012; Ginger Thompson, "U.S. Agents Launder Mexican Profits of Drug Cartels", *The New York Times*, 3 de diciembre de 2011.

[31] Sergio Aguayo Quezada, *La charola: Una historia de los servicios de inteligencia de México* (México: Grijalbo, 2001), 12.

[32] Luis Astorga, *Drogas sin fronteras* (México: Grijalbo, 2003), 12.

Capítulo 2

Las drogas y los orígenes del narcotráfico en México

Desde sus oficinas en Los Ángeles y San Diego, los agentes del Departamento del Tesoro no podían creer la desvergüenza del gobernador del, entonces así llamado, Distrito Norte de la Baja California.

Aunque el gobierno federal al mando de don Venustiano Carranza acababa de publicar la prohibición de opio en el país en 1916, día sí y día también, los agentes continuaban recibiendo información sobre la participación del gobernador, el coronel Esteban Cantú Jiménez, en la organización de embarques repletos de opio en el puerto de Ensenada, la reventa de droga confiscada, el otorgamiento de concesiones a la comunidad china de Mexicali para establecer nuevos fumaderos de opio, así como de permisos para traficar cocaína, heroína, morfina e incluso armas a Estados Unidos. En pocas palabras: el gobernador extorsionaba a comerciantes y traficaba drogas.

La información que recibían los agentes del Departamento del Tesoro venía de diferentes fuentes y podía, en la medida de lo posible, ser contrastada con investigaciones dirigidas desde la red consular de Estados Unidos en el norte de México.[1] Así, por ejemplo, tan solo en el otoño de 1916 los agentes fueron informados del pago de 11 mil dólares mensuales que hacía un ciudadano chino

directamente al gobernador Cantú para que se le permitiera operar un fumadero de opio en Mexicali.[2] Antes, los agentes habían sido avisados de que un tal David Goldbaum había llegado a un acuerdo con el gobernador para abrir un fumadero de opio. ¿El costo? 45 mil dólares por el "permiso" y diez mil dólares mensuales.[3] Para manejar el negocio, Cantú confiaba en su red criminal que incluía a su hermano José T. Cantú —quien además fue agente aduanal—, su cuñado Paul Dato Jr. y algunas personas más. En Mexicali mantenía un grupo de lugartenientes que se aseguraban del cobro de rentas y de que a nadie —absolutamente a nadie— ajeno a su grupo se le ocurriera querer competir con el imperio del gobernador.

Es el inicio de la venta organizada de drogas ilegales en México. Estamos a mediados de la década de 1910 y ya tenemos un caso de lo que hoy llamamos criminalidad organizada: un actor estatal de alto nivel promoviendo *desde* su posición de poder el tráfico de drogas y la extorsión de comerciantes. No ha acabado siquiera la etapa violenta de la Revolución mexicana y ya estamos ante casos de agentes estadounidenses interesados en investigar qué demonios pasaba al sur de la frontera. Pero ¿es este el inicio de nuestra historia?

El principio de nuestra historia

La historia del narcotráfico en México y la historia de la presencia de agentes antinarcóticos de Estados Unidos en el territorio nacional inicia a principios del siglo xx, pero el origen de nuestra historia —de la historia global que quiero contar aquí— surge algunos milenios antes, más o menos hacia el año 10000 a. C. cuando comienzan a domesticarse las primeras plantas que varios milenios después llegaremos a clasificar como drogas o narcóticos.

El cannabis, la adormidera y la hoja de coca son tres plantas que cambiaron la historia de México en el siglo XX y que se entrelazan con nuestro presente y futuro. Sus derivados y mezclas fueron el motivo de persecución de los agentes antinarcóticos en México y en el resto del mundo. Entender su origen, sus propiedades farmacológicas y sus usos históricos —textiles, medicinales o psicoactivos— es importante para comprender su persecución, prohibición y criminalización. La historia, por lo tanto, debe comenzar desde el principio.

Este capítulo está dividido en tres partes principales. En la primera, examino la historia del cannabis, la adormidera y la hoja de coca. Abordo los tres casos desde una perspectiva global para luego, poco a poco, hacer un *zoom* en el caso mexicano y examinar la relación de cada una de estas tres plantas con México. Como demostraré, prácticamente ningún renglón de la vida política, económica o social ha sido extraño al cultivo, uso y tráfico de esta trinidad de plantas. Su historia es también, parcialmente, la historia de México y su cultura.

En la segunda parte del capítulo, analizo los orígenes de la prohibición y criminalización de las tres plantas, así como de sus mezclas y derivados, en México y en Estados Unidos. Aquí lo que me interesa es responder a una pregunta que, a mi parecer, no se ha respondido todavía de manera enfática y sucinta: ¿cuándo y por qué se comenzó a prohibir y criminalizar en México y Estados Unidos lo que se había considerado normal, deseable, necesario e incluso placentero en otros tiempos y en otras latitudes?

La prohibición y criminalización de las tres plantas —un proceso ocurrido entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX— desembocó en procesos de cultivo, comercialización, contrabando y venta ilegal de droga que ahora conocemos bajo la etiqueta de *narcotráfico*. Los inicios del narcotráfico en México son, pues, el tema de la tercera y última sección de este capítulo.

El cannabis: su cultivo y difusión al Nuevo Mundo

De hace más de 12 mil años datan los vestigios arqueológicos más antiguos del cannabis que se tengan registrados. Según sabemos, esta planta se cultivó y domesticó en lo que hoy es el norte de China con fines meramente textiles. En el interés de sus cultivadores estaba la fibra de su tallo. Es posible, aunque existe un agudo debate historiográfico a ese respecto, que el cannabis fuera el primer cultivo destinado a fines textiles en el mundo y que antecediera incluso al lino y al algodón.[4] En China, además de haber sido la principal fuente de fibra textil, su tallo comenzó a utilizarse para la producción de papel desde hace unos cuatro mil años.[5]

Además del textil, empezaron a explorarse otros usos de esta planta que podrían obtenerse tanto del tallo como de la resina segregada por las flores.[6] En China también comenzó a explorarse su utilidad para tratar, con base en infusiones, la malaria, el reumatismo, la pérdida de memoria y algunos padecimientos nerviosos.[7] En cuanto a su uso para fines intoxicantes, existen registros de que hace más de cuatro mil años ya se aprovechaban sus efectos "alucinógenos" en varias partes de Asia Menor.[8]

Como es natural, muy rápido se expandieron, primero a la India, luego a África del Norte y después a Europa, los rumores y certezas sobre los usos prácticamente ilimitados de los diferentes componentes de la planta. Con todo, en el proceso de difusión predominó el interés en la fibra del tallo y no tanto en sus flores de cuya resina se obtienen sus propiedades medicinales y psicoactivas.

El consenso historiográfico es que las semillas de la planta cannabis fueron exportadas a territorio mexicano en navíos españoles probablemente hacia principios del siglo XVI, varios milenios después de que chinos, indios, egipcios, persas, romanos, árabes, griegos e infinidad de culturas experimentaran con sus propiedades. Resulta paradójico que una de las mercancías centrales

para entender el narcotráfico en México en los pasados cien años tardase tanto en llegar al país.

Como en el resto de América Latina, en el actual territorio mexicano había ya decenas de raíces, hojas, flores y semillas con propiedades psicoactivas y capaces de generar efectos alucinatorios. Entre otros, los llamados hongos alucinógenos, el ololiuqui, el peyote y el *pipiltzintzintli*, esta última, sustancia que durante muchos años se relacionó con el cannabis.[9] Por ejemplo, el peyote en el periodo prehispánico tuvo un uso religioso y medicinal —como inhibidor del hambre, purgante y fuente de energía— y fue prohibido por la Inquisición en 1629.[10] Sin embargo, la planta cannabis fue una exportación europea y, por lo tanto, desconocida para las culturas prehispánicas. Su origen autóctono es un mito, aunque, hay que decirlo, un mito bastante bien extendido. En cambio, el término *marihuana* sí parece ser mexicano y su primer registro hemerográfico data de una publicación del año 1846.

No contamos con documentación definitiva para afirmar cómo, dónde y cuándo se cultivó cannabis por primera vez en la Nueva España.[11] Aunque existe un interesante debate historiográfico sobre la identidad del primer español en cultivar cáñamo (como se conocía a la planta en el lenguaje de la época) en el Nuevo Mundo, lo cierto es que hacia la segunda o tercera década del siglo XVI ya había sembradíos en México y en Cuba con fines textiles; en particular, en la elaboración del cordaje necesario, bastante resistente a la humedad, para los proyectos navales del conquistador Hernán Cortés.[12]

Desde su llegada a la Nueva España y hasta finales del siglo XIX —esto es, durante unos 350 años—, no hubo prohibición alguna con respecto al cultivo de cáñamo; por el contrario, existen bases para afirmar que su cultivo no solamente fue permitido, sino fomentado desde la Corona española tanto en el actual territorio mexicano como en el resto de los virreinatos del Nuevo Mundo.

No es claro cuán extendido estuvo el cultivo de cannabis en la Nueva España. Isaac Campos Costero, uno de los investigadores que más profusa y detalladamente ha estudiado la historia de la marihuana en México, encontró en el Archivo General de la Nación una serie de documentos que confirman el cultivo de la planta en las cercanías del volcán Popocatépetl, en Atlixco, actual estado de Puebla, desde, por lo menos, 1587. Según estos documentos, una misma familia de apellido Hernández habría, bajo licencia de la Corona, cultivado cannabis de manera permanente hasta mediados del siglo XVIII, cuando falleció el último miembro de la familia.[13] Aparentemente, se trataba de un negocio familiar que transitaba de generación en generación. Campos Costero también ha documentado la proliferación de plantaciones de cannabis hacia finales del siglo XVIII en Veracruz, Guanajuato, Puebla, Michoacán, Guerrero, Nayarit, Baja California y en la periferia de la actual Ciudad de México, incluyendo las zonas de Tacuba, Texcoco, Xochimilco y Chalco, donde llegó incluso a fundarse la Real Fábrica de Cáñamo y Lino en 1781.

Menos precisa que la evidencia sobre el cultivo de cannabis en la Nueva España es la información que tenemos con respecto al consumo medicinal, terapéutico, ritual o deliberadamente intoxicante de la planta. Aunque los indudables conocimientos de herbolaria que tenían las poblaciones precolombinas nos permiten suponer que reconocieron muy pronto las complejas propiedades botánicas de la planta, no contamos con registros fehacientes para sostener que las culturas prehispánicas utilizaron la planta cannabis para fines rituales, terapéuticos o medicinales durante gran parte del periodo colonial. Sin embargo, como sucede muchas veces, el que un historiador no pueda probar un hecho no significa que no existiera. Lo cierto es que el primer documento que refiere al uso de "algunas matas" como "remedio" data de 1777.[14] La primera noticia escrita del cannabis fumado es posterior y data de 1846.[15] Ya en la segunda

mitad del siglo XIX abundan referencias sobre el uso de la marihuana por parte de soldados, prisioneros y gente sin hogar.

En el México independiente dejó de producirse cannabis con fines textiles e industriales; se prefirió el algodón y, sobre todo, el henequén para la fabricación de telas y tejidos. Sin embargo, el cannabis continuó siendo utilizado, si bien a pequeña escala, para otros fines, incluyendo los adivinatorios.[16]

Hacia la segunda mitad del siglo XIX, las élites religiosas, jurídicas, políticas y médicas en México comenzaron a estigmatizar el consumo de cannabis. Esto fue especialmente cierto en el Porfiriato tardío, periodo en el que se asentaron las bases para la criminalización de la planta.[17] Durante estos años la prensa fue muy prolija en publicar notas sensacionalistas que vincularon el consumo de cannabis con el crimen, la violencia y la locura.[18] De forma paralela, emergieron regulaciones médicas que poco a poco fueron prohibiendo y criminalizando su uso.

A pesar de todo, y como era natural, en México se siguió cultivando cannabis. Inexplicablemente se perdió el interés por apuntalar la industria textil a partir de su tallo, pero, en cambio, en pequeñas parcelas, aquí y allá, la resina de las flores de la planta cannabis continuó siendo apreciada por poblaciones indígenas y nuevos sectores urbanos. Mas todavía, la primera Farmacopea Mexicana de 1846, un compendio del patrimonio botánico de la nación que emergía, incluyó a la planta cannabis índica (también referida en el texto como *Rosa María*, *cáñamo del país* y *marihuana*). En este texto se presentan con neutralidad farmacológica sus efectos sobre el organismo humano.[19] Las siguientes Farmacopeas de 1874, 1884 y 1896 la presentan de igual forma. Esas descripciones permitieron, entre otras cosas, que la planta se mostrase como orgullo del patrimonio botánico nacional en la Exposición Universal de París en 1876.[20]

El cannabis ya era ciertamente popular a mediados del siglo XIX. Se encontraba con facilidad en los mercados de la ciudad y su cultivo era común en los jardines y patios de las casas. Como respuesta a eso, en 1869 se impuso la primera prohibición a la venta de marihuana. Un bando del Ayuntamiento de la Ciudad de México señaló que su venta se castigaría con un mes de cárcel. Apenas dos años después, el gobierno de Guadalajara prohibió su venta fuera de las farmacias. Regulaciones similares fueron aprobadas en la siguiente década en Oaxaca y Querétaro.

Con todo, en la prensa de la Ciudad de México de la época es posible rastrear cómo, desde la década de 1860, se publicitaba el cannabis con fines medicinales. En particular, se hacía énfasis en los "cigarros indios de cannabis índica" comercializados por Grimault y Cía., Farmacéuticos en París. En cada uno de estos anuncios se incluía un pequeño texto donde se explicaba que

> recientes experiencias, hechas en Viena y Berlín, repetidas por la mayor parte de los médicos alemanes y confirmadas por las notabilidades médicas de Francia e Inglaterra, han probado que, bajo la forma de cigarrillos, el *Cannabis indica* o cáñamo indio es [*sic*] de los más seguros contra el asma, la opresión, las sofocaciones, las bronquitis, la ronquera, la extinción de la voz, la tisis pulmonar, las laringitis, así como en todas las enfermedades de las vías de respiración.[21]

En otras publicaciones de finales del siglo XIX, e incluso de las primeras dos décadas del siglo XX, le reconocen a la planta propiedades terapéuticas capaces de aliviar la gripa intestinal, "la tos de los tísicos", "los estados dispépticos asociados a la constipación", los "trastornos nerviosos de los niños" y otros males.

A pesar de sus obvios beneficios, a principios del siglo XX comenzaron a proliferar notas periodísticas que asociaban el cannabis —ya por entonces conocido en México con el término de marihuana— con la locura. Un análisis de más de cuatrocientas

notas de una docena de periódicos mexicanos realizada también por Campos Costero da cuenta de la expansión de estas notas en las que el consumo de marihuana se relaciona con relatos inverosímiles: consumidores que acuchillan policías, violan mujeres, golpean mayores de edad, producen bombas caseras y otros casos de locura y violencia.[22]

Estas historias, claramente exageradas, sirvieron fundamentalmente para dos cosas. Por un lado, para desestimar los indiscutibles usos medicinales de la planta cannabis. Por otro lado, para construir la narrativa en Estados Unidos alrededor de la idea de que el cannabis produce violencia y locura. Sin embargo, antes de entrar directamente en el tema de la prohibición y criminalización de la planta, vale la pena preguntarse por el origen y evolución del cannabis en Estados Unidos y su relación con México.

Durante muchos años los historiadores de las drogas en Estados Unidos repitieron *ad nauseam* la hipótesis de que fueron migrantes mexicanos huyendo de la violencia generada por la Revolución mexicana los responsables de llevar el cannabis a su país,[23] en particular, a Texas y Nuevo México, desde donde fue difundida a otras regiones estadounidenses. Esta narrativa, sin embargo, está lejos de la verdad y niega hechos incontrovertibles.

En primer lugar, que hubo cultivos de cannabis con fines industriales en las 13 colonias originales de Estados Unidos. Las propias granjas de George Washington y Thomas Jefferson eran conocidos centros de cultivo.[24] En segundo lugar que, con la promesa de aliviar todo tipo de males, las farmacias estadounidenses ya vendían cannabis hacia la década de 1850, al menos sesenta años antes de las migraciones masivas de mexicanos ocasionadas por la Revolución.[25] En tercer lugar, que fumaderos de hachís (una pasta de resina de cannabis) existían en Nueva York, Filadelfia, Chicago y Nueva Orleans al menos desde principios de la década de 1880.[26] En cuarto lugar, que existe constancia de que

navegantes provenientes de India, el Caribe y América del Sur comercializaron cannabis en el puerto de Nueva Orleans y otros de menor tamaño durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX. En quinto lugar, que hacia finales del siglo XIX había cultivos de cannabis en California administrados por individuos a quienes la prensa estadounidense llamaba —no sin cierto tufo racista— "turcos", "árabes" y "armenios".[27] Por último, Isaac Campos ha demostrado que entre las comunidades migrantes mexicanas, así como en el resto de la población, el consumo de cannabis no estaba particularmente extendido.[28] Entonces, si esto es así, ¿cuál fue el papel de México y sus migrantes en el consumo de marihuana en Estados Unidos a principios el siglo XX?

La respuesta es compleja. Por un lado, es verdad que durante los primeros años de la Revolución, algunos migrantes mexicanos, de los más de un millón que cruzaron la frontera entre las primeras dos décadas del siglo XX, llevaron semillas de cannabis a Estados Unidos; sin embargo, eso no parece haber sido una práctica extendida ni común. Por otro lado, también hay evidencia de que algunas comunidades mexicanas que se formaron durante y después de la Revolución cultivaron cannabis en Estados Unidos; sin embargo, ese cultivo estuvo geográficamente limitado en el suroeste de ese país, y de ninguna manera fue exclusivo de mexicanos.

En síntesis: es falso que los mexicanos introdujeran el cannabis a Estados Unidos. A principios del siglo XX, el consumo tóxico de la hierba estaba tan extendido en ese país como lo estaba en México. Más falso aún es que fueran los migrantes mexicanos los encargados de enseñar la práctica de fumar cannabis a los estadounidenses (considerando que pudiera haber sido más común tragar marihuana que fumarla). Por último, es mentira que fueran los mexicanos los responsables de la posterior comercialización masiva de la hierba en Estados Unidos, un tema del que hablaremos más adelante en el libro.[29]

ADORMIDERA Y OPIO

De igual o mayor importancia que el cannabis para explicar el crecimiento y evolución del narcotráfico en México es la adormidera y, sobre todo, una de las sustancias que se extraen de sus cápsulas: el opio, cuyo consumo tiene el efecto de bloquear el dolor y causar sensaciones de euforia.[30] Entre los derivados del opio hay tres sustancias actualmente prohibidas y consideradas narcóticos: la heroína, la morfina y la codeína.

Al menos desde el año 3000 a. C. —y con toda probabilidad desde el Neolítico— se consume opio en este planeta.[31] Por restos arqueológicos ubicados en Asia Menor sabemos que las culturas mesopotámicas vinculaban el opio con sensaciones de júbilo y gozo, aunque no es claro que ya desde entonces se utilizara con fines meramente recreativos.[32] Sabemos también que el opio se utilizó desde muy temprano en la historia para tratar fatiga, ansiedad, dolor, insomnio y diarrea.

A diferencia de la planta cannabis, la adormidera no tiene utilidad textil. Eso no evitó que su cultivo se expandiera más allá de las ciudades mesopotámicas. Rastros milenarios de su cultivo se han identificado en Egipto, así como en el sur y este del Mediterráneo.

Mientras más nos acercamos a nuestra era más sabemos del cultivo de adormidera y del uso del opio. Sabemos, por ejemplo, que en la Antigua Grecia se estudiaban las propiedades del opio con total academicismo. La sustancia fue incluida en varios tratados botánicos de la época y es referencia habitual en escritos históricos y filosóficos del periodo, incluyendo la *Odisea* de Homero y otras obras de Hesíodo. Si la tradición dice la verdad —aunque casi nunca la dice —, la muerte de Sócrates habría sido, a pesar de la cicuta, mucho más placida por la ingesta de opio que sus amigos le ofrecieron. Hipócrates mismo recomendaba su uso para tratar la histeria y las sofocaciones uterinas.[33]

El opio también fue parte central del mundo árabe. A diferencia de la planta cannabis, el opio no tiene efectos alucinatorios, sino sedantes, característica que hizo que su uso global fuera menos cuestionado por las élites religiosas que aborrecían cualquier sustancia psicoactiva distinta al alcohol; esto fue especialmente cierto en el mundo árabe donde el opio fue visto como una alternativa al consumo de bebidas embriagantes. Esto, a pesar de que ahí donde se cultivó opio, también se expandió el hábito de fumarlo, una actividad que, siendo placentera, genera dependencia y serios problemas de salud.

El potencial recreativo del opio se manifestó con más celeridad en el siglo XVI, en particular en Persia e India, zonas en las que, según un botánico francés, sus pobladores gastaban hasta "sus últimos centavos" en comprarlo. En momentos de guerra, escribió otro viajero francés en el norte de India, los guerreros rajput consumían dobles raciones de opio para tomar valor y daban alguna dosis a caballos y camellos antes de la batalla.[34]

Durante las primeras décadas del siglo XIX se llevaron a cabo grandes avances médicos que potencializaron los usos médicos del opio. Entre los más relevantes, la síntesis de diacetilmorfina (heroína), la cristalización de los alcaloides del opio, el aislamiento químico de la morfina, así como el desarrollo de mezclas de opio utilizadas como analgésico (sobre todo láudano, una combinación de opio, azafrán, vino blanco y otras sustancias). Dichos progresos tecnológicos permitieron que, a partir de 1830, se desarrollara una industria de sustancias derivadas del opio en al menos tres países: Alemania, Reino Unido y Estados Unidos.[35] Si el siglo XIX comenzó con el aislamiento químico de la morfina en 1806, terminó con la síntesis de la heroína en 1878 y, más especialmente, con la fabricación masiva de esta por la empresa alemana Bayer en 1898.

En paralelo a estos avances que cambiarían el futuro de la medicina occidental, el opio se convirtió también en una mercancía

clave para entender la geopolítica del siglo XIX y, en particular, el enfrentamiento militar entre el Imperio británico —y otras potencias occidentales— y China.

La historia es compleja, pero puede resumirse en unos pocos párrafos. Las élites gobernantes del Imperio británico mostraban gran preocupación por pagar el déficit comercial que mantenían con China por la enorme demanda que había desde Londres de, principalmente, té, pero también porcelana, condimentos y seda.

Para enfrentar el desequilibrio económico los británicos buscaban vender en el mercado chino mucho del opio cultivado en India a través de la Compañía de las Indias Orientales, posiblemente la corporación comercial más poderosa en la historia. Para decirlo de otro modo: los británicos buscaban pagar con opio lo que no querían pagar con plata.

Ese contexto es necesario para entender el origen de las famosas Guerras del Opio, dos eventos que en el ecuador del siglo XIX enfrentaron al Imperio británico con el chino. Se trata de una de esas paradojas que a la Historia —con H mayúscula— le encantan. Los británicos, furibundos frente a la decisión del emperador chino por su política de cerrar sus fronteras a la importación de opio promovida por la Compañía de las Indias Orientales, iniciaron sendas guerras en 1839 y 1856 para forzar a China a repensar su negativa.[36]

Gran Bretaña salió victoriosa de ambas guerras —la segunda con el apoyo de Rusia, Estados Unidos y Francia— e infligió una humillación al Imperio chino que supuso el inicio del fin de la dinastía Qing que había gobernado desde 1644. Las potencias occidentales impusieron tratados desiguales que derivaron, entre otros beneficios, en la cesión colonial de Hong Kong a los británicos. Y, sin embargo, probablemente la consecuencia más relevante en términos sociales fue la apertura casi total del mercado del opio en China, y con ello los serios problemas de salud. Se considera que

para principios del siglo xx el 25% de la población masculina en China era consumidora habitual de opio.[37]

Las fuertes crisis políticas y económicas que resultaron como consecuencia de las guerras del opio en China acarrearon un proceso masivo de migración de población china a todo el mundo. Se estima que entre 1848 y 1888 más de dos millones de jóvenes chinos migraron a Indochina, Australia, Filipinas y Estados Unidos. Aquellos que fueron a este último país se establecieron, en su mayoría, en el estado de California, donde la construcción de ferrocarriles y la "fiebre del oro" ofrecieron oportunidades de trabajo. Estos migrantes eran, por lo general, jóvenes que viajaban sin familias y que para 1852 ya suponían el 10% de la población de California.[38] En 1881 ya eran más de cincuenta mil.[39]

Los consumidores de opio en China no dejaron sus hábitos al cruzar el océano Pacífico. En sus barcos trajeron semillas de adormidera que rápidamente hicieron crecer en California. Al poco tiempo de llegar, la diáspora china en la ciudad de San Francisco construyó los primeros fumaderos de opio que suponían la principal atracción de la recién creada Chinatown. Los fumaderos eran, en lo esencial, habitaciones repletas de colchonetas recargadas contra la pared donde los consumidores pasaban sus horas —y hasta días enteros— en repleto sosiego. Según algunas descripciones de la época, la mala circulación del aire y la suciedad de los fumaderos eran simplemente intolerables. Otras descripciones los dibujaban como lugares de esparcimiento amplios en los cuales se planteaban y materializaban enormes negocios.

Centrar el análisis en los fumaderos de opio y en su consumo recreativo no debe hacernos perder de vista que para los migrantes chinos que llegaron a América el opio era, sobre todo, un remedio medicinal probado, así como el mejor —y único— analgésico a su disposición. Su consumo, a veces fumado y a veces disuelto en agua, ciertamente social, pocas veces sobrepasaba niveles altos de intoxicación.

En su mayoría, los nuevos migrantes no tenían familias y, en su mayor parte, se mantuvieron separados del resto de la sociedad californiana. Su alta capacidad de trabajo a bajo costo creó inconformidad entre los estadounidenses que habían viajado al oeste en busca de trabajo, sentimiento que se acentuó por la crisis económica de mediados de la década de 1870. Por lo demás, el extendido consumo de opio por parte de los migrantes chinos no ayudó a que dejaran de ser vistos como una amenaza frente a la idea de familia cristiana entonces —y ahora— bastante popular en Estados Unidos. Como era previsible, la prensa estadounidense no tardó en publicar notas racistas en contra de la población china.

La gota que derramó el vaso fue la noticia de que "mujeres blancas" habían comenzado a visitar los fumaderos de opio en San Francisco.[40] Eso fue suficiente para acusar a la población china de corromper a la juventud estadounidense. En 1875 se decretó una ley contra el consumo de opio, y en 1882 se decretó la Chinese Exclusion Act, una ley que proscribió la migración china a Estados Unidos y que se mantuvo vigente hasta 1943.

La imposibilidad de viajar a Estados Unidos y el inicio de una política de colonización promovida por la dictadura porfirista a partir de 1893 dio pie al inicio de la migración masiva de población china a México.[41]

Aunque muchos ciudadanos chinos fueron engañados y traídos a México en condiciones de semiesclavitud, otro tanto llegó por su propia voluntad para trabajar en plantaciones de algodón, ferrocarriles, minas y en proyectos de irrigación. Así, durante el Porfiriato tardío, y sobre todo en la década de 1910, comenzaron a instalarse ciudadanos chinos en varios puntos del país, prominentemente en los estados del norte (Baja California Norte, Sinaloa, Sonora, Chihuahua), pero también en Veracruz, Yucatán y el Distrito Federal. En la capital de México se estableció una importante comunidad china entre el actual Eje Central y avenida Juárez. Hacia principios de la década de los años treinta ya eran más de veinte mil

en todo el país y constituían el segundo grupo de migrantes más grande en el México posrevolucionario.[42] En nuestro país constituyeron sociedades mercantiles, e incluso un banco con el que financiaban proyectos de infraestructura bastante complejos. Esto, a pesar del racismo y franca violencia con la que la población mexicana trató a las comunidades chinas desde el inicio de su migración.

Lo relevante para esta historia es que una fracción importante de migrantes chinos se estableció muy temprano en el siglo XX en la península de Baja California, en particular en Mexicali, en cuyo valle comenzó a construirse un amplio y complejo sistema de irrigación como consecuencia de un proyecto de inversión estadounidense; así como en Sinaloa, cuyos puertos, en particular Mazatlán, permitían una fluida relación comercial con el Pacífico estadounidense, sobre todo, con San Francisco, uno de los centros de la diáspora china en el continente.[43] Sinaloa, además, es una tierra especialmente fecunda para el cultivo de hortalizas (tomate rojo, chile verde) y, también, en particular en la zona serrana de Badiraguato, de adormidera.

La narrativa más común, planteada por historiadores sinaloenses (Herberto Sinagawa y Héctor R. Olea), atribuye a la oleada de migración china a finales del siglo XIX el origen de los primeros cultivos de adormidera en México.[44] ¿Fue así? ¿Fue la diáspora china la responsable de sembrar adormidera en México? No es claro. ¿Cuál es la historia de la amapola blanca en México?

Sabemos que la adormidera blanca ya estaba catalogada como flora de Sinaloa en 1886, varios años antes de que comenzaran las grandes oleadas migratorias por parte de la población china.[45] También hay evidencia para afirmar que la llegada de los chinos en los albores del siglo XX fue significativa en tres procesos distintos pero interconectados. Por un lado, en la expansión del cultivo de opio a una escala que, si bien limitada, tenía propósitos comerciales.

Por otro lado, en la propagación de la práctica de opio fumado, hasta entonces probablemente inédita en el resto del país y en otras comunidades. Por último, en el mantenimiento de las primeras redes de comercio internacional de opio. Sobre los tres procesos escribiré más tarde en este capítulo y en el siguiente.

En todo caso, podemos decir, con cierto nivel de confianza, que durante las primeras décadas del siglo XX el cultivo de adormidera fue limitado y dedicado casi exclusivamente al consumo interno, principalmente de la población china. Esto lo sabemos porque durante varios años continuó importándose opio crudo a puertos mexicanos para luego ser traficado por vía terrestre a Estados Unidos. Si el cultivo en México hubiera estado expandido, la importación habría resultado innecesaria.

El papel marginal de México se transformó en la década de los años cuarenta y, con más fuerza en la década de los años setenta. Para entonces, México se colocó como uno de los mayores centros de cultivo de adormidera en el hemisferio occidental y un actor fundamental en la historia global del opio.

Hoja de coca

La cocaína es una sustancia alcaloide proveniente de la planta de coca (*Erythroxylum coca*), una especie original de la zona andina del continente americano. Aunque seguramente su uso es más antiguo, hay constancia arqueológica de que la hoja de coca comenzó a domesticarse desde hace más de tres mil años en la región. De las tres plantas que hemos examinado en este capítulo, la planta de coca es la única originaria de América Latina.

Sabemos con certeza que las culturas preincaicas conocían las propiedades anestésicas de la planta. En particular en zonas altas y montañosas, el masticado de las hojas mezcladas con una pasta de ceniza y cal —una práctica conocida como *mambeo*— era común

como medida para evitar el cansancio y el estrés. Ya en el Imperio inca la hoja de coca se utilizó también con fines religiosos y se le otorgó la categoría de "planta divina".[46]

Tras la conquista española, el mambeo fue estigmatizado por las jerarquías religiosas. Sin embargo, contrario a lo sucedido con otras sustancias como el peyote, el masticado de hoja de coca fue tolerado por las élites comerciales por una sencilla razón: la sustancia aumentaba la fuerza de los trabajadores de las minas de plata del Potosí y sus alrededores. Tras la derrota del Imperio inca a manos de los españoles y durante más de 250 años —específicamente entre 1532 y principios del siglo XIX— su consumo se restringió a la población indígena y no hubo intentos reales por cultivar la planta fuera de la zona andina.

Que la hoja de coca no haya circulado por todo el mundo de forma tan veloz como la adormidera y el cannabis tiene dos explicaciones que, aunque triviales, no dejan de ser fundamentales para dar cuenta de la tardía difusión de la planta. La primera tiene que ver con la falta de cuidado en la forma en que se preparaba su transporte trasatlántico. Sin empacarse de manera correcta, la planta perdía potencia durante las largas semanas que duraba su viaje en barco de América al resto del mundo. Ello ocasionó que en Europa predominaran ideas y estudios inciertos sobre las propiedades de la hoja de coca y no se impulsase su cultivo de forma definitiva fuera de América del Sur.[47] La segunda explicación tiene que ver con la dificultad de su cultivo. A diferencia de la adormidera y el cannabis, el cultivo de la planta de coca necesita condiciones muy específicas: solo crece en montañas y altiplanos situados en climas tropicales y subtropicales.

La situación cambió en la segunda mitad del siglo XIX cuando se perfeccionó el transporte marítimo de la hoja de coca, y finalmente comenzó a predominar cierta curiosidad científica por la enigmática planta. En 1855 se consiguió aislar químicamente la cocaína, y en

1862 la industria farmacéutica comenzó a producir a pequeña escala clorhidrato de cocaína y sulfato de cocaína.[48] Si las propiedades de la hoja de coca tardaron varios siglos en ser reconocidas fuera de la zona andina, en menos de cuatro décadas se logró expandir el cultivo, la producción y el consumo de hoja de coca en todo el globo.

Hacia la década de 1880, en Estados Unidos y Europa comenzó a producirse todo tipo de productos basados en extracto de coca, casi toda proveniente de Perú. Entre los más exitosos estuvieron las bebidas carbonatadas a las que se les agregaba extracto de coca. La más exitosa fue, naturalmente, la Coca-Cola, bebida a cuya fórmula secreta se le agregaron pequeñas dosis de cocaína entre los años 1886 y 1904. Coca-Cola no fue, ni mucho menos, la única bebida de su tipo. Entre sus competidores estuvieron "Café-Cola, Kos-Kola, Kola-Ade, Celerey-Cola, Koka-Nola, Wiseola, Rococola y Vani-Kola".[49] Todas estas bebidas incluían extractos de coca en su fórmula y, en algunos casos, unos cinco o seis gramos por vaso.

También se hicieron populares algunas bebidas alcohólicas con extractos de hoja de coca. La más famosa de todas fue el Vin Mariani, una extraña creación basada en una mezcla entre vino de Burdeos y extractos de hoja de coca que —irremediablemente— alcanzó fama internacional a mediados de la década de 1880 y sirvió como inspiración para la creación de la Coca-Cola. Además, presumía de propiedades curativas contra la anemia, la melancolía, la tos invernal, la bronquitis, los problemas nerviosos, la impotencia, la malnutrición, la depresión y casi cualquier otro síndrome o enfermedad.[50]

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX se vendieron también remedios farmacéuticos basados en cocaína. En principio, se pensó que la cocaína podría ser utilizada como tratamiento para la adicción a la morfina, narcótico que se había vuelto bastante popular durante y después de la guerra civil estadounidense. Sin

embargo, más adelante, se promocionaron medicamentos para curar otros males. Así, por ejemplo, para aliviar el catarro, el asma y otros resfriados se llegaron a producir *sprays* nasales basados en cocaína. Otros líquidos o píldoras con extractos de cocaína prometían curar complicaciones digestivas, la histeria, las hemorroides, y hasta la "pérdida de esperma".[51]

Con tantos supuestos beneficios no es raro que el consumo se desbordara y comenzara a estigmatizarse a quienes abusaban de esos productos. A principios del siglo XX surgieron protestas de médicos y grupos conservadores que, finalmente, llevaron a la aplicación de regulaciones estatales (el primer caso fue California en 1907) y a la progresiva desaparición de productos farmacéuticos o bebidas basadas en hoja de coca.

Así como se globalizó el consumo comercial de sustancias basadas en cocaína, también comenzaron a proliferar hacia finales del siglo XIX cultivos comerciales de hoja de coca fuera de la zona andina. Aunque los principales cultivos continuaron estando en Perú, hubo intentos significativos de cultivos en Nigeria, Sri Lanka, Malasia, Java, Formosa y en la isla japonesa de Iwo Jima.[52] De todos los sitios, los cultivos más exitosos se produjeron en la isla de Java, en ese entonces bajo el mando colonial holandés. En la isla del Pacífico se logró cultivar una variedad de hoja de coca dos veces más rica en alcaloide que la andina. Para su explotación, se constituyeron decenas de compañías trasnacionales exclusivamente dedicadas a procesar cocaína para el mercado farmacéutico.

Tal fue el éxito de la hoja de coca de Java que, para 1911, en esa isla se cultivaba el 22% de la hoja de coca a escala mundial.[53] Una sola empresa holandesa, la Nederlandse Cocaïnefabriek, producía nada menos que mil quinientos kilos de cocaína refinada por año hacia 1910.[54] Aunque oficialmente toda la producción tenía fines médicos, hay motivos para sostener que una parte no residual de la

oferta fue consumida por el incipiente mercado recreativo que empezaba a emerger en Europa occidental a principios el siglo XX.[55]

Muchos de los cultivos industriales de hoja de coca fuera de la zona andina permanecieron activos hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando se establecieron las principales prohibiciones a nivel global. El nuevo orden internacional terminó por reducir la industria de la cocaína a Perú y, muy específicamente, al departamento de Huánuco, donde pervivieron algunas pocas fábricas procesadoras de hoja de coca. Por varios años la coca desapareció del mapa como una droga relevante.

El resurgimiento del interés global en la cocaína comenzaría a principios de la década de los años sesenta con la generación de nuevos circuitos de narcotraficantes que buscaban abastecer al emergente mercado neoyorquino. No sería, sin embargo, hasta diez años más tarde cuando la cocaína volvería a ganar popularidad y a establecerse como droga glamorosa, lo que cambiaría para siempre la situación de México en los circuitos globales del narcotráfico, tema que trataremos más adelante.

Por ahora, vale la pena puntualizar el carácter marginal de la cocaína en México hasta bien entrada la década de los años setenta. Si bien hay indicios de transporte de cocaína desde muy temprano en el siglo XX, lo cierto es que hasta mediados de la década de los años setenta la cocaína jugó un papel residual en el desenvolvimiento del narcotráfico en el país. Eso sí, cuando apareció en el mapa lo hizo para cambiarlo todo.

La prohibición del opio, el cannabis y la cocaína en México y Estados Unidos

Me interesa responder dos preguntas a las que a menudo se dan respuestas incorrectas: ¿cuándo comienza la prohibición de los

derivados del opio, el cannabis y la cocaína en Estados Unidos y México? y ¿qué motiva su prohibición?

Lo primero que hay que apuntar es que la prohibición de los derivados del opio, el cannabis y la cocaína es relativamente nueva y está asociada a la construcción del "régimen global de prohibición" que comenzó a funcionar efectivamente en 1909 cuando representantes de 13 países —ninguno de ellos latinoamericano— se reunieron en Shanghái para discutir qué hacer con el problema del consumo de opio a escala global. Aquella primera reunión pasaría a la historia como el primer intento por enarbolar un marco común de entendimiento internacional alrededor del uso de antinarcóticos.[56]

Como resultado de la reunión en China se convino que la comercialización de opio en otra forma que no fuera para uso médico tendría que ser fuertemente regulada por cada Estado. Tres años después, en 1912, los países participantes en Shanghái y otros más volvieron a enviar delegados a una segunda reunión en La Haya, Países Bajos. En esta reunión, a la que acudió la delegación mexicana representada por el escritor y diplomático Federico Gamboa, se acordó que los países firmantes establecerían controles para la fabricación, importación, distribución y exportación de morfina, cocaína y sus respectivos derivados.[57] Como se ve, la planta cannabis no fue contemplada en ninguna de las dos reuniones.

Estados Unidos, uno de los países firmantes de las dos convenciones, adaptó sus políticas internas al nuevo panorama internacional. Aunque una serie de leyes estatales y federales ya habían comenzado a regular su importación y consumo (la importación de opio se prohibió en 1906), a escala federal es la Ley Harrison de 1914 la que marca el inicio de la prohibición de la cocaína y heroína en ese país.[58]

La disposición contemplaba la elaboración de un registro de las sustancias recetadas por parte de los médicos y una limitación que en los años por venir parecería relativamente suave: los médicos

podían prescribir todo tipo de productos si así lo aconsejaba su práctica profesional; sin embargo, el Departamento del Tesoro tendría la facultad de determinar si estos recetaban o no "con profesionalidad".[59] Asimismo, además de fuertes regulaciones, impuso un altísimo impuesto a toda persona que produjera, importara, manufacturara o distribuyera derivados o preparados compuestos de hoja de coca u opio.

Ni la Ley Harrison ni las leyes estatales que le precedieron en Estados Unidos se entienden sin describir el papel fundamental que jugaron grupos conservadores, específicamente protestantes y metodistas, en su planeación y ejecución. Estos empujaron a que el gobierno de Estados Unidos tomara la decisión de, por un lado, promulgar leyes prohibicionistas dentro de sus fronteras, y, por otro, promoverlas fuera de estas. Entre todos estos grupos figuraron las *sociedades de temperancia* o *templanza*, organizaciones que criticaban los excesos y promovían la prohibición del alcohol, pero también de otras sustancias. Fue precisamente el trabajo de estos grupos lo que llevó a que en Filipinas —colonia estadounidense desde 1898— se promulgara una ley contra el consumo de opio tan temprano como en 1905, varios años antes que la Ley Harrison.[60]

Aunque en lo general las políticas prohibicionistas comenzaran antes en Estados Unidos que en México, eso no significa que en este país se hayan adoptado medidas similares solamente por presión. Esa —la interpretación de que desde Washington se definió la política antinarcóticos de México— es la narrativa que tendió a predominar en la bibliografía sobre este tema. Sin embargo, como pretendo demostrar a continuación, se trata de una narrativa equivocada que sobredimensiona el papel de Estados Unidos. En otras palabras: es falso que México "americanizara" su política de drogas y siguiera las directrices estadounidenses. La prohibición mexicana tiene un importante componente local.

La prohibición en México a nivel federal de los derivados y preparados de opio, marihuana y cocaína ocurre en un periodo de

unos diez años que va, *grosso modo*, de 1916 a 1926.

En 1916, el gobierno de Venustiano Carranza prohibió a nivel federal la importación de opio para fumar (en 1871 se había limitado el comercio de opio a farmacias y boticas con licencia). En 1920 se promulgó la prohibición del cultivo y comercio de marihuana y se estableció que para el cultivo de adormidera se necesitaban permisos especiales (¡17 años antes que una ley similar a nivel federal en Estados Unidos!).[61] En 1923 se extendió la prohibición a la importación de opio, cocaína, heroína y morfina, así como de todas sus "sales y derivados".[62] En 1925, ya en el gobierno de Plutarco Elías Calles, se reglamentó con mayor detalle la prohibición definitiva de la importación de opio, morfina y cocaína y, finalmente, un año después, en 1926, la importación de adormidera.

Tres cuestiones importa puntualizar: *1)* Esta serie de prohibiciones eran políticas federales; no contemplan limitaciones locales que, en algunos casos, fueron incluso anteriores; *2)* ninguna de estas leyes o decretos se pudo aplicar ni siquiera medianamente: fueron "prohibiciones de papel" con poco efecto en la vida real; *3)* aun siendo imposibles o difíciles de aplicar, estas prohibiciones generaron mercados ilegales, ocasionalmente violentos, que otorgaron un sobreprecio natural a las sustancias. Ello dio pie al inicio del narcotráfico en México.

La pregunta, sin embargo, permanece abierta: ¿por qué ocurrió la prohibición en México? Propongo cuatro razones principales.

La primera razón tiene que ver con el carácter conservador de los liderazgos emergidos de la Revolución mexicana, en particular, pero no solamente, de la llamada "dinastía sonorense" que gobernó el país en la década de los años veinte y que llegó a abogar por la prohibición del alcohol. Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles, por ejemplo, compartían su animadversión a los juegos de azar y al consumo de alcohol.[63] Para Emilio Portes Gil, presidente de México entre 1928 y 1930, el alcoholismo, además de poner en riesgo "la

felicidad conyugal", aniquilaba "toda posibilidad de grandeza en el porvenir de la patria".[64]

Durante la década de los años veinte en varios estados del país, incluyendo Yucatán, Oaxaca y Sonora, se promulgaron leyes contra el expendio y producción de bebidas alcohólicas. A nivel federal se contempló seriamente la prohibición total de la venta de alcohol.

No fue raro, por tanto, que los liderazgos revolucionarios se aliaran con las organizaciones de temperancia que ya habían comenzado a establecerse en México desde mediados del Porfiriato.[65] La prohibición y criminalización de las drogas era, pues, bastante compatible con los ideales de la Revolución. Un académico ha llegado a afirmar, no sin razón, que para la primera generación revolucionaria, la temperancia fue parte integral de su agenda política.[66]

En segundo lugar, la prohibición ocurre como consecuencia parcial del discurso xenófobo y racista contra la población china en México, a la que se asociaba con el tráfico y, sobre todo, consumo de opio. El odio y violencia contra la población china en México a principios del siglo XX es poco menos que una vergüenza nacional. Aun hoy, poco conocida es en el país la matanza de más de trescientos chinos en la ciudad de Torreón, probablemente la matanza de ciudadanos chinos más importante en toda la historia del continente y, de forma vergonzosa, una nota al pie en los libros de historia moderna de México.[67]

En la década de los años veinte y hasta mediados de la década de los años treinta desde la presidencia de la República y algunos gobiernos estatales se alentó la creación de comités antichinos y ligas nacionalistas prorraza en todo México. Estos grupos fueron particularmente fértiles en el noreste y buscaban —y parcialmente consiguieron— prohibir la entrada de chinos a México, expulsar a los que ya estaban en el país y marginarlos del resto de la población a través de mecanismos muy puntuales: la prohibición de contraer

matrimonio con mexicanos, el boicot a sus comercios, la distribución de propaganda, etcétera. El odio a los chinos se explica mejor por cuestiones estructurales que por cuestiones culturales. En particular, por la competencia laboral y económica que representaban, y por el interés de algunas élites regionales de intervenir en partes de la economía dominadas por los pobladores chinos. Aceptar esa realidad era —y continúa siendo— doloroso; si los chinos eran "inferiores" a la "raza" mexicana, tal como pregonaban los comités antichinos, ¿cómo explicar sus éxitos comerciales? Así, obviando esa cuestión, se prefería enfatizar la noción de que los chinos eran sucios, difundían plagas y corrompían a la sociedad al consumir y promover el consumo de opio.[68] Tal asociación de ideas llevó a que las políticas de prohibición tuvieran, sobre todo, un componente racista y xenófobo. Tal como señala Ricardo Pérez Montfort, el opio ingresó a la ilegalidad no por "los daños que pudiera causar al organismo", sino "porque era el hábito de un grupo étnico considerado inferior e indeseable".[69]

En tercer lugar, desde muy al principio de la década de los años veinte hubo presiones por parte de periódicos y grupos conservadores para aplicar medidas contra el consumo y tráfico de drogas en la Ciudad de México. Una mirada a las notas del periódico *Excélsior* de principios de junio de 1923, por ejemplo, da cuenta de los llamados que hacía la línea editorial del diario por comenzar las campañas "por el bien de la humanidad y el bien común" y contra el "vicio" que "destruye" a la "juventud de la ciudad".[70] La cuestión no es trivial; semanas después de esas notas, "el periódico de la vida nacional" señalaba con orgullo que había sido el contenido de sus reportajes lo que había convencido al general Álvaro Obregón de prohibir la importación de narcóticos a México.[71] Aunque la afirmación de *Excélsior* es exagerada, sí da cuenta de la relevancia de la prensa en afianzar el paradigma prohibicionista en México.

Además, los tiempos encajan: el decreto de Obregón se publicó en el *Diario Oficial* el 28 de julio de 1923.

Por último, ciertamente, influyó la presión de Estados Unidos y el compromiso mexicano por adoptar las primeras directrices internacionales firmadas en la Convención de La Haya de 1912 y ratificadas por el Senado mexicano en 1924. Es cierto, además, que existieron presiones por parte de los gobernadores del sur de Estados Unidos, de los consulados estadounidenses en el norte de México y por algunos congresistas para que México tomara medidas para impedir el tráfico de opio y cocaína en la década de 1910. Sin embargo, como escribí antes, la presión estadounidense no pareció ser tan relevante como se ha dicho para explicar los inicios de la prohibición en México. Esto no quiere decir, por supuesto, que más adelante Estados Unidos no fuera crucial en influir sobre el desarrollo de la política de drogas, pero eso, como se suele decir, es otra historia.

Los inicios del narcotráfico en México

¿Cuándo se empezó a traficar ilegalmente droga de México a Estados Unidos?

Siempre se pueden encontrar antecedentes para casi todo. Por ese motivo, una de las tareas más difíciles del historiador —o de cualquier persona que quiera entender *procesos* en lugar de *fechas* — es detectar el inicio *real* de algo; esto es, saber diferenciar entre anécdotas e historias aisladas y procesos bien definidos. Lo primero es una curiosidad; lo segundo es un hecho histórico. Así, aunque es posible que el opio crudo haya sido ilegalmente traficado a finales del siglo XIX, *grosso modo*, el narcotráfico en México empezó, años más, años menos, en 1910.

En 1910, *El Paso Herald*, con información de un agente de aduanas de la ciudad de El Paso, hablaba de "grandes cantidades de

opio" que llegaban a México a raíz del establecimiento de "servicio de buques de vapor entre el oriente y la costa oeste de México". Según la nota, la droga era después traficada por vía terrestre hacia Estados Unidos.[72] Otras notas de finales de 1911 del *Albuquerque Journal* refieren también "grandes cantidades" de opio traficadas en buques desde Macao, China, a México para luego ser transportadas a Estados Unidos.[73] Por las mismas fechas, *El Paso Herald* confirmaba que la mayoría del opio proveniente de China pasaba a Estados Unidos principalmente por la aduana de Ciudad Juárez, Chihuahua.[74] En 1911 un agente antinarcóticos del estado de California, después de tres meses de investigación encubierta en San Francisco, concluyó que la mayoría del opio que se consumía en esa ciudad venía de México. Él mismo había hablado con un soldado estadounidense que traficaba por un dólar la lata de opio (*first class opium*). Según este informante, en México las latas se podían comprar por 14 dólares y vender en 30 en San Francisco.[75]

Más allá de estas y otras referencias, la primera evidencia real que conozco de narcotráfico data de enero de 1912. Se trata de un cargamento de opio dirigido a un ciudadano chino y decomisado en Ciudad Juárez; era opio importado que había sido descargado semanas atrás en el puerto de Manzanillo.[76] A partir de 1914 se empieza a hablar de cruces diarios de opio entre México y Estados Unidos.[77]

A juzgar por los reportes aduanales, no fue en Tijuana donde ocurrieron los primeros cruces ilegales, sino en la frontera que separa Mexicali y Calexico, por entonces poblaciones con menos de mil habitantes. Más hacia el este, Ciudad Juárez, Matamoros, Piedras Negras y Laredo se constituyeron en importantes puntos de tráfico de narcóticos de México a Estados Unidos.[78] Otro punto clave de exportación de opio fue el puerto de Ensenada, centro neurálgico para el comercio chino que se extendía por toda la ruta marítima que comenzaba en Vancouver y transitaba por San Diego, Ensenada,

Salina Cruz, Panamá y terminaba en Lima. Las ganancias del tráfico de opio no eran menores. Según un periódico de 1914, una libra de opio (450 gramos), que podía conseguirse en México por unos seis dólares, era revendida en Estados Unidos por unos cincuenta dólares.[79] Al final de esa década se calculaba que el valor del negocio del opio era de al menos un millón de dólares anuales.[80]

Mucho se ha dicho que fueron los chinos quienes empezaron el tráfico de drogas de México a Estados Unidos. Esto es parcialmente verdad, y por tanto, parcialmente falso.

Es verdad que muchos ciudadanos chinos se involucraron tempranamente en el tráfico de drogas. Tenían al menos dos ventajas sobre otras comunidades. Para empezar, mantenían una red de contactos y vínculos raciales con comunidades en el oeste de Estados Unidos. Es decir, tenían, por así decirlo, la mesa puesta para comenzar una red de tráfico de drogas basada en lazos familiares que daba certidumbre en un negocio que ya se avizoraba como riesgoso. En segundo lugar, eran poseedores de conocimientos quizás inaccesibles para el resto de la población: sus antepasados habían cultivado adormidera y estaban al tanto de las mezclas y preparados que podían realizarse a partir del opio.

En referencia a esto, Ion Grillo, el periodista británico que escribió un estupendo recuento de la historia del narcotráfico en México, da en el clavo cuando señala la paradoja de que de la misma manera en que los británicos desafiaron la prohibición china, los chinos hicieron lo mismo con la estadounidense.[81] Sin embargo, sería un error pensar que los chinos monopolizaron el negocio o que estos podían trabajar sin la complicidad, respaldo, silencio o ayuda de las autoridades y la población en México y Estados Unidos.

El contrabando no conoce nacionalidades ni grupos raciales. No fue exclusivo de los chinos a principios el siglo XX como tampoco lo fue de los colombianos en la década de los años noventa y no lo es de los sinaloenses hoy. Los mercados ilegales presentan

oportunidades que diferentes individuos aprovechan o no tras valorar su contexto inmediato: sus relaciones familiares, su acceso al producto, el costo de oportunidad.

Esta reflexión viene a cuento porque es necesario puntualizar que ciudadanos estadounidenses también participaron activamente en el tráfico de narcóticos y, en muchos sentidos, antecedieron a los chinos. De hecho, uno de los primeros sospechosos de traficar droga a Estados Unidos por Laredo fue un ciudadano estadounidense llamado Minnie Bishop. Fue capturado en marzo de 1915 por intentar traficar pequeñas cantidades de morfina y cocaína hacia dicha ciudad.[82] Ese mismo año otros personajes con nombre y apellido claramente anglosajón fueron arrestados y multados por intentar cruzar tabletas de morfina y latas de opio crudo. Los narcóticos que pasaban por el sur de Texas tenían como destino final ciudades tan lejanas como Chicago y San Luis, lo que habla de redes de tráfico de drogas ciertamente complejas y manejadas por ciudadanos estadounidenses sin aparente relación con comunidades chinas.[83] Al parecer, uno de los traficantes más importantes de finales de la década de 1910 era un ciudadano ¡británico! capaz de mover cientos de kilogramos desde Europa al puerto de Salina Cruz y luego por vía terrestre a Estados Unidos.[84]

Sabemos, gracias a estadísticas del gobierno de Baja California provistas al consulado estadounidense en Mexicali, que en esa ciudad, entre el primero de enero de 1922 y el 15 de junio de 1923 se realizaron 508 arrestos por tráfico o consumo de drogas. La nacionalidad de los arrestos es sumamente interesante. De ese total, 184 eran ciudadanos estadounidenses (18 fueron catalogados como negros), 182 eran ciudadanos chinos, 135 mexicanos, cinco españoles y dos franceses.[85] En contraste con Mexicali, en la ciudad de Tijuana solo se realizaron 51 arrestos en el mismo periodo, y la mayoría eran ciudadanos de Estados Unidos o de México.[86] Llama la atención que solo tres chinos fueran arrestados por tráfico de drogas

en Tijuana. En la mayoría de los casos, tanto en Mexicali como en Tijuana, las acusaciones son por consumir o traficar opio, morfina y, en menor medida, cocaína y marihuana.

Sabemos, gracias a los archivos, que desde muy temprano las autoridades mexicanas fueron muy hábiles para identificar al narcotráfico como una actividad de la que se podían obtener enormes beneficios y para explotar al máximo la inercia inicial de los chinos. El caso más paradigmático es el de nuestro ya conocido Esteban Cantú Jiménez, gobernador del actual estado de Baja California entre 1915 y 1920.

Cantú jugó la doble estrategia de, por un lado, avanzar la prohibición de opio al mismo que tiempo que creó una industria formal e informal de comercio, consumo y exportación de opio en Mexicali. En concreto, Cantú aprovechó un recoveco en la legislación mexicana (en 1915 aún no había ley federal contra la importación de opio) para generar un "impuesto de patente a fábricas de opio y pago de derechos por importación del narcótico" bastante similar al utilizado en Baja California para las fábricas de aguardiente.[87] Según la lógica de Cantú, ante la imposibilidad de prohibir y combatir el consumo de opio que se llevaba a cabo, según sus palabras, entre "la raza amarilla" y en "casa de ciudadanos chinos", lo mejor era fiscalizar el negocio.[88] Así, el gobierno de Cantú Jiménez comenzó a cobrar mensualmente a las "fábricas" que procesaban opio (con una tasa especial para los que "purificaban" más de 250 kilos mensuales), a los individuos que importaban y, más importante, a los operadores de al menos ocho fumaderos distribuidos entre Tijuana, Mexicali y Ensenada.[89] Además, Cantú cobró impuestos a todas las actividades relacionadas con el comercio de alcohol, juegos de azar y prostitución.

La doble lógica de, por un lado, incentivar este tipo de negocios y, por otro, fiscalizarlos, tuvo tres efectos muy concretos.[90] En primer lugar, resolvió el efecto de la carestía económica que

abrumaba a Baja California. Durante su mandato, sucedido en plena Revolución mexicana, la región se convirtió en un oasis de crecimiento económico basado en enormes proyectos agropecuarios.[91] No es un tabú que los impuestos de la "industria del vicio" ayudaron a pagar soldados, garantizar cierto orden público y, según algunos autores, mantener a raya las ambiciones expansionistas de Estados Unidos.[92] En segundo lugar, convirtió a Mexicali, y más en concreto a la "Chinesca", el barrio chino de la ciudad, en uno de los destinos favoritos para los turistas estadounidenses. Y, más importante, enriqueció terriblemente a Cantú.[93]

En 1916 el gobierno de Venustiano Carranza prohibió la importación de opio para fumar. El gobierno de Cantú oficialmente revocó las licencias otorgadas, pero no se resistió a continuar cobrando por otorgar permisos y concesiones para todo lo relativo al opio. Como he dicho, Cantú siguió organizando el tráfico de droga en los puertos de Baja California, y vendiendo permisos para construir fumaderos y traficar todo tipo de drogas.[94] Por si fuera poco, se le acusaba directamente de ser un adicto a la morfina. La cantidad de inyecciones de morfina, señala un informe "proveniente de una fuente importante", le habrían provocado hematomas en piernas y brazos.[95]

En 1919 Cantú, a través de un emisario, había intentado negociar con un líder del movimiento prohibicionista de Estados Unidos el establecimiento de algo así como una "zona seca" en la frontera. Eso implicaría prohibir el expendio de bebidas y otros negocios al menos en unas veinte millas hacia el sur. A cambio, sin embargo, pedía que los prohibicionistas le dieran "personalmente" cuatrocientos mil dólares al año como compensación por el medio millón de dólares que ahora ganaba gracias a la "bebida" y a sus "industrias asociadas".[96]

¿Cuánto dinero hizo Cantú a partir del tráfico de drogas? Si se le compara con otras autoridades locales y estatales, ¿fue Cantú la excepción o la regla? Son preguntas para responder en nuevas investigaciones. Lo que sí sabemos es que el caso Cantú dinamita la hipótesis de que *fueron los chinos los únicos precursores del narcotráfico en México*. Ciertamente, parte de la comunidad china participó de forma activa en la construcción de las primeras redes de tráfico de opio, pero estas jamás podrían haber sido exitosas si no hubieran sido respaldadas e incluso fomentadas desde distintos enclaves del Estado mexicano.

[1] Robert Lansing a Secretary of the Treasury, 16 de octubre de 1916, RG 59 812.114/ Narcotics 12, NARA.

[2] W. B. Evans a Collector of Customs in Los Angeles, 12 de octubre de 1916, RG 59 812.114/ Narcotics 13, NARA.

[3] F. T. Johnson a Collector of Customs in Los Angeles, 29 de septiembre de 1916, RG 59 812.114/ Narcotics 12, NARA.

[4] José Domingo Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México (1912-1961)" (tesis de doctorado, UNAM, 2018), 52.

[5] Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México", 53.

[6] Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México", 53-58.

[7] Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México", 37.

[8] Isaac Campos, *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2012), 8.

[9] Es un lugar común señalar que la denominación náhuatl para el cannabis era, precisamente, *pipiltzintzintli*. Sin embargo, nuevas investigaciones han presentado suficiente evidencia para sugerir que no hay vínculo entre ambas plantas.

[10] Alexander E. Dawson, *The Peyote Effect: From the Inquisition to the War on Drugs* (Oakland: University of California Press, 2018), 2-3.

[11] Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México", 97.

[12] Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México", 98.

[13] Campos, *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs*, 52-53.

[14] Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México", 108.

[15] Campos, *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs*, 82.

[16] Sobre los usos adivinatorios en comunidades otomíes, véase Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México", 132.

[17] Ricardo Pérez Montfort, *Tolerancia y prohibición: Aproximaciones a la historia social y cultural de las drogas en México (1840-1940)* (México: Debate, 2016), cap. IV.

[18] Campos, *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs*.

[19] Academia Farmacéutica de la Capital de la República, *Farmacopea mexicana formada y publicada por la Academia Farmacéutica de la Capital de la República* (México: Imprenta de Manuel de la Vega, 1846).

[20] José Domingo Schievenini y Carlos A. Pérez Ricart, "Pasado y presente de los usos medicinales del cannabis en México", *Redes* 26, núm. 50 (2020): 115-145.

[21] Schievenini, "La criminalización del consumo de marihuana en México", 142.

[22] Campos, *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs*, cap. 4.

[23] Por poner dos ejemplos: Richard J. Bonnie y Charles H. Whitebread II, *The Marijuana Conviction: A History of Marijuana Prohibition in the United States* (Charlottesville: University Press of Virginia, 1974), 42-43; David Musto, *La enfermedad americana: Orígenes del control antinarcóticos en Estados Unidos* (Bogotá: Tercer Mundo, 1993).

[24] Nick Johnson, "American Weed: A History of Cannabis Cultivation in the United States", *EchoGéo* 48 (2019): 4.

[25] Dale H. Gieringer, "The Forgotten Origins of Cannabis Prohibition in California", *Contemporary Drug Problems* 26 (1999): 239.

[26] H. H. Kane, "A Hashish-House in New York", *Harper's Monthly*, 1883.

[27] Gieringer, "The Forgotten Origins of Cannabis Prohibition in California", 243.

[28] Isaac Campos, "Mexicans and the Origins of Marijuana Prohibition in the United States: A Reassessment", *The Social History of Alcohol and Drugs* 32 (2018): 14.

[29] Johnson, "American Weed"; Campos, "Mexicans and the Origins of Marijuana Prohibition in the United States".

[30] La adormidera (*Papaver somniferum*) es solo una de las más de cincuenta especies de amapola (especie *Papaver*). La adormidera es la planta cuya savia exudada es la base para la producción de opio y derivados.

[31] Existe un largo debate historiográfico sobre los orígenes del opio. Para esto recomiendo la lectura de Lucy Inglis, *Milk of Paradise: A History of Opium* (Londres: Picador, 2018); Mark David Merlin, *On the Trail of the Ancient Opium Poppy* (Nueva Jersey: Fairleigh Dickinson University, 1984).

[32] Antonio Escohotado, *Historia general de las drogas* (Madrid: Espasa, 1998), 73.

[33] Escohotado, *Historia general de las drogas*.

[34] Peter Andreas, *Killer High: A History of War in Six Drugs* (Nueva York: Oxford University Press, 2020), 142-143.

[35] David Musto, "Pautas en el abuso de drogas y la respuesta en los Estados Unidos", en *El combate a las drogas en América*, ed. por Peter H. Smith (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 68.

[36] Desde 1729 se había prohibido en China la importación de opio.

[37] Inglis, *Milk of Paradise*, 202. Los números deben leerse con cautela; otras fuentes señalan que el consumo frecuente de opio no superaba el 6% entre la población adulta a inicios del siglo XX. Véase David T. Courtwright, *Forces of Habit: Drugs and the Making of the Modern World* (Cambridge: Harvard University Press, 2001), 33.

[38] Inglis, *Milk of Paradise*, 219.

[39] Jason Oliver Chang, *Chino: Anti-Chinese Racism in Mexico, 1880-1940* (Champaigne: University of Illinois Press, 2017), 35.

[40] Inglis, *Milk of Paradise*, 223.

[41] Chang, *Chino: Anti-Chinese Racism in Mexico*, 53. Naturalmente la presencia de población china en México es anterior y se remonta al siglo XVII. El primer movimiento migratorio significativo ocurrió en 1864 cuando cientos de chinos fueron contratados para trabajar en el tendido de rieles y otras obras asociadas a la industria ferrocarrilera.

[42] Chang, *Chino: Anti-Chinese Racism in Mexico*, 11-13.

[43] Froylán Enciso, "The Origin of Contemporary Drug Contraband: A Global Interpretation from Sinaloa" (tesis de doctorado, Stony Brook University, 2015), 22.

[44] Véase, por ejemplo, Herberto Sinagawa Montoya, *Sinaloa: Historia y destino* (Culiacán: Editorial Cahita, 1986).

[45] Luis Astorga, *Mitología del "narcotraficante" en México* (México: Plaza y Valdés, 1995), 51.

[46] Paul Gootenberg, *Andean Cocaine: The Making of a Global Drug* (Chapel Hill: University of North Carolina, 2009), 19.

[47] Courtwright, *Forces of Habit*, 46.

[48] Richard H. Friman, "Germany and the Transformation of Cocaine, 1880-1920", en *Cocaine: Global Histories*, ed. por Paul Gootenberg (Londres: Routledge, 1999), 83-104.

[49] Joseph F. Spillane, "Making a Modern Drug: The Manufacture, Sale and Control of Cocaine in the United States, 1880-1920", en *Cocaine: Global Histories*, ed. por Paul Gootenberg (Londres: Routledge, 1999), 25.

[50] Spillane, "Making a Modern Drug", 44.

[51] Marcel De Kort, "Doctors, Diplomats, and Businessmen: Conflicting Interests in the Netherlands and Dutch East Indies, 1860-1950", en *Cocaine: Global Histories*, ed. por Paul Gootenberg (Londres: Routledge, 1999), 124.

[52] Steven B. Karch, *Brief History of Cocaine* (Nueva York: Taylor & Francis, 2005), cap. 9.

[53] De Kort, "Doctors, Diplomats, and Businessmen", 30.

[54] Steven B. Karch, "Japan and the Cocaine Industry in Southeast Asia, 1864-1944", en *Cocaine: Global Histories*, ed. por Paul Gootenberg (Londres: Routledge, 1999), 149.

[55] De Kort, "Doctors, Diplomats, and Businessmen", 132.

[56] La noción de "régimen global de prohibición" la tomo de Ethan Nadelmann, "Global Prohibition Regimes: The Evolution of Norms in International Society", *International Organization* 44, núm. 4 (1990): 479-526.

[57] Liga de las Naciones, "International Opium Convention", *The American Journal of International Law* 6, núm. 3 (1912): 177-192.

[58] David R. Bewley-Taylor, *The United States and International Drug Control 1909-1997* (Nueva York: Pinter, 1999), 16.

[59] Michael N. Gomila y Robert D. Hanser, "The War on Drugs: A Review of U.S. Drug Policy", en *Flawed Criminal Justice Policies: At the Intersection of the Media, Public Fear and Legislative Response*, ed. por Frances P. Reddington y Gene Bonham (Carolina del Norte: Carolina Academic Press, 2012), 26.

[60] Joseph D. McNamara, "The Drug War: The American Junkie", en *Drug War Deadlock: The Policy Battles Continues*, ed. por Laura E. Huggins (Stanford: Hoover Institution Press, 2005), 106.

[61] Departamento de Salubridad Pública, "Disposiciones sobre el cultivo y comercio de productos que degeneren la raza", *DOF*, 15 de marzo de 1920.

[62] Secretaría de Hacienda y Crédito Público, "Decreto prohibiendo la importación de drogas heroicas", *DOF*, 28 de julio de 1923.

[63] Carlos Macías Richard, *Vida y temperamento: Plutarco Elías Calles, 1877-1920* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

[64] Emilio Portes Gil, "La campaña contra el alcoholismo: Iniciativa presidencial", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* 42, núm. 1 (1930): 5-7.

[65] Sobre las sociedades de temperancia recomiendo leer Autrique Escobar, "Los orígenes de los movimientos prohibicionistas del alcohol y las drogas".

[66] Robert Marshall Buffington, "Prohibition in the Borderlands: National Government-Border Community Relations", *Pacific Historical Review* 63, núm. 1 (1994): 24.

[67] Chang, *Chino: Anti-Chinese Racism in Mexico*, 99-104.

[68] Ana Luz Ramírez Zavala, "La justificación higiénico-sanitaria en la campaña antichina, 1924-1932", *Letras Históricas* 14 (2016): 159-183.

[69] Ricardo Pérez Montfort, "Historias primigenias", *Nexos* 67 (2000): 27-39.

[70] George T. Summerlin, "Campaign against Traffic in Narcotics Inaugurated by the Newspapers in Mexico and Containing Extracts from Articles Appearing in *Excelsior*", 8 de junio de 1923, RG 59 812.114/ Narcotics 73, NARA.

[71] George T. Summerlin a Secretary of State, 27 de julio de 1923, RG 59 812.114/ Narcotics 79, NARA.

[72] "Rewards from Government to Catch Smugglers", *El Paso Herald*, 4 de marzo de 1910.

[73] "Smuggling Opium via Mexico: Officer Busy", *Albuquerque Journal*, 26 de noviembre de 1911.

[74] "Opium Trust Forsakes Juárez", *El Paso Herald*, 29 de noviembre de 1911.

[75] "Months Spent in Underworld to Trap Drug Sellers", *The San Francisco Call*, 27 de noviembre de 1911.

[76] Marion Letcher a State Department, "Activities of Chihuahua Authorities in Suppressing Opium Traffic", 9 de enero de 1912, RG 59 812.114/ Narcotics 1, NARA.

[77] "Opium Smugglers Active: Daily Attempts to Bring Drug across Border from Mexico", *The Manning Times*, 17 de junio de 1914.

[78] Al respecto no hay evidencia contundente. Los datos que se tienen descansan en descripciones de la época. Para una muestra: James Sandos, "Northern Separatism during the Mexican Revolution: An Inquiry into the Role of Drug Trafficking, 1910-1920", *The Americas* 41, núm. 2 (1984): 199-200.

[79] "Opium Smugglers Active along Mexican Border", *American-Statesman*, 12 de junio de 1914.

[80] "Bring Opium from Mexico", *The Boston Globe*, 28 de diciembre de 1919.

[81] Ioan Grillo, *El narco: En el corazón de la insurgencia criminal mexicana* (México: Tendencias, 2012), 53.

[82] George T. Díaz, *Border Contraband: A History of Smuggling across the Rio Grande* (Texas: University of Texas Press, 2015), 90.

[83] Díaz, *Border Contraband,* 91.

[84] "Bring Opium from Mexico".

[85] Henry C. von Struve a Secretary of State, "Convictions for Violations of Narcotic Laws", 5 de julio de 1923, RG 59 812.114/ Narcotics 76, NARA.

[86] Von Struve a Secretary of State, "Convictions for Violations of Narcotic Laws".

[87] Zinnia V. Capó Valdivia, "Clandestinidad, fiscalidad y tolerancia: El opio en el discurso oficial, Mexicali, México 1915-1916", *Culturales* III, núm. 2 (2015): 84.

[88] Capó Valdivia, "Clandestinidad, fiscalidad y tolerancia", 87.

[89] Capó Valdivia, "Clandestinidad, fiscalidad y tolerancia", 98-99.

[90] Una hipótesis, bastante sugerente, planteada por el académico James A. Sandos, señala que el tráfico de drogas proveyó de una base financiera a los proyectos de autonomía regional en el norte de México. Véase Sandos, "Northern Separatism during the Mexican Revolution".

[91] Harry Carr, "The Kingdom of Cantú: Why Lower California is an Oasis of Perfect Peace in Bloody Mexico", *Sunset* 37, núm. 3 (1917).

[92] Joseph Richard Werne, "Esteban Cantú y la soberanía mexicana en Baja California", *Historia Mexicana* 30, núm. 1 (1980): 29-30.

[93] El mejor estudio que conozco sobre el periodo es el de Eric Michael Schantz, "From the Mexicali Rose to the Tijuana Brass: Vice Tours of the United States-

Mexico Border, 1910-1965" (tesis de doctorado, University of California, 2001).

[94] Evans a Collector of Customs in Los Angeles.

[95] Collector of Customs in Los Angeles, 26 de diciembre de 1917, RG 59 812.114/ Narcotics 19, NARA.

[96] Walter F. Boyle a Secretary of State, "Lower California May Go Prohibition; Provided the Price Is Paid", 28 de marzo de 1919, RG 59 812.114/ Liquors 8, NARA.

Capítulo 3

Los años veinte o cuando los cónsules se volvieron detectives

Frank Bohr odiaba el calor, la "industria del vicio" y también a los mexicanos.[1] Por eso suponemos que no habrá recibido con gusto su nombramiento como cónsul estadounidense en Mexicali en agosto de 1925. Bohr llevaba seis años trabajando como cónsul en la provincia de Cienfuegos, Cuba, e ir a Mexicali era probablemente lo peor que le podía pasar en su carrera como diplomático. A él y a cualquier otro puritano.

Mexicali era el centro del vicio. Por esa época, entre Mexicali y su ciudad hermana en Estados Unidos, Calexico, vivían unas 13 mil personas.[2] Además del calor que fácilmente supera los 45 grados centígrados cualquier día de verano, ambas ciudades tenían —como tienen ahora— una vida compartida; la línea fronteriza no evitaba que sus habitantes vieran la región como una sola unidad; vivían, trabajaban y morían entre las dos ciudades. Una cosa, sin embargo, las distinguía: mientras Calexico era una ciudad "seca" desde 1902, en Mexicali la industria del vicio era boyante.

Calexico había sido una de las ciudades precursoras de la ley seca que finalmente se terminaría de establecer a nivel federal en Estados Unidos en 1920. Esto incluía la prohibición de la venta, producción y transporte de bebidas alcohólicas. En Calexico, como en el resto de Estados Unidos, cerraron muchos negocios asociados

a la llamada industria del vicio, incluyendo los bares, las casas de apuestas y los burdeles. Algunos de los dueños iniciaron una nueva vida en otras industrias, y otros, quizás la mayoría, pasaron a la clandestinidad para abastecer la enorme demanda en el mercado negro que continuó existiendo en Estados Unidos muy a pesar de la prohibición. Pero otros, algunos pocos, buscaron nuevos horizontes para mudar sus negocios; no había que mirar muy lejos: el horizonte estaba del otro lado de la frontera.

Como consecuencia de la inversión estadounidense y aprovechando que en México no hubo ley seca a nivel federal, en muy pocos meses comenzaron a establecerse "distritos del vicio" en prácticamente todas las ciudades de la frontera, incluyendo Mexicali, Nogales, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y Tijuana. Este último lugar, apenas un pueblo de cuatrocientos habitantes en 1910, pero que diez años después sería considerado por un alto funcionario estadounidense —no sin cierta exageración— como "uno de los centros turísticos más infames del hemisferio occidental".[3] Un compatriota suyo afirmó que en esa ciudad no había siquiera un negocio que en Estados Unidos pudiera clasificarse como legal.[4] No era para tanto, o tal vez sí. Tan solo en Tijuana, el número de *saloons* (ese era el vocablo de la época) pasó de treinta a sesenta solamente entre 1920 y 1924.[5] En ellos, según el tamaño, se hacían apuestas ilegales, se consumía droga y se daba rienda suelta a la prostitución. La mayoría de los consumidores eran soldados, comerciantes o millonarios estadounidenses que buscaban en México la diversión que ya no podían encontrar en su país. Entre los visitantes regulares a los *saloons* de Tijuana —y a su recién creado hipódromo— hubo dos personas clave en la historia del crimen organizado en Estados Unidos: Bugsy Siegel y Al Capone, nombres que volveremos a leer en este libro en otros capítulos.[6]

En Tijuana pululaban el crimen, los apostadores y los adictos, pero también el dinero y la fama. En Mexicali, a menos de 150

kilómetros en línea recta hacia el este, pululaban también el crimen, los apostadores y los adictos, pero había poco dinero y nada de fama que perseguir.

A diferencia de Tijuana, en Mexicali la industria del vicio no se había desarrollado de un día para otro. En Mexicali se combinaron varios factores que explican su prematuro desarrollo: la temprana prohibición del alcohol en Calexico, la demanda popular de los trabajadores agrícolas de su muy fértil valle, la enorme proporción de ciudadanos chinos y el legado de Esteban Cantú, quien ya a mediados de la década de 1910 había permitido y amparado la construcción de la industria del vicio en esa ciudad.

Así, cuando el cónsul Frank Bohr llegó a Mexicali en 1925, estaban en apogeo las casas de apuestas, los palenques para peleas de gallos, los expendios de bebidas alcohólicas, los cabarets, los galgódromos, los burdeles, las fábricas de licor y, desde luego, los llamados —según el lenguaje oficial— "salones de recreo chino", donde todos, no solo ciudadanos chinos, podían conseguir prácticamente cualquier tipo de droga.

Con 104 cuartos y varias barras de bar en su interior, el burdel más importante de la ciudad era The Owl (El Tecolote). En sus momentos de esplendor bailaban unas sesenta mujeres, muchas de ellas apenas unas niñas. Competía con la Ballena Azul de Tijuana el dudoso honor de ser el bar más grande del continente.[7] The Owl se había quemado en 1922, pero a los pocos meses, a su alrededor, surgieron —como por generación espontánea— seis burdeles de igual tamaño. En 1924 un visitante estadounidense contó 36 cabarets y 12 prostíbulos.[8] Los bares y prostíbulos cerraban, abrían, cambiaban de dueños y de nombre, pero aseguraban que la fiesta continuase.[9]

El distrito rojo de la ciudad estaba justamente enclavado en la Chinesca, el barrio chino de la ciudad. A sus fumaderos asistían con regularidad turistas estadounidenses desde los tiempos de Cantú.[10]

En todos ellos se podía conseguir droga, y Frank Bohr no entendía por qué las autoridades mexicanas no hacían nada al respecto, pero, sobre todo, por qué el Departamento de Estado de su país no presionaba más a las autoridades mexicanas para impedir su venta. Así que decidió hacer algo al respecto: fungir, al menos por una noche, como agente antinarcóticos. Bohr buscaba evidencia. Quería demostrar al Departamento de Estado —y a todo aquel que quisiera escuchar— no solo lo sencillo que era conseguir drogas en Mexicali, sino la falta de interés de la policía por hacer algo al respecto. Estaba en rebeldía.

Una noche clara de febrero de 1927 salió, junto con otro trabajador del consulado, rumbo a la Chinesca para visitar y documentar su experiencia en uno de los fumaderos chinos del centro de Mexicali. No tenemos que imaginar su visita; afortunadamente dejó un reporte muy puntual sobre su primera transfiguración como agente antinarcóticos *avant la lettre*.

El fumadero, una frágil casa de madera de un solo piso, estaba localizado en el callejón trasero del cabaret Mexicali y de un casino chino. Al golpear la marquesina de la ventana asomó un vigilante de fenotipo chino quien, al ver a los visitantes, pidió una contraseña. El acompañante de Bohr respondió vigorosamente una sola letra: "Q". Había acertado. Era la clave para obtener un pequeño sobre con —supuesta— cocaína por el que los diplomáticos pagaron cincuenta centavos de dólar. A continuación, Bohr y su ayudante pasaron a un amplio cuarto en donde encontraron a unas 25 personas fumando opio de manera apacible. Les sorprendió el crisol de nacionalidades. En ese primer salón se encontraban "estadounidenses, negros, chinos y mexicanos".[11] Según la narración de Bohr, los diplomáticos repartieron la supuesta cocaína entre las personas del salón, mismas que, a modo de agradecimiento, les ofrecieron agujas hipodérmicas para inyectarse. Los diplomáticos rechazaron la oferta y estuvieron solo unos minutos más observando la dinámica de aquel sitio. Aunque según Bohr los administradores del lugar no reconocieron la

identidad de los diplomáticos, al poco tiempo sí comenzaron a sospechar por su extraña actitud.

Al fin Bohr y su acompañante decidieron salir, no sin antes ver que en otro cuarto los administradores vendían droga para que los "adictos" no tuvieran que salir del lugar. Los diplomáticos estaban a salvo, aunque quizás nunca estuvieron en riesgo. En su informe enviado al Departamento de Estado, Bohr concluyó que la única barrera de acceso al mercado de drogas en Mexicali era, si acaso, el precio.[12] Por lo demás, la droga estaba al alcance de cualquiera.

No sabemos si Bohr continuó con su trabajo de detective privado o si la experiencia lo alejó de la Chinesca para siempre. Sabemos, en cambio, a juzgar por sus reportes consulares, que, hasta el final de su periodo como cónsul en 1932, hizo todo lo que pudo para frenar la industria del vicio en Mexicali. Fue uno de los promotores de la política para cerrar todo el tráfico fronterizo a las nueve de la noche (y luego a las seis de la tarde), con el fin de impedir que los estadounidenses viajaran a Mexicali a "empaparse del vicio", y denunció la cooptación de la policía de la ciudad por parte de los dueños de bares y prostíbulos de la ciudad.[13]

Su historia ilustra la necesidad de los cónsules estadounidenses y otros diplomáticos por conseguir información sobre el tráfico de drogas en México. Todavía en la década de los años veinte eran pocos los policías estadounidenses que cruzaban la frontera sur para averiguar e investigar. El trabajo de investigación lo tenían que hacer, por lo tanto, los cónsules. Ellos eran los agentes antinarcóticos.

Los cónsules

En la década de los años veinte los cónsules estadounidenses de las ciudades del norte y noroeste de México tenían mucho que hacer,

poco dinero y demasiado calor.

Su función era la de proteger los intereses comerciales de sus ciudadanos en un escenario complicado: levantamientos armados, gobiernos inestables y la latente posibilidad de un enfrentamiento bélico.[14] Gracias a sus reportes mensuales y cartas —en su momento archivadas por el Departamento de Estado— sabemos que muchos de ellos no solo estaban al tanto del tráfico de drogas en sus comunidades, sino que, en algunos casos, hicieron lo posible para detenerlo: presionaron a gobiernos municipales y estatales, enviaron cartas urgentes a Washington D. C. en búsqueda de apoyo, filtraron información a periódicos y, en algunos casos, como Frank Bohr, se reconvirtieron en detectives.

La principal fuente de información de los cónsules era la que proveían los pocos ciudadanos estadounidenses que vivían en México o cuyo comercio con mexicanos les hacía visitar con regularidad comunidades de Baja California, Sonora y Sinaloa. Con sorprendente frecuencia estos enviaban extensos reportes a sus consulados respectivos o filtraban información a periódicos regionales del suroeste de Estados Unidos que publicaban notas alusivas al incipiente tráfico de drogas en México. El común denominador eran las acusaciones de corrupción rampante de todas, o casi todas, las autoridades locales.

La segunda fuente de información venía directamente de Estados Unidos. Se trataba de agentes aduanales de ese país que, al confiscar algún envío o iniciar una investigación, se ponían en contacto con los consulados en México para confirmar o desmentir sospechas, teorías conspirativas e incertidumbres.

Los cónsules de Guaymas, Nogales, Mexicali y Juárez fueron especialmente activos. No se contentaban con recibir los reportes. *Motu proprio* viajaban a las zonas de producción de opio, verificaban y contrataban información y enviaban informes detalladísimos al Departamento de Estado. Mucho de lo que sabemos del narcotráfico en México es gracias a sus reportes. Se trata de informes clave para

responder a tres preguntas centrales que intentaré abordar a continuación: ¿cuáles fueron las ciudades y caminos neurálgicos para el narcotráfico en la década de los años veinte?, ¿dónde se encontraban los principales sembradíos?, ¿cómo se organizaba el tráfico de drogas?

La primera participación directa —que conozcamos— de un cónsul en un caso de investigación de narcotráfico en México tiene nombre, lugar y fecha: Marion Letcher, cónsul en la ciudad de Chihuahua entre 1911 y 1914.

En noviembre de 1911, Letcher había recibido información del agente especial del Departamento del Tesoro, Charles E. Lewis, asignado a una oficina en El Paso, en torno a la existencia de una red de contrabandistas de origen chino que traficaba opio desde los puertos de Colima y Manzanillo hasta Ciudad Juárez. Con base en los datos provistos por Lewis y en sus propias investigaciones, Letcher entró en contacto directo con el gobernador de Chihuahua, Aureliano González, para compartirle toda la información y urgirlo a tomar las medidas necesarias.

Aunque imaginamos que la información no fue del todo novedosa para el gobernador, al parecer la presión surtió efecto porque en enero de 1912 las autoridades mexicanas detuvieron al chino Ming Wo con un cargamento de opio con valor de más de ocho mil dólares. Letcher presumió que su participación había sido clave para resolver el asunto.[15] La noticia fue publicada el 6 de enero de 1912 con un titular que, con algunas variaciones, vamos a ver repetido por más de un siglo en los periódicos: "JUAREZ POLICE MAKE BIG OPIUM SEIZURE".[16]

Ciudades y caminos

A partir de los reportes consulares sabemos, por ejemplo, que en la década de los años veinte, Mexicali y Ensenada continuaron siendo centros neurálgicos del narcotráfico. La primera ciudad fue el cruce predilecto de contrabandistas de origen chino y la segunda el puerto donde eran importados narcóticos procedentes de Europa y Asia.

El puerto de Ensenada fungió como el centro de llegada de importantes cantidades de cocaína y heroína. La droga venía principalmente de barcos provenientes de Europa que cruzaban por el estrecho de Panamá y costeaban el Pacífico hasta llegar a los puertos de Sinaloa y Baja California. En 1923, por ejemplo, se hizo una importante confiscación en Ensenada de 151 pequeños frascos de heroína y cocaína, así como de varias latas de opio preparado descubiertas en el barco *Nayarit*.[17] Meses antes de ese decomiso se había hecho uno similar de heroína en el puerto de Mazatlán proveniente de Alemania. Según los informes de un cónsul estadounidense, esa red de tráfico de drogas era dirigida por un tal Federico Palacio, un personaje muy bien colocado en el gobierno de Baja California.[18]

¿Qué pasaba con la cocaína, heroína y opio crudo descargados en Ensenada y otros puertos del Pacífico como Manzanillo y Mazatlán? Los informes consulares nos dan una buena pista sobre dos formas centrales de contrabando. En algunos casos la droga era descargada en Ensenada y vuelta a embarcar en un navío más pequeño que viajaba directamente a California, específicamente a los puertos de San Pedro y San Francisco.[19] En otros casos, los narcóticos que no eran enviados vía marítima a Estados Unidos eran transportados por tierra a tres ciudades principales: Tijuana, Tecate y Mexicali.[20] De las tres ciudades la más relevante —a pesar de ser la más lejana de Ensenada— era Mexicali.

Cruzar la frontera de Mexicali a Calexico no era difícil. Mucho menos si se era mujer. Según un reporte de Henry C. von Struve, quien precedió a Frank Bohr en el consulado de Mexicali entre 1921

y 1925, la ausencia de funcionarias trabajando en las garitas aduanales de Calexico permitía que un buen número de mujeres cruzaran una y otra vez la frontera con cargamentos de droga pegados a su cuerpo sin ser revisadas físicamente.[21]

Otros reportes refieren a la línea fronteriza en su conjunto, en particular al área que va entre Tijuana y Mexicali, como una zona con poca vigilancia y mucha corrupción entre las autoridades aduanales. Por si fuera poco, a partir de 1925 comienzan a proliferar reportes de tráfico de drogas mediante pequeños aeroplanos en la región.[22] Para detenerlos e identificarlos antes de su despegue, Von Struve aconsejaba al Departamento de Estado enviar "agentes del servicio secreto" a México para operar en ambos lados de la frontera. Estos agentes, según Von Struve, podrían obtener información sobre operaciones de contrabando y cooperar con el Servicio de Aduanas y el de Inmigración.[23] Si el Departamento de Estado escuchó las suplicas de Von Struve no lo sabemos; de lo que sí tenemos certeza es que esos supuestos agentes del servicio secreto, si finalmente viajaron, no fueron muy efectivos, pues pistas clandestinas desde donde despegaban aviones cargados de droga emergieron pocos años después.[24]

Los reportes consulares de las ciudades del noreste de México son tan amplios como los de los cónsules del noroeste. Refieren a otras dos ciudades que comenzaban a constituirse como claves en la red de tráfico de drogas: Nuevo Laredo y Ciudad Juárez. Pero también señalan que Matamoros, curiosamente, fue una ciudad que no desarrolló una industria del vicio prominente y en la que pareciera no haber emergido el narcotráfico de forma tan boyante.[25] Aun así, en 1930 el vicecónsul de esa ciudad sí escuchó "rumores delicados" relacionados a la participación de personas que normalmente "no deberían estar conectadas al tráfico de drogas". Aconsejaba al Departamento de Estado enviar a un agente especial "con experiencia" a averiguar la veracidad de los rumores.[26]

Ciudad Juárez no se quedaba atrás de Mexicali y Tijuana en su reputación. A principios de la década de los años veinte, John Dye, el cónsul estadounidense en la ciudad se refirió a Juárez así: "[Es el] sitio más inmoral, degenerado y retorcido que haya visto o escuchado en mis viajes".[27]

Tras la prohibición del alcohol en Texas en 1918, Juárez había sido igualmente "invadida" por la industria de vicio a tal punto que se decía que para principios de la década de los años veinte la ciudad tenía la calle con más *saloons* en el mundo.[28] Lo cierto es que la fama de Juárez vino por el lado del contrabando ilegal de alcohol y narcóticos, a menudo perpetrado por los mismos grupos. A lo largo de la frontera con El Paso, se hicieron frecuentes los disparos y enfrenamientos entre la policía estadounidense y los traficantes mexicanos. Según un periódico estadounidense, entre 1924 y 1927 se habían llevado a cabo unas mil balaceras entre unos y otros. Con ello apenas se decomisaba, según aceptaban los propios funcionarios de aduanas, una décima parte del alcohol y droga traficada.[29]

Ciudad Juárez emergió como zona de preocupación para la prensa estadounidense tras el reporte del asesinato de una joven de 17 años originaria de El Paso. La chica habría sido asesinada tras asistir a una "fiesta de drogas" (*a dope party*) en Ciudad Juárez en febrero de 1923.[30] Como respuesta a ese suceso, la policía de la ciudad, presionada por todos lados, y en cooperación con la policía de El Paso, desplegó redadas contra las bandas de tráfico de droga de la ciudad. Como consecuencia de esta primera operación, fueron llevados ante la corte municipal de Juárez diez ciudadanos chinos y 24 estadounidenses, todos acusados por posesión de drogas o por fumar opio.[31] Tras un mes de redadas, la confiscación de morfina, cocaína, heroína, marihuana y opio crudo había llegado a tener un valor, según el cálculo quizás exagerado de la policía, de trescientos

mil dólares. La cantidad de marihuana era tal que podían haberse hecho dos millones de cigarros.[32]

Lo anterior nos habla de una plaza boyante para el tráfico de drogas y cuya relevancia solo aumentaría con el paso de los años. Para 1931, según escribió un "agente confidencial" del Departamento de Salubridad Pública, ya se traficaba "a gran escala" en "aeroplanos". Era, según sus palabras, "increíble" la forma en que se traficaba en la frontera.[33]

Hubo otras ciudades clave para el tráfico de drogas en la década de los años veinte. Con pocas excepciones todas ellas continuaron siendo relevantes en las décadas posteriores. Sobresalen: Nuevo Laredo, Agua Prieta, Casas Grandes, Parral y Chihuahua.[34] La geografía del narcotráfico ya estaba trazada.

Sembradíos

Así como los reportes consulares ayudan a entender bien cuáles eran los principales cruces de tráfico de drogas y qué tipo de violencia se generaba, también dan cuenta de la extensión y magnitud de los sembradíos de adormidera en el territorio mexicano.

Son varios los reportes sobre la proliferación de plantíos de adormidera en Sinaloa. Por ejemplo, en la primavera de 1925, mucho se habló del arresto de 11 ciudadanos de origen chino acusados de plantar adormidera, así como de manufacturar y procesar opio en Tamazula de Victoria, pequeña localidad en la frontera entre Durango y Sinaloa.[35] Un artículo de *El Demócrata Sinaloense* de abril de ese mismo año, da cuenta de la destrucción de cultivos de opio en Ahome —al norte del estado— de "no menos de cuatro mil metros cuadrados" propiedad del "acaudalado comerciante" chino Felipe Wong.[36] Por esas mismas semanas se habían descubierto plantíos en las cercanías de Culiacán, así como

en las afueras de Mazatlán.[37] Además de quemar los cultivos, las autoridades aprehendieron a "cinco chinos" quienes fueron puestos "a disposición del juzgado del distrito quien ya les instruye el proceso respectivo".[38] Todo lo anterior hace pensar que, para mediados de la década de los años veinte, ya los sembradíos de amapola estaban esparcidos en varios puntos de Sinaloa.

El otro centro importante de cultivo de adormidera en el país era Altar y sus alrededores, en el norte de Sonora. Desde mediados de la década de los años veinte hay reportes consulares que apuntan a la complicidad de las autoridades con los campesinos de la zona. Los informes indicaban que una buena parte del contrabando del opio cultivado en Sonora era traficado a Estados Unidos atravesando comunidades fronterizas como Sásabe, al oeste de Nogales.[39] Una nota de *La Gaceta*, periódico de Guaymas, del 22 de julio de 1927, refiere al descubrimiento de unas mil hectáreas de adormidera sembradas en el distrito de Altar.[40] Otros reportes de ciudadanos estadounidenses más o menos de la misma época sugieren que este tipo de estimaciones están fuera de toda proporción y que la mayoría de los cultivos no alcanzaban los cuatro mil metros cuadrados.[41] También en el valle del Yaqui se registró un buen número de sembradíos aparentemente controlados por ciudadanos de origen chino.[42]

Fueron precisamente reportes sobre la siembra de adormidera en Altar los que llamaron en 1924 la atención del cónsul de Nogales, Willis S. Hunt, y del agente antinarcóticos de la ciudad de San Francisco, Harry D. Smith. Este último inició una profunda investigación, misma que lo llevó a contactar con un informante llamado James B. Daly, residente en Phoenix, y cuya identidad debía permanecer en "estricta confidencialidad". Según un informe escrito por Smith, en uno de los viajes de su informante a México, Daly encontró sembradíos de adormidera en los alrededores de Pitiquito, Oquitoa y Caborca, tres localidades del norte de Sonora. Algunos de

estos sembradíos estaban localizados en las plantaciones algodoneras de un tal L. S. Cutting y eran cultivadas por pobladores chinos. En una oportunidad, Daly pudo hablar con uno de los chinos llamado Jim que le mencionó que vendía cada lata de opio entre 45 y 55 dólares. En total, Jim, quien se decía "arreglado" con el presidente municipal, esperaba ganar unos seis mil dólares en una sola temporada.[43] Según Daly, en Caborca había un médico japonés, graduado en Estados Unidos, cuya oficina estaba repleta de morfina y cocaína. Además de Daly, el agente Smith tenía otros informantes que le proveían datos sobre los cultivos de adormidera en el sur de Mazatlán. Smith terminaba su reporte ratificando que toda la información era auténtica y se mostraba listo para recibir instrucciones de su superior.[44]

Los cónsules presionaban a los gobiernos estatales a tomar medidas. Si bien la policía rural del estado de Sonora parecía haber comenzado a tomar acciones contra la mayoría de estos cultivos, un informante estadounidense en diciembre de 1928 confirmaba que los "plantíos financiados" por el exgobernador Alejo Bay (1923-1927) apenas habían sido tocados por la policía.[45]

Además de los ya mencionados cultivos en Sonora y Sinaloa, otros reportes consulares señalan sembradíos de amapola en los alrededores de la comunidad de San José del Conde (también conocido como Amado Nervo), al sur de Tepic, Nayarit. Al parecer eran propiedad de un ciudadano chino que buscaba transportar directamente unos treinta kilos de opio a Estados Unidos.[46]

No hay duda de que parte del opio producido en México durante los años veinte era dirigido al mercado estadounidense (un lugar clave para la distribución de la mercancía parece haber sido Torreón, en ese periodo, uno de los centros ferrocarrileros más importantes del país). Sin embargo, la evidencia apunta a que otra parte sustancial de la producción iba dirigida al consumo interno, principalmente a las comunidades chinas en Sonora (Cananea, María

Magdalena, Nogales), Coahuila (Torreón), Baja California (Mexicali) y Sinaloa (Mazatlán, Culiacán). La joya de la corona, sin embargo, era ya, la Ciudad de México.

En el centro histórico de la capital del país se concentró el consumo de opio de las comunidades chinas. A la capital no solo llegaba el opio producido a partir de la adormidera cultivada en el norte, sino, como confirmaron reportes consulares, también desde Veracruz el que se importaba directamente de Europa. Esto lo suponemos por un amplio reporte consular que explica cómo, en febrero de 1926, fueron confiscados en el puerto cincuenta kilogramos de opio y morfina en una de las cabinas del barco francés *S.S. Espagne*. Antes de anclar en Veracruz, el *S.S. Espagne*, proveniente de la Bretaña francesa, había hecho escala en varios puertos españoles y en La Habana.[47] El volumen de la droga requisada sugiere que México comenzaba a ser centro importante del narcotráfico internacional.

En la Ciudad de México, lo que realmente se extendió desde principios de la década de los años veinte entre "expresidiarios, rateros, soldados, prostitutas, individuos de clase media y jóvenes acomodados de la mejor sociedad" fue la marihuana.[48] Aunque de manera ilegal, la marihuana se podía conseguir con relativa facilidad. El precio de cada cigarro era de alrededor de veinte centavos. Según un recuento de la época que deja ver la temprana estigmatización del consumidor, la marihuana la vendían "curanderas y hechiceras popularísimas en los barrios viejos", "cocheros […] torteros de los prostíbulos y […] un grupo numerosísimo de parásitos sociales 'golfos desprotegidos' que se la viven en las cantinas y cafés de noche, y que para obtener alguna propina facilitan la yerba a los aficionados con dinero".[49]

La organización del tráfico de drogas

A pesar de notas periodísticas que señalan hacia otra dirección, los reportes consulares coinciden en que, con algunas pocas excepciones, no existía, por aquel entonces, delincuencia organizada tal como la conocemos ahora. La mayoría de los proyectos de tráfico de narcóticos eran empresas aisladas que, si bien eran facilitadas por autoridades locales, no parecen haber sido demasiado complejas. Con todo, como ya hemos revisado, sí hay registros de intentos por traficar varias decenas de kilogramos de drogas. Casos serios de lo que hoy conocemos como *cooptación institucional* hubo pocos, pero no fueron inexistentes. Es más preciso decir que hubo *algunos* circuitos institucionales capturados por intereses criminales. Ese matiz, creo, es relevante no solo para entender la historia del narcotráfico en México, sino también la formación del Estado mexicano en el siglo XX.

Está, desde luego, la experiencia de Esteban Cantú en Baja California y su control, casi monopólico —si bien por un periodo breve— sobre el tráfico de droga en el norte de ese territorio de la República (ver capítulo anterior). Está también la evidencia contrastada sobre la participación de Abelardo Rodríguez, presidente de México entre 1932 y 1934, en el contrabando de alcohol a Estados Unidos durante su etapa como gobernador del territorio de Baja California entre 1923 y 1929.[50] Menos clara es, sin embargo, la relación entre Rodríguez con los sembradores y traficantes de su estado. Igual de difusa es la información sobre el nivel de protección que supuestamente ofreció el gobernador de Sonora, Alejo Bay, entre 1923 y 1927, a ciertos propietarios de campos donde se cultivaba adormidera en su estado.

Respecto a la Ciudad de México, hay reportes más serios de cooptación institucional. El jefe de la Policía de Narcóticos, un tal Raúl Camargo, estuvo vinculado por lo menos a ocho casos de tráfico de drogas.[51] Camargo protegía (y extorsionaba) a miembros de la Lung Sing Tong, una organización china con ramificaciones criminales y con intereses en los fumaderos de opio y casas de juego

(pero de la que, a mi juicio, se ha exagerado su complejidad organizativa).[52] Lo cierto es que en la capital se podía conseguir con facilidad cualquier tipo de droga y que esta era ofertada por ciudadanos mexicanos sin ningún vínculo con las comunidades chinas. Prueba de ello es que, por ejemplo, en una de las mayores redadas llevadas a cabo por la Policía Sanitaria, a principios de la década de los años treinta, no hubiera ningún detenido con apellido chino.[53]

Reportes de corrupción en la policía antinarcóticos del DSP en la década de los años treinta eran la norma y apuntaban a los mandos más altos de la corporación. La embajada estadounidense tomaba nota de estos y se preguntaba si realmente podía confiar en los socios con los que trabajaba.[54] El grado de descomposición y corrupción de la policía en la Ciudad de México tocó su punto más alto un poco después, hacia finales de la década de los años treinta, con la constatación de que el capitán Luis de la Fuente, jefe de agentes de la policía de narcóticos, revendía la cocaína confiscada por la corporación.[55]

Ciudad Juárez, Chihuahua, sin embargo, fue el sitio donde con más claridad se dio un proceso de captura institucional; esto es, donde más claramente se puso el Estado al servicio del tráfico de drogas. En esa ciudad surgieron dos organizaciones más o menos fáciles de distinguir. Por un lado, la de Enrique Fernández, un antiguo chofer reconvertido en empresario, y de su compinche Ignacia Jasso González, la Nacha. Por otro lado, el clan de los hermanos Quevedo, uno de los cuales, Rodrigo, llegó a ser gobernador del estado en 1932.[56] Ambos grupos pelearon lo que quizás haya sido la primera "batalla por una plaza" en la historia de México.

La lucha entre el grupo de Fernández y los hermanos Quevedo fue, primero que todo, una disputa por la supremacía de la política juarense. Todo comenzó por la pelea por las concesiones de casinos,

bares y *saloons* en Ciudad Juárez; la confrontación luego pasó al campo del contrabando de alcohol y coches robados. Finalmente tocó el tema de las drogas. Unos y otros se disputaron el control de diferentes espacios de gobierno para avanzar sus intereses: compraron policías, extorsionaron alcaldes, manipularon a la policía y amenazaron a placer.[57] Las incipientes investigaciones sobre la violencia provocada por aquellos enfrentamientos sugiere que hubo asesinatos diarios y casos de masacre no muy diferentes a los que sufre Ciudad Juárez en la actualidad. Si la tarea del historiador es distinguir lo que permanece de lo que evoluciona, aquí todo permaneció. Nada nuevo bajo el sol.

Era el narcotráfico desde el gobierno. Sin embargo, prueba de que la organización del narcotráfico era local y no federal son los intentos —tímidos e insuficientes— del gobierno central por intervenir directamente en el problema del tráfico de drogas en Juárez. Al menos dos quedaron registrados en los archivos.

El primero tuvo lugar en el verano de 1928. Se trató del envío a Juárez del mayor Ignacio Dosamontes, agente del servicio secreto mexicano. A las pocas semanas de llegar a la frontera, Dosamontes concretó el arresto de dos ciudadanos rumanos y la confiscación de diez kilos de morfina, heroína y cocaína con un valor aproximado de unos 150 mil dólares. Se trató, en su momento, de la mayor confiscación de droga en la historia de México.[58] Los rumanos eran de la banda de Fernández y el dinero también.

En noviembre de 1928, Dosamontes ya estaba muerto. Había sido asesinado frente a la estación de tren de El Paso. "Estaba harto de tenerlo tras de mí", declaró su asesino, Juan Escontrías, un detective que muy probablemente trabajaba para la policía de Juárez, aliada al grupo de Fernández.[59] Según el cónsul Dye, el asesinato del agente secreto no fue sino un plan de los "criminales de Juárez por deshacerse de Dosamontes".[60]

El segundo intento del gobierno central por romper (¿o apropiarse?) de las redes de Ciudad Juárez llegó en 1931. Esta vez, el enviado fue uno de los policías más experimentados del país, el "agente confidencial" del Departamento de Salubridad Pública, Juan Requena.

Acompañado de un grupo de seis agentes encubiertos, y bajo la protección de los jefes militares de la zona, Requena realizó extensas investigaciones sobre redes criminales en los estados de Chihuahua, Durango, Coahuila y Veracruz. En la frontera norte colaboró con un agente antinarcóticos de Estados Unidos, R. A. Darling. Aquel trabajo policial resultó en la detención de varios "individuos que constantemente pasaban el puente internacional [a El Paso, Texas] y que se dedicaban al tráfico de drogas enervantes".[61] ¿Fue la colaboración policial entre Darling y Requena la primera de su tipo en la historia de ambos países? Es probable. Este capítulo, como se ve, está lleno de actos fundacionales.

Aquí, lo que interesa es, sin embargo, seguir la investigación de Requena. En un largo reporte sobre la situación en el norte del país, el agente informó sobre la existencia de una red criminal manejada al alimón por Antonio Wong Yin, presunto traficante chino, y el presidente municipal de Torreón, Francisco Ortiz Garza, compadre del gobernador del estado Nazario Ortiz Garza. Asimismo, Requena acusó al jefe de operaciones militares, el general Jesús García Gutiérrez, de colaborar estrechamente con Fernández en Ciudad Juárez.

Requena hizo muchas preguntas. La policía local comenzó a torpedear su investigación y vinieron las amenazas. Ante aquel panorama, Requena y otros agentes del DSP decidieron "suspender sus investigaciones hasta no recibir instrucciones, temiendo no tener el suficiente apoyo de las autoridades civiles y militares en el estado".[62] La investigación de Requena finalizó con la elaboración de una lista de casi ochenta personas presuntamente implicadas en el contrabando de narcóticos en el país, entre las que se encontraban

expresidentes municipales, legisladores, empresarios, varios extranjeros, Enrique Fernández, los Quevedo y la Nacha. El alcance de las investigaciones y los intereses que tocó el agente fueron de tal magnitud que derivaron en amenazas en contra suya. Entre los documentos del Archivo de Salubridad Pública se encuentra una nota anónima, en un pedazo de papel color ocre, en la que aún puede leerse en letra cursiva, como si fuera un mensaje desde lo más profundo de la historia: "Requena. Procure largarse si quiere vivir".[63]

La disputa por Juárez entre las dos bandas criminales de la entidad terminó en enero de 1934 con el asesinato de Enrique Fernández y un antiguo jefe de la policía de Chihuahua en la Ciudad de México a manos —qué paradoja— de otro expolicía de Juárez, presuntamente pagado por los Quevedo.[64] Al parecer, Fernández había viajado a la capital en busca de la protección de su exsocio, el presidente Abelardo Rodríguez.[65] De nada sirvió. En las semanas y meses siguientes, otros socios de Fernández fueron asesinados en lo que quizás fue la primera gran masacre del narcotráfico en México. Así comenzó la larga travesía para apropiarse de lo que se convertiría en uno de los centros del narcotráfico más importantes del país.[66]

¿Qué podemos concluir de los informes consulares y de las investigaciones de Dosamontes y Requena? Primero, que el narcotráfico era, en efecto, una práctica extendida en la década de los años veinte. En segundo lugar, que tenía una dimensión que, aunque compleja, no rebasaba los límites de lo local. En tercer lugar, que el gobierno central no parece haber estado involucrado en muchos de los nexos entre política y narcotráfico, que ya por entonces ocurrían en varias regiones de México. Por último, que la colaboración policial entre México y Estados Unidos, aun en sus inicios, era ya un proceso irreversible.

¿Cruzar la frontera? He ahí el dilema

¿Puede un policía del país X ejercer funciones policiacas en Y? ¿Bajo qué parámetros se permite a un policía de X cruzar la frontera con Y para perseguir a un sospechoso que se fuga porque sabe que en Y no va a ser perseguido, ya sea porque ese delito no existe o porque la autoridad es sencillamente incapaz? ¿Es el principio de soberanía territorial más importante que el de justicia? ¿Cómo conciliar el principio de justicia cuando existen dos concepciones diferentes en uno y otro lado de la frontera? ¿En qué medida debe ser la frontera el límite de la acción policiaca? Estas preguntas no solo rondan muchos de los debates académicos sobre seguridad internacional, sino que son cuestiones que tienen asidero en la realidad concreta de la relación entre México y Estados Unidos. Todas ellas subyacen a la cuestión sobre la legitimidad de las actividades de los agentes antidrogas en México y vienen de mucho tiempo atrás, pues no hemos terminado de resolverlas y acaso nunca lo hagamos. A principios de 2021, como varias veces en el pasado, el Congreso mexicano discutió estas mismas preguntas para reglamentar el papel de los agentes antinarcóticos en México. Un poco de historia, como siempre, quizás nos ayude a entender.

Después de la Independencia de México ocurrió un fenómeno bastante extraño y poco estudiado en la relación bilateral con Estados Unidos: un proceso de migración masiva del norte al sur que hoy parecería una locura. Específicamente, de cientos de trabajadores esclavos de los campos de algodón del sur de Estados Unidos; México era *the land of freedom*.[67] En México —pensaban— serían ciudadanos libres. Dos factores favorecían esta benigna —aunque inverosímil— interpretación: la abolición total de la esclavitud en México desde 1829 y la falta de un tratado de extradición. Se estima que para mediados del siglo XIX había unos cuatro mil exesclavos prófugos en México.

Desde Estados Unidos se organizaron expediciones de policías, cazarrecompensas, latifundistas y soldados con el objetivo de "recuperar a sus esclavos" escondidos en algunos de los pueblos del norte de México, donde no encontraron ni la libertad ni el trabajo imaginado; algunas de las expediciones fueron repelidas por las autoridades mexicanas con poca convicción y con menos éxito.[68] Según un político mexicano de la época, quienes cruzaban eran "piratas" que "violaban el territorio mexicano" y humillaban el "honor nacional".[69] Parecía dolerles más a autoridades y políticos mexicanos que "violaran" el territorio a seguir explotando a sus otrora esclavos.

En Estados Unidos surgieron las primeras voces pidiendo al gobierno de México firmar un tratado de extradición que permitiera un rápido proceso de devolución de prófugos.[70] Afortunadamente el gobierno mexicano se negó a tal ignominia.

A pesar de la guerra de 1846 y el consecuente desplazamiento de la frontera hacia el sur, el tema de la huida de prófugos continuó siendo motivo de desencuentro entre ambos países. Tras la abolición formal en Estados Unidos de la esclavitud en 1865 terminó el cruce de esclavos, pero continuó el de fugitivos acusados de perpetrar otros delitos. Sin embargo, el verdadero quebradero de cabeza para la relación México-Estados Unidos a partir de entonces y hasta finales del siglo XIX fueron las continuas escaramuzas que enfrentaban a los ejércitos de los dos países con las poblaciones apaches del este de Arizona y el noroeste de México.

El "problema apache" venía de lejos y se originó por el desplazamiento forzado de estas comunidades como consecuencia de la expansión hacia el oeste de los colonos mestizos y blancos. Como resultado de esto, los grupos apaches entraron en conflicto con comunidades de estadounidenses y mexicanos en ambos lados de la frontera. En toda la región proliferaron los casos de saqueo a pequeños pueblos, la captura de ganado y el ataque a caravanas.

Como respuesta al "problema apache", en 1882 Estados Unidos y México firmaron un primer acuerdo que autorizaba a tropas de ambos países cruzar la frontera —en casos de persecución directa— en regiones desérticas o sin poblar. Este acuerdo solo formalizó una práctica cotidiana. Se estima que en la década anterior al acuerdo, entre 1872 y 1882, soldados estadounidenses cruzaron el río Bravo unas 23 veces.[71] Cada uno de estos cruces suponía la inmersión de docenas y hasta cientos de soldados y policías en los estados de Coahuila o Sonora por semanas o incluso meses.

Los soldados que operaban en México, "como si estuvieran en su casa",[72] lo mismo asesinaban que capturaban prisioneros apaches —la mayoría de ellos con nacionalidad mexicana— y los llevaban de vuelta a Estados Unidos para ser juzgados y castigados. El gobierno de México guardó vergonzoso silencio hacia esas prácticas de secuestro extraterritorial que, veremos más adelante, continuaron las agencias antinarcóticos en México ya en el siglo XX. Esos apaches eran, que no se nos olvide nunca, ciudadanos mexicanos.

El acuerdo de 1882 estableció que los abusos cometidos por las tropas de Estados Unidos en México serían juzgados por tribunales estadounidenses, como si el delito hubiese sido cometido en Estados Unidos, y viceversa. Aunque, en principio, se permitían condiciones iguales para las tropas de ambos países, en realidad el acuerdo fue pensado y usado principalmente por tropas estadounidenses en México que, además, aprovecharon una interpretación bastante liberal del acuerdo para perseguir otros fugitivos: cuatreros, filibusteros, revolucionarios, desertores, asaltadores de trenes y contrabandistas.

Este acuerdo también descansaba en la premisa de que cualquier inmersión en territorio mexicano por parte de policías o militares estadounidenses tenía que darse "en caliente". En lenguaje policiaco, este tipo de operaciones se llaman *hot pursuit* y hacen referencia al derecho que tiene una autoridad de perseguir de manera directa e inmediata, aun fuera de su jurisdicción, a un sospechoso. Como es

natural, y como veremos en los siguientes capítulos, este mismo principio fue invocado varias veces en el siglo XX para permitir la operación de agentes antinarcóticos en México. La verdad, sin embargo, es que ese tipo de principios, como se mostró en las campañas contra los grupos apaches en el siglo XIX, solo son la puerta de entrada para intervenciones más estratégicas y largas.

Las campañas cumplieron sus objetivos: el desplazamiento forzado o la franca eliminación de los grupos apaches. Al hacerlo, proveyeron de evidencia y legitimidad a un discurso que algunos congresistas estadounidenses no tardaron en enarbolar para justificar la guerra contra las drogas: *es mejor atacar el problema en su zona de origen que esperarlo en la línea fronteriza; conviene ir al origen del problema, aun cuando eso vaya contra el derecho internacional*. En el siglo XIX la "fuente del problema" eran las tribus apaches, en el siglo XX las drogas provenientes de México.

Con todo, si las incursiones territoriales en México de *marshals* y *rangers* en el marco de las guerras apaches no fueron más amplias ni más profundas no fue por el temor al Ejército mexicano ni al legítimo reclamo diplomático. Si las campañas se mantuvieron temporal y territorialmente limitadas fue porque el Congreso de Estados Unidos y el Departamento de Estado, al buscar frágiles equilibrios internos, mantenían a raya las ambiciones de los generales de las campañas.[73] En ello encuentro otro paralelismo entre las campañas contra los apaches en el siglo XIX y las operaciones de los agentes antinarcóticos en el siglo XX. Lo que verdaderamente determina los límites y alcances de las burocracias militares o policiacas de Estados Unidos en México son los equilibrios y controles políticos de Washington, y no los insulsos reclamos desde Ciudad de México.

Ya exterminados o segregados en "reservas", los apaches dejaron de ser un tema en la conversación México-Estados Unidos. En el siglo XX ya no hubo más intervenciones a gran escala fuera de la

llamada "expedición punitiva" comandada por John J. Pershing entre marzo de 1916 y febrero de 1917 y que involucró a más de 12 mil soldados. Como resultado de aquel evento hubo varias escaramuzas militares: la más conocida de todas fue la batalla de El Carrizal en junio de 1916, breve refriega militar que tuvo como consecuencia el despliegue de más de 150 mil miembros de la Guardia Nacional de Estados Unidos en la frontera con México.[74]

Como antes, sin embargo, continuaron siendo frecuentes las intervenciones territoriales a pequeña escala por parte de soldados y policías estadounidenses en México. Era común que policías de ciudades como El Paso, San Diego, Calexico y otros pueblos fronterizos cruzaran a México en búsqueda de presuntos criminales. Algunos de ellos lo hacían armados y con la franca intención de llevarse al sospechoso de vuelta a Estados Unidos.[75] Con todo, la situación en algo había cambiado. En los años posteriores a la Revolución mexicana la frontera comenzó, si no a respetarse, al menos a imaginarse, y ya sabemos que "un acto colectivo de imaginación" —como hace poco le llamó una historiadora a la frontera mexicano-estadounidense— puede tener consecuencias materiales.[76] La ficción también es material.

En este punto vale la pena recordar que, hasta entonces, la frontera oeste entre México y Estados Unidos —la parte que va de Ciudad Juárez a Tijuana— era, si acaso, una línea de arena. En su mayor parte no había cercas que ayudaran a distinguir el inicio y fin de cada país. La otra mitad de la frontera, hacia el este, era —y es— algo distinta. La demarcación ahí es natural y la establece el caudal del río Bravo, cuyo tramo en el sur delimita la frontera entre Texas y el noreste de México. El río, sin embargo, no estaba vigilado, y cruzarlo no suponía ningún problema. Se estima que hasta mediados de la década de los años veinte entre Brownsville y San Diego —las dos puntas de la frontera—había apenas unos sesenta agentes patrullando la frontera. En 1924, con la creación de la Patrulla Fronteriza (*Border Patrol Unit*) este número subió a poco menos de

quinientos.[77] Si se toman en cuenta los diferentes turnos de trabajo, en el mejor de los casos había poco más de doscientos miembros de la Patrulla Fronteriza cuidando los más de tres mil kilómetros de frontera al mismo tiempo.

Poco a poco, sin embargo, la construcción de cercas y el desarrollo de nuevas corporaciones policiacas fue haciendo que el "acto colectivo de imaginación" comenzara a ser algo más que una ficción. Aunque el contrabando continuó boyante, el periodo en el que decenas o cientos de soldados y policías estadounidenses podían cruzar impunemente había terminado. A partir de ahora serían pocos y acaso menos obvios. Se necesitaban profesionales. La avalancha de los agentes antinarcóticos no tardaría en llegar.

Las primeras operaciones

Aunque formalmente no hubo agentes antinarcóticos de Estados Unidos antes de la década de los años treinta, eso no quiere decir que algunos policías de la Oficina de Aduanas no hubiesen operado con anterioridad en México.

El primer caso que conocemos es el del inspector de la Oficina de Aduanas W. B. Evans, considerado como "uno de los mayores enemigos del tráfico de opio".[78] Evans se había ganado ese membrete por su trabajo en 1914 y durante más de cinco meses a lo largo de ambos lados de la frontera, un esfuerzo que había dado como resultado el arresto de 14 traficantes, la confiscación de 344 latas de opio, además de una herida perpetrada en Tijuana por un sospechoso que resistió su detención.[79] El cruce, desde luego, había sido ilegal.

Hacia 1935, más de veinte años después de aquella operación, Evans continuaba activo contratando informantes e intentando inquirir en el funcionamiento de las redes de tráfico de drogas en

Baja California.[80] Varios inspectores más, en cooperación con los cónsules estadounidenses, emprendieron nuevas investigaciones en la década de los años veinte. Tal fue el caso de W. E. Dresser, agente especial del Departamento del Tesoro, quien en mayo de 1927 inició una investigación "preliminar" sobre el tráfico de drogas en México. Dresser trabajó mano a mano con un informante con la seña clave de "D". "D" le había confirmado a Dresser que el servicio de pasajeros entre los puertos Santa Rosalía (en cuyos alrededores aparentemente se cultivaba adormidera) y Ensenada era utilizado para el tráfico de opio.[81] Dresser logró confirmar que en el distrito de Altar había varios cientos de hectáreas cultivadas de adormidera. Según uno de sus informantes, por trescientos acres cultivados de adormidera (poco más de 120 hectáreas) era posible ganar 129 mil dólares, una vez refinado el producto.[82]

Similar al caso de Dresser es el de Harry Smith. Junto con un informante, en abril de 1933, Smith, agente antinarcóticos del distrito 15 correspondiente a California, comenzó una de las primeras operaciones encubiertas de las que tengamos registro en la ciudad de Tijuana. Gracias a su informante, Smith pudo contactar a Poncho, un traficante chino que le ofreció venderle un kilo de goma de opio por sesenta dólares o, si este prefería, opio ya preparado para fumar por 24 dólares la lata. Según el informe que hizo Smith al comisionado Anslinger un día después, Poncho le confesó que no había dónde conseguir morfina en todo Tijuana y que, la poca que se podía encontrar, venía directamente de Estados Unidos; la cocaína, en cambio, sí podía conseguirse con facilidad en Nogales.[83] Según Smith, quien parece haber regresado ese mismo día a Los Ángeles, Poncho parecía urgido por completar la venta de opio. Quizás esto se debía a que el opio era de muy mala calidad y "en ninguna circunstancia podía ser atractivo para las comunidades chinas de San Francisco donde siempre hay opio disponible".[84]

Las quejas de los agentes antinarcóticos por la falta de cooperación son añejas. En algunos casos tienen más de un siglo. Un artículo del *New York Times* publicado en 1928 señalaba la dificultad de los agentes aduanales localizados en la ciudad de Laredo por detener el flujo de narcóticos desde México. El artículo refiere que era "físicamente imposible" revisar a los miles de transeúntes que cruzaban la frontera por lo que los agentes aduanales debían dejar pasar a la gente con apenas "revisiones superficiales".[85] El artículo, además, ofrece dos piezas de información importantes. Por un lado, señala que las operaciones de contrabando, además de realizarse en automóvil, se hacían por vía aérea. Por otro, apunta a que varias de las drogas en tránsito provienen de "países de América Central", que su tráfico es protegido por "grupos bien organizados respaldados por el gran capital", pero que los jefes no participan directamente en las transacciones, sino que se mantienen "a una distancia segura".[86] Por último, el artículo acusa que la falta de un acuerdo entre México y Estados Unidos para mantener agentes estadounidenses en México es lo que previene la posibilidad de perseguir a los líderes de las bandas (*gangs*). Según la interpretación de "observadores" citados por el artículo, toda vigilancia fronteriza es inútil mientras no se encuentren formas de cooperación que permitan a agentes especiales estadounidenses realizar operaciones encubiertas en México.[87]

Colonización por invitación

César Augusto Farjas estaba desesperado. Farjas era agente de la policía antinarcóticos del Departamento de Salubridad Pública y decía ser también parte del Servicio Secreto bajo el nombre clave de Carlos Domínguez. Una mañana de julio de 1934 no tuvo otra

alternativa que llamar a la embajada de Estados Unidos para concertar una cita inmediatamente.

Farjas pidió a Stephen E. Aguirre, burócrata de la embajada, que el gobierno de Estados Unidos enviara inmediatamente agentes antinarcóticos a México para cooperar con él en su lucha contra los líderes de una organización de tráfico de drogas. Acusaba a un senador de la República y a un importante funcionario del Distrito Federal, Homobono Márquez, de pertenecer a una banda que traficaba cocaína desde Venezuela. Según Farjas, en el país caribeño la cocaína podía comprarse en cien pesos, pero en México ya valía entre ocho y diez mil pesos. En Estados Unidos el mismo kilo costaba esa cantidad, pero en dólares.[88] Farjas pedía ayuda y, sobre todo, que le creyeran. Mostró sus credenciales y su trabajo anterior con agentes aduanales en años pasados. Aguirre tomó nota de la solicitud de Farjas y envió una carta al embajador Daniels pidiendo orientación. Acordaron enviar un reporte directamente a Washington D. C. y esperar una reacción del Departamento de Estado.

No era la primera vez que llegaba una solicitud similar a Washington. Tres años antes, en 1931, el agente Requena y su colega estadounidense R. A. Darling, quienes habían pasado varios meses investigando los negocios de Enrique Fernández en Ciudad Juárez, habían solicitado al Departamento de Estado que se les diera luz verde para operar en ambos lados de la frontera de manera irrestricta. En su entendimiento, era absurdo que mientras las bandas trasnacionales operaban sin distinción en ambos lados de la frontera ellos tuvieran que ajustarse a las barreras nacionales; quizás con razón pensaban que la lucha contra el crimen no entiende de "soberanías". Ambos coincidían en que esperar permisos desde Washington para poder operar resultaba algo engorroso y daba oportunidad a los criminales de escapar.[89] Para sorpresa y decepción de Requena y de Darling, e incluso del mismísimo cónsul estadounidense en Ciudad Juárez, el Departamento de Estado señaló que un arreglo de ese tipo resultaba "inconveniente".[90] Se

determinó que los casos iban a ser examinados uno por uno y que, si bien los agentes estadounidenses sí podrían cruzar en ocasiones específicas a México, lo tendrían que hacer con la autorización explícita del comisionado de narcóticos, Harry Anslinger.[91]

Más o menos en esos términos respondió el Departamento de Estado a la petición de Farjas en el verano de 1934. Walton Moore, el encargado de estos asuntos, acusó recibo de la información provista por el supuesto miembro del servicio secreto, pero señaló que el Departamento de Estado no consideraba oportuno enviar a nadie a rastrear las pistas de Farjas.

En la respuesta que llegó de Washington se señaló, además, que no se tenía ninguna prueba de la colusión de las autoridades señaladas por Farjas y que, por lo tanto, no se consideraba apropiado averiguar más a fondo el tema de la red de comercio de cocaína.[92] En el fondo se temía que Farjas participara en una estrategia para debilitar a un grupo en favor de otro al que probablemente este perteneciera. La respuesta oficial que la embajada le hizo llegar a Farjas varios días después no pudo haber sido menos entusiasta: "es preferible que de los sospechosos se ocupe el gobierno de México, que por los tratados internacionales tiene obligación de suprimir el tráfico de drogas".[93]

¿Qué nos dice la respuesta de Washington a las solicitudes de Farjas en 1934 y de Requena en 1931? La respuesta tiene dos dimensiones. Por un lado, que la operación de agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México no fue, al menos en sus orígenes, una imposición: fueron autoridades mexicanas las que pidieron a las agencias estadounidenses viajar a México. Por otro lado, que el Departamento de Estado y el mismísimo Anslinger se mostraron, por decir lo menos, cautos, al menos en las primeras décadas del siglo, en lo que corresponde al envío de agentes a México.

Estos dos puntos contradicen la narrativa dominante en el sentido de que los agentes antinarcóticos fueron puramente una imposición

del gobierno de Estados Unidos. La evidencia empírica es innegable: la historia de los agentes antinarcóticos en México fue un caso de "colonización por invitación".

El inicio de una historia

Entre los años veinte y la década de los años cincuenta, casi todos los agentes de la Oficina de Aduanas o del FBN que cruzaron hacia México estaban asignados a oficinas distritales del sureste de Estados Unidos.[94] Las incursiones duraban pocos días y se limitaban a ciudades fronterizas. Los archivos permiten rastrearlos en Laredo, Piedras Negras, Ciudad Juárez, Nogales, Mexicali y Tijuana. Por lo general realizaban tareas de *buy and bust*.

A pesar de tratarse de una técnica ilegal según la legislación penal mexicana de aquel entonces, la práctica era ya común desde mediados de la década de 1940. Más aún, se extendió de tal forma que hacia finales de la década de los años cincuenta, agentes del FBN asociados a una sola oficina en el sur de Estados Unidos habían colaborado en al menos 11 casos importantes en Saltillo, Piedras Negras, Nuevo Laredo, Monterrey, Juárez y Ciudad de México. Para 1960, Henry Giordano, subjefe del FBN, reconocía que los agentes de esta oficina viajaban "casi todos los días" a México. Todo ello se realizaba en un ambiente poco formal que era, en menor o mayor medida, tolerado por el Departamento del Tesoro y la PGR. En última instancia, el objetivo era generar casos judiciales exitosos contra presuntos traficantes. Generar un caso significaba reunir la evidencia necesaria para sostener una acusación por tráfico de drogas ante la autoridad ministerial correspondiente en México o Estados Unidos. El éxito pasaba por que esa evidencia acarreara un castigo. Al no existir en aquel entonces un acuerdo de extradición por temas de drogas, el plan más común consistía en comenzar las operaciones

subrepticias de *buy and bust* en México y terminarlas en alguna ciudad fronteriza de Estados Unidos. Naturalmente, las autoridades federales de México, temerosas a que estas prácticas fueran interpretadas como una intervención en los asuntos internos del país, negaban su existencia. En otras ocasiones participaron directamente en arrestos en territorio mexicano.

Además de las tareas estrictamente policiacas, los agentes del FBN viajaban a México para hacerse de información confiable sobre el funcionamiento del mercado de drogas al sur de la frontera. Favorecía a esta labor el conjunto de partidas presupuestales para la compra de informantes —también llamados "guías" o "palomas mensajeras"— que disfrutaban los agentes del FBN en México desde la década de 1940. En la práctica, aun cuando los agentes del FBN tenían prohibido participar en detenciones y enfrentamientos, su presencia en México provocaba que los policías locales modificaran sus propias dinámicas operativas. Esto es, proveyeron de un modelo de actuación presto a ser asimilado por policías locales: al trabajar palmo a palmo con los mexicanos, casi sin pretenderlo, les transmitían prácticas, técnicas y conocimientos específicos del ejercicio policial.

¿Llevó la interacción con los agentes del FBN a cambios en la forma en que los policías mexicanos se aproximaron al fenómeno de las drogas? La evidencia encontrada en los archivos y en otras investigaciones hace pensar que, en efecto, formas prosaicas y cotidianas de colaboración terminaron por ser un factor determinante en procesos de cambio político en esta área. El desarrollo de relaciones personales llevó a transferir interpretaciones de lo que constituye —y de lo que no constituye— un problema. Lo anterior se reflejó en cuestiones muy elementales: el uso de técnicas de investigación proactiva, la confianza en el sistema de justicia estadounidense, la actitud acrítica frente a los programas de

erradicación o ante una agenda policial centrada en la persecución de la oferta de drogas.

Además de su función de orden policial, los agentes antinarcóticos establecieron relaciones informales con los actores y organizaciones que consideraban relevantes: policías, funcionarios de aduana, militares, fiscales o jueces. No es equivocado afirmar que la relación con los estadounidenses supuso la adquisición de un capital político importante para los mexicanos. Un vínculo con un agente extranjero podía garantizar al policía local cierta estabilidad en su trabajo, protección informal frente a alguna arbitrariedad de mandos altos y, sobre todo, cierta jerarquía en su unidad o equipo de trabajo. De ello eran conscientes los agentes del FBN, quienes no desaprovechaban la posibilidad de hacer pequeños regalos a sus pares mexicanos. Así, por ejemplo, regalarle una placa del FBN al coleccionista de *souvenirs* y jefe de la PJF Jiménez Delgado podía marcar la diferencia entre una relación estupenda y una mediada únicamente por la institucionalidad. Otras veces bastaba con regalarle un revólver de menos de doscientos dólares a un agente federal mexicano para garantizar algún sentido de lealtad e información. George White, uno de los agentes preferidos de Anslinger, regaló una "charola" (placa) del FBN a su amigo, Manuel Rosales Miranda de la PGR; lo hizo después de que este último nombrara a White "agente honorario de la Policía Judicial Federal" durante su visita a México en 1949.

Los agentes del FBN también fueron formuladores de política pública. Un ejemplo de intervención directa en el proceso de diseño y ejecución de políticas es el de Garland Williams, agente del FBN que en 1946 presentó una iniciativa informal de reforma a ciertos artículos del Código Penal Federal mexicano. Sus propuestas de aumento de las penas carcelarias, así como monetarias por delitos contra la salud se vieron reflejadas en la reforma que, 11 meses después de su borrador, terminó por ser aprobada por el Congreso

mexicano. El resultado fue una de las leyes más represivas contra el consumo, venta y tráfico de drogas a escala mundial. El mismo Williams resultó un actor clave en el establecimiento de leyes punitivas de control de droga en Irán a mediados de la década de los años cincuenta; resumía su estrategia en una frase cuya fuerza solo se deja leer en su expresión original: "I simply don't stop talking long enough for them to formulate their own ideas, and after a while they accept my concept".[95]

Los agentes antinarcóticos eran, pues, más que policías. Definirlos y explicarlos en su contexto es la función del siguiente capítulo.

[1] Buffington, "Prohibition in the Borderlands", 32.

[2] Buffington, "Prohibition in the Borderlands", 33.

[3] Buffington, "Prohibition in the Borderlands", 30.

[4] Robin E. Robinson, "Vice and Tourism on the United States-Mexico Border: A Comparison of Three Communities in the Era of U.S. Prohibition" (tesis de doctorado, Arizona University State, 2002), 37.

[5] Rachel St. John, *Line in the Sand: A History of the Western U.S.-Mexico Border* (Princeton: Princeton University Press, 2011), 151.

[6] Paul J. Vanderwood, *Satan's Playground: Mobsters and Movie Stars at America's Greatest Gaming Resort* (Durham: Duke University Press, 2010).

[7] Eric Michael Schantz, "All Night at The Owl: The Social and Political Relations of Mexicali's Red-Light District, 1913-1925", *Journal of the Southwest* 43, núm. 4 (2001): 549-602.

[8] St. John, *Line in the Sand*, 153.

[9] Robinson, "Vice and Tourism on the United States-Mexico Border", 44.

[10] Schantz, "All Night at The Owl", 574.

[11] Frank Bohr, "Periodical Report on Political Conditions and Activities", 14 de marzo de 1927, RG 59 812.114/ Narcotics 113, NARA.

[12] Bohr, "Periodical Report on Political Conditions and Activities".

[13] Robinson, "Vice and Tourism on the United States-Mexico Border", 216.

[14] En 1914 tropas estadounidenses habían ocupado por varios meses el puerto de Veracruz y dos años después, en 1916, John H. Pershing había dirigido la famosa expedición punitiva hasta Parral, Chihuahua, en busca de Francisco Villa.

[15] Marion Letcher a State Department, "Activities of Chihuahua Authorities in Suppressing Opium Traffic", 9 de enero de 1912, RG 59 812.114/Narcotics 1, NARA.

[16] "Juarez Police Make Big Opium Seizure", *El Paso Herald*, 6 de enero de 1912.

[17] Leighton Hope a Secretary of State, "Smuggling of Narcotics into Ensenada", 26 de enero de 1923, RG 59 812.114/ Narcotics 60, NARA.

[18] Hope a Secretary of State, "Smuggling of Narcotics into Ensenada".

[19] Stephen E. Aguirre, "Importation of Narcotic Drugs at Manzanillo, Mexico", 3 de mayo de 1923, RG 59 812.114/ Narcotics 72, NARA.

[20] Henry C. von Struve a Secretary of State, "Conditions Aiding Smuggling Operations", 24 de abril de 1925, RG 59 812.114/ Narcotics 99, NARA.

[21] Von Struve a Secretary of State, "Convictions for Violations of Narcotic Laws".

[22] Von Struve a Secretary of State, "Conditions Aiding Smuggling Operations".

[23] Von Struve a Secretary of State, "Conditions Aiding Smuggling Operations".

[24] Al respecto, véase Howard A. Bowman a William Palmer, 15 de septiembre de 1932, RG 59 812.114, NARA.

[25] Robinson, "Vice and Tourism on the United States-Mexico Border", 95.

[26] H. H. Leonard a Secretary of State, 1 de octubre de 1930, RG 59 812.114/ Narcotics 160, NARA.

[27] Oscar J. Martínez, *Ciudad Juárez: Saga of a Legendary Border City* (Tucson: University of Arizona Press, 2018), 60.

[28] Martínez, *Ciudad Juárez*, 61.

[29] George Seldes, "Border Patrol had 1,000 Fights with Rummers", *Chicago Tribune*, 3 de abril de 1927.

[30] John W. Dye, "The Narcotic Curse in Ciudad Juárez", 24 de febrero de 1923, RG 59 812.114/ Narcotics 64, NARA.

[31] Robert E. Lepley, "Juarez Authorities Aid in Dope War; Wholesale Arrest of Addicts Made", *El Paso Times*, 23 de febrero de 1923.

[32] John W. Dye, "Destruction of a Fortune in Narcotics at Ciudad Juárez, México", 24 de marzo de 1923, RG 59 812.114/ Narcotics 67, NARA. Véase también "Fortune in Dope Goes Up in Smoke", *El Paso Times*, 24 de marzo de 1923.

[33] Juan Requena, "Informe confidencial", 20 de julio de 1931, Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 28, expediente 6, AHSSA.

[34] Solo en Laredo (Estados Unidos) entre agosto de 1922 y agosto de 1928 se hicieron 18 arrestos por tráfico de narcóticos. De estos casos, 13 fueron capturas relacionadas con cargamentos de morfina, y solo cinco, a cargamentos de cocaína. Véase Díaz, *Border Contraband*, 108. Sobre Agua Prieta: John E. Jones a Secretary of State, "Reporting the Existence of Drug

Dens in Agua Prieta", 1 de agosto de 1927, RG 59 812.114/ Narcotics 119, NARA.

[35] David J. D. Myers a Secretary of State, "Representation of Chinese Interests", 18 de abril de 1925, RG 59 812.114/ Narcotics 98, NARA.

[36] "En Ahome se destruyeron plantíos", *El Demócrata Sinaloense*, 19 de abril de 1925.

[37] W. E. Chapman a Secretary of State, "Cultivation of the Opium Poppy in the Mexican State of Sinaloa", 21 de abril de 1925, RG 59 812.114/ Narcotics 100, NARA.

[38] A. Parada a jefe del Departamento de Salubridad Pública, "Telegrama", 3 de abril de 1925, Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 4, expediente 2, AHSSA.

[39] Henry C. A. Damm a Secretary of State, "Opium Poppy in Sonora", 7 de mayo de 1926, RG 59 812.114/ Narcotics 108, NARA. Véase también J. E. Urriolagoitia a jefe del Departamento de Salubridad Pública, "Telegrama", 25 de marzo de 1925, Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 4, expediente 1, AHSSA.

[40] W. E. Dresser a Ralph R. Read, 16 de septiembre de 1927, RG 170, caja 22, fólder 3, NARA.

[41] Henry C. A. Damm a Secretary of State, "Plantings of Opium Poppy in this Consular District", 17 de noviembre de 1927, RG 59 812.114/ Narcotics 124, NARA.

[42] Herbert S. Bursley a Secretary of State, "Opium Production in Yaqui and Mayo Valleys", 24 de mayo de 1928, RG 59 812.114/ Narcotics 135, NARA.

[43] Harry D. Smith a L. G. Nutt, "Personal and Confidential", 22 de diciembre de 1924, RG 59 812.114/ Narcotics 94, NARA.

[44] Smith a L. G. Nutt, "Personal and Confidential".

[45] Henry C. A. Damm a Secretary of State, "Opium Poppy Cultivation in Sonora", 15 de diciembre de 1928, RG 59 812.114/ Narcotics 147, NARA.

[46] William P. Blocker a Secretary of State, "Opium Being Raised in the State of Nayarit (Mexico) for Illicit Purposes", 7 de marzo de 1927, RG 59 812.114/ Narcotics 112, NARA.

[47] H. C. Wood a Secretary of State, "Confiscation by Mexican Authorities of Narcotics on Board French *S.S. Espagne*", 18 de febrero de 1926, RG 59 812.114/ Narcotics 107, NARA.

[48] Eugenio Gómez Maillefert, "La marihuana en México", *Journal of American Folklore* 33, núm. 127 (1920): 28.

[49] Gómez Maillefert, "La marihuana en México".

[50] José Alfredo Gómez Estrada, *Gobierno y casinos: El origen de la riqueza de Abelardo L. Rodríguez* (México: UABC/Instituto Mora, 2002).

[51] Nidia Andrea Olvera Hernández, "Policías, toxicómanos y traficantes: control de drogas en la ciudad de México (1920-1943)" (tesis de maestría no publicada, CIESAS, 2016), 114. Véase también Pérez Montfort, *Tolerancia y prohibición*.

[52] Sobre esta organización, véase Catalina Velázquez Morales, *Los inmigrantes chinos en Baja California, 1920-1937* (Mexicali: UABC, 2001), 236.

[53] Howard A. Bowman a Secretary of State, "List of Persons Recently Arrested in Mexico City as Drug Traffickers and Addicts", 2 de agosto de 1933, RG 59 812.114/ Narcotics 357, NARA.

[54] Josephus Daniels a Secretary of State, 27 de julio de 1934, RG 59 812.114/ Narcotics 386, NARA.

[55] James B. Stewart a Secretary of State, "Arrest of Chief of the Narcotics Squad", 15 de abril de 1938, RG 59 812.114/ Narcotics 788, NARA.

[56] Véase José T. López a Josephus Daniels, 5 de marzo de 1934, RG 59 812.114, NARA. Para un análisis general, véase Nicole Mottier, "Drug Gangs and Politics in Ciudad Juárez: 1928-1936", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 25, núm. 1 (2009): 19-46.

[57] Mottier, "Drug Gangs and Politics in Ciudad Juarez".

[58] Edward Langston, "The Impact of Prohibition on the Mexican-United States Border: The El Paso-Ciudad Juárez Case" (tesis de doctorado, Texas Tech University, 1974), 271.

[59] "Mexican Army Officer Slain in El Paso", *The Californian*, 10 de noviembre de 1928.

[60] Langston, "The Impact of Prohibition on the Mexican-United States Border", 276.

[61] Requena, "Informe confidencial". Sobre la identidad de R. A. Darling, véase William P. Blocker a Secretary of State, "Special Measures Being Undertaken by Mexican Government to Supress Illicit Traffic in Narcotic Drugs", 13 de mayo de 1931, RG 59 812.114/ Narcotics 166, NARA.

[62] Juan Requena, "Memorándum confidencial", 16 de junio de 1931, Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 28, expediente 6, AHSSA.

[63] "Nota", 1931, Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 28, expediente 9, AHSSA.

[64] "Fernandez Threatened to Reveal Rackets in Juarez, Says Friend", *El Paso Times*, 15 de enero de 1934.

[65] Langston, "The Impact of Prohibition on the Mexican-United States Border", 174.

[66] Mike Tapia, *Gangs of the El Paso-Juarez Borderland: A History* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2019).

[67] Thomas Mareite, "Abolitionists, Smugglers and Scapegoats: Assistance Networks for Fugitive Slaves in the Texas-Mexico Borderlands, 1836-1861", *Mémoire(s), identité(s), marginalité(s) dans le monde occidental contemporain* 19 (2018): 1-14. Véase también Sarah E. Cornell, "Citizens of Nowhere: Fugitive Slaves and Free African Americans in Mexico, 1833-1857", *Journal of American History* 100, núm. 2 (2013): 351-374.

[68] Sean Kelley, "'Mexico in His Head': Slavery and the Texas-Mexico Border, 1810-1860", *Journal of Social History* 37, núm. 3 (2004): 718.

[69] James David Nichols, "The Line of Liberty: Runaway Slaves and Fugitive Peons in the Texas-Mexico Borderlands", *The Western Historical Quarterly* 44, núm. 4 (2013): 428.

[70] Kelley, "'Mexico in His Head'", 718.

[71] Matt M. Matthews, *The US Army on the Mexican Border: A Historical Perspective* (Kansas: Combat Studies Institute Press, 2007), 49.

[72] Shelley B. Hatfield, "Indians on the United States-Mexico Border during the Porfiriato, 1876-1911" (tesis de doctorado, University of New Mexico Press, 1983), 150.

[73] Larry Ball, *The United States Marshals of New Mexico and Arizona Territories, 1846-1912* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1978), 112-116.

[74] Charles H. Harris III y Louis R. Sadler, *The Great Call-Up: The Guard, the Border, and the Mexican Revolution* (Norman: University of Oklahoma Press, 2015).

[75] "Police Cannot Go Armed to Juárez", *El Paso Herald*, 6 de enero de 1912.

[76] St. John, *Line in the Sand*, 2.

[77] Kelly Lytle Hernández, *Migra! A History of the U.S. Border Patrol* (Los Ángeles: University of California Press, 2010), 48.

[78] "Opium Smugglers Active along Mexican Border".

[79] "Opium Smugglers Active along Mexican Border".

[80] Evans a Collector of Customs in Los Angeles.

[81] Herbert S. Bursley a Secretary of State, "Opium Production near Mulegé, Lower California", 23 de diciembre de 1927, RG 59 812.114/ Narcotics 126, NARA.

[82] Dresser a Ralph R. Read.

[83] Harry Smith a Harry J. Anslinger, 19 de abril de 1933, RG 59 812.114, NARA.

[84] Smith a Harry J. Anslinger.

[85] "Check on Narcotics Hampered at Border", *The New York Times*, 26 de febrero de 1928.

[86] "Check on Narcotics Hampered at Border".

[87] "Check on Narcotics Hampered at Border".

[88] Stephen E. Aguirre, "Memorandum of Conversation", 23 de julio de 1934, RG 59 812.114, NARA.

[89] R. A. Darling a Will S. Wood, 13 de mayo de 1931, RG 59 812.114/ Narcotics 173, NARA.

[90] W. R. Castle a Secretary of the Treasury, 13 de junio de 1931, RG 59 812.114/ Narcotics 170, NARA.

[91] Castle a Secretary of the Treasury.

[92] Walton R. Moore a Josephus Daniels, 8 de agosto de 1934, RG 59 812.114/ Narcotics 388, NARA.

[93] Josephus Daniels a Secretary of State, "Illicit Traffic in Narcotic Drugs", 9 de octubre de 1934, RG 59 812.114/ Narcotics 397, NARA.

[94] Esta parte del capítulo está basada en mi artículo de investigación titulado "El papel del Federal Bureau of Narcotics en el diseño de la política de drogas en México (1940-1968)" y publicado en la revista *Frontera Norte* en 2019.

[95] Nathaniel Lee Smith, "'Cured of the Habit by Force': The United States and the Global Campaign to Punish Drug Consumers, 1898-1970" (tesis de doctorado, The University of North Carolina at Chapel Hill, 2007).

Capítulo 4

¿Qué es un agente antinarcóticos?
¿Qué son las agencias?

"No se necesita ser Sherlock Holmes para saber quién vende y quién compra morfina, opio y cocaína. Todo lo que se necesita es sentido común." Así explicaba Frederick A. Sutherland su estrategia al *San Francisco Call* en su edición del lunes 27 de noviembre de 1911.

Sutherland estaba en la cúspide de su carrera como inspector antinarcóticos en el estado de California. Estaba de festejo y era asediado por los periódicos locales que buscaban arrancarle alguna palabra. Después de tres meses de trabajar como agente encubierto entre el mundo del hampa de San Francisco, el sábado anterior, Sutherland había dirigido una redada masiva para desarticular 62 fumaderos de opio y generar unas cincuenta órdenes de arresto.

En una extraña, pero fascinante narración al *San Francisco Call*, Sutherland cuenta en primera persona los pormenores de su estrategia. La clave, decía, era "ir con la gente que quieres atrapar e intentar ser como ellos". Antes de entrar con los grupos de traficantes chinos de la ciudad, Sutherland enviaba primero a alguno de sus ayudantes a los fumaderos. Ellos eran los primeros que trababan amistad con "adictos" y traficantes. Tiempo después, Sutherland era presentado como un amigo común y pronto lograba volverse parte de la familia. Se vestía con ropa vieja ("pero no como vagabundo […] no hay que llevar muy lejos la farsa", matizaba),

invitaba tragos a los sospechosos, los acompañaba a los bares a jugar en ruletas truqueadas y conocía a sus mujeres. "Intentaba ser alguien plausible para ellos."[1]

No se necesita ser Sherlock Holmes para ser un agente antinarcóticos, ciertamente. Sutherland no tenía preparación ninguna. Lo suyo era jugar a la prueba y al error. Más de cien años después, el oficio no es muy distinto.

Este capítulo hace un recuento de la evolución de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos, así como de las principales organizaciones a las que estos pertenecieron a lo largo del siglo XX. El capítulo presenta solo un esbozo de una historia por lo demás compleja: la fundación de las primeras agencias, la relevancia de sus liderazgos, las peleas burocráticas por el dominio de ciertas atribuciones, la expansión global de la guerra contra las drogas, el establecimiento de oficinas y agentes en el exterior, y el largo proceso que llevó a que se volviese normal que cientos de agentes antidrogas de Estados Unidos operen hoy en tantos países del globo como es posible.

¿Qué es un agente antinarcóticos?

Quedémonos con la definición más sencilla posible: la de cualquier policía que se dedica parcial o totalmente a la persecución de delitos relacionados con el narcotráfico, esa cadena económica que une los puntos de producción con los del consumo de drogas. Es necesario recalcar el aspecto de lo parcial porque, como veremos, durante gran parte del siglo XX, los policías que intervinieron en cuestiones de narcotráfico desempeñaban muchísimas funciones no relacionadas con este tema.

Dicho esto, aclaremos que no todos los policías antinarcóticos trabajan en organizaciones dedicadas a la persecución del

narcotráfico. La frase es un tanto enredada, pero es precisa para entender que en Estados Unidos hay casi 18 mil corporaciones policiacas que pueden ser de orden local, estatal o federal. Algunas de ellas están compuestas por un puñado de personas; otras, por decenas de miles. En muchas de estas corporaciones hay pequeñas unidades antinarcóticos en su estructura interna; quienes ahí trabajan son agentes antidrogas aunque el resto de la organización pueda dedicarse a otras tareas (guardabosques, extorsiones, protección de especies animales).

Lo que distingue a los agentes antinarcóticos de otros policías comunes es el despliegue de operaciones encubiertas ya descritas al inicio de este libro. Se trata, decíamos, de una serie de técnicas de investigación que se basan en el ocultamiento de la identidad del policía. En Estados Unidos hay, al menos desde 1937, programas de entrenamiento especial para instruir a policías precisamente en esta práctica.[2]

De todas las operaciones encubiertas, la técnica más difícil es la de entregas vigiladas o *buy and bust*. Estas funcionan, la mayoría de las veces, a partir del trabajo de un agente *provocateur* (intrigante), quien se encarga de instigar al sospechoso a cometer el crimen. En otras palabras, el *provocateur* instiga a un tercero "a realizar actos delictivos con la finalidad de entregarlo a la autoridad competente al momento en que cumpla con la ejecución de la conducta prohibida".[3] Esto es, en flagrancia.

En delitos de drogas, la estrategia natural de un agente *provocateur* es la de simular la compra de mercancía. La condición *sine qua non* es que la acción no pueda consumarse por completo o que, tras la entrega del producto o dinero, el sospechoso sea arrestado o inmovilizado. La situación se vuelve más compleja en operaciones trasnacionales en las que una parte del trato comienza en un país y se cierra en otro, como fue bastante frecuente en la frontera entre México y Estados Unidos. Como no podía ser de otra manera, la naturaleza sobre la legalidad de estas acciones da lugar a

continuos debates que ponen en tela de juicio la verdadera función del agente: ¿es este instigador del delito o solamente su perseguidor?

Aunque las formas y modos han cambiado a lo largo de más de un siglo, los diarios de los agentes —siempre mal escritos, llenos de exageraciones y sin mucha coherencia— sí dejan ver algunas características generales. Hoy, como hace cien años, el agente antinarcóticos no solo lleva pistola y placa. Sabe o entiende cómo hacer arrestos, obtener evidencias válidas ante las cortes, examinar y confiscar drogas, perseguir a presuntos delincuentes sin ser observado, y conseguir y "administrar" informantes. Su rango de habilidades es amplísimo: sabe los secretos de cómo disfrazarse, marcar e identificar billetes, adiestrar perros, realizar escuchas telefónicas, esconder micrófonos en la solapa y catear hasta en los lugares más recónditos. De muchos de ellos sorprende su capacidad para beber sin emborracharse y el mantenimiento de una precaria combinación de tres atributos: discreción, perspicacia y agresividad. El agente antinarcóticos, por lo general, prefiere los golpes de nudillo a los puños, los jueces y fiscales duros a los garantistas y ensanchar la barrera de lo permitido hasta el límite. Y algo más allá.

Una pequeña oficina en el Departamento del Tesoro

La historia oficial de las agencias antinarcóticos comienza en 1914, año en que se promulga la Ley Harrison, que marca el inicio de la prohibición federal de heroína y cocaína en Estados Unidos. Ese año se creó una pequeña oficina en el Departamento del Tesoro llamada Bureau of Internal Revenue (1914-1921). Su nombre —que hace énfasis en la mirada recaudatoria de la agencia— es muestra de que el tema de drogas era más un asunto fiscal y de obtención de impuestos que de regulación médica.

Siete años después, en 1921, ante la evidencia de que era necesario poner más atención y presupuesto en el tema, se creó, también en el Departamento del Tesoro, un escuadrón independiente de policías dedicados de tiempo completo al tema de drogas llamado División de Narcóticos (Narcotics Division, 1921-1927). La División de Narcóticos tenía responsabilidades limitadas: asegurar el monopolio de farmacias y médicos sobre la distribución de "medicamentos" basados en heroína y cocaína. La persecución del consumo, por ejemplo, no entraba en la jurisdicción de la División.

Los jefes de la División de Narcóticos querían extender sus dominios y su marco jurídico. No estaban contentos con sus pequeñas atribuciones. Así, desplegaron una campaña publicitaria que exageraba los peligros de la adicción y que —mágicamente— cuadruplicó el número de adictos *realmente* existentes en Estados Unidos.[4] Por si fuera poco, sus abogados promocionaron juicios en la Corte que buscaban la reinterpretación, en ruta a la expansión judicial, de los límites originales de la Ley Harrison. En 1921 consiguieron su objetivo cuando la Corte declaró ilegal cualquier tipo de provisión de narcóticos. Así, la todavía pequeña organización amplió el número de individuos vigilados. De esta manera, los médicos se volvieron potenciales delincuentes; los dueños de clínicas de rehabilitación, infractores, y los "adictos", criminales.[5]

La División de Narcóticos continuó creciendo hasta que terminó por fusionarse con un cuerpo encargado de hacer cumplir la ley seca, que recibió el nombre de Prohibition Bureau's Narcotics Division (1924-1930). Solamente en 1930, y gracias a un renovado esfuerzo por diferenciar la agenda del alcohol de la de la droga, se decidió volver hacia la lógica de una agencia independiente. Así se fundó en julio de 1930 el Federal Bureau of Narcotics, a partir de ahora FBN (1930-1968).

La creación del FBN fue, tras la experiencia de la División de Narcóticos, el segundo intento por crear un cuerpo policial cuyo único objetivo y prioridad fuera el control antinarcóticos.

En la formación del FBN subyacía la idea de que la mejor manera de no decaer en el esfuerzo por el control antinarcóticos era a través de una agencia cuyo único objetivo y absoluta prioridad fuera esta. Sin embargo, ni en el Departamento de Estado ni en el del Tesoro hubo nunca pleno convencimiento de que la creación de una oficina independiente fuera la respuesta óptima. Para la creación del FBN fueron determinantes el impulso del jefe del Comité de Relaciones Internacionales de la Cámara, Stephen Porter; el inexplicable rechazo del FBI y de su exdirector, John Edgar Hoover, de acogerla en su interior, y el desprestigio de varias policías estatales de Estados Unidos.[6]

Como director de la nueva agencia fue nombrado un tal Harry J. Anslinger (1892-1975).[7] Se le otorgó el título de "comisionado antinarcóticos" de Estados Unidos, nombramiento que llevó ininterrumpidamente entre 1930 y 1962. Su particular designación (antes hubo un "comisionado del opio") le permitió amparar un amplio abanico en lo que se refiere a la formulación de política antidrogas de Estados Unidos en tres aspectos principales. Anslinger tenía autoridad en la regulación de la circulación de sustancias ilegales para uso médico o científico, la aplicación de las leyes antinarcóticos y la conducción, junto al Departamento de Estado, de la diplomacia en temas de drogas.[8] Prueba del poder de Anslinger es que en 1935 se le reconociera la facultad de establecer embargos medicinales cuando considerase que los otros países no eran capaces de garantizar el uso científico o médico de los narcóticos importados, posibilidad que aprovechó sin timidez contra México en 1940.

Hay consenso entre sus biógrafos, así como entre especialistas de políticas antidrogas, que hasta 1962 Anslinger fue el actor más

importante en todo el campo de políticas de drogas. Si su agencia, el FBN, ejerció como líder en el campo de la política antinarcóticos durante más de tres décadas, fue gracias a su liderazgo sin precedente en la historia de Estados Unidos. Anslinger alteró el reparto de recursos en el campo de políticas de drogas, logró que su organización obtuviera altos niveles de autonomía y flexibilidad, y, más importante aún, logró transmitir a otros actores su perspectiva de cómo enfrentar la dimensión trasnacional de la producción y transporte de narcóticos.

No era Anslinger, antes de su llegada al departamento, un experto en seguridad o en narcóticos, sino un funcionario adscrito al servicio exterior en zonas tan disimiles como Bahamas, Holanda, Venezuela y Alemania. No caeré en la tentación de abordar con mayor amplitud la biografía del —fascinante— personaje.[9]

Aun así, me parece importante indicar al menos dos puntos relevantes para este libro: antes de ser nombrado comisionado del FBN, Anslinger fue enviado al Bureau of Secret Intelligence (BSI) del Departamento de Estado: posiblemente la agencia con menos regulación legislativa de la época en todo el sistema político estadounidense. Aquella institución, creada en 1916, respondía directamente al secretario de Estado y era completamente ajena a cualquier mecanismo de control por parte del Congreso de Estados Unidos (su presupuesto provenía, curiosamente, en gran medida de actores privados). Propongo que, basado en las primeras cartas de Anslinger tras su designación como comisionado antinarcóticos, este buscó asimilar su agencia —aun con su escaso presupuesto— más al BSI que a cualquiera de las agencias tradicionales de *law enforcement* de Estados Unidos.[10] Esto es, en su mente estaba la creación de una organización poco regulada y tremendamente independiente.

Por otro lado, más allá de su condición de diplomático, su rápido paso por la Oficina Internacional (Division of Foreign Control) de la

Unidad de Prohibición del Departamento del Tesoro, así como su participación en las conferencias internacionales contra el comercio de alcohol en Londres (1926) y París (1927), seguramente influyeron en la forma en que contempló el rol internacional que tendría que jugar el FBN. Muy rápido entendió que la agenda antidrogas o era internacional o no tendría sentido. Hizo varias cosas: a partir de una intensa actividad trasnacional, que incluyó su participación en conferencias, convenciones y organizaciones supranacionales, ayudó a la difusión del paradigma punitivo de control antidrogas en el exterior; colocó a decenas de agentes del FBN fuera de las fronteras de Estados Unidos, e hizo del FBN una agencia precursora en programas de entrenamiento alrededor del mundo.[11] Anslinger era especialmente hábil en presionar gobiernos. Jugaba la estrategia del garrote y la zanahoria: con la mano izquierda premiaba la cooperación, los "enormes" esfuerzos realizados y el compromiso de tal o cual presidente; con la mano derecha filtraba una nota periodística que acusaba de corrupción a los aliados políticos del mismo presidente, enviaba a sus agentes encubiertos de manera ilegal al país supuestamente amigo, y ejecutaba embargos medicinales. Su capacidad para escalar y relajar conflictos dejó escuela en la política estadounidense contemporánea.

Anslinger asumió la cara pública del FBN. Él encarnaba la organización, firmaba los desplegados, contrataba a los empleados, establecía las alianzas y mantenía el contacto directo con los congresistas y el presidente. Él y su organización se posicionaron como "la primera línea de defensa ante la amenaza de la droga extranjera".[12] Apenas asumido el cargo, Anslinger se propuso reforzar la imagen negativa del adicto en cuanto sujeto incapaz de rehabilitarse y de llevar una vida pública más allá de su adicción.[13] Su mayor enemigo: las clínicas de adictos y los médicos quienes abogaban por la no segregación del adicto del resto de la sociedad. A partir de 1937 comenzó a publicar artículos y a financiar

investigaciones que exageraban los efectos adictivos de la marihuana. Llegó incluso a convencer a los autores de la Enciclopedia de Farmacológica de Estados Unidos de modificar el contenido de la entrada para el propio término *marihuana*,[14] así como a debatir púbicamente con los médicos asociados al Public Health Service —quienes no veían indicios de adicción en la marihuana— sobre el presunto daño que ocasionaba la hierba.[15] Lo paradójico del caso es que, entre 1930 y 1933, el FBN no solo había sido completamente indiferente a los reportes que exageraban los efectos de la planta; la propia oficina los había minimizado por completo.[16] El cambio de actitud tuvo menos que ver con el aparente crecimiento de usuarios de cannabis que con el reconocimiento por parte de Anslinger de la utilidad de abanderar una causa que fortaleciera su organización. Así, la prohibición y actitud punitiva frente a la marihuana se convirtió en un estandarte político que aún es enarbolado por las instituciones sucesoras del FBN, incluyendo, por supuesto, la DEA.

Anslinger fue un propagandista excepcional. Desde muy temprano en su administración, asignó un agente responsable de prensa en cada una de las oficinas del FBN en Estados Unidos (para 1965 eran más de treinta). La consigna era clara: tras cada arresto o confiscación importante, el encargado de prensa del Bureau debía asegurarse de que la información corriera en radio.[17] Esa —que hoy es una práctica común— era más bien una excepción de la cual Anslinger fue precursor. Este es el origen de los primeros arrestos de narcotraficantes anunciados con bombo y platillo por radio y televisión. Como demuestran investigaciones recientes, Anslinger falseó y filtró información de manera constante para legitimar al FBN: exageró el número de adictos, pervirtió los datos sobre su composición racial y vinculó la adicción al crimen sin ningún fundamento.[18]

Su impacto en el cine fue igualmente brutal. En 1934, Anslinger consiguió que el Código Hays —regulador de lo "censurable" en la industria cinematográfica— incluyera una cláusula que prohibiera toda representación de narcóticos en películas producidas o difundidas en Estados Unidos. Para evitar que se mostrara en el cine la película *Drug Addict* que mostraba la igual exposición de blancos y negros a la adicción, Anslinger presionó al gobierno estadounidense y al canadiense para asegurar que no se difundiera en una sala de cine.[19] Caso diferente fue el de la película *Reefer Madness* de 1936, cuyo guion representaba una burda apología de Anslinger y su lucha contra la marihuana. Pocos años después, en 1948, se rodó con el apoyo del FBN *To the End of the Earth*: una —infame— dramatización de los esfuerzos a nivel mundial de la FBN por detener el contrabando de drogas a Estados Unidos.[20] Detrás, la mano de Anslinger y la propaganda del FBN.

En su búsqueda por influir más allá del campo de los actores ya formados alrededor del tema de drogas, el FBN apoyó, financió y divulgó la publicación de obras absurdas. Por ejemplo, el libro *Marihuana in Latin America: The Threat It Constitutes* (1949) prologado por el mismo Anslinger y autorizado por el doctor argentino Pablo Osvaldo Wolff, o los infames *Estudios sobre la Coca y la Cocaína en Perú* editados por la Escuela de Medicina de Lima en 1947. Mientras el trabajo de Wolff definía las adicciones como "exageraciones o aberraciones de deseos humanos" y la marihuana como una sustancia "ciertamente más nociva que el opio", el trabajo sobre Perú apuntaba "una correlación significativa entre el analfabetismo, otras manifestaciones de retraso social y el consumo de coca".[21] No es exagerado afirmar que la "ciencia" apoyada y financiada por Anslinger era menos seria que la astrología moderna.

¿Cómo fue posible adquirir semejante poder en una democracia liberal? En la construcción del paradigma punitivo y prohibicionista resultó fundamental la creación de alianzas políticas y económicas.

Entre otras, con la industria farmacéutica. Resultó igualmente importante el apoyo recibido por los mismos grupos conservadores que habían impulsado las primeras leyes prohibicionistas en los inicios del siglo XX. A varias empresas —entre ellas, Coca-Cola— Anslinger les facilitó, en completa contradicción con los objetivos del FBN, la adquisición de hoja de coca de manera legal.[22] Además, Anslinger mantuvo en secreto la adicción a la morfina del senador Joseph McCarthy para asegurarse su respaldo político.[23] En su esfuerzo por fundar un "régimen de verdad", se encargó de tratar a los enemigos de manera muy distinta. El profesor Alfred Lindesmith, favorable a un tratamiento de orden médico para los adictos, sufrió todo tipo de censuras durante más de veinte años. Las falsas acusaciones de Anslinger lo dejaron en el ostracismo a tal punto que el médico opositor pasó a ser, a ojos de la comunidad médica, un comunista subversivo.[24]

El FBN y el entrenamiento en el exterior

La organización de Anslinger fue pionera en casi todo lo relativo al tema de narcóticos. Además de ser el FBN la primera oficina de narcóticos del mundo, fue modelo que luego se intentó replicar en otros países. Para ello, los programas de entrenamiento fueron esenciales.

El FBN creó en 1956 su propia escuela de entrenamiento, la Federal Bureau of Narcotics Training School (FBNTS). La escuela "instruyó" los primeros cuatro años a 446 oficiales, de los cuales 46 eran extranjeros. Seis años después habían pasado por sus aulas casi mil ochocientos policías.



A Bureau agent demonstrates narcotic samples to Latin American students

Agente del FBN en seminario con estudiantes latinoamericanos.[25]

Los programas de entrenamiento del FBN fueron una alternativa inmejorable para que oficiales de todo el mundo se entrelazaran y fueran influidos por el paradigma dominante. Ese crisol de nacionalidades lo describía Anslinger en la contribución a un número especial del boletín del FBI de la siguiente manera:

> Los programas de la FBNTS ponen en contacto a un teniente de la policía estatal de San Francisco con un sencillo oficial del departamento de Milwaukee […]. No es inusual ver a un oficial turco que trabaja en la zona de producción de opio con un agente latinoamericano que trabaja en una región de producción de coca en Bolivia discutiendo sobre laboratorios clandestinos […] o a un coreano que pelea contra los narcóticos en el paralelo 38 discutiendo, en un vacilante inglés, con un agente mexicano situado en la frontera con Estadosfile:///C:/Users/mcampos/AppData/Local/Temp/sigil-tAHFNO/imag126.jpg Unidos.[26]

La idea era centrar el entrenamiento en oficiales prometedores de cada país "cuyas oportunidades de crecer en su propio sistema fuesen prometedoras en el futuro"[27] y "adoctrinar" a los policías en "posiciones clave" para que estos "comenzaran a tratar sus problemas como los estadounidenses respondían a los propios".[28] Un gran triunfo de la organización fue la "colocación" en 1966 de un graduado de la FBNTS como director de la policía turca.[29] En relación con México, el plan del FBN comenzó con la recepción y entrenamiento de funcionarios de la Dirección de Averiguaciones Previas de la PGR, mismos que dominaron todo lo relativo a la política de drogas en el país por décadas.

Los estudiantes recibían dos semanas de entrenamiento. El curso contemplaba métodos antinarcóticos, recomendaciones sobre cómo eliminar la "adicción", cómo llevar casos de "crimen organizado" a las cortes, e incluso tácticas para debatir con "defensores de métodos alternativos".[30] Contemplaba un total de 23 áreas distintas. Especial énfasis había en las clases sobre métodos de interrogación a sospechosos, negociaciones encubiertas —a pesar de que pudieran estar prohibidas en otros países— y, en general, métodos de obtención de evidencia. Los policías más prestigiosos del FBN y del Departamento del Tesoro ofrecían clases magistrales en las cuales narraban episodios de sus carreras del todo inverosímiles y repletos de adulaciones a sí mismos.[31]

En la década de los años sesenta se incluyó en el plan de estudios una estancia en la oficina de Nueva York; ahí, los estudiantes latinoamericanos podrían poner en práctica lo aprendido.[32] Todos los participantes eran entrevistados durante o después del entrenamiento por el adjunto de Anslinger —luego su sucesor—, Henry Giordano. Así se forjaban las relaciones con policías locales y oficiales de otros países que podían durar décadas enteras. Así, de a poco, se forjó también la estructura que dio pie a la prohibición global.

Los agentes del FBN en el extranjero

En el extranjero, los agentes del FBN —como después los del BNDD y la DEA— trabajaban bajo la jefatura de los embajadores estadounidenses. Sin embargo, a diferencia del resto de los funcionarios estadounidenses en el exterior —y de forma similar a los de la CIA— los agentes del FBN eran "operacionales". Es decir, "por propia cuenta tenían autoridad para cultivar y pagar informantes, conducir operaciones subrepticias y envolverse directamente en las actividades de sus pares locales".[33] En la práctica, no informaban al embajador de casi nada relevante.

Además de sus tareas estrictamente relacionadas con temas de drogas, a los agentes se les encargaban tareas de inteligencia y espionaje. Como escribieron dos académicos sobre la participación del FBN y las actividades de sus agentes en el exterior: "el trabajo antidrogas en el extranjero es quizás la forma más sutil de nombrar la parte cruda de la contrainteligencia".[34] Fue el mismo Anslinger quien organizó, entre 1931 y 1939, una red secreta de policías compuesta por representantes de Canadá, Inglaterra, Alemania, Suiza, Egipto y Francia, que, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, funcionaba como grupo de intercambio de inteligencia.[35] Aquel panel de policías, el "Comité de los Cien", se reunió de forma periódica en diferentes ciudades europeas y fungió como la primera red informal antinarcóticos de la historia. El auspicio corrió a cargo de Anslinger y su oficina que, ya para entonces, era poco menos que "una de las principales agencias de inteligencia de Estados Unidos".[36]

En las décadas siguientes varios de los agentes del FBN establecidos en Europa realizaron tareas para la CIA, la unidad de inteligencia del Ejército o para el Servicio Secreto de Estados Unidos. El caso más paradigmático es el de Henry L. Manfredi, uno de los agentes más notables del FBN, y quien permaneció en Roma hasta

1967 antes de volverse jefe de operaciones internacionales de la organización. Manfredi no fue el único: casi con toda seguridad los agentes Charles Siragusa, Sal Vizzini, Tom Tripodi y Paul Knight realizaron misiones para la CIA en algún punto de sus carreras.[37]

Más adelante, ya en la década de los años sesenta y setenta, hubo agentes que, aunque formalmente pertenecían al FBN o a la DEA, eran en realidad funcionarios de la CIA, tema tratado con profundidad en los libros del investigador Douglas Valentine.[38] Su identidad como "agentes dobles" obliga a preguntarnos por el largo abanico de posibilidades que suponía la intervención estadounidense en un contexto de guerra fría y que iba, ahora vemos, de la planeación de golpes de Estado en países no alineados a la eliminación de la producción de heroína. Se trata, sí, de actividades distintas, pero ¿no es parte del mismo *continuum*? ¿No se trata de otra cara de la moneda llamada imperialismo?

El principal escollo que tuvieron que atravesar los agentes del FBN en el exterior fue el torpedeo constante de la Oficina de Aduanas.[39] El meollo del conflicto era tan ancestral como la existencia misma de ambas corporaciones, que insistían en asumir la responsabilidad de luchar contra el tráfico de drogas. La Oficina de Aduanas argumentaba que ya tenía una red bien armada para perseguir el contrabando en general y, por tanto, también las drogas. El FBN, en cambio, respondía que buscar oro o diamantes escondidos en maletas no era equivalente a identificar cargamentos de heroína. Los agentes aduanales, opinaba Anslinger, podían ser buenos en detener cargamentos, pero nunca en detectar operaciones complejas de narcotráfico. A partir de ahí se forjó una rivalidad burocrática sin parangón.

Un acuerdo inicial que databa de 1934, nunca del todo respetado, establecía que la Oficina de Aduanas tendría jurisdicción sobre investigaciones de droga en Asia, América Latina y México. El FBN tendría libertad para actuar como quisiera en el resto del mundo. En

la década de los cincuenta, y más concretamente a principios de la década de los sesenta, el FBN fue ganando autoridad en Europa y en América Latina.[40] A pesar de ello, durante varias décadas predominó el sabotaje, la falta de coordinación y las guerrillas burocráticas.

A pesar de la derrota, la Oficina de Aduanas continuó operando en tareas antinarcóticos durante prácticamente todo el siglo XX. Mantuvo jurisdicción legal a lo largo de toda la frontera estadounidense y por 26 kilómetros línea adentro. En ese límite, sus agentes podían detener a toda persona o vehículo sin orden de arresto mediante.

En septiembre de 1951, tras una negociación de Anslinger con el Departamento de Estado y el gobierno italiano, se construyó la primera oficina regional del FBN en Roma. Se trata de un acto fundacional en la historia de la guerra contra las drogas, pues supuso su expansión global y definitiva. La oficina en Roma abarcaba Europa, Oriente Medio y el norte de África. Ese territorio constituyó el Distrito 17 del FBN, que se sumaba a los otros 16 establecidos en Estados Unidos.[41] El jefe de aquella oficina, Charles Siragusa, intervino en unas cien redadas en varios países de Europa durante su estancia entre 1951 y 1957.[42]

En 1954, el FBN montó una segunda oficina en Beirut que supuso su expansión al Lejano Oriente y la creación de un nuevo territorio para el FBN. Aunque solo había seis agentes permanentes en ambas oficinas, varios más viajaron a estos lugares a realizar operaciones específicas. En 1960, el FBN abrió una tercera en París y un año después otra en Marsella. Durante los siguientes años se establecieron varias agencias más en Bangkok, Hong Kong, Singapur, Seúl y Manila.[43] Finalmente, en 1963 se estableció, con sede en la Ciudad de México, el Distrito 18 correspondiente a toda América Latina. A partir de ahí, el FBN sentó las bases para una presencia más sólida en todo el mundo.[44] Crecieron las solicitudes presupuestarias para "colocar" a más hombres en el exterior, una

petición no del todo sencilla si se toma en cuenta que mantener a cada agente en la década de los años sesenta costaba alrededor de diez mil dólares anuales más gastos de "operación".[45]

Los primeros agentes del FBN en el extranjero eran poco menos que nómadas. No tenían una red de apoyo al aterrizar y eran vistos con algo de desdén en las embajadas respectivas. Por lo general, en cada oficina del FBN trabajaban un agente supervisor y dos agentes a su mando. A veces no había secretarias asignadas. El agente supervisor no solo coordinaba las actividades de la oficina, sino que era el único con la facultad de recibir y enviar correspondencia entre agencias, así como de comunicarse con las oficinas centrales del FBN en Washington. Los agentes eran diplomáticos sin serlo del todo: no tenían acreditación oficial, pero eran medianamente tolerados por el gobierno; no solían vestir de traje y corbata, sino chaqueta y jeans. Odiaban el trabajo de oficina; lo suyo era "hacer casos": salir a la calle, esconderse, camuflarse entre las sombras del crimen. A menudo, como sucedió con el agente James Attie en Líbano, los agentes eran arrestados mientras realizaban operaciones clandestinas. En las horas que pasaban mientras se averiguaba su situación diplomática, podían ser golpeados y amenazados con severidad por parte de la policía local.[46]

Dependiendo del caso en cuestión, estos elegían un grupo de policías con quienes trabajar; por lo regular, era deseable que desde los prolegómenos de una investigación hasta su resolución, todo se llevara a cabo por la misma unidad policiaca.[47] Igualmente compleja era la relación con los fiscales y jueces extranjeros; había que cultivarlos, adaptarse a sus criterios, y no excederse en el uso de técnicas policiales que luego podían derrumbar casos trabajados por meses.

Los agentes debían tener particular cuidado con la prensa local. Un reportaje que dejara mal parado a un político nacional o que mencionara con nombre y apellido la identidad de los agentes podía

tener consecuencias funestas sobre el trabajo realizado durante meses o años.

El hecho de que hubiera pocos agentes del FBN situados fuera de las fronteras de Estados Unidos permitió trabajar sin las restricciones con las que luego tuvieron que operar los agentes de la DEA. Eso tenía una serie de características que no se repetirían más adelante: la falta de seguimiento de los manuales de operación, la ausencia de regulación legal en sus actividades —y, por ende, frecuentes situaciones de peligro para los agentes—, el absoluto desinterés del Congreso de Estados Unidos —y del país receptor— por las actividades de los agentes y un ambiente que permitía a Anslinger negociar condiciones diferenciadas para sus policías con cada gobierno extranjero. Incluso en países con los que Estados Unidos mantenía relaciones hostiles, los agentes del FBN fueron capaces de producir una suerte de subcultura profesional con las policías locales; esto es, un sentido de pertenencia a una labor común que estaría "por encima de lo político".[48] Eso les permitió mantener relaciones más o menos estables con policías yugoslavos, sirios o griegos, a pesar de que las relaciones entre esos gobiernos con Estados Unidos no fueran ideales. Para ello eran fundamentales los regalos que los agentes del FBN hacían a sus pares extranjeros. Así, por ejemplo, como ya se comentó, regalarle una placa del FBN al coleccionista de *souvenirs* y jefe de la Policía Judicial mexicana, Ramón Jiménez Delgado, podía marcar la diferencia entre una relación estupenda y una mediada únicamente por el sentido de obligación.[49] En 1967, bastó con regalarle un revólver de menos de doscientos dólares al agente federal mexicano Agustín Montañez para garantizar su cooperación en una operación encubierta.[50] Tal como explicaba el agente Siragusa a sus colegas: "Con un regalo de menos de 75 dólares podemos ahorrarnos miles de dólares. Es un hecho lamentable, pero hay que asumir la realidad de que a veces hay que *comprar* amistades para asegurar la voluntad y

cooperación".[51] Botellas de whisky y cajetillas de cigarrillos estadounidenses eran moneda de cambio común para conseguir favores de policías en todo el mundo.[52]

Mientras peores eran las condiciones de los policías locales, mayores eran las posibilidades de que los agentes pudieran aprovechar su capital simbólico y económico para ejercer su influencia. Favores y detalles: un revólver, una placa, una palabra positiva al jefe superior.

La relación de las policías con el FBN podía traer beneficios tangibles a las organizaciones con las que cooperaban. Además de entrenamiento, el FBN solía regalar equipo especializado y así acelerar el proceso de modernización de infraestructuras más bien obsoletas. No eran raros los envíos al extranjero de equipo de radio, equipos de grabación o tomas de impresiones dactiloscópicas necesarias para identificar a presuntos criminales. La táctica de regalar equipo, que luego explotó la DEA bajo el concepto de "cooperación", fue muy útil para convencer a varios departamentos de policías de las bondades de trabajar con el FBN.

En 1962, el supervisor distrital del FBN en Roma, Henry Manfredi, redactó la primera lista de lineamientos que tenían que cuidar los agentes desplegados en el extranjero. Entre otras: nunca asumir una posición de superioridad ante sus informantes o policías nacionales; abstenerse de acordar encuentros con oficiales nacionales si no se pretendía discutir asuntos concretos; buscar modos de regalar pequeñas cosas a sus enlaces —actividad recurrente cuando se trataba de lidiar con mexicanos—; abstenerse de participar en los asuntos internos de la embajada; buscar mantener relaciones con la comunidad de agentes estadounidenses en el exterior; entender de política local y comprender las dinámicas operacionales de las policías; aprender el idioma, conocer la "cultura" y vivir lo más cerca posible de los "nacionales"; nunca disculparse de la historia estadounidense y abstenerse de hablar de las condiciones de vida en

Estados Unidos; conocer a quienes se encontraban jerárquicamente por encima del enlace principal, así como tener información sobre la vida privada y el pasado del enlace.[53]

A principios de la década de los años sesenta se estableció una cuota para los agentes del FBN en el exterior. Por primera vez, debían escribir reportes trimestrales en los que especificaran los casos creados. Si no habían sido capaces de crear uno solo, entonces eran removidos de sus cargos y enviados a casa.[54] Esta política orientada a resultados tuvo el efecto perverso de incentivar a los agentes a crear casos más pequeños a expensas de investigaciones de largo aliento. Esta disposición fue un paso muy importante en la nueva economía política de la guerra contra las drogas, que exigía arrestos y confiscaciones cada vez más frecuentes. En esa ficción, los agentes también era rehenes de sus propias métricas. Los victimarios se volvían, por una vez, también víctimas.

Desmoronamiento del FBN y creación del BNDD

En 1968, último año de vida del FBN, la organización tenía un presupuesto poco mayor a los tres millones de dólares y unos trescientos agentes, de los cuales solo una docena estaban asignados a tareas fuera de las fronteras de Estados Unidos. Diez años después, la DEA tenía 67 oficinas en el extranjero y más de tres mil agentes. ¿Cómo se llegó a ese punto? ¿Cómo surgió una corporación —casi— todo poderosa a partir de una agencia desconocida para el gran público? ¿Qué pasó en la década de los años sesenta?

En mayo de 1962, con setenta años, Harry Anslinger se vio obligado por la ley a retirarse. Conservó su papel como delegado de Estados Unidos en conferencias internacionales, pero tuvo que dejar

el control del FBN. En su lugar quedó su eterna mano derecha, un farmacéutico reconvertido a policía, Henry Giordano.

Como era previsible, Giordano no soportó la sombra de su sucesor y al interior del FBN comenzó una batalla interna, hasta entonces contenida, por posiciones de poder. Giordano tampoco pudo evitar que en 1963 el presidente Kennedy convocara la formación de la Comisión sobre Abuso de Droga (Advisory Commission on Narcotic and Drug Abuse), un primer intento real por buscar alternativas al fenómeno de las drogas fuera del paradigma promovido durante décadas por el FBN. La comisión consultó a más de cien expertos, incluyendo médicos, enfermeros, académicos y expertos en rehabilitación. Tras más de un año de investigación, la comisión publicó sus recomendaciones sintetizadas en lo que después se conocería como *Reporte Prettyman*. En este se recomendaba expandir los programas de rehabilitación, restringir el uso de granjas de adictos, quitar al FBN el control de las estadísticas, devolver a los médicos la facultad de definir los alcances del uso médico de los narcóticos y, más importante, reformar al FBN y trasladarlo al Departamento de Justicia.[55]

Como era previsible, Henry Giordano orquestó "una campaña de obstrucción y resistencia" contra el reporte, cuyos resultados "atacaban la cultura institucional y la tradición del FBN".[56] Aunque el asesinato de Kennedy frenó la aplicación de algunas demandas hechas por la comisión, durante los siguientes meses se aprobó una serie de leyes y decretos liberales que echaron para atrás mucho de lo logrado por el FBN en la década de los años cincuenta.[57]

El mayor déficit del FBN era, sin embargo, la corrupción interna que comenzó a volverse cada vez más pública y evidente. Un evento clave fue la difusión de la noticia alrededor de la participación de un agente afroamericano del FBN, apellidado McDonnell, en una banda de tráfico de heroína en las calles de Baltimore. Al parecer, era solo la punta del iceberg. Un reporte —todavía confidencial— referido en

varias investigaciones serias sugiere que al menos sesenta agentes del FBN distribuidos a lo largo y ancho de Estados Unidos estaban coludidos en casos de venta de heroína.[58] Según un historiador, varios de ellos habían enviado a matar a cuarenta o cincuenta informantes que ponían en peligro el *modus operandi* de los agentes.[59] El mayor escándalo ocurrió, sin embargo, en la oficina del FBN en Nueva York, de la cual tuvieron que renunciar o ser despedidos 32 agentes cuando, en 1967, se inició una investigación interna por casos de corrupción.[60] Resulta inverosímil que ese tipo de infiltración criminal en el FBN apareciera como generación espontánea solo a finales de la década de los años sesenta; la explicación más obvia —y aquí Ockham y su navaja llevan razón— es que Giordano fuera menos hábil que Anslinger en esconder la descomposición interna de la organización. El FBN era parte del crimen organizado y los ciudadanos de Estados Unidos apenas se estaban dando cuenta del nivel de la infiltración.

Además de la percepción de corrupción y las críticas de médicos al paradigma del FBN, hay una tercera variable que explica la desaparición de la agencia en 1968; a saber, el crecimiento desproporcionado en todo el país de los arrestos por delitos relacionados al tráfico de drogas. David Musto, uno de los investigadores más serios sobre el tema, especuló que el número de consumidores de heroína en Estados Unidos se había multiplicado por diez entre 1960 y 1970 (de cincuenta mil a quinientos mil). Tan solo en Nueva York creció el número de muertos por consumo de drogas de doscientos en 1960 a mil en 1970. A escala nacional aumentó el número de detenidos por posesión de marihuana de 18 mil a 188 mil.[61] Por si fuera poco, "nuevas drogas" aparecieron en el radar, en particular: alucinógenos, barbitúricos y anfetaminas. Estados Unidos se había llenado, de la noche a la mañana, de nuevas sustancias hasta ahora desconocidas. El FBN tenía reputación en perseguir heroína, pero a ojos de la Casa Blanca y del Congreso

era francamente incapaz de enfrentar las nuevas dinámicas de un mercado que ya nada se parecía al de la década de los años treinta. Una nueva época se anunciaba.

En ese contexto, el desmoronamiento del FBN era inevitable. En abril de 1968 la administración del presidente Johnson aprobó finalmente la fusión del FBN y otra agencia en una sola organización dentro del Departamento de Justicia: el Bureau of Narcotics and Dangerous Drugs (BNDD).[62]

Fue un fiasco. Más allá de la mudanza del Departamento del Tesoro al Departamento de Justicia, el BNDD no cumplió con las expectativas de cambio planteadas en el *Reporte Prettyman.* En lo sustancial no cambió nada. La nueva agencia aseguró la continuidad de la política de drogas desde una perspectiva de seguridad pública y no de salud; esto, en gran parte porque su estructura se basó en los recursos humanos heredados por el FBN. Entre otros, fueron transferidos al BNDD los agentes más representativos, incluyendo a Joseph M. Arpaio, William J. Durkin, George Belk, Daniel P. Casey, Henry Giordano, Paul E. Knight y Henry L. Manfredi, personajes cuyos perfiles revisaremos más adelante en este libro. Por si fuera poco, ni se resolvió el problema jurisdiccional con la Oficina de Aduanas,[63] ni acabó la exposición pública de casos de corrupción por parte de agentes antinarcóticos. Alrededor de esto, mucho se ha especulado sobre el hecho de que el BNDD mantuviese una suerte de caja chica especial —entre 1971 y 1973— para el mantenimiento de unidades especiales antidrogas fuera de Estados Unidos con el único objetivo de "desaparecer" presuntos narcotraficantes. Aunque mi investigación no lo ha probado, la suposición no resulta inverosímil del todo si se toma en cuenta una serie de declaraciones hechas por agentes algunos años después de la desaparición del BNDD.[64]

Más que cambios, el BNDD supuso la continuidad de la política de expansión internacional del FBN iniciada a principios de la década de los años sesenta. Al igual que el FBN, el BNDD mantuvo una academia

de entrenamiento dedicada a policías estatales, federales y extranjeros. Con una amplia oferta, el Instituto de Entrenamiento del BNDD (National Training Institute) instruyó como oficiales antinarcóticos a miles de policías estadounidenses y extranjeros.[65] Además, el BNDD mantuvo también escuelas especializadas para policías extranjeros; en Chile, México, Canadá, Austria y otros países, el BNDD organizó cursos con una duración aproximada de dos semanas que se centraban en instruir a policías de esas naciones en el uso de equipo técnico, así como en la enseñanza de técnicas proactivas de investigación antidrogas.[66]

La expansión internacional del BNDD se materializó en el hecho de que para 1972 ya contaba con 47 oficinas regionales en 33 países distintos, así como un presupuesto de 74 millones de dólares anuales (comparado con poco más de tres millones de dólares asignados al FBN en 1968).[67] La expansión del BNDD fue particularmente tangible en América Latina donde tenía dos oficinas regionales: una en Buenos Aires y otra en la Ciudad de México.[68] Además, contaba con una red compuesta por una docena de oficinas distritales subordinadas. Estas fueron, por orden de fundación: Monterrey, Lima, Guadalajara, Santiago, Brasilia, Hermosillo, Ciudad de Panamá, Asunción, Caracas, La Paz, Bogotá, Quito, Mazatlán y Montevideo.

A la oficina regional en Buenos Aires estaban asignados 16 agentes: cinco en Argentina, y el resto distribuidos entre Paraguay, Colombia, Brasil, Venezuela, Perú, Bolivia, Ecuador y Chile. Por su parte, la oficina de Ciudad de México tenía asignados 15 agentes cuya área de jurisdicción incluía México y América Central con la excepción de Panamá, país en el que se constituyó una oficina autónoma con dos agentes. Ya para entonces la guerra contra las drogas había elegido América Latina como tablero. Aún sigue ahí.

La creación de la DEA

La DEA fue creada en el verano de 1973, dos años después de que Richard Nixon declarara oficialmente la guerra contra las drogas en un furibundo discurso ante el Congreso de su país.[69] ¿Qué buscaba Nixon? Varias cosas, pero sobre todo una: el respaldo del votante conservador para su relección en los comicios presidenciales de 1972 a los que Nixon se presentó como un candidato "duro" contra el crimen. Especialmente útil le fueron los publicitados casos de adicción de soldados estadounidenses en Vietnam y el crecimiento en el número de adictos en Estados Unidos, asuntos que utilizó no como problemas a resolver, sino como temas electorales.

Así, para la carrera presidencial en 1972, Nixon enfocó su campaña en el único catalizador del crimen que supuestamente podía ser combatido desde el gobierno federal: las drogas y, entre todas ellas, la heroína. En un obvio sofisma, Nixon argumentó, como lo venían haciendo los dirigentes del FBN y el BNDD desde hacía años, que el *principal* desencadenante del crimen era el consumo de droga. Así, Nixon dio un salto cualitativo al binomio drogas-crimen. El argumento dejó de ser que la adicción estuviera relacionada al crimen; a partir de Nixon, la adicción era *la principal fuente* de criminalidad —una idea hoy del todo descalificada por la criminología moderna.[70]

La reelección de Nixon supuso la consolidación del paradigma punitivo y el fin de la consolidación de las alternativas de regulación de narcóticos cultivadas en los años sesenta. Bajo esa coyuntura, se llevó a cabo el Plan Reorganizacional número 2, la ley que da origen a la DEA y que planteaba la necesidad de "establecer un mando único y unificado capaz de emprender una guerra global y permanente contra la amenaza de las drogas".[71] Una empresa que ya desde entonces contemplaba el "envío de agentes de la DEA al extranjero para promover el desarrollo de agencias similares en otros países".[72]

La DEA absorbió prácticamente la totalidad de la infraestructura del BNDD. Aproximadamente el 75% del personal simplemente se incorporó a la nueva agencia. Sin embargo, además del BNDD, la DEA abrevó de los recursos humanos y materiales de otras instituciones. Así, por ejemplo, la sección de narcóticos de la Oficina de Aduanas se desangró por completo (Customs Service Drug Investigations Unit): setecientos de sus agentes fueron traspasados a la DEA. Además, la Office of Drug Abuse Law Enforcement (ODALE), especializada en temas relativos a la heroína, desapareció, y sus agentes ingresaron igualmente a la DEA. Por último, la DEA absorbió igualmente a la Office of National Narcotics Intelligence (ONNI), creada apenas en 1972. La ONNI tenía la función de desarrollar un sistema de inteligencia global antinarcóticos. A todas luces, aquella agencia era redundante en un espacio político ya dominado por el BNDD y la CIA; al crearse la DEA en julio de 1973, la agencia desapareció y se reconvirtió en la Oficina de Inteligencia de la nueva agencia.

La DEA era, vista comparativamente, una excepcionalidad mundial. En el resto de los países del mundo, las policías antinarcóticos eran —de existir— apenas una subsección de las procuradurías generales o de los ministerios de salud; nunca una agencia con el grado de autonomía y poder de la DEA. Además, en el contexto estadounidense, no hay manera de argumentar en favor de la existencia de una organización cuya jurisdicción se traslapa —y ya entonces se traslapaba— casi totalmente con la del FBI, cuyo mandato no es otro sino el combate al crimen organizado que aglutina —como ya era claro en esa época— al narcotráfico.

El temor a ser absorbida por un eventual reacomodo burocrático es parte inherente a la cultura organizacional de la agencia. Desde su origen se pensó que, una vez mermado el peligro de la heroína, iba a ser posible integrar la DEA al FBI.[73] En la necesidad de reparar esa debilidad estructural, en los administradores de la DEA ha estado

siempre presente la necesidad de *profesionalizar* la agencia, adaptar actitudes y programas legitimados por otros grupos de poder en Estados Unidos y, sobre todo, luchar porque se le reconozca el mayor número de facultades para cumplir sus objetivos marcados en los estatutos que sellaron su fundación. La primera de ellas: su predominancia como agencia antidrogas en el exterior. Como revisamos antes, el FBN, a partir de la personalidad de Anslinger, se había logrado construir una narrativa muy conveniente en la que se situaba el problema de las drogas como uno de orden trasnacional y su combate en los mismos términos.

Asumirse como agencia trasnacional no resultó difícil para la DEA si se toma en cuenta que el FBN había sido, por mucho, más ambicioso que el FBI en su vinculación con policías extranjeras. Así, tres años después de su fundación, la DEA mantenía 228 agentes en el exterior (de un total de 2,117), 68 oficinas regionales en 43 países y un presupuesto poco menor a los 200 millones de dólares.[74] La DEA no solo había heredado los poderes del FBN y el BNDD; también había debilitado a la Oficina de Aduanas en lo que se refiere a los recursos humanos disponibles. Las consecuencias no serían menores.

A la DEA se le dieron muchísimos poderes. Para empezar, se le dio autoridad para supervisar y controlar todo lo relativo a la Ley de Sustancias Controladas (Controlled Substance Act, CSA), la ley que establece los niveles de peligrosidad de las drogas, así como los alcances y limitaciones medicinales de cada una de estas. Así, *de facto*, desde la DEA se decidía —y *de facto* se sigue decidiendo— en qué peldaño de peligrosidad se acomodan ciertas drogas. Cuando escribo estas líneas, la marihuana continúa situada en la escala de peligrosidad de sustancias bajo la categoría de "muy dañina". La única forma de modificar su posición en la lista es mostrando evidencia científica de los beneficios de la marihuana a partir de "estudios adecuados, controlados y eficientes". Estudios "adecuados" para mostrar los beneficios curativos —o no— de, por ejemplo, la

marihuana, solo pueden realizarse, sin embargo, bajo los parámetros establecidos por el Instituto Nacional de Abuso de Drogas (National Institute on Drug Abuse, NIDA) y la DEA. Uno de esos parámetros es que la investigación sea realizada en laboratorios científicos avalados por la DEA. Hoy, en Estados Unidos, solamente existe uno en la Universidad de Misisipi y mantiene contrato de exclusividad con el NIDA. Por tanto, ningún estudio científico que no se realice ahí está sujeto a ser considerado como "científicamente válido" para poder cambiar la escala de peligrosidad de la hierba.[75]

En segundo lugar, como antes hizo Anslinger, la administración de la DEA centralizó los mecanismos de importación de drogas legales a Estados Unidos. En tercer lugar, la DEA instauró una red conocida como Drug Abuse Warning Network (DAWN), cuyo objetivo era monitorear hospitales privados para recolectar información sobre el tipo de enfermos que eran internados debido al uso de sustancias ilegales. Los datos producidos por la red tenían la finalidad de abastecer los documentos "científicos" que generaba la DEA para invalidar los argumentos que apelaban a la legalización de algunas drogas y para, supuestamente, medir el impacto de las políticas de imposición de la ley en los mercados ilegales. Al hacerlo, la DEA se evaluaba a sí misma sin la menor posibilidad de establecer mecanismos de control y equilibrio. Por último, para la misma acción legitimadora sirvió la Narcotic Addict Treatment Act, una ley que obligaba a todos los médicos que prescribían narcóticos a enviar su información a las oficinas de la DEA. Así, en apenas unos años, la DEA no solo monopolizó toda política pública federal relativa a las drogas, sino que logró generar, monitorear, recabar y modificar flujos de información policial y no policial dentro y fuera de Estados Unidos.

En resumen: la campaña de Nixon para lograr su relección, la crisis de consumo de drogas tradicionales y la aparición de nuevas sustancias, así como el fracaso del BNDD en resolver problemas burocráticos con la Oficina de Aduanas fueron factores que

desembocaron en la creación de la DEA en 1973. A partir de ahí, la nueva agencia, si bien vulnerable ante el resto de organizaciones policiales, logró obtener cada vez mayores recursos y capacidades fuera y dentro de Estados Unidos. En pocos años, la DEA pasó de ser una simple agencia federal antinarcóticos para convertirse en la estructura más visible de la guerra contra las drogas. Las consecuencias se sufren aún hoy.

Los agentes de la DEA en el exterior

Desde 1973 la DEA mantiene prácticamente el monopolio de la relación con oficiales antinarcóticos de otros países y comparte la responsabilidad en la planeación y ejecución de todos los programas de imposición de la ley fuera de Estados Unidos. Ello le permitió aumentar de manera significativa el número de agentes y oficinas en el exterior ya sin los límites a los que se habían enfrentado el FBN y el BNDD en décadas anteriores.

A diferencia de los agentes del FBN —más bien lobos solitarios en el extranjero—, la DEA no trabajaría con uno o dos funcionarios por región, sino con decenas. Sin embargo, como en el pasado, y por muchos que fueran, operar en el extranjero seguía presentando retos insoslayables. Mientras sus colegas en Estados Unidos —digamos, en Calexico— estaban autorizados para arrestar e investigar delitos federales, así como trabajar en casos de tráfico de drogas durante varios meses en conjunto con la policía local y la fiscalía, en el exterior, en cambio, muchas veces no estaban siquiera acreditados para portar armas, dialogar con policías locales o intervenir ante situaciones de delitos cometidos en flagrancia.

Como sus predecesores, los agentes de la DEA en el extranjero se enfrentaron a la tensión de llevar a cabo sus actividades entre las regulaciones del marco jurídico estadounidense y las del Estado

receptor. Al formarse la DEA en 1973, el estatuto 21 U.S.C. §878 dejó abierta la posibilidad de que los agentes pudieran realizar arrestos si podían probar que de esa manera se impediría la realización de un crimen contra Estados Unidos. Ello llevó a que durante varios años agentes de la DEA participaran en inducciones territoriales, arrestos y confiscaciones en el extranjero. Solamente en 1973, la DEA extrajo a medio centenar de presuntos narcotraficantes de sus países de origen para luego llevarlos ante un juez en los Estados Unidos sin que mediara orden de arresto, aprehensión o extradición.[76] En el terreno de la especulación, algún estudioso calculó en 150 el número de abducciones territoriales entre 1973 y 1975.[77] Ante cierta presión pública y necesidad por plantear los límites de actuación de los agentes, en 1976 se aprobó la, así llamada, Enmienda Mansfield, una ley que prohibía a cualquier empleado de Estados Unidos realizar detenciones en países extranjeros aun en "cumplimiento de su trabajo". Si bien durante el régimen de Reagan se volvió a expandir el margen de maniobra de los agentes, la Enmienda Mansfield obligó tanto al Departamento de Justicia como a la agencia a cambiar sus propias directrices internas con respecto a sus funciones en el exterior. Una de las tareas formales de los embajadores pasó a ser, y seguiría siendo en las décadas por venir, "minimizar la exposición pública de los agentes".[78]

A partir de esta limitante, y siempre con la vigilancia de las embajadas de Estados Unidos, el abanico de actividades permisibles para la DEA se circunscribió —al menos en el ámbito de lo no abiertamente ilegal— a realizar actividades de vigilancia encubierta, pagar informantes, comprar información, interrogar prisioneros, realizar estudios sobre formas de producción y transporte de droga en el país en cuestión, desarrollar inteligencia, proveer de instrucción, inteligencia y entrenamiento a policías extranjeros, formar relaciones de confianza con actores estatales, pugnar por cambios legislativos en favor de leyes similares o aún más punitivas

que en Estados Unidos, desarrollar casos contra posibles narcotraficantes y buscar mecanismos que —supuestamente— mejorasen las capacidades de control de narcóticos del país receptor.

Jerarquías y estructura de los agentes en el exterior

Durante finales de la década de los años setenta la DEA mantuvo las, así llamadas, "oficinas regionales" en París, Bangkok, Ciudad de México, Caracas (en reemplazo de Buenos Aires), Karachi y Manila. Estas oficinas fungían como centros articuladores de "oficinas distritales", normalmente establecidas en ciudades más pequeñas. Así, por ejemplo, la oficina regional en Ciudad de México era —antes de la construcción de otra en Caracas— responsable para toda América Latina, aun cuando ya había varias distritales en América del Sur, el Caribe y América Central. Mientras el número de agentes asignados a las oficinas regionales podía ser casi ilimitado, las oficinas distritales funcionaban con recursos humanos y monetarios relativamente reducidos: entre uno y cuatro agentes por zona, y entre 333 y tres mil dólares de presupuesto mensual.[79]

La estructura de la DEA en el exterior estaba compuesta por funcionarios con grados jerárquicos distintos. Dirigía las operaciones el *regional supervisor* o *regional director* (RD), responsable de varios países al mismo tiempo. Complementaban el núcleo duro de mandos altos el *deputy regional director* (DRD), el *assistant regional director* (ARD) y el *regional intelligence unit supervisor* (supervisor de las RIU). A ellos reportaban los *country attachés* (CA), responsables por país.

El encargado de las oficinas más pequeñas de la DEA era el *agent-in charge* (RAC) o, en otra nomenclatura igualmente usual, *special agent-in charge* (SAIC). Si la oficina sobrepasaba la decena de agentes, entonces se nombraba un segundo a bordo con el título de *RAC group supervisor*. En principio, todos ellos eran parte de la

misión diplomática de Estados Unidos. A nivel raso estaban los agentes especiales (*special agents*, SA) quienes podían ser residentes o temporales. Por lo regular, aquellos SA asignados a la capital del país también contaban con pasaporte diplomático.

En momentos y geografías específicas —fue el caso de México, Colombia y varias regiones del sureste asiático—, agentes asignados a oficinas en Estados Unidos hacían estancias temporales en el extranjero; las campañas de erradicación, por ejemplo, reclamaban decenas de agentes que viajaban por periodos de noventa días para fortalecer las tareas de las oficinas del país en cuestión. Se les reconocía bajo las siglas TDY (*temporal duty*). En países con estructuras más complejas y prioritarios para la política antidrogas de Estados Unidos había analistas de inteligencia (*intelligence analysts*) y personal administrativo. A partir de 1977 surgió la figura de *advisor on compliance and regulatory matters* (ACRM), cuya función era asesorar a los funcionarios extranjeros en lo concerniente al cumplimiento de los protocolos internacionales en materia de exportación legal de narcóticos.

La presencia de agentes de la DEA en el exterior puso en entredicho el monopolio de la representación estadounidense por parte del Departamento de Estado fuera de sus fronteras. En principio, la embajada —a través del *deputy chief of mission*— era la responsable directa de asegurar que los objetivos generales de política antinarcóticos se cumpliesen en cada país.[80] Las embajadas de Estados Unidos eran, además, el punto de encuentro de los agentes al llegar al país extranjero. Solamente esa circunstancia establecía un problema difícil de resolver: el agente de la DEA que llegaba a una oficina distrital respondía directamente a los mandatos recibidos desde la oficina regional correspondiente. Esto es, en la práctica, un agente de la oficina distrital fungía como una suerte de "extensión" en zonas periféricas de la regional. Sin embargo, su condición diplomática ante el país de recepción era, al menos para

los agentes residentes, como *attaché* de la embajada.[81] Por tanto, en rigor, su presencia en el país receptor estaba acordada según las necesidades del programa antinarcóticos de cada embajada y no de la DEA.

Se trataba de una situación por lo demás común y añeja entre los agentes antidrogas y el Departamento de Estado que, sin embargo, se fue volviendo más tensa en la medida en que los propios agentes de la DEA fueron aumentando, adoptando tácticas y adquiriendo equipo militar, lo que hacía mucho más evidentes las diferencias entre diplomáticos y policías antinarcóticos. Si esa situación ya presentaba ingredientes para el enfrentamiento, el conflicto con la DEA se acentuó por la forma de trabajo de sus propios agentes: descentralizada y con la función de establecer redes de informantes con actores estatales y no estatales.

El *quid* de la cuestión no se reducía a la presencia de los agentes, sino a la facultad legal y *de facto* que tenían los mandos altos de la DEA para participar en las negociaciones con los gobiernos extranjeros. Al tener cada grupo burocrático diferentes prioridades, fue común que las negociaciones frente a otros gobiernos se vieran empañadas por la ausencia de objetivos, interlocutores y dinámicas unánimes.[82] Por otro lado, la creciente presencia de los agentes en los consulados y en las embajadas de Estados Unidos funcionó como una suerte de recordatorio a los propios embajadores sobre el lugar central en el complejo de la política exterior de Estados Unidos que ocuparían —de 1973 en adelante— las políticas antinarcóticos.[83]

Un reporte al Congreso de 1975 hizo explícito, quizás por primera vez por escrito, el malestar de las embajadas estadounidenses por la intervención de los agentes en las relaciones diplomáticas con otros países. Se dijo que los agentes de la DEA podían constituir un riesgo real para relaciones diplomáticas construidas durante años.[84] En casos de diferendo con el embajador o su subordinado, el tema se llevaba a los cuarteles generales de la DEA en Virginia.[85] Esto es, a

pesar de que la cadena de mando nacía del embajador, el Departamento de Estado carecía de dientes para resolver la situación.

Entre las disposiciones revisadas tras la promulgación de la Enmienda Mansfield, se exigió a todos los agentes en el exterior mantener perfiles bajos, y someter su relación con medios de comunicación a la autoridad del encargado de prensa de la embajada (*mission's public affairs officer*). Así pues, no se hace difícil argumentar que el principal obstáculo de operación —en particular en lo referente a América Latina— de los agentes de la DEA en el extranjero no fueran las autoridades del país receptor, sino las propias embajadas. Estas limitaban el número y tipo de ciudades en las que podían asentarse, el número de agentes permitidos y, en última instancia, los recursos asignados.[86]

A pesar de que predominó en la DEA la sensación de que las embajadas "no eran suficientemente agresivas frente al problema de las drogas",[87] lo cierto es que existía una relación de dependencia. Embajadas y agencia se necesitaban para subsistir. Si bien una actitud de poca disposición por parte del *deputy chief of mission* podía entorpecer el trabajo de los agentes, la misión diplomática necesitaba del análisis, inteligencia y trabajo sobre terreno que proveía la DEA. Evitar el fracaso de las políticas antidrogas en un país —entendido este como el aumento relativo de la importancia del país en la cadena de transporte y producción de drogas y medible en cosas muy concretas como la "pureza" de un cargamento de heroína — era incentivo necesario para trabajar en conjunto. Lo cierto es que los agentes de la DEA en el extranjero trabajaban con las misiones diplomáticas en la formación de los planes nacionales antidrogas (NCAP), en el diagnóstico de la asistencia técnica requerida, en la preparación de los programas de entrenamiento de los policías locales, en la aplicación de ese mismo entrenamiento, en

el monitoreo, análisis, así como evaluación de las acciones antidrogas del país receptor, etcétera.[88]

La importancia de los contactos

Además de la dimensión policiaca y de su función como formuladores de políticas —misma que analizaremos más adelante— los agentes de la DEA en el extranjero asumieron una función de enlaces (*a liaison role*) con el resto de los actores políticos del país receptor: policías, funcionarios de aduana, militares, fiscales, jueces o funcionarios de exteriores.[89]

Su trabajo tuvo que ver tanto con los agentes locales con quienes intercambiaban información como con una gama de actores no estatales, y en muchos casos envueltos en actividades ilegales. Así, la extensión y profundidad de esos contactos dependió de un sinfín de factores: "lo complejo o no del sistema político del país en cuestión, el estado de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, el control que ejercía el gobierno receptor sobre las operaciones de la DEA, lo prioritario del tema para la propia embajada y la relación entre la agencia y el propio embajador".[90] De todo ello dependía también el grado de formalidad, secrecía y transparencia con el que los agentes elegían y establecían sus relaciones. La función de enlaces colocaba a los agentes en una posición híbrida: entre la de *fixer* informal y la de representante formal adscrito a la embajada.[91]

Sería incorrecto suponer que las relaciones se establecían sin el interés objetivo de ambas partes. De la misma manera que en la década de los años cincuenta con los funcionarios del FBN, la relación entre los agentes de la DEA y los policías locales era de significativa dependencia. Si los segundos no abrían la puerta, entonces no podían cumplirse los objetivos de los primeros; en cambio, si los

primeros no aceptaban un grado mínimo de colaboración, estos perdían una serie de beneficios sobre los que ahondaré en los siguientes párrafos.

La relación con agentes de la DEA suponía la adquisición de un capital político importante para el funcionario o policía del país receptor. Un vínculo con un agente extranjero podía garantizar al policía local cierta estabilidad en su trabajo, una protección informal frente a alguna arbitrariedad y, sobre todo, cierta jerarquía en su unidad o equipo de trabajo.

El otro incentivo de los policías locales para colaborar con los agentes de la DEA era acceder a cierta información de otro modo imposible de conseguir. La red de inteligencia de la agencia ofrecía a las policías locales datos relevantes para la consecución de sus objetivos. Gracias a sus contactos en la DEA, policías locales podían saber la identidad de determinado ciudadano "en unas cuantas horas".[92] Así, la percepción de la DEA como una suerte de Interpol menos burocrático y de fácil acceso llevaba a las policías locales a buscar por sí solas contacto con sus agentes en el extranjero. La resolución de casos se facilitaba. Y el avance profesional también.

A diferencia de los agentes del FBN que normalmente trabajaban con una o dos corporaciones locales, los agentes de la DEA buscaban no limitar su interlocución a la organización designada como tal por el gobierno central del país receptor. Mantenían un rango de opciones relativamente amplio con el fin de contrastar información, incentivar la competencia interna y asegurar las ventajas que cada institución podía proveer. Así, por ejemplo, mientras con una unidad policiaca puntual podían celebrar programas de entrenamiento, con otra distinta compartían información clasificada y con una tercera colaboraban en operaciones encubiertas. En el mejor de los casos buscaban la formación de organizaciones similares (*peers*) que en sí mismas tuvieran todas las características deseadas por la agencia: buenas relaciones con la clase política, bajos niveles de corrupción,

buena disposición al uso de técnicas proactivas, despliegue total o casi total sobre el territorio, facultades legales amplias, equipo de inteligencia sofisticado, etcétera. Al final podía resultar que la "autoridad oficial" para mantener contacto directo con la DEA fuera la última en enterarse de ciertas operaciones. Esto era especialmente cierto en Canadá y México, donde el contexto fronterizo —y por tanto la existencia de problemas comunes— hacía emerger vínculos informales que volvían desechables las líneas formales de autoridad.[93] La corrupción —sin dejar de ser un asunto que generaba molestia— no impedía necesariamente la colaboración estrecha. Más todavía: la corrupción podía ser un factor de utilidad para los agentes de la DEA, hipótesis que exploraré con profundidad a lo largo de este libro.[94]

La influencia de los agentes de la DEA

En la práctica, aun cuando los agentes de la DEA tenían prohibido participar en detenciones y enfrentamientos en otros países, su propia presencia en el Estado receptor provocaba que los policías domésticos modificaran sus propias dinámicas operativas. El punto es importante pues, aunque los agentes no podían operar con las libertades que disfrutaban en Estados Unidos, sí fueron capaces de proveer un "modelo de actuación" presto a ser asimilado por policías extranjeros. Oficialmente, ellos "acompañaban" a las policías nacionales y compartían información. Sin embargo, lejos de reducir su participación a esas dos ramas, el solo hecho de acompañar a las policías nacionales en las tareas de inmovilización de presuntos narcotraficantes o de mercancías, en la práctica (*on the job training*) estaban transmitiendo a las propias policías sus formas de operar; una forma menos formal de lo que en inglés se conoce como *institutional building* o desarrollo institucional.[95] Para México, esto es

especialmente cierto y ha sido reconocido por los propios funcionarios de DEA.[96]

Aunque según sus propias directrices la función de los agentes era la de concentrar sus esfuerzos en casos relevantes de tráfico internacional de drogas, se permitían incursiones en casos "insignificantes" o "menores" como formas de entrenamiento práctico de los policías locales.[97] Por lo demás, la propagación del modelo podía funcionar de manera pasiva y sin apenas intervención de los agentes. Tampoco necesitaban hacer demasiado: la propia difusión de sus tácticas a través de la ficción y los medios de comunicación estadounidenses ayudó a la popularización de las formas operativas de la DEA.[98]

En resumen: la dimensión operativa de los agentes en el exterior es, en sí misma, parte de un proceso de instrucción. Es, acaso, un proceso más profundo y efectivo del que pudieron ofrecer los programas institucionales de entrenamiento. En el entendido de que la situación óptima pasaba por que fuesen las policías domésticas las que resolviesen las cuestiones más prosaicas, de los agentes de la DEA se esperaba que invirtiesen tiempo y esfuerzo en la formación de redes y entrenamiento de los policías locales. Esto era especialmente cierto para el caso de México.

De los funcionarios de la DEA en el exterior, tanto de aquellos que se establecían en oficinas regionales o distritales, los funcionarios en Virginia esperaban que estos cumpliesen funciones de "formuladores de políticas" y "constructores de instituciones". Esto es, debían pugnar por buscar cambios estructurales en el país en el que se encontraban: desde la integración de técnicas proactivas de investigación en las regulaciones estatales a la creación de instituciones "de confianza" bajo el modelo de la propia DEA.[99] El rango de opciones disponibles para hacerlo no era menor: trabajo de *lobbying*, transferencia de recursos, entrenamiento de policías locales en técnicas de *law enforcement*, participación en

conferencias internacionales, diseño de manuales de investigación etcétera. Los agentes instalados fuera de Estados Unidos organizaban, asimismo, encuentros entre policías de la región. Véase el caso, por ejemplo, de la Latin American Police Chiefs Conference, promovida por la DEA en la década de los años setenta, cuyas reuniones aglutinaban a policías de diferentes países de la región. Para asegurar la presencia de los actores considerados como clave, la DEA "cargaba" con los viáticos.[100]

Así como era necesario "convencer" a los actores locales, los agentes debían cumplir una función que resulta de la fragmentación de la política exterior estadounidense: la necesidad de sensibilizar a los diplomáticos de aquel país de dar prioridad al tema de las drogas y de situar el asunto como central en las mesas de negociación con las autoridades locales.

En gran parte de la bibliografía se ha limitado el análisis de los agentes y recolectores de información. Se ha puesto menos atención en la manera en que su interacción con las policías locales terminó por influir en cuestiones operativas y en la aproximación más general que asumía un gobierno extranjero respecto al transporte de drogas. La evidencia encontrada en los archivos y en otras investigaciones obliga a repensar el punto y a ver cómo las formas prosaicas y cotidianas de colaboración terminaron por ser un factor determinante en influir sobre otros actores extranjeros. Establecer relaciones personales con los policías locales podía derivar en grandes ganancias. Al desarrollar relaciones personales con otros actores estatales podían transferirse interpretaciones de lo que constituye —y de lo que no constituye— un problema. Al lograr establecer relaciones de confianza con actores estatales cuyos intereses empataban con los de la agencia, esta podía influir en la propia definición de los intereses de las facciones del otro Estado. La tarea podía reducirse a cuestiones muy elementales: convencer a sus pares de que entre el uso de técnicas de investigación proactiva y el principio de legalidad no había contradicción, que la erradicación

aérea podía —en efecto— tener un impacto importante en la oferta narcótica, o que centralizar los esfuerzos antidrogas en una única oficina era una estrategia eficiente o redituable para los intereses de los involucrados. Así, en sus restringidos márgenes de acción y en asuntos relativamente importantes los agentes podían influir en la priorización de objetivos, en el encausamiento de casos puntuales y en la velocidad de resolución de ciertos conflictos.

"Creación de casos" y desarrollo de inteligencia

La actividad principal de los agentes de la DEA fue —y continúa siendo— la "creación de casos judiciales". En ello no hubo modificaciones significativas en relación con el trabajo de sus predecesores del FBN y BNDD. De forma similar al trabajo que realizaban sus colegas adscritos a alguna de las oficinas regionales o distritales en Estados Unidos, los agentes de la DEA en el extranjero creaban casos a partir de sus sistemas formales e informales de inteligencia; esto es, desde formas avanzadas de análisis de datos hasta el ancestral y atávico pago de informantes. Crear un caso exitoso significaba reunir la evidencia necesaria para acusar ante la autoridad judicial correspondiente a un individuo de participar en actividades ligadas al tráfico de drogas, y que esta misma autoridad calificara la evidencia como válida y suficiente para establecer un castigo determinado. Crear un caso suponía poder sostener acusaciones fuertes y documentadas ante el juez.

A este respecto, dos escollos fundamentales tenían que sortear los agentes que trabajaban en el extranjero. Por un lado, la ausencia de marcos jurídicos convergentes. Una actividad ilegal en Estados Unidos podía no estar regulada o codificada como tal en otro país. El segundo obstáculo era similar: técnicas de obtención de evidencia aceptadas por un juez estadounidense podían ser insuficientes o

incluso ilegales en la interpretación de su colega en otro país (la más notable, el uso de informantes anónimos en el proceso judicial). Aunque ambos asuntos —la falta de convergencia y la aceptación de ciertas técnicas de obtención de evidencia por parte de los jueces— continúan siendo relevantes hoy, lo cierto es que, en las últimas décadas, ambos ejes del debate han comenzado a resolverse a partir de convenciones multilaterales, acuerdos de entendimiento mutuo entre países y la convivencia cotidiana de policías provenientes de distintos Estados.[101] Sin embargo, en el periodo de estudio que abarca este libro, la noción de *crimen trasnacional* apenas había generado mecanismos que remediaran las complicaciones apuntadas; los agentes de la DEA en el exterior se enfrentaban a ellas todos los días. Además, había inconvenientes periféricos, pero no por ello menos relevantes: la existencia de culturas organizacionales distintas, el desinterés de algunos cuerpos policiacos en el combate de determinado delito o sustancia, la baja profesionalización, la carencia de medios avanzados de inteligencia y la corrupción sistemática.

Los agentes de la DEA tenían distinto margen de maniobra según lo permitieran la embajada y el país en cuestión. El involucramiento de los agentes de la DEA en todo el proceso policial ha sido visto siempre con recelo por parte del Departamento de Estado. No solo se trataba del siempre potencial —y ya examinado— conflicto diplomático como consecuencia de una posible arbitrariedad por parte del agente o por el secuestro o asesinato de uno. Existía un temor distinto: que los agentes de la DEA asumiesen como suyas tareas antinarcóticos de determinado país, disuadiendo con ello a los gobiernos a crear sus propios sistemas de inteligencia, reformas judiciales o programas de capacitación. En otras palabras: el temor a que los agentes reemplazasen las funciones policiacas naturales de policías locales.[102] El punto es importante recalcarlo: aunque pareciese contradictorio, no ha estado en el interés del

Departamento de Estado la subrogación del sistema de justicia en ninguna de sus etapas.[103]

Los agentes de la DEA casi nunca podían realizar un arresto de manera legal. Así, una irregularidad en el proceso de detención podía ser suficiente para que el juez decidiera no dictar sentencia condenatoria contra el inculpado. Más todavía: el interés de los agentes no era solo buscar el encarcelamiento de algún presunto narcotraficante sino la "inmovilización" total de la red u organización en la que este participaba. Para ello se hacía necesario trabajar en cooperación con los policías extranjeros de tal manera en que la creación del caso se hiciera de manera consecuente con las formas, convenciones y regulaciones locales.

Apenas perpetrado el arresto de "traficantes importantes" o el decomiso de un cargamento de droga, los agentes de la DEA presionaban para que el acto se hiciera público y se evitaran las usuales pérdidas de mercancías o las distorsiones a la baja de la cantidad de droga confiscada.[104] Promovían especialmente las conferencias de prensa en las que "funcionarios orgullosos anunciaban con solemnidad el 'impacto significativo' que tendrá la detención o decomiso sobre la oferta de droga en toda la región".[105] La comparecencia mediática funcionaba como garantía de que los actores locales no dejarían ir a los inculpados. Después del arresto y la presentación pública, los agentes buscaban influir en la medida de lo posible en las acciones del ministerio público o fiscalía correspondiente, así como en el proceso ante el juez.

La DEA mantenía una infraestructura al servicio de la creación de casos que respaldaba las operaciones en el extranjero. No solo se trataba del Centro de Inteligencia EPIC. La agencia mantenía un Sistema de Información de Narcóticos y Drogas Peligrosas (Narcotics and Dangerous Drugs Information System, NADDIS) con nombres de millones de sospechosos, y solo comparable con la base de datos del FBI; además, contaba con un programa de inteligencia aérea en el

que se había invertido gran parte de los recursos iniciales de la DEA (Air Intelligence Program).[106] La agencia también mantenía un sistema de registro de todos los individuos que participaron o participaban como informantes en algún momento. Hacia 1975, el Source Registry Narcotics System mantenía una base de datos biográficos de alrededor de diez mil personas fuera y dentro de Estados Unidos.[107] Sin embargo, el respaldo de la maquinaria no hizo a los agentes menos dependientes de la "compra" de informantes. Subrayo el verbo "comprar" porque sin cooperación con las policías locales y sin el permiso jurídico para hacerlo, los agentes de la DEA difícilmente podrían acudir a instrumentos de coerción para obligar a un individuo a facilitar información. El dinero era, la mayoría de las veces, la principal motivación de los informantes para colaborar con los agentes. Para la "compra de información" cada oficina distrital de la DEA recibía un monto mensual. En 1974, esa cantidad podía llegar a dos mil dólares mensuales por oficina distrital (equivalentes a unos diez mil dólares de 2015).[108] En América Latina un solo informante podía recibir hasta 750 dólares por diez días de trabajo con un agente.[109] Si existían partidas secretas para pagarles —como sostienen algunas investigaciones periodísticas— su registro no fue conservado en los archivos.

No, no se necesita ser Sherlock Holmes

Frederick A. Sutherland tenía parte de razón: "Todo lo que se necesita es sentido común". Y, sin embargo, como lo demuestra este capítulo, la profesión del agente antinarcóticos es mucho más compleja de lo que apuntaba Sutherland, sobre todo si se trabaja fuera de Estados Unidos. Los perfiles de los cuatro agentes que componen la segunda parte de este libro dan cuenta de ello.

[1] "Months Spent in Underworld to Trap Drug Sellers".

[2] Alan Block y John C. McWilliams, "On the Origins of American Counterintelligence: Building a Clandestine Network", *Journal of Policy History* 1, núm. 4 (1989): 354-372.

[3] Boris Barrios González, *Las operaciones encubiertas* (Panamá: Universal Books, 2013), 16.

[4] Kenneth J. Meier y Kevin B. Smith, "Say It Ain't So, Moe: Institutional Design, Policy Effectiveness, and Drug Policy", *Journal of Public Administration Research and Theory* 4, núm. 4 (1994): 438.

[5] Sobre todo este proceso, véase Donald T. Dickson, "Bureaucracy and Morality: An Organizational Perspective on a Moral Crusade", *Social Problems* 16, núm. 2 (1968): 143-156; Rufus King, "Narcotic Drug Laws and Enforcement Policies", *Law and Contemporary Problems* 22, núm. 1 (1957): 113-131.

[6] Para una historia del nacimiento del FBN centrada en los conflictos burocráticos, veáse John C. McWilliams, "Through the Past Darkly: The Politics and Policies of America's Drug War", *Journal of Policy History* 4, núm. 3 (1991): 5-41.

[7] Douglas Clarck Kinder, "Nativism, Cultural Conflict, Drug Control: United States and Latin American Antinarcotics Diplomacy through 1965", en *The Latin American Narcotics Trade and U.S. National Security*, ed. por Donald J. Mabry (Connecticut: Greenwood Press, 1989). Sobre el debate interno alrededor de la designación de Anslinger como comisionado, véase John C. McWilliams, "Unsung Partner against Crime: Harry J. Anslinger and the Federal Bureau of Narcotics, 1930-1962", *Pennsylvania Magazine of History and Biography*, 1989, 215-218.

[8] Para un estudio más amplio de sus facultades, véase Douglas Clarck Kinder y William Walker III, "Stable Force in a Storm: Harry J. Anslinger and United States Narcotic Foreign Policy 1930-1962", *Journal of American History* 72 (1986): 908.

[9] Un estudio detallado de la relación entre Anslinger y su trabajo como director del FBN puede leerse en John C. McWilliams, *The Protectors: Harry J. Anslinger and the Federal Bureau of Narcotics, 1930-1962* (Newark: University of Delaware Press, 1990). Una narración del propio comisionado sobre su vida privada puede leerse en Harry J. Anslinger y Will Oursler, *The Murderers: The Story of the Narcotic Gangs* (Nueva York: Farrar, Straus and Cudahy, 1962). Otro

importante documento del propio Anslinger sobre las primeras etapas de su carrera es Harry J. Anslinger y William F. Tompkins, *The Traffic in Narcotics* (Nueva York: Funk and Wagnalls, 1953).

[10] La hipótesis es delineada por Block y McWilliams, "On the Origins of American Counterintelligence", 356.

[11] Jeremy Kuzmarov, *Modernizing Repression* (Boston: University of Massachusetts Press, 2012).

[12] Kinder y Walker III, "Stable Force in a Storm", 909.

[13] Kathleen J. Frydl, *The Drug Wars in America, 1940-1973* (Nueva York: Cambridge University Press, 2013), 28.

[14] Eva Bertram *et al.*, *Drug War Politics: The Price of Denial* (Londres: University of California Press, 1996), 81.

[15] Musto, *La enfermedad americana*.

[16] William Walker III, *Drug Control in the Americas* (edición revisada) (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989), 101.

[17] U. S. Bureau of Narcotics, "Memorandum. Subject: Federal Bureau of Narcotics", 1965, RG 170, caja 49, fólder 5, NARA.

[18] Kinder y Walker III, "Stable Force in a Storm", 912.

[19] John F. Galliher, David P. Keys y Michael Elsner, "Lindesmith v. Anslinger: An Early Government Victory in the Failed War on Drugs", *The Journal of Criminal Law and Criminology* 88, núm. 2 (1998): 674.

[20] Musto, *La enfermedad americana*, 284.

[21] William Walker III, *Drug Control in the Americas* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1981), 174-175.

[22] Paul Gootenberg, "Secret Ingredients: The Politics of Coca in US-Peruvian Relations, 1915-65", *Journal of Latin American Studies* 36, núm. 2 (2004): 246.

[23] McWilliams, "Unsung Partner against Crime", 222-223.

[24] Galliher, Keys y Elsner, "Lindesmith v. Anslinger". El texto más célebre de Lindesmith y catalizador del conflicto con Anslinger es Alfred Lindesmith, *Opiate Addiction* (Bloomington: Principia, 1947).

[25] Fotografía y descripción tomadas de *International Police Academy Review* 1, núm. 2 (1967): 4.

[26] Harry J. Anslinger, "Narcotics Bureau Conducts Training School for Police", *FBI Law Enforcement Bulletin* 31, núm. 10 (1962): 8.

[27] FBN Acting District Supervisor Rome Henry L. Manfredi a Henry L. Giordano, "Training Program Survey", 24 de enero de 1962, RG 170, caja 49, fólder 2, NARA.

[28] FBN District Supervisor Rome Michael Picini a Henry L. Giordano, "Overseas Training", 16 de marzo de 1966, RG 170, caja 49, fólder 2, NARA.

[29] Picini a Henry L. Giordano, "Overseas Training".

[30] Nathaniel Lee Smith, "'Cured of the Habit by Force': The United States and the Global Campaign to Punish Drug Consumers, 1898-1970" (tesis de doctorado, The University of North Carolina at Chapel Hill, 2007), 221.

[31] Anslinger, "Narcotics Bureau Conducts Training School for Police".

[32] Henry L. Giordano, "Inter-American Efforts Progressing Narcotics Control", *International Police Academy Review*, abril de 1967, 4.

[33] Nadelmann, *Cops across Borders*, 129.

[34] Block y McWilliams, "On the Origins of American Counterintelligence", 368.

[35] Block y McWilliams, "On the Origins of American Counterintelligence", 357.

[36] Block y McWilliams, "On the Origins of American Counterintelligence", 359.

[37] Matthew R. Pembleton, *Containing Addiction: The Federal Bureau of Narcotics and the Origins of America's Global* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2017), 263.

[38] Douglas Valentine, *The Strength of the Pack: The Personalities, Politics and Espionage Intrigues That Shaped the DEA* (Oregón: Trine Day, 2009); Douglas Valentine, *The Strength of the Wolf: The Secret History of America's War on Drugs* (Nueva York: Verso Press, 2004).

[39] La historia del uso de agentes policiacos de los Estados Unidos fuera de sus fronteras puede rastrearse a la década de los años veinte del siglo XIX. Véase Peter Andreas y Ethan Nadelmann, *Policing the Globe: Criminalization and Crime Control in International Relations* (Nueva York: Oxford University Press, 2006), 112.

[40] Véase Gilmore Flues, "Investigative Jurisdiction in Foreign Areas in Narcotic Drug and Marihuana Matters", 15 de enero de 1960, RG 170, caja 49, fólder 3, NARA; James A. Reed, "Consolidation of Treasury Foreign Enforcement

Program", 13 de julio de 1962, RG 170, caja 49, fólder 3, NARA. En 1964 finalmente se dio la resolución definitiva en favor del FBN. Véase Reed, "Jurisdictional Guidelines and Operating Procedures".

[41] Para una narración de lo relevante de la creación de aquel distrito, véase Pembleton, *Containing Addiction*, 199-217.

[42] Véase John Finlator, *The Drugged Nation: A "Narc's" Story* (Nueva York: Simon & Schuster, 1973). Sobre las actividades de Siragusa, véase su propia biografía: Charles Siragusa, *The Trail of the Poppy: Behind the Mask of the Mafia* (Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1966).

[43] Nadelmann, *Cops across Borders*, 132.

[44] George H. Gaffney a James A. Reed, "Program for Maximum Effort in Narcotic Enforcement", 10 de agosto de 1964, RG 170, caja 49, fólder 1, NARA.

[45] Mexico City U. S. Bureau of Narcotics, "Report on Review of Offices and Missions Abroad", 23 de mayo de 1963, RG 170, caja 49, fólder 3, NARA. Véase también Henry L. Giordano a Ernest C. Betts, "Increased Foreign Staffing", 4 de agosto de 1966, RG 170, caja 49, fólder 1, NARA.

[46] Pembleton, *Containing Addiction*, 231.

[47] District No. 17 U. S. Bureau of Narcotics, "Overseas Orientation Report, Rome Italy", 9 de marzo de 1966, RG 170, caja 49, fólder 2, NARA.

[48] Nadelmann, *Cops across Borders*, 136.

[49] Para la anécdota, véase Richard J. Dunagan a Henry L. Giordano, "Badge for General Ramón Jiménez Delgado", 25 de julio de 1967, RG 170, caja 161, fólder 6, NARA.

[50] Richard J. Dunagan a Henry L. Giordano, "Request for New Weapons", 20 de julio de 1967, RG 170, caja 161, fólder 6, NARA.

[51] Citado en Pembleton, *Containing Addiction*, 232.

[52] Pembleton, *Containing Addiction*, 241.

[53] Manfredi a Henry L. Giordano, "Training Program Survey".

[54] Pembleton, *Containing Addiction*, 243.

[55] "The President's Advisory Commission on Narcotic and Drug Abuse: Final Report", 8.

[56] David Musto y Pamela Korsmeyer, *The Quest for Drug Control: Politics and Federal Policy in a Period of Increasing Substance Abuse (1963-1981)* (New Haven: Yale University Press, 2002), 9, 11.

[57] Entre otras, la Community Health Centers Act (1963), la Narcotic Addict Rehabilitation Act de 1966 y su apéndice la Alcoholic and Narcotic Rehabilitation Act (1968), y, finalmente, la Comprehensive Drug Abuse Prevention and Control Act (CDAPCA) (1970). Entre otras cuestiones, la CDAPCA eliminó algunas de las disposiciones más radicales de la Boggs Act (1951) y la Narcotic Control Act (1956).

[58] Pembleton, *Containing Addiction*, 277.

[59] Jill Jonnes, *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams: A History of America's Romance with Illegal Drugs* (Nueva York: Scribner, 1996).

[60] "32 U.S. Narcotics Agents Resign in Corruption Investigation Here; 32 U.S. Narcotics Agents Resign in Corruption Investigation Here", *The New York Times*, 14 de diciembre de 1968.

[61] National Commission on Marihuana and Drug Abuse, "Marihuana: A Signal of Misunderstanding", 1972.

[62] En 1966 se había creado el Bureau of Drug Abuse Control (BDAC). Era una agencia transversal que estaba encargada del *law enforcement* relativo a estimulantes, depresivos, alucinógenos y LSD. Funcionaba al interior de la Food and Drug Administration y era dependiente, asimismo, del Deparment of Health, Education and Welfare.

[63] Así lo evidencia el reporte: United States General Accounting Office, "Heroin Being Smuggled into New York City Successfully", 1972.

[64] Edward Jay Epstein, *Agency of Fear: Opiates and Political Power in America* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1977), 142-146.

[65] Assistant Director for Training BNDD Perry A. Rivkind, "BNDD's Comprehensive Training Approach", *BNDD Bulletin* IV, núm. II (abril de 1972): 10.

[66] Perry A. Rivkind, "BNDD'S Comprehensive Training Approach", 16.

[67] Nadelmann, *Cops across Borders*, 141. El 30 de junio de 1973, último día de existencia, el BNDD contaba con mil 600 agentes a su servicio. Véase United States General Accounting Office, "Difficulties in Immobilizing Major Narcotics Traffickers", 1973, 5.

[68] En septiembre de 1974 la oficina regional en América Latina cambió de Buenos Aires a Caracas.

[69] Richard Nixon, "Special Message to the Congress on Drug Abuse Prevention and Control", 17 de junio de 1971.

[70] Bertram *et al.*, *Drug War Politics*, 105. Para una discusión al respecto, véase Paul J. Goldstein, "The Drugs/Violence Nexus: A Tripartite Conceptual Framework", *Journal of Drug Issues* 15, núm. 4 (1985): 493-506.

[71] *Executive Order 11727-Drug Law Enforcement*, 1973.

[72] María Celia Toro, "Unilateralismo y bilateralismo", en *El combate a las drogas en América*, ed. por Peter H. Smith (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 406.

[73] Patricia Rachal, *Federal Narcotics Enforcement: Reorganization and Reform* (Boston: Auburn House, 1982), 81.

[74] En 1976 el presupuesto total para tareas de imposición de la ley antidrogas era de 370 millones de dólares. De ese total, la DEA recibía más de 200 millones. Peter Goldberg, "The Facts About 'Drug Abuse'", en *Federal Government's Response to Illicit Drugs, 1969-1978*, ed. por The Drug Abuse Council (Nueva York: Free Press, 1980).

[75] Véase Drug Policy Alliance, "D.C. Circuit Court of Appeals Rules that DEA Does not Have to Reconsider Marijuana's Schedule Status", 22 de enero de 2013. El 22 de enero de 2013 la Corte de Apelaciones del Distrito de Columbia volvió a avalar el mecanismo ante la queja de distintas organizaciones civiles prolegalización.

[76] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 1975, 45.

[77] Valentine, *The Strength of the Pack*, 318.

[78] DEA, "Guidelines Relating to Operations in Foreign Countries (Revised)", 30 de julio de 1976.

[79] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 1975, 56, 58.

[80] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", i.

[81] Sobre las paradojas de esta doble responsabilidad, véase United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 41.

[82] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 46.

[83] Nadelmann, *Cops across Borders*, 142.

[84] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 23.

[85] DEA, "Guidelines Relating to Operations in Foreign Countries (Revised)".

[86] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 42-43.

[87] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 41-42.

[88] DEA, "Guidelines Relating to Operations in Foreign Countries (Revised)".

[89] Nadelmann, *Cops across Borders*, 147.

[90] Nadelmann, *Cops across Borders*, 147.

[91] Nadelmann, *Cops across Borders*, 109.

[92] Nadelmann, *Cops across Borders*, 214. La asimilación de la DEA a Interpol también es de Nadelmann, misma página.

[93] Nadelmann, *Cops across Borders*, 206.

[94] La conclusión la obtiene Nadelmann a partir de su investigación en el contexto latinoamericano. En lo fundamental coincido con su análisis. Véase Ethan Nadelmann, "The DEA in Latin America: Dealing with Institutionalized Corruption", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 29, núm. 4 (1987): 1-39.

[95] Así lo reconoce un reporte de la GAO. Véase: United States General Accounting Office, "Drug Control in South America Having Limited Success: Some Progress but Problems are Formidable", 1978, 2.

[96] Véase, por ejemplo: Embajada de los Estados Unidos en México a Departamento de Estado, "Narcotics Control in López Portillo Administration [Confidential]", 9 de febrero de 1977, 1977MEXICO01581, Wikileaks PlusD, Carter Cables.

[97] DEA, "Guidelines Relating to Operations in Foreign Countries (Revised)".

[98] Nadelmann, *Cops across Borders*, 194.

[99] Nadelmann, *Cops across Borders*, 247.

[100] Embajada de los Estados Unidos en México a DEA HQS, "GOM Returns Police Chiefs Conference Funding", 29 de diciembre de 1976, 1976MEXICO16178, Wikileaks PlusD, Kissinger Cables.

[101] Ethan Nadelmann, "The Role of the United States in the International Enforcement of Criminal Law", *Harvard International Law Journal* 31, núm. 1 (1990): 37-76.

[102] Véase United States General Accounting Office, "If the United States is to Develop an Effective International Narcotics Control Program, Much More Must Be Done", 1975, 33.

[103] Confróntese con María Celia Toro, *Mexico's "War" on Drugs: Causes and Consequences* (Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1995), 2.

[104] Embajada de los Estados Unidos en México a Departamento de Estado, "Mexican Narcotics Strategy Discussions [Limited Official Use]", 25 de marzo de 1977, 1977MEXICO03742, Wikileaks PlusD, Carter Cables.

[105] Ted Galen Carpenter, "The U.S. Campaign against International Narcotics Trafficking: A Cure Worse than the Disease", *Cato Institute Policy Analysis* 63, (1985): 6.

[106] United States General Accounting Office, "Efforts to Stop Narcotics and Dangerous Drugs Coming from and through Mexico and Central America", 1974, 23.

[107] Departamento de Justicia de los Estados Unidos, "Annual Report of the Attorney General of the United States 1975" (1975), 157.

[108] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 34.

[109] United States General Accounting Office, "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America", 34.

SEGUNDA PARTE
Los agentes

Capítulo 5

Alvin F. Scharff:
de contrabandista a policía

Al final de su carrera lo llamaban *Sheriff* o *Nemesis of Smugglers*, pero antes de ser agente aduanal durante 43 años, a Alvin Freidheim Scharff se le anteponían otros adjetivos: bandido, falsificador, contrabandista, adúltero y filibustero.

Al Scharff fue agente de la Oficina de Aduanas entre 1918 y 1960. Casi todo ese tiempo estuvo asignado al distrito de Houston, Texas. De él se decía —se sigue diciendo— que no siempre fue "heterodoxo en sus conductas y en sus técnicas policiales".[1] Sin acreditación profesional ni educación formal logró situarse en lo más alto de la Oficina de Aduanas, aunque, como reconoció el entonces jefe de la Oficina de Aduanas en el prefacio de una biografía novelada de Al Scharff, alguien con su perfil no podría ser hoy admitido en el Servicio de Aduanas.[2]

Además de que nació el 20 de mayo de 1891 en Camden, Arkansas, no sabemos tanto de Scharff. Lo que sabemos es mitad mentira y mitad verdad. No tuvo archivo personal y todos sus contemporáneos están muertos. Tenemos, sin embargo, una biografía novelada bastante complaciente con su figura, algunas de sus cartas, unos pocos reportes oficiales y recortes de periódicos que permiten reconstruir el pasado de un agente cuya "historia es tan infame como la de los traficantes que persiguió".[3]

En 1912 visitó México por primera vez, y lo hizo para robar ganado y vender billetes falsos de cinco pesos mexicanos. Lo cacharon. Estuvo dos veces preso; una vez en Hermosillo y otra vez en Nogales. La primera vez fue liberado gracias a los oficios de un cónsul estadounidense; la segunda, apenas días después, por un general revolucionario que acababa de tomar la ciudad en medio del caos que era el norte de México por aquellos años.[4]

Scharff practicaba también el abigeato. Robaba ganado de un lado de la frontera y lo vendía del otro. Si lo perseguían en México cruzaba a Estados Unidos, y viceversa. La etapa vandálica de Scharff terminó en 1917. Ese año, según le contó Scharff a su biógrafo Garland Roark —y de cuyo libro me sirvo para escribir parte de este capítulo—, un agente del FBI lo buscó. Eran los años de la Primera Guerra Mundial y los estadounidenses pensaban que el gobierno alemán había instalado una estación inalámbrica cerca de Caborca, Sonora, capaz de interceptar y enviar comunicación telegráfica. Según el FBI, la estación proveía de información a los submarinos alemanes del Pacífico sobre la posición de los barcos estadounidenses. Enterado de que Scharff conocía la zona fronteriza y que hablaba español, el agente del FBI habría pedido a Scharff trabajar para el gobierno de Estados Unidos y destruir la supuesta antena inalámbrica.

La historia deja muchas dudas. Para comenzar, el FBI adquirió su famosa nominación hasta 1925 (antes era el Bureau of Investigation, BI o BOI) y no antes. En 1917, en definitiva, ningún agente del FBI pudo buscar a Scharff. En segundo lugar, aunque es cierto que los servicios de inteligencia alemana tenían amplia presencia en el norte de México, no he encontrado evidencia de la existencia de operaciones alemanas en el Pacífico mexicano, y mucho menos de antenas inalámbricas en las cercanías de Caborca.[5] Ahora bien y dicho eso, parece ser verdad que Scharff estuvo en el norte de México en 1917 y que su perfil era ciertamente interesante para

cualquier operación secreta relacionada a la Primera Guerra Mundial: Scharff hablaba español, conocía la región y tenía algunos contactos, sobre todo entre los cuatreros de la zona.[6] Según cuenta Roark, Scharff no solo cumplió su misión; además de dinamitar la estación alemana, directamente mató a los dos alemanes que operaban la antena en medio del desierto.[7] Esa historia, como veremos adelante, habría quedado en la memoria colectiva de la población y lo catapultó a un puesto permanente en la Oficina de Aduanas en febrero de 1918, mismo que no dejaría sino hasta 1960.

Sus primeros años como oficial de aduanas los pasó en una garita aduanal en la frontera con Arizona —específicamente en Nogales—, lugar donde hizo sus primeras investigaciones de tráfico de armas, ganado, joyas, dinero, licor, morfina y opio. Ahí y entonces fue cuando dice haber aprendido que "todo contrabandista engañaba o intentaba engañar a cada uno de los ciudadanos estadounidenses; que la guerra contra el contrabando era una guerra contra el crimen, y que el arma más poderosa contra ello no era una pistola, sino el propio sentido común".[8]

Aunque a Scharff parece haberle aburrido su trabajo en la frontera, los agentes aduanales que ahí trabajaban estaban expuestos a balaceras y peligros constantes; los enfrentamientos con traficantes de alcohol y droga eran ya por entonces comunes. En el verano de 1934, por ejemplo, causó mucha conmoción entre los colegas de Scharff la muerte del agente aduanal Loy C. Henry, asesinado por una banda de traficantes del norte de Coahuila. Semanas antes, Henry había frustrado, gracias a sus investigaciones, una operación no menor de tráfico de opio. Henry, moribundo en el hospital, repitió la última frase de su asesino antes de disparar: "Estas son las gracias del señor Marcial Martínez".[9] No había mucho misterio: Martínez era presidente municipal de Villa Acuña, la ciudad hermana de Del Río, antiguo lugar de trabajo del agente Henry, y, además, cuñado de Jesús María Ramón, legislador mexicano.

Scharff tuvo mejor suerte. En enero de 1934, después de sus años en Arizona, y tras una larga estadía como agente aduanal en Texas, en donde obtuvo cierta fama por sus historias como perseguidor de contrabandistas de alcohol, la vida de Scharff dio un giro dramático. Ese año fue llamado por Harold Creighton, un antiguo contacto, a trabajar directamente bajo su supervisión en la Ciudad de México para una tarea más bien burocrática: determinar el origen y valor de artesanías mexicanas que eran exportadas con regularidad a Estados Unidos.[10] Al parecer, los comercializadores de estos productos burlaban los controles aduanales al mentir sobre el precio original de sus productos. Era responsabilidad de los agentes aduanales poner un alto.

Apenas llegó a la Ciudad de México, Scharff se entrevistó con el embajador Josephus Daniels, con quien aparentemente trabó amistad.[11] Después comenzó su periplo por Puebla, Oaxaca y Jalisco en la búsqueda por determinar los precios de las artesanías. Nos lo imaginamos por carreteras secundarias, revolviendo facturas, órdenes de pago, libros de contabilidad y permisos de exportación, un trabajo para el que no solamente no estaba entrenado, sino que, según su propio recuento, le aburría enormemente. En sus viajes, sin embargo, conoció policías, políticos locales, líderes sindicales y otros actores sociales que finalmente le serían útiles.

Scharff continuó trabajando en México en la preparación de un catálogo de mercancías mexicanas de exportación entre 1934 y 1936, así como en un caso de contrabando y falsificación de billetes de lotería. Viajaba regularmente a Estados Unidos, pero la mayor parte del tiempo residió en la Ciudad de México, donde hizo amistades con varias autoridades mexicanas, así como con residentes y diplomáticos estadounidenses. Según cuenta Roark en su biografía, la burocracia de la embajada ya para entonces estaba molesta con Scharff por su falta de atención al protocolo diplomático en las reuniones con el embajador Daniels.[12] En la versión de

Scharff, en cambio, Daniels disfrutaba de su compañía.[13] Y eso era antes de que entraran las drogas a escena.

El caso Loeffelholz Brandstatter (1936)

La obsesión de Scharff por el tema de drogas comenzó hacia principios de 1936. El inicio de la historia hay que ubicarla en el puerto de Los Ángeles, donde el 5 de agosto de 1936 fue arrestada Maria *Molly* Wendt, una mujer de orígenes asiáticos que la prensa estadounidense no dudó de calificar de atractiva y cuyo destino final era, aparentemente, México. En su maleta llevaba heroína con valor de un millón de dólares; su confiscación fue uno de los más grandes en la historia de Estados Unidos.[14] El caso de Wendt fue seguido por todos los periódicos de la época menos por el decomiso de droga y más por su inédita fuga de un cuarto de seguridad apenas un par de días después del arresto. Poco más de un día después, Wendt fue recapturada en el puerto de Nueva York cuando estaba a punto de tomar un barco hacia Europa.[15]

De vuelta en Los Ángeles, Wendt fue interrogada. No fue difícil que hablara. Dijo ser poco menos que un peón en una banda de traficantes de droga con tentáculos en China, Europa, Estados Unidos y México. El centro de operaciones de la banda estaba en Shanghái y en ella parece haber tenido un papel preponderante el polaco Naftali Loeffelholz Brandstatter, pareja de Wendt, y a quien la Corte de California acusó de conspiración por tráfico de drogas.

Loeffelholz Brandstatter ya no estaba en China. Había salido de Shanghái en mayo de 1936 y anclado en La Habana el 16 de julio, apenas un par de semanas antes de la detención de Wendt. Desde Cuba, Loeffelholz Brandstatter envió por paquetería varias maletas a México y, de forma separada, intentó llegar en avión a Mérida, antes de ser deportado por no tener sus documentos en orden. No es

claro qué intentaba Loeffelholz Brandstatter: ¿encontrarse con Molly en Ciudad de México?

De vuelta en La Habana, y rota la posibilidad de ir a México, a Loeffelholz Brandstatter no le quedó otra alternativa que viajar a Nueva York en barco. El viaje frustrado del polaco puso en alerta a la policía de California que, a su vez, redactó una orden de captura contra el presunto traficante. Loeffelholz Brandstatter apenas había zarpado en el barco *Oriente* desde La Habana rumbo a Nueva York cuando fue arrestado por policías estadounidenses. A pesar de estar bajo custodia, en la mañana del 4 de septiembre de 1936, unos diez días antes de llegar al puerto de Nueva York, Naftali Loeffelholz Brandstatter se suicidó.[16]

No sabemos si Loeffelholz Brandstatter era el líder de la banda o simplemente, como Molly, uno de tantos traficantes que debían llevar personalmente la heroína a América. No lo sabemos porque otra de las piezas clave de información de este caso, un ciudadano alemán llamado Al Stey, quien presuntamente dirigía las operaciones desde Shanghái, se suicidó en esa ciudad el 20 de septiembre de 1936, apenas se enteró de lo sucedido con Molly y Loeffelholz Brandstatter del otro lado del mundo.

Fuera quien fuera el verdadero líder de la banda (algunas fuentes apuntan a un tal Anton Wirthmueller, un alemán residente en Shanghái), lo cierto es que este grupo había logrado enviar a México grandes cantidades de droga, incluyendo un paquete de 180 kilos de heroína a Veracruz.[17] A juzgar por ese tipo de acciones, parece no haber duda de que la banda había alcanzado cierto nivel de complejidad, y de que ya desde sus inicios prefiguraba los alcances del crimen organizado trasnacional.

Scharff se encargó de la "parte mexicana" de la investigación. Su experiencia en México lo avalaba y era quizás la única persona de la Oficina de Aduanas con algún acceso directo a las autoridades policiacas en México. Lo primero que hizo fue viajar a Los Ángeles y participar en los interrogatorios de un acompañante de Wendt, un

tal Sam Schwartz. Nadie en Los Ángeles había podido sacar ni media palabra de Schwartz, pero Scharff lo logró, según cuenta su biógrafo, con una invitación a tomar whisky.[18] Según Schwartz confió a Scharff, la Ciudad de México y no Shanghái era el punto clave de la red, y su operación la controlaba un grupo sui géneris de migrantes europeos radicados en México.[19]

¿Qué sabemos de la importancia real de la Ciudad de México para el narcotráfico internacional en aquella época? Aunque quizás no habría que sobreestimar su relevancia (algunos periódicos llegaron a afirmar que la Ciudad de México era, después de Shanghái, el segundo lugar más importante para el tráfico internacional), es justo decir que la Ciudad de México sí era un importante centro de consumo y tráfico de drogas en la región. En varios puntos de la ciudad se podía conseguir cocaína, morfina, heroína y opio crudo con relativa facilidad. Desde los puertos de Tampico y Veracruz continuaban llegando, directamente desde Alemania, kilos de heroína.[20] Los narcóticos desde Asia, específicamente desde Shanghái, llegaban al puerto de Mazatlán y a Guaymas; este último puerto, aparentemente muy bien frecuentado por barcos pesqueros japoneses que escondían narcóticos.[21] Gran parte del producto importado no se iba a la frontera, sino que estaba destinado al mercado capitalino.

En el manejo de las redes de narcotráfico participaban lo mismo mexicanos que una variedad enorme de personajes de muchísimas nacionalidades: rumanos, españoles, húngaros, turcos, alemanes, argentinos, etcétera. Muchos de ellos habían llegado a México para escapar de la guerra, hablaban varios idiomas y habían ejercido profesionalmente en negocios legales. Como es obvio, trabajaban en colusión con autoridades policiales.

Con las pistas provistas por Schwartz y con el mandato de verificar las conexiones de Wendt y Loeffelholz Brandstatter en la

Ciudad de México, Scharff volvió de Los Ángeles a la capital mexicana. Se hospedó, como solía hacerlo, en el Hotel Ritz.

En México, logró que el Departamento del Tesoro contratara formalmente por cuatrocientos dólares mensuales los servicios como informante de Pablo Garbinsky, un oscuro personaje que, corrompiendo funcionarios de migración les conseguía documentos a exiliados europeos en México a los que luego, además, chantajeaba.[22] Garbinsky era caro, pero Scharff pensaba que el informante podría ayudarle a perseguir las pistas sugeridas por Schwartz sobre los contactos de Wendt en México.

De forma paralela a sus tratos con Garbinsky, Scharff pidió ayuda al embajador Daniels quien, aparentemente entusiasmado, celebró el inicio de las investigaciones de Scharff. Para abrirle camino entre la burocracia mexicana, Daniels puso a disposición de Scharff al agregado comercial de la embajada, Thomas H. Lockett.

Fue Lockett quien presentó a Scharff la parte de la plana mayor del gobierno de México, incluyendo a Ignacio García Téllez, procurador general de la República; Francisco J. Múgica, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas; José Siurob, jefe del Departamento de Salubridad Pública; Alfonso Gómez Morentín, director de Correos y Telégrafos; y Silvestre Guerrero, secretario de Gobernación del presidente Cárdenas. A todos ellos, Scharff les expuso la trama Loeffelholz Brandstatter y, según cuenta en la biografía de Roark, los convenció de seguirlo en la caza de la célula mexicana de la red.

Cada uno puso su parte. Gómez Morentín, por ejemplo, autorizó a Scharff a revisar todos los cables y telegramas enviados y recibidos por la oficina de Western Union en Ciudad de México, inspeccionar los registros de las compañías de teléfono y del servicio postal e interceptar llamadas telefónicas.[23] Con base en la información recabada, Scharff logró reconstruir las comunicaciones mantenidas en el verano de 1936 entre Loeffelholz Brandstatter y cuatro sospechosos con residencia en la Ciudad de México. Estos eran

Judas (en otras fuentes, José o Jonás) Furstenberg, Icek Katz (en otras fuentes Isaak o Itsek), Majick Salve y Mochen (en otras fuentes Mauricio) Eghise; nombres de los que hablaremos más adelante.

José Siurob puso a disposición de Scharff a varios de los empleados de la Policía de Narcóticos, por entonces enclavada en el DSP, incluyendo al Dr. Francisco Bassols, quien sería encargado de fungir como contacto entre el DSP y Scharff. Por "el amigo Scharff, por México, ¡sí!", habría dicho un entusiasta Siurob según la biografía de Roark.[24] Por su parte, Silvestre Guerrero, el secretario de Gobernación, ordenó a su oficial mayor otorgar al agente Scharff toda la información relacionada con Furstenberg, Eghise, Salve y "todos los hombres apellidados Katz en México".[25] El procurador García Téllez acordó un plan de acción que consistiría en que los policías del DSP realizarían "visitas domiciliarias" a las casas de los sospechosos en búsqueda de droga; con ese fin asignó a un grupo de policías de la Ciudad de México, así como a algunos agentes aduanales.[26] Con la ayuda de otros burócratas, Scharff logró recuperar e hizo llegar hasta la Ciudad de México las maletas de Loeffelholz Brandstatter para poder inspeccionarlas.

Mientras cerraba sus acuerdos con los centros del poder político en México, Scharff se dio tiempo para investigar la identidad de Mochen Eghise. Aunque formalmente era mánager de la Bond Electric Company y joyero, según la información de Scharff, Eghise se encargaba de manejar el 90% de la morfina y heroína que se distribuía en México y que obtenía de su hermano en Estambul. La droga, si seguimos las pistas de Scharff, era escondida entre cargamentos legales de tabaco y cigarrillos provenientes de puertos franceses.[27] Eghise era, además, yerno de Xavier Ordóñez, un militar mexicano con bastante poder y quien probablemente estaba al tanto de los negocios de Eghise. El propio procurador de la República sospechaba que era precisamente Ordóñez el verdadero líder de una

banda que traficaba no solamente drogas, sino también municiones.[28]

Las redadas planeadas entre García Téllez y Scharff ocurrieron el 26 de septiembre de 1936. Policías de varias corporaciones fueron convocadas a las seis de la mañana afuera del Departamento de Salubridad Pública. Los agentes se dividieron en tres grupos distintos y se dirigieron a las casas de los principales sospechosos no sin antes "aparejar todos los relojes a la misma hora".[29]

A las 7:30 en punto de la mañana comenzó la acción. Scharff no lo cuenta con detalle, pero podemos imaginar a la policía mexicana en la década de los años treinta ultrajando y desbaratando la casa de los sospechosos. Se buscaba, naturalmente, droga en grandes cantidades; si las pistas de Scharff eran correctas, la policía tendría que haber encontrado paquetes enteros de heroína. Scharff sería el héroe.

Excepto por cartas y telegramas que confirmaban la relación entre los sospechosos, los policías no encontraron ni un gramo de heroína. Vaya, ni un cigarro de marihuana. A Katz, originario de Polonia y quien había llegado a México en 1930, no lo encontraron en su departamento, pero lograron apresarlo afuera de una sinagoga; a Judas Furstenberg, ucraniano naturalizado mexicano (otras fuentes lo hacen nacer en Varsovia) sí lo encontraron, aunque en una situación algo incómoda; estaba "en la cama con una hermosa bailarina española". Si le creemos a Scharff, a Furstenberg y a la bailarina los llevaron a la comisaría desnudos y "apenas cubriéndolos con las sábanas".[30]

A pesar de no haber un gramo de droga confiscado y sin apenas pruebas materiales, después de dos días de interrogatorios, y quizás presionado por el procurador, el juez segundo del Ramo Penal aceptó los cargos y ordenó prisión preventiva.[31] La narración de Roark sobre ese episodio termina ahí: con el éxito irrebatible del agente Scharff en desarticular una banda criminal con tentáculos en

tres continentes. La realidad, como suele suceder en México, es algo más compleja, y algo más decepcionante.

La investigación se vino abajo. La primera premonición del fracaso fue la ausencia de drogas en las casas de los sospechosos. La segunda, que en ninguna de las 35 maletas de Brandstatter enviadas desde La Habana a Veracruz y recuperadas por Scharff había heroína. Para terminar, a Katz y Furstenberg no les pudieron sacar una palabra. Así, a pesar del espectáculo montado, los dos sospechosos tuvieron que ser liberados.[32]

Tardó hasta mediados de octubre el Departamento de Estado en enterarse de las andanzas de Scharff en México. No hubo molestia, sino lo que le sigue.[33] En una carta enviada directamente al embajador, un funcionario en Washington afirmaba no solo no haber dado autorización alguna a Scharff, sino no tener idea de sus operaciones. Si ya era una grave falta investigar en México sin autorización de Anslinger, ¡más lo era haber participado directamente en las redadas policiacas! Además, para colmo, lo había hecho mal y los sospechosos habían sido liberados. En la carta se acusaba a Scharff de haber actuado prematuramente y de ser responsable por la falta de evidencia en la detención de Katz y Furstenberg. Además, según sus propias investigaciones, los dos sospechosos no eran sino jugadores menores del tráfico de drogas en la Ciudad de México. Quienes verdaderamente controlaban el contrabando de narcóticos a Estados Unidos, decía la carta, eran autoridades de alto rango del gobierno de México a quienes la acción premura de Scharff había puesto bajo alarma y permitido eliminar toda evidencia. Por último, para mayor escarnio, enviaban una copia de una entrevista que el agente había dado al periódico *San Antonio Express*, en la que Scharff alardeaba de su operación. ¿Cómo podía ocurrírsele semejante despropósito? Si los mexicanos se enteraban de la entrevista, terminaba la carta, habría consecuencias desafortunadas.

El regaño del Departamento de Estado, probablemente atizado desde la oficina de Anslinger, había afectado a todos. A Scharff, por supuesto, pero también al embajador Daniels que había sido cómplice inadvertido. Por último, los jefes de Scharff en la Oficina de Aduanas de Estados Unidos también fueron amonestados y se les exigió una lista actualizada de todos sus agentes involucrados en operaciones similares en todo el mundo.

Lo extraño del caso es que no podemos rastrear ni la menor protesta del gobierno de México por las acciones de Scharff. Todo lo contrario. A pesar de la liberación, Siurob se colgó la medalla del arresto. En conferencia de prensa anunció con brío la "desarticulación" (esa palabra que gusta tanto) de la banda de criminales. El "dinámico y pequeño doctor", según lo describió un periódico estadounidense, quizás exageró al decir que la banda había traficado trimestralmente un promedio de 25 kilos de heroína que "en el mercado negro de Estados Unidos" se podían vender por 422 mil dólares, números que, de ser verdaderos, difícilmente nacieron de información contrastada. Aunque Siurob presumió la colaboración estadounidense, se cuidó de no identificar a Scharff por su nombre.[34] En otra conferencia celebrada en el salón de actos del Departamento de Salubridad, Siurob afirmó que la labor de México había sido reconocida por todos los países de la Liga de las Naciones, quienes habían mandado sus más "calurosas felicitaciones" al gobierno de México.[35] Por si fuera poco, más o menos por las mismas semanas, envió a su subordinado Luis G. Franco y a dos agentes de la Policía Sanitaria a reunirse con Scharff en San Antonio para organizar una operación más en contra de otra banda de traficantes fronterizos.[36]

Aunque los periódicos mexicanos siguieron con atención el caso, curiosamente no descubrieron o no quisieron descubrir la identidad de Scharff. En algunos casos se habla de un "agente encubierto" de Estados Unidos, pero nunca, hasta donde sabemos, se escribió su nombre y apellido.

A todo esto, ¿qué pasó con el resto de los acusados? Mochen Eghise fue apresado el 26 de enero de 1937. Su mujer interpuso un amparo para su liberación argumentando que la única prueba que tenían en su contra era una libreta en la que un presunto traficante había escrito "Mauricio". En febrero de 1937, *La Prensa*, *El Universal* y *Excélsior* reportaron que, cuando agentes de la Secretaría de Gobernación lo amenazaron con deportarlo a Turquía, intentó cortarse la garganta con un rastrillo.[37] Como todo en esta historia, falló en el intento. Quizás ante la falta de elementos para encarcelarlo, finalmente, Eghise fue deportado a Turquía a principios de abril. Con su deportación, dijo el embajador Daniels, "se había puesto punto final a uno de los casos de drogas más espectaculares" en la historia de México.[38]

El destino de Katz y Furstenberg es algo más complicado de trazar. A los dos se les continuó investigando muy de cerca desde la Oficina de Aduanas de Estados Unidos al punto de que un segundo agente, de apellido Maurice, viajó a México para continuar la investigación. Maurice probó que tanto Katz como Furstenberg tenían, en efecto, un pasado abiertamente criminal. En Argentina, Furstenberg había estado asociado a casos de trata de personas; por su parte, Katz parecía haber trabajado en el contrabando en la frontera entre Alemania y Polonia antes de migrar a México.[39]

Aunque a Katz y Furstenberg se les liberó por falta de pruebas, José Siurob decía estar seguro de que ambos eran "agentes secretos de una banda internacional de tráfico de drogas" y, por lo tanto, debían seguir bajo observación permanente. Olvidando que bastaba con probar las acusaciones, lamentaba que al ser naturalizados, fuera imposible "aplicarles" el artículo 33.[40]

La investigación se deslegitimó todavía más unos años después cuando a principios de 1939 se publicó en la prensa mexicana y estadounidense que Pablo Garbinsky, el informante que Scharff había contratado para seguir las pistas de los sospechosos, había

sido expulsado de México bajo cargos de espionaje.[41] ¿Estaba el gobierno de Estados Unidos, por recomendación de Scharff, pagando a un informante que, además, era espía nazi?

Viaje a Europa (1937)

Harry Anslinger y los funcionarios del Departamento de Estado pensaban lo peor de Scharff, pero en la Oficina de Aduanas ganó algunos puntos. Era obvio que Scharff representaba, al mismo tiempo, un activo y una carga para la burocracia estadounidense. ¿Qué hacer con un tipo con capacidades obvias y al mismo tiempo una bomba de tiempo? En enero de 1937, en medio de pugnas burocráticas, el Departamento de Estado y la Oficina de Aduanas acordaron una solución salomónica: enviar a Scharff a París para ayudar a construir una red policial que interrumpiese el tráfico de drogas que, enviadas desde Asia, pasaban por Europa antes de terminar en los puertos estadounidenses. Eran los inicios de una ruta que después sería conocida como la "conexión francesa".

La política francesa era distinta a la mexicana y a Scharff le costó moverse en terrenos más institucionales. Claramente en Francia no podía convencer al jefe de la *Sûreté nationale* de otorgarle vía libre para interceptar llamadas sin procedimiento judicial. Tampoco se sintió cómodo en la embajada estadounidense en París, donde al poco tiempo de llegar fue calificado como *persona non grata*.[42] Por si fuera poco, contaba con el desprecio absoluto del comisionado Harry Anslinger, cuya organización —el FBN— había sido desplazada en Europa por la Oficina de Aduanas.

A pesar de todo, desde París logró organizar la estrategia de la Oficina de Aduanas para detener el tráfico de heroína hacia Estados Unidos. Como en México, contrató a varios informantes para que le proveyeran las pistas necesarias. No le importaba que fueran

delincuentes confesos. El fiasco de Garbinsky claramente no lo había detenido. En su lógica, "a son of a bitch is a son of a bitch, but if he is your son of a bitch he's all right, and I wouldn't have hired him if he hadn't been that kind of a son of a bitch".[43] Uno de los varios informantes que utilizó en Europa e hizo traer de México fue precisamente Sam Schwartz, el acompañante de Molly Wendt y quien le dio algunas pistas sobre los tentáculos de la banda de Loeffelholz Brandstatter en México.

Scharff estuvo poco más de medio año en Europa. Durante ese periodo, según sus propios datos, construyó una red de 46 agentes en ciudades clave para el tránsito de drogas en Europa.[44] Aunque es difícil pensar que esta red subsistiera durante la guerra o que pronto se convirtiera en una red de espionaje, parece incontrovertible que Scharff fuera uno de los pioneros en sentar las bases del control internacional antidrogas fuera de las fronteras estadounidenses.[45]

Regreso a Sinaloa (1938)

En la primavera de 1937, Luis G. Franco, jefe de la Oficina de la Campaña contra el Alcoholismo y Otras Toxicomanías (OCAT) pidió a Harold Creighton, representante de la Oficina de Aduanas de Estados Unidos en México, ayuda para formular un plan antinarcóticos.

Franco acababa de ser nombrado jefe de la OCAT y estaba sorprendentemente abierto a la cooperación bilateral al punto de sugerir la idea —paradójicamente rechazada por los estadounidenses — de que a los agentes antinarcóticos de la Oficina de Aduana se les pudiera entregar credenciales de la Policía Federal para operar en México.[46] Otra idea de Franco que sí se consideró positivamente fue la de enviar a un agente de la Oficina de Aduanas a "ayudar" en las campañas de erradicación del noroeste de México.

Recordemos que al menos desde 1925 se llevaban a cabo esfuerzos esporádicos por erradicar cultivos de opio en el norte de Sinaloa.[47] En algunos casos estos eran realizados por cuerpos de la policía rural o por delegaciones al mando de delegados e inspectores del DSP.

Las campañas empezaban a principios de abril y tenían unos dos meses de duración. Como es de suponerse, las campañas eran un arma política, se dirigían contra las comunidades o traficantes rivales y no tuvieron continuidad sino hasta finales de la década de los años treinta.

Fue Luis G. Franco quien esbozó un primer plan de erradicación de cultivos a mayor escala en 1937 y para ello solicitó la ayuda estadounidense.[48] Es necesario repetirlo: la idea vino de un funcionario mexicano y no se trató de una imposición de Estados Unidos.

Desde el Departamento de Estado y la Oficina de Aduanas de Estados Unidos se contemplaron tres perfiles distintos de agentes que podrían "acompañar" a las delegaciones de soldados y militares en las montañas: el mismo Creighton, Ralph Lane y Alvin Scharff. El problema con Creighton era su edad; recorrer las montañas del noroeste de México iba a ser demasiado para él. Ralph Lane era más joven y ciertamente conocía la región, pero el año anterior "había matado a un mexicano que resistió un arresto", por lo cual se desaconsejaba su envío.[49] La única opción disponible era Scharff: hablaba español, conocía México y tenía contactos de alto nivel tras el caso Loeffelholz Brandstatter. Además, Scharff estaba harto del frío europeo y quería motivos para ir a México de forma "oficial o no oficial".[50]

La propuesta de enviar a Scharff a México no gustó en el Departamento de Estado, pero tampoco había demasiadas alternativas. Eso sí: le pidieron a su superior jerárquico, J. W. Bulkley, que le aclarara los límites de su trabajo: su misión iba a ser

meramente investigativa y solo podría asumir funciones de asesor. Además, debía subordinarse a los mexicanos.[51] En pocas palabras, se le pedía discreción y disciplina. Era como pedirle peras al olmo.

Así, tras varios meses en Europa y un par más en Estados Unidos, en abril de 1938 Scharff volvió a México. Algo habían cambiado las cosas en el país. Los contactos principales de Scharff en el Departamento de Salubridad, José Siurob y Luis G. Franco, habían dejado sus puestos en favor de Leónides Andreu Almazán y el médico duranguense Leopoldo Salazar Viniegra (de quien hablaremos más tarde).

De esta segunda etapa en México, sabemos por cierto que Scharff estuvo activo en el sur de Sinaloa y algunas otras partes del país. Sin embargo, el contraste entre las fuentes primarias y la biografía de Roark es abismal.

En la biografía, Scharff es representando como el líder de toda la misión. Es él quien la dirige y es él a quien todos se subordinan. Es él quien ordena y decide los caminos por donde transitar. En las cartas que Scharff envía a sus jefes todo indica que, tal como lo ordenó el Departamento de Estado, solo se limitó a su función de acompañante.[52] Es más interesante, para efectos de la narración, quedarnos con la visión de Scharff, aun cuando sepamos que puede ser exagerada y acaso inverosímil, pero ¿por qué la realidad tiene que enturbiar una buena historia?

Dice Scharff, por boca de Roark, que, idealmente, la campaña de erradicación debía acompañarse por, cuando menos, seis agentes de la Oficina de Aduanas. Así se podría poner en cintura a los mexicanos que de por sí "no quieren a los americanos". De ellos decía que "siempre hacen lo contrario a lo que te dicen que van a hacer".[53] Dice Scharff, por boca de Roark, que al llegar a México el DSP le asignó dos policías para acompañarlo en las montañas; que fue a visitar al jefe del Departamento de Transito del Distrito Federal, al coronel Francisco Cortés Figueroa, un viejo conocido que no dudó

en brindarle automóvil y chofer acreditado para su viaje. Dice Scharff, por boca de Roark, que al llegar a Mazatlán un jefe militar, un tal Manuel Henríquez,[54] puso *at señor Scharff's disposal* soldados, caballos y camiones del Ejército.[55] Dice Scharff, por boca de Roark, que ordenó la quema de decenas de sembradíos de opio y que, en sus tiempos libres en Guaymas, se dedicó al estudio de la etimología de la palabra marihuana (mismo que luego se convirtió en un raro texto sobre la "maldición de marihuana" publicado en un oscuro libro).[56] Dice Scharff, por boca de Roark, que, en Sonora, su nombre era leyenda. Una vez, cuenta Scharff en boca de Roark, que mientras observaba la destrucción de amapolas blancas en las orillas del río Mayo, le habló en lengua yaqui a un sargento. Extrañado, el sargento preguntó dónde había aprendido yaqui; "en Altar, antes de la guerra", contestó Scharff. Y entonces el sargento lo supo: el gringo era el famoso *Sharpis*, el destructor de la antena alemana, historia que se seguía contando en la región…[57] Por último Scharff, por boca de Roark, nos dice que volvió en 1940 a Sinaloa, que su esposa enfermó y que juró "nunca más exponerla a las primitivas comunidades mexicanas".[58] Scharff, por boca de Roark, contaba muchas cosas; seguramente muchas eran mentiras. Y seguramente en esas mentiras se escondía algo de verdad.

Conversación con Salazar Viniegra (septiembre de 1938)

Scharff también intervino en política y lo hizo para detener el programa de política de drogas más radical de México en el siglo XX.

A principios de 1938, Leopoldo Salazar Viniegra, un prestigiado médico duranguense, asumió la jefatura de la Dirección de Toxicomanías e Higiene Mental (DTHM) del DSP. Salazar abogaba por una forma distinta de aproximarse al tema de drogas; señalaba que los adictos debían ser considerados como pacientes y no como

delincuentes; pensaba también que se había exagerado el efecto negativo de la marihuana y que la detención de traficantes, por más importantes que fueran, solamente provocaba la extensión del comercio ilegal en las cárceles y proporcionaba condiciones para que se desencadenaran actos violentos entre los herederos de los capos más importantes. En pocas palabras, Salazar leyó el futuro y lo entendió todo antes que nadie.

Aunque muchas de las conjeturas de Salazar han sido confirmadas en los últimos años, en su momento fueron tremendamente originales y, por supuesto, causaron mucho ruido entre la comunidad médica, la prensa y, naturalmente, los agentes estadounidenses en México. Tan originales eran algunas de las ideas de Salazar que sus amigos lo llamaban el Pasteur de México, en referencia al médico francés, primero soslayado por sus colegas, pero después reconocido mundialmente.

De todas, la idea más interesante de Salazar era la de crear un programa de mantenimiento de adicciones que contemplaba la creación de un monopolio estatal de distribución masiva de morfina a los, así llamados, toxicómanos. El objetivo era no solo eliminar las ganancias de los traficantes, sino reducir los problemas laterales del tráfico de drogas observados sagazmente por el médico duranguense: la violencia carcelaria, el contagio de enfermedades por el uso de jeringas contaminadas, la violencia relacionada al tráfico de drogas, etcétera.

La propuesta de Salazar buscaba lograr una reducción gradual de las dosis requeridas por los adictos mediante un proceso de desintoxicación progresiva; incluso en casos en que el adicto no pudiera curarse, era preferible que el Estado proveyera drogas a precios nominales a que lo hicieran las bandas de narcotraficantes. ¿Qué significa esto en concreto? Que médicos tendrían la facultad de recetar las dosis de narcóticos requeridas, mismas que serían recolectadas a precios baratísimos en dispensarios médicos

repartidos en todo el país. Así, el gobierno mexicano se convertiría en el principal y único proveedor de drogas.

Además de la propuesta de crear dispensarios legales de drogas, el otro gran tema en la agenda de Salazar era el de desmitificar el consumo de marihuana. Según él y su equipo de médicos, los efectos nocivos de la marihuana se limitaban a cierta "sequedad en las mucosas, hambre, sed y mareos en los [consumidores] principiantes". Además, decía que, más que agresividad, la hierba ocasionaba solo "embobamiento".[59] En un escrito preparado para ser presentado ante la Liga de las Naciones en Ginebra resumió en una línea su posición: "las sensaciones y efectos atribuidos a la marihuana son resultado de la imaginación".[60]

Salazar era un hombre de ideas pero, sobre todo, era un hombre de acción. Tres meses después de asumir su oposición como jefe de la DTHM, el médico duranguense planteó reformar el Reglamento de Toxicomanías de 1931, el documento que especificaba los procedimientos curativos de los así llamados toxicómanos. Era una revolución en toda regla. Las alarmas sonaron en la embajada estadounidense y, sobre todo, en el Hotel Ritz donde descansaba el agente Scharff tras su viaje por las montañas del noroeste mexicano.

Los estadounidenses se enteraron de los planes de Salazar en la primavera de 1938 a partir de una entrevista entre el médico mexicano y el agente Creighton. Aunque en aquella entrevista no se habló de una posible reforma al reglamento, Salazar sí le manifestó su opinión con respecto al tema del tráfico de drogas resumida en una sola frase: solo puede detenerse el poder corruptor de la droga a partir de la creación de un monopolio estatal.[61] A partir de ahí los esfuerzos de la embajada, de la oficina de Creighton en la Ciudad de México y del propio Scharff se concentraron en buscar formas de remover a toda costa a Salazar de la jefatura de la DTHM y devolver a su viejo contacto, Franco, en esa posición. Los diplomáticos y

agentes estadounidenses filtraron información a periódicos, se reunieron con opositores a Salazar y presionaron duramente a sus mandos superiores.

Una tarde de septiembre de 1938 Scharff visitó a Salazar en su oficina en la Ciudad de México. Fue una reunión de más de dos horas. ¿Podemos imaginar aquel encuentro? Sabemos que Scharff iba ya advertido de las prácticas del médico duranguense. De Salazar se decía que cuando te ofrecía un cigarrillo, había que asegurar que no fuera de marihuana; al médico le gustaba "experimentar" con sus amigos.[62]

El Pasteur de México y Scharff hablaron de tres cosas: pormenores de la campaña de erradicación de la primavera anterior, la propuesta de Salazar con respecto al tratamiento ambulatorio de adicciones y la posición del médico con respecto a la marihuana.

Sobre este último punto Salazar se explayó. Le comentó a Scharff que la hierba no era perjudicial a la salud y que, en realidad, casi todos los efectos eran psicológicos; la gente se sugestionaba al fumarla. Fue más allá. Le confesó a Scharff que él mismo la "experimentaba personalmente" y que se la ofrecía a amigos, conocidos y pacientes por igual. Sugería que si a la población se le permitiera fumar la hierba, muy pronto esa actividad sería vista con la misma naturalidad con la que concibe el fumar tabaco. La clave, le dijo Salazar, era concientizar y educar a la población de los hábitos que generan las drogas. Aceptaba que sus ideas no eran muy ortodoxas, pero estaba convencido de estar en lo correcto.

El problema para Scharff eran menos las opiniones de Salazar y más su voluntad por implementar programas de gobierno en esa dirección. De hecho, Salazar ya había comenzado por las cárceles de México donde, según dejó constancia Scharff en un reporte, más de cuatrocientos adictos ya recibían sus narcóticos por parte del DSP a precios nominales. El gobierno, argumentaba Salazar, ofrecía mejores precios y con ello, automáticamente, reducía las ganancias

de los criminales. Sugería que una estrategia similar podía llevarse a cabo fuera de las cárceles también.

Hacia el final de la reunión, Salazar proveyó a Scharff de un borrador de su proyecto de reforma al Reglamento de Toxicomanías, así como de una muestra de la receta médica con la que los adictos podrían asistir a los dispensarios y reclamar la morfina.

Scharff salió algo confundido de aquel encuentro; Salazar iba en serio. En la carta que escribió al cónsul general de Estados Unidos en México aceptó que entrometerse en asuntos políticos estaba más allá de los límites de su trabajo, pero se sentía en obligación de avisar a la embajada sobre lo charlado con Salazar. Terminó la carta con un juicio que parece sincero: Salazar parecía un hombre honesto y consciente; estaba convencido de que hacía algo heroico no solo para la población mexicana, sino para el mundo entero; si bien sus ideas eran "anticatólicas", sus opiniones eran "el resultado de mucha reflexión y estudio". Scharff estaba realmente impresionado y quizás, por primera vez en su vida, se cuestionó las premisas de su actuar como agente antinarcóticos.[63]

El final de la historia es más bien triste para México, pero alegre para los objetivos de Scharff y los intereses de la Oficina de Aduanas en México.[64] Tras unos 18 meses en su puesto, Salazar Viniegra dejó la jefatura de la DTHM. Sin embargo, su plan de reforma al Reglamento de Toxicomanías siguió en pie y llegó a ser firmado por Lázaro Cárdenas en enero de 1940. En marzo de ese año se abrió el primer dispensario de morfina, en la calle de Sevilla de la Ciudad de México, que durante varias semanas proveyó morfina a los toxicómanos. Sin embargo, apenas abierto el dispensario llegaron las presiones de Estados Unidos. Ese mismo marzo el gobierno de ese país, por conducto de Harry Anslinger, impuso un embargo que impedía a empresas estadounidenses exportar medicamentos a México. La guerra europea había estallado y las posibilidades de acceder a la oferta internacional de medicamentos era limitada. El chantaje no podía ser mayor: Anslinger sabía que México recularía

cuando en el país hubiese desabasto de medicamentos "para atender heridos y enfermos".[65]

Así fue. México no aguantó y el gobierno de México tuvo que suspender "por tiempo indefinido", en julio de 1940, el Reglamento de Toxicomanías. Se dijo que en medio de la situación de guerra no podía garantizarse el funcionamiento de los dispensarios tal como los ordenaba el Reglamento. Con ello terminó el intento mexicano por proponer una política alternativa y menos punitiva en el tema de las drogas.

¿Fue Scharff un agente sui géneris?

No estamos ante un tipo común. La accidentada biografía de Scharff explica su forma de actuar en México: arrebatada, exagerada, siempre informal. Sería un error generalizar a partir de su caso e inferir que los cientos de agentes antinarcóticos de Estados Unidos que han operado en México lo hicieron de manera parecida. Sin embargo, así como sería un error hacer inferencias a partir de una sola experiencia, también sería absurdo no admitir que a partir de Scharff podemos identificar e inferir patrones, comportamientos y dinámicas. Así, cabe la pregunta: ¿qué nos dice Scharff sobre el trabajo de los agentes antinarcóticos en México?

En primer lugar, Scharff demuestra —acaso excesivamente— el perfil polivalente de los agentes. Scharff subió a las montañas de Sinaloa, organizó la detención de miembros de una red internacional de tráfico de drogas, intervino en el plan para detener un programa radical de mantenimiento de adicciones, negoció con militares, policías y burócratas, y, en Europa, organizó la red de agentes que debía detener el flujo de heroína proveniente de aquel continente.

En segundo lugar, la historia de Scharff nos dice mucho sobre el perfil de los agentes. Eran —y en buena medida aún lo son— personas que entran a trabajar sin entrenamiento anterior y quizás

con poca vocación de servicio. Con un poco de menos suerte Scharff habría estado, como sugiere el título de la biografía de Roark, *del otro lado de la moneda*. En otra circunstancia habría sido uno de aquellos traficantes de poca monta que se ganaban la vida gracias al contrabando de droga a Estados Unidos. Es una obviedad decirlo, pero los agentes, como todos nosotros, son resultados de sus circunstancias.

En tercer lugar, conviene subrayar que la investigación de Scharff en México en el otoño de 1936 fue realizada sin apenas dar cuenta al comisionado de narcóticos Harry Anslinger. Ello nos habla, como pocos eventos, del conflicto interagencial entre la Oficina de Aduanas y el FBN, y, en un plano más general, de los serios conflictos burocráticos que subyacieron a la política antinarcóticos de Estados Unidos. Scharff, como otros agentes harían después, repudiaba tanto al resto de las agencias federales como a los propios narcotraficantes. Rechazaba la burocracia y repudiaba las leyes y reglas de Washington. La diplomacia y sus formas eran solo pretextos para no hacer el trabajo, *to get the job done*.

En cuarto lugar, el actuar de Scharff dependía del apoyo de varias esferas del gobierno de México. Scharff no habría podido hacer nada sin la complicidad de los mexicanos, funcionarios de primer y segundo nivel, que le abrieron las puertas a información restringida y confidencial. El caso Scharff muestra, así, la interdependencia entre agentes estadounidenses y burócratas. Unos y otros se complementan.

El contraste entre la biografía de Roark y las fuentes primarias revisadas nos ofrece material para una última reflexión. Los agentes antidrogas mienten tanto o más que sus perseguidos. Exageran su relevancia, desestiman la de sus colegas, se presentan como impredecibles y fanfarronean la aparente subordinación de todos hacia su persona. Hay que creerles la mitad; y de esa mitad, hay que dudar mucho.

Tras su ir y venir por México a finales de los años treinta y principios de los años cuarenta, Scharff se estableció de forma permanente como agente de aduanas en Houston. Ahí se mantuvo, con esporádicos viajes al norte de México, hasta principios de los años sesenta.

En enero de 1961, tras 43 años de servicio en la Oficina de Aduanas, Scharff decidió retirarse. Tenía 69 años y, hasta diciembre de 1960, participó directamente en arrestos por tráfico de drogas. Su legado, sin embargo, es especialmente amplio si se miran las docenas de agentes que crecieron a su sombra, que fueron entrenados en su jurisdicción y que realizaron no decenas, sino cientos de operaciones encubiertas en México al amparo y protección de Scharff.[66] Algunos de sus nombres y casos los revisaré más adelante en este libro.

[1] Elaine Carey, *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2014), 82.

[2] Roark, *The Coin of Contraband*, prefacio.

[3] Carey, *Women Drug Traffickers*, 82.

[4] Roark, *The Coin of Contraband*, 101-104.

[5] John F. Chalkley, *Zach Lamar Cobb: El Paso Collector of Customs and Intelligence during the Mexican Revolution* (El Paso: Texas Western Press, 1998); Jamie Bisher, *The Intelligence War in Latin America, 1914-1922* (Jefferson: McFarland & Company, 2016).

[6] Roark, *The Coin of Contraband*, 20.

[7] Roark, *The Coin of Contraband*, 32.

[8] Roark, *The Coin of Contraband*, 153.

[9] Stewart E. McMillin a Secretary of State, junio de 1934, RG 59 812.114/ Narcotics 376, NARA. Sobre ese caso, véase también H. S. Creighton a Investigative Unit Commissioner of Customs, 13 de agosto de 1936, RG 170, caja 22, fólder 3, NARA.

[10] Roark, *The Coin of Contraband*, 303.

[11] Roark, *The Coin of Contraband*, 304.

[12] Roark, *The Coin of Contraband*, 313.

[13] Roark, *The Coin of Contraband*, 323.

[14] "Questioned in Smuggling: Girl Smuggler Suspect Escapes from Guards", *Los Angeles Times*, 8 de agosto de 1936.

[15] "Net Closes in Dope Hunt: Missing Oriental Girl in New York, Say Agents of Customs Service", *Los Angeles Times*, 11 de agosto de 1936.

[16] U. S. Bureau of Narcotics, *Traffic in Opium and Other Dangerous Drugs: For the Year Ended December 31, 1936* (Washington D. C.: Government Printing Office, 1937), 34.

[17] Roark, *The Coin of Contraband*, 328.

[18] Roark, *The Coin of Contraband*, 327.

[19] Carey, *Women Drug Traffickers*, 81-82.

[20] Howard A. Bowman a Secretary of State, "Arrest of Four Persons in Mexico City for Smuggling Eleven Kilograms of Heroin into Mexico from Germany", 19 de noviembre de 1934, RG 59 812.114/ Narcotics 402, NARA.

[21] Véase George H. Winters, "Memorandum", 29 de diciembre de 1937, RG 59 812.114, NARA.

[22] Roark, *The Coin of Contraband*, 329.

[23] Alvin F. Scharff a Josephus Daniels, 28 de septiembre de 1936, RG 59 812.114, NARA.

[24] Roark, *The Coin of Contraband*, 329.

[25] Scharff a Josephus Daniels.

[26] Roark, *The Coin of Contraband*, 329.

[27] Scharff a Josephus Daniels.

[28] Thomas H. Lockett a Josephus Daniels, 25 de febrero de 1937, RG 59 812.114, NARA.

[29] Scharff a Josephus Daniels.

[30] Roark, *The Coin of Contraband*, 331.

[31] Scharff a Josephus Daniels.

[32] Josephus Daniels a Secretary of State, "Narcotic Investigation by Mr. A. F. Scharff of the United States Treasury Department [Strictly Confidential]", 3 de octubre de 1936, RG 59 812.114/ Narcotics 581, NARA.

[33] Véase Sumner Welles a Josephus Daniels, "Strictly Confidential", 29 de octubre de 1936, RG 59 812.514/585, NARA.

[34] "Narcotics Ring is Smashed in Mexico", *Reno Gazette*, 14 de octubre de 1936.

[35] *El Nacional*, 23 de febrero de 1937.

[36] José Siurob a Josephus Daniels, 1 de febrero de 1937, RG 59 812.114, NARA.

[37] Josephus Daniels a Secretary of State, "Attempted Suicide of Maurice Eghise, Alleged International Narcotic Trafficker", 17 de febrero de 1937, RG 59 812.114/ Narcotics 634, NARA. Véase también Howard A. Bowman a Secretary of State, "Arrest of Mauricio Eghise, Alleged Narcotic Smuggler", 20 de febrero de 1937, RG 59 812.114/ Narcotics 635, NARA.

[38] Josephus Daniels a Secretary of State, "Departure of Mauricio Eghise", 2 de abril de 1937, RG 59 812.114/ Narcotics 667, NARA.

[39] H. C. Maurice a Supervising Customs Agent, 14 de mayo de 1937, RG 59 812.114/ Narcotics 700, NARA.

[40] José Siurob, "Report Communicated by the Mexican Delegation to the League of Nations, April 27th, 1937", 31 de mayo de 1937, RG 59 812.114, NARA.

[41] "Polish-German Jew Arrested in Purported Nazi Espionage Plot in Mexico", *Lubbock Morning Avalanche*, 2 de marzo de 1939; "Mexico Arrests Germans Operating Radio System", *The Boston Globe*, 1 de marzo de 1939.

[42] Roark, *The Coin of Contraband*, 337.

[43] Roark, *The Coin of Contraband*, 343.

[44] Roark, *The Coin of Contraband*, 343.

[45] Nadelmann, *Cops across Borders*, 29.

[46] H. S. Creighton a Luis G. Franco, 5 de junio de 1937, RG 59 812.114/ Narcotics 750, NARA.

[47] "En Ahome se destruyeron plantíos".

[48] Stuart J. Fuller, "Opium Production in Mexico", 5 de abril de 1938, RG 59 812.114/ Narcotics 776, NARA.

[49] Fuller, "Opium Production in Mexico".

[50] Roark, *The Coin of Contraband*, 351.

[51] Fuller, "Opium Production in Mexico".

[52] Carroll Gray a Irey, "Memorandum", 18 de abril de 1938, RG 170, caja 22, fólder 3, NARA.

[53] Roark, *The Coin of Contraband*, 351.

[54] Casi con toda seguridad Scharff refería al general y mando de la cuarta zona militar, Miguel Hernández Guzmán.

[55] Roark, *The Coin of Contraband*, 356.

[56] Alvin F. Scharff, "Marihuana: A Study of its Curse", en *Coyote Wisdom*, ed. por J. Frank Dobie, Mody C. Boatright y Harry A. Ransom (Austin: Texas Folklore Society, 1938), 225-233.

[57] Roark, *The Coin of Contraband*, 358.

[58] Roark, *The Coin of Contraband*, 365.

[59] Angusto De Alba, "El debate sobre la mariguana", *Jueves de Excélsior*, 17 de noviembre de 1938.

[60] Leopoldo Salazar Viniegra, "Resume for the Mexican Delegation at the League of Nations", 16 de julio de 1938, RG 170, caja 22, fólder 4, NARA. Véase también Leopoldo Salazar Viniegra, "El mito de la mariguana", *Criminalia* 5, núm. 4 (1938): 206-237.

[61] James Stewart a Secretary of State, "Narcotics Situation in Mexico", 7 de abril de 1938, RG 170, caja 22, fólder 4, NARA.

[62] La narración siguiente la obtengo de Alvin F. Scharff, "Memorandum for Consul General James B. Stewart Concerning Conversation Had by the Undersigned with Dr. Leopoldo Salazar Viniegra", 7 de septiembre de 1938, RG 170, caja 22, fólder 4, NARA.

[63] Scharff, "Memorandum for Consul General James B. Stewart".

[64] Una narración más detallada de este episodio puede leerse en Carlos A. Pérez Ricart, "Estados Unidos frente a la promulgación y suspensión en México del Reglamento de Toxicomanías de 1940", *Foro Internacional* 245, núm. 3 (2021): 649-686.

[65] Harry J. Anslinger a C. H. L. Sharman, "[Confidential]", 28 de marzo de 1940, caja 2, expediente 21, Harry J. Anslinger Papers.

[66] Véase, por ejemplo: Committee on the Judiciary. Senate Subcommittee on Narcotics, "Illicit Narcotics Traffic. Part 7: Austin, Dallas, Fort Worth, Houston, and San Antonio, Texas (Hearings Published)", 22 de septiembre de 1955, 2943, HRG-1955-SJS-0067, Congressional Publications.

Capítulo 6

Joe Arpaio: el policía más rudo, implacable y mentiroso

Su nombre es Joseph Michael Arpaio y se hace llamar "el policía más rudo e implacable" de Estados Unidos.[1]

Sobre él recaen decenas de denuncias por racismo contra la población latina de Maricopa, Arizona, condado cuya policía dirigió entre 1993 y 2017; es, desde hace décadas, el símbolo de la durísima política migratoria del partido republicano en Estados Unidos; en 2008 cuestionó abiertamente la autenticidad del certificado de nacimiento de Barack Obama sugiriendo que el entonces presidente había nacido en algún país africano y no en Hawái; fue vendedor de viajes espaciales, candidato republicano al Senado de su país y, desde 2016, aliado político de Trump.

Pocos saben que el *sheriff* con ancha nariz, larga frente, cabello relamido y voz seca fue, también, agente antinarcóticos entre 1957 y 1982. Parte fundamental de ese periodo lo dedicó a México: primero como director regional del BNDD en Ciudad de México y después como jefe de la oficina de la DEA en Phoenix, Arizona. Si bien su historia reciente se conoce ampliamente, su pasado como policía no tanto. Hasta ahora.

En este capítulo exploro la vida pública de Joe Arpaio: desde sus inicios como policía en San Antonio, Chicago, Washington y Nevada; su trabajo como agente antinarcóticos en Turquía y México; hasta

llegar a las muy recientes acusaciones por violencia racial durante sus años como *sheriff* en Maricopa. Al igual que con Alvin Scharff, contrasto su autobiografía con material hemerográfico y de archivo; esto es, contrapongo el mito construido por él mismo con la menos alegre realidad.

Utilizo la figura de Arpaio no solo como retrato del burócrata conservador que predomina en las oficinas del gobierno de Estados Unidos, sino con el objetivo de mostrar algo más hondo, preocupante y que a menudo se nos suele escapar del radar: los puentes entre el discurso antimigrante y el prohibicionista. Ambas agendas son parte de una misma "fórmula" y Arpaio es su principal denominador común. Propongo que Arpaio sintetiza, quizás mejor que ninguna otra figura, el desprecio a la justicia y a los derechos elementales, así como el temor a la otredad y a lo desconocido. Arpaio representa también —porque sin ello la "fórmula" no alcanza su máxima expresión— el uso de la mentira como estrategia para justificar su propia existencia y, con ello, el de toda una idea: la prohibición.

Un *italiano* en Massachusetts

Joe Arpaio nació en 1932 en Springfield, Massachusetts. Es una paradoja que uno de los grandes impulsores de las políticas más duras de control migratorio en Estados Unidos sea hijo de italianos que, huyendo de la pobreza, decidieron cruzar el océano Atlántico. Huérfano de madre, Arpaio creció en Nueva Jersey junto a su padre, dueño de una pequeña tienda de abarrotes. En 1950, con 18 años, se enlistó en las filas del Ejército de Estados Unidos.

Su aventura castrense duró hasta 1953. Al año siguiente trabajó algunos meses como policía local en Washington D. C., tiempo suficiente para verse involucrado en varias peleas y ser hospitalizado en al menos una ocasión. Renunció para trabajar como policía en

Las Vegas, Nevada, puesto en el que permaneció solamente seis meses y en el cual, si le creemos a su autobiografía, arrestó a Elvis Presley por ir a exceso de velocidad en su motocicleta.[2] Como muchas cosas que cuenta, lo más probable es que la historia sea falsa.

Después de trabajos temporales y un récord más bien mediocre, en 1957 Arpaio pareció encontrar su lugar en el mundo: comenzó a trabajar como agente federal antinarcóticos. Lo sería durante el siguiente cuarto de siglo.

Sus inicios como agente federal antidrogas

Arpaio comenzó su carrera en el FBN. Muy pronto se hizo fama de agresivo, infatigable y por una virtud que, al parecer, no era del todo común entre sus colegas: su disponibilidad a trabajar en operaciones encubiertas con afroamericanos, irlandeses e hispanos.[3] Recordemos: son años en que la segregación racial era la norma y en los que, sobre todo en las policías estadounidenses, las conductas racistas eran el común denominador; que Arpaio, al menos en ese momento, aceptara de buena gana trabajar con "extranjeros" resulta, cuando menos, interesante. La explicación más probable es que Arpaio, por ese entonces, era considerado un *italiano* más, etiqueta tan o más llena de prejuicios como las otras.

Cuando Arpaio llegó al FBN, la organización era más bien pequeña. No era difícil conocer a todos y cada uno de los agentes, más o menos unos 250 en los Estados Unidos. Con todo, a mediados de la década de los años cincuenta el FBN comenzaba a crecer.

En 1956, con Anslinger y su segundo, Henry L. Giordano, a la cabeza, el FBN cabildeó en el Congreso la aprobación de la Narcotic Control Act (1956), una ley que volvió la posesión de marihuana un delito grave, planteó la pena de muerte a quien vendiera heroína a

menores de 18 años, e incrementó sanciones hasta por cuarenta años de cárcel a quien recayera en delitos de posesión de drogas. Esa misma ley concedió al FBN el permiso para crear su propia escuela de entrenamiento (Federal Bureau of Narcotics Training School), así como para integrar una División de Estadística y de Archivos a su todavía flaca estructura. A partir de entonces y por muchos años, el FBN fue la única institución policiaca a nivel federal en Estados Unidos en mantener estadísticas sobre el perfil de los consumidores de drogas, incluyendo temas sensibles como género, raza, lugar de residencia, nombre, causas y sustancias de la adicción. Ello otorgó a la otrora pequeña organización un poder desmedido: la posibilidad de administrar y catalogar las cifras de adictos en Estados Unidos a su contentillo. Así, con la mano en la cintura, los jefes del FBN podían decir con supuesta precisión que, por ejemplo, en abril de 1963, había 47,489 "adictos activos" en ese país.[4] Ni uno más; ni uno menos. La estadística al servicio de la mano dura.

En definitiva: aunque palidecía frente a otras instituciones como el FBI, las dos décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial vieron al FBN crecer orgánica y presupuestalmente (en 1962 tenía cuatro veces más recursos que en 1945). Arpaio fue parte del crecimiento institucional del FBN. Fue uno de los muchísimos agentes contratados por la agencia gracias a sus nuevos recursos y que sobrevivirían los complejísimos procesos de reestructuración que convirtieron al FBN en el BNDD en 1968 y a este último en la DEA en 1973; procesos, ambos, tan complejos y llenos de intrigas que, en palabras de Arpaio, "harían sentir orgullosa a cualquier tragedia griega".[5]

Arpaio fue uno de los primeros agentes en pasar, como veremos más adelante, largos periodos en el extranjero. Sin embargo, al igual que Al Scharff y George White, Arpaio nunca recibió entrenamiento específico ni algún tipo de instrucción. Sin hacer algún tipo de

examen previo, Arpaio fue asignado a una oficina del FBN en Chicago donde, según cuenta, el Bureau necesitaba agentes italianos para penetrar la mafia italiana de la zona. Reconoce que, al ser contratado, apenas asistió a un curso de una semana sobre drogas ilegales en Washington D. C. Arpaio admite, no sin cierto orgullo, que lo suyo fue aprender sobre la marcha; jugar al acierto y al error.[6] En su caso, como se verá más adelante, más al error que al acierto.

En Chicago hizo sus primeros trabajos de policía encubierto. Dice haber participado en cientos de operaciones, haberse apropiado de decenas de personajes distintos y haber escuchado miles de historias que apenas podía memorizar. Con bigote postizo, lentes de fondo o peluca, nuestro personaje dice haber visitado todos los barrios italianos, puertorriqueños y mexicanos de Chicago. Como cualquier otro agente antinarcóticos, comenzaba "haciendo casos" insignificantes hasta subir a lo más alto de la "cadena alimenticia" para después intentar detener a los distribuidores principales. Una historia de sus primeros años deja ver su prematura obsesión con las drogas: en 1960 se hizo pasar por un preso en una cárcel de Chicago solamente para descubrir en qué parte de la celda escondían los presos la heroína.[7] Su autobiografía está llena de anécdotas similares; algunas de ellas presentan comportamientos francamente heroicos. Sin embargo, ninguna está acompañada de fechas o nombres que permitan cotejarlas con periódicos o reportes de la época. Pueden ser verdaderas. O no.

De esa época en Chicago identifico la primera supuesta amenaza de muerte en contra de Arpaio; o, mejor dicho, la primera de una docena de veces en las que afirmó, a lo largo de su carrera, ser el objetivo de una organización criminal. La última fue en 2010 cuando, supuestamente, un cartel de droga mexicano ofreció un millón de dólares por su cabeza; cuatro millones menos que la máxima oferta que, dice Arpaio, se ha hecho por él.[8] Arpaio también aseguró —en

un video promocional de 2012— que había sido secuestrado en algún punto de su carrera, afirmación que no se menciona ni en su biografía ni en los cientos de reportes periodísticos o entrevistas que he leído sobre nuestro personaje.[9]

De esa época provienen también algunas serias acusaciones de abuso de poder. Según declaraciones de varios acusados de vender pequeñas cantidades de drogas en las calles de Chicago, Arpaio llamaba a su casa y amenazaba con matarlos en caso de no participar en las operaciones de compra o venta de drogas, por lo que después los apresaba.[10] Arpaio, según estas versiones, era —palabras más, palabras menos— un extorsionador. De ser ciertas, Arpaio no había cumplido los treinta años y ya era el *infeliz* (aunque la palabra precisa es más dura) que describirían los periódicos varias décadas después.

Arpaio en Turquía

Cuatro años trabajó Arpaio para la oficina del FBN en Chicago. En 1961 fue enviado al extranjero. Por entonces *ser enviado* al extranjero podía ser interpretado de dos maneras bien distintas: o bien como una señal de reconocimiento por el trabajo realizado o, como más bien parece en su caso, un exilio obligado por parte de sus superiores. Lo único cierto es que a los mejores agentes del FBN no se les enviaba al otro lado del mundo, sino a dirigir las oficinas de las principales ciudades de Estados Unidos. A Arpaio lo enviaron a Estambul, a casi nueve mil kilómetros de Chicago.

Turquía en la década de los años sesenta era uno de los principales productores de amapola del mundo. En Turquía comenzaba lo que después pasó a llamarse la "conexión francesa", el triángulo de exportación de heroína (desde la década de los años treinta hasta mediados de los años setenta) que pasaba

necesariamente por Marsella —ciudad donde era manufacturada en laboratorios ilegales— para luego ser embarcada en Nueva York o algún otro lugar intermedio que podía ser Cuba, México, Argentina, y otra media docena de países latinoamericanos. Tan importante era esta red de distribución que durante unos veinte años, más o menos entre 1950 y principios de la década de los años setenta, el 80% de la heroína consumida en Estados Unidos fue comercializada a través de la conexión francesa.

Su estancia en Turquía —no podía ser de otra manera— es retratada de manera exagerada en su autobiografía. Dice haber sido enviado a Estambul sin mayores recursos y en completa soledad ("ni educación, ni contactos, ni equipo, ni entrenamiento, ni medios de comunicación").[11] Como es de esperar, no hablaba turco. Ni su esposa ni su bebé pudieron viajar de inicio con él —una muestra, acaso anecdótica, de la falta de recursos del FBN en aquella época. Su Chevy del 57, contrastaba con el Jeep último modelo de su vecino, un coronel del Ejército estadounidense.[12] Arpaio dice haber aterrizado con un "fajo de billetes" y su vieja Smith & Weston. Era, según cuenta, no solo el único agente del FBN en Turquía, sino en todo el Medio Oriente. Esto último es falso.

Aunque algo de verdad hay en la raquítica situación financiera del FBN, lo cierto es que mantenía presencia en Turquía al menos desde finales de la década de los años cuarenta.[13] Fue precisamente George White el primer agente del FBN en hacer investigaciones en Turquía y otros países de la región. A él siguieron otros, acaso más exitosos que el propio Arpaio. Además, si bien eran pocos los agentes antidrogas de Estados Unidos en la región, en Turquía y países aledaños había agentes de Interpol y de la CIA con los que trabajó Arpaio cotidianamente.[14]

Como es habitual en él, Arpaio adereza su vida en Turquía con historias inverosímiles. Dice haber aprendido algo de turco, establecido una red de *bad guys* que le proveían "inteligencia",

viajado a los campos de sembradío de amapola a cientos de kilómetros de Estambul y despertado su sexto sentido de agente encubierto. Dice haber manejado por dos días y sus noches sin detenerse, haberse hecho pasar por diplomático italiano o por marinero holandés, y haber controlado, con la sola ayuda de su Smith & Weston, a treinta campesinos en una oscurísima noche en las montañas de Asia Menor.[15] En otra historia su participación en un tiroteo hizo despertar la furia de dos personajes yuxtapuestos: el gobernador de la provincia de Afyonkarahisar y el embajador estadounidense.[16] La prensa estadounidense recogió, en efecto, algunos de sus éxitos; el más grande de todos: la detención de un envío de 250 kilos de opio y seis de heroína en el puerto de Samsun, Turquía, en agosto de 1963.[17]

Arpaio se arroga méritos que no merece. En algún punto de su biografía presume "haber detenido el mercado turco de droga con muchos menos recursos y en circunstancias distintas aunque igual de difíciles que las actuales en Afganistán […]. Lo detuvimos esencialmente con un solo hombre y con la gente que quiso ayudar".[18] Esto es: se otorga el mérito de terminar con la conexión francesa.

Sonny Grosso, un agente de la policía de Nueva York entre 1954 y 1976, y quien estuvo al frente de varias de las capturas de heroína en el este de Estados Unidos en la década de los años sesenta (luego su personaje fue llevado al cine con la famosa película *The French Connection*), admitió no tener ni idea acerca de la identidad de Arpaio y, mucho menos, de su supuesto papel en la destrucción de la red de tráfico trasnacional.[19] Por lo demás, la llamada conexión francesa no terminó sino hasta principios de los años setenta cuando el gobierno de Estados Unidos firmó un acuerdo con el gobierno turco por el cual, a cambio de un paquete económico, este acordó destruir prácticamente toda su producción de amapola. Para ese momento, Arpaio ya estaba muy lejos de Estambul.

Vuelta a Estados Unidos

Tras su estancia en Turquía, en 1964 Arpaio fue nombrado jefe de la oficina del FBN en San Antonio, Texas. En su nueva posición se dedicó a planear operaciones encubiertas a lo largo de toda la frontera. Esta fue la primera vez que Arpaio trabajó directamente en el límite fronterizo entre México y Estados Unidos: un confín que lo acompañaría toda la vida. Además de narrar muchos casos de operaciones encubiertas, en su autobiografía admite, sin ruborizarse, haber viajado al poblado fronterizo de Ciudad Acuña a buscar a un fugitivo de la justicia estadounidense y "llevarlo de vuelta a Estados Unidos". Según relata, Arpaio habría negociado con él la compra de un cargamento de heroína antes de que la policía mexicana lo capturara y enviara a Estados Unidos. No refiere a ningún proceso de extradición entre ambos países, sino a un llano caso de secuestro encubierto.[20] Los periódicos de la época recuerdan un par de éxitos importantes, incluyendo la conducción de una redada de supuestos traficantes de droga tras cinco meses de operaciones encubiertas.[21]

A finales de 1967, tras su paso en San Antonio, Arpaio fue designado jefe de la oficina del FBN en Washington D. C.[22] En esta nueva posición apenas estuvo ocho meses; en ese periodo trabajó en la desarticulación de una banda de policías antinarcóticos que vendía heroína de manera ilegal, robaba fondos del FBN asignados a la "compra de informantes" y contrabandeaba otros productos ilegales. Arpaio y otros agentes infiltraron las conversaciones de sus propios colegas lo que llevó a que fueran despedidos —o, en su defecto, renunciaran— 32 agentes acusados de corrupción, una de las purgas más grandes de la historia de la organización.[23] El caso manchó la reputación de todo el FBN y expuso la penetración del narcotráfico en la corporación destinada a combatirlo.[24] Esta y otras historias de corrupción llevaron a la desaparición del FBN y a la creación del BNDD en 1968. En esa ocasión, como en tantas otras, el

gobierno de Estados Unidos siguió la máxima de Tancredi en *El Gatopardo* de Giuseppe di Lampedusa: si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie.

En su siguiente puesto, a Arpaio le fueron asignadas más responsabilidades: fue nombrado subdirector regional para toda el área de Maryland. Según relata en su biografía, desde su oficina en Baltimore participó activamente en la ejecución de la famosa Operación Intercepción, el cierre de la frontera mexicana ordenado por la administración Nixon en 1969. Como demostraré a continuación, aunque de ello ha presumido de forma sistemática a lo largo de su carrera, el *sheriff* nada tuvo que ver con aquel evento. Si acaso, Arpaio fue, en aquel despliegue de soberbia hacia México ejecutado por el gobierno de Estados Unidos, un peón del complejo tablero, pero nunca un alfil.

Operación Intercepción

Es conocida como Operación Intercepción la orden del presidente Nixon de revisar exhaustivamente y a niveles absurdos todos los automóviles que intentaban cruzar la frontera entre Estados Unidos y México en septiembre de 1969. El objetivo oficial del operativo era el de detener el flujo de marihuana, heroína y otros estupefacientes que llegaban a Estados Unidos a través de la frontera con México. Los objetivos ulteriores eran otros: *1)* extorsionar al gobierno mexicano y *2)* darle publicidad a Nixon en su supuesta lucha contra el crimen.[25]

El origen de Operación Intercepción está en un informe producido por un grupo de funcionarios cercanos a Nixon redactado en junio de 1969. Este informe calificó de "inadecuados" los esfuerzos mexicanos por detener el narcotráfico, advertía una relación lineal entre uso de marihuana y crimen, y recomendaba al gobierno de Estados Unidos presionar a México en la aplicación *inmediata* de

programas de fumigación aérea de herbicidas en sembradíos de marihuana y amapola. Tres días después de presentado el reporte, el subprocurador general de Estados Unidos, Richard Kleindienst, encabezó una reunión en la que transmitió a funcionarios mexicanos los resultados del informe. Lo hizo en el marco del ciclo de reuniones que desde 1965 venían realizándose anualmente entre mexicanos y estadounidenses. Como ya era costumbre, al final de la cumbre se firmó una declaración conjunta en la que se hicieron los tradicionales llamados a una mayor "cooperación bilateral". Según recuerda el exsecretario de Relaciones Exteriores de México, Antonio Carrillo Flores —en entrevista citada por Richard Craig—, no solo no se llegó a ningún acuerdo (no era el objetivo de esas reuniones), sino que se rechazó explícitamente la propuesta de utilizar métodos de fumigación para destruir campos de amapola y marihuana. En todo caso, tendrían que ser los estadounidenses los primeros en aplicar un programa similar en su país y descartar cualquier daño ambiental.[26]

La sucesión de los acontecimientos hace suponer que aquellas reuniones fueron solo una mera formalidad porque el 27 de junio de 1969 el presidente Nixon convocó al mismo grupo para "diseñar el ataque frontal contra el narcotráfico […] independientemente de cualquier intensificación de las actividades que pudiera emprender México".[27] Según Gordon Liddy —quien dirigía los trabajos del grupo — Nixon no podía entender "cómo un gobierno extranjero podía ser tan insolente como para mostrar semejante oposición" al plan estadounidense.[28] Era hora de actuar.

Como primera acción, en agosto de 1969, desde Capitol Hill se declaró Tijuana como "zona prohibida para el personal norteamericano". A pesar de eso, el presidente mexicano Gustavo Díaz Ordaz y Richard Nixon se reunieron el ocho de septiembre en la inauguración de una presa entre Texas y Ciudad Acuña que ambos consideraron "testimonio del espíritu de entendimiento y cooperación entre ambos países". Al día siguiente, comenzaron los rumores en

los periódicos estadounidenses de que pronto se anunciaría el "inminente inicio de la operación de inspección y captura más grande jamás realizada".[29] Ello prueba que, lejos de buscar tomar desprevenidos a los narcotraficantes mexicanos, la operación tenía motivaciones políticas. Alguien había filtrado la noticia y no pareció ser de forma involuntaria.

Después de pequeños ensayos, el 21 de septiembre de 1969 comenzó "la vigilancia intensificada de tierra, mar y aire a lo largo de seis mil kilómetros de frontera con México por periodo indefinido".[30] En los veinte días que duró Intercepción fueron registrados cuatro millones de personas que buscaron acceder al paso fronterizo; se revisaron vehículos y el equipaje personal de cada viajero; se amplió el uso de radar del Ejército de Estados Unidos; se rentaron avionetas de alta velocidad y barcos patrulleros exclusivos para la ocasión; en los puntos aduanales se utilizaron dos mil policías extras a los usuales, provenientes de distintas agencias, y se gastaron alrededor de treinta millones de dólares provenientes de fondos federales.

Como resultado de esos esfuerzos se confiscaron poco más de veinte kilogramos de peyote, una tonelada de marihuana, un par de gramos de cocaína y algunas tabletas y píldoras de codeína, percodán y otras drogas.[31] A todas luces, números raquíticos. Lo que sí ocasionó Intercepción fueron embotellamientos en la frontera hasta por ocho horas y, con ello, pérdidas económicas en ambos países. El turismo se redujo en un 70% y el alcalde de Brownsville, tal vez exagerando, pidió que la comunidad fuera declarada como "zona de desastre económico".[32] El 10 de octubre, cuando se levantó Intercepción, estaba claro que los presuntos narcotraficantes se habían quedado en sus casas esperando el fin de la operación que para muchos debió renombrarse "Ineptitud".

El costo diplomático de Intercepción no parece haber sido tan alto como podría suponerse. Es cierto que hubo reclamaciones informales por parte del gobierno mexicano: Díaz Ordaz, en una

nota registrada por *Excélsior* el 30 de septiembre, habló de "un detalle que oscurece un momento feliz" y de "error burocrático"; el canciller Carrillo Flores aceptó conocer "muy poco de la operación" y se mostró molesto por haber recibido la noticia en "papel común y corriente […] ni siquiera membretado, ya no digamos una nota diplomática oficial". Por su parte la "sociedad civil mexicana" organizó sin mucho éxito una efímera Operación Dignidad para apoyar el consumo de lo "hecho en México".[33] Ni el embajador norteamericano en México ni los gobernadores del sur de Estados Unidos coincidieron con el ejercicio de extorsión al que había estado expuesto México. La "ineficaz e ignominiosa operación",[34] como la llamó un alto funcionario del gobierno mexicano, finalizó con la firma de un comunicado conjunto fechado el 10 de octubre de 1969 que dio oficialmente entrada a Operación Cooperación, un juego de palabras que solo escondía lo asimétrico de la relación bilateral y un falso voluntarismo que no existía ni al norte ni a sur del río Bravo.

¿Fue Operación Intercepción un fracaso? Sí y no. Ciertamente fue un programa que trajo mínimas confiscaciones y resentimiento en la relación bilateral. Sin embargo, quedarse con esa lectura esconde el hecho de que, después de aquel septiembre, todas las negociaciones que se realizaron en torno al tema de la cooperación antinarcóticos estuvieron precedidas por la amenaza. La posibilidad estaba latente: si había sucedido una primera vez podía volver a suceder una segunda. Sostengo que Intercepción funcionó como amenaza constante e insoslayable para los gobiernos venideros. Además, los costos diplomáticos fueron tan exiguos que cualquier gobierno estadounidense podía considerar esa opción verosímil como forma de presión: en 1985, por poner un ejemplo, Reagan se decantó por una repuesta similar tras el asesinato del agente Kiki Camarena.

¿Cuál fue el papel de Joe Arpaio en todo esto? En su cuenta de Twitter (6 de abril de 2018), el exfuncionario presentó una serie de documentos que buscaban probar su papel protagónico en patrullajes aéreos por la frontera, así como la dirección general de la

operación al lado de personajes como Gordon Liddy y Richard Kleindienst. Lo cierto es que ni esos documentos ni otros consultados para esta investigación prueban de algún modo que Arpaio haya tenido algún papel relevante en lo que fue, por lo demás, una maniobra fracasada desde el punto de vista diplomático y policial. Al mentir sobre su supuesta participación, Arpaio busca, medio siglo después, mostrar que su antimexicanismo es añejo, ancestral.

En definitiva: Arpaio no participó en Operación Intercepción y miente, también, cuando señala que, ya siendo director regional del BNDD para América Latina, fue el constructor de Operación Cooperación, así como del conjunto de acuerdos en materia de narcotráfico que se perfilaron entre México y Estados Unidos a partir de principios de la década de los años setenta.

Arpaio en México

Arpaio fue nombrado director regional del BNDD en México a principios de 1970. Llegó en sustitución del agente George Emrich, quien fue encontrado muerto misteriosamente en una playa de Acapulco el 19 de septiembre de 1969, tres días antes del inicio de Operación Intercepción. La explicación oficial fue que Emrich había sido golpeado por una ola, narrativa que choca con el hecho que su cuerpo fuera encontrado con ropa, zapatos, reloj y cartera intacta.[35] Aunque su asistente, Edward Heath —quien años después sería director general de la DEA en México— pidió una investigación de lo que a sus ojos era un evidente homicidio, esta no parece haberse realizado nunca.[36] Al día de hoy persisten las sospechas de que fuese el segundo de Emrich, Phil Smith, quien, en un ajuste de cuentas, y aparentemente borracho, asesinara a su jefe.[37]

Por si faltase un poco más de drama al misterioso caso, el candidato para reemplazarlo, Henry L. Manfredi, murió sorpresivamente en enero de 1970 en una conferencia de prensa en la Casa Blanca después de mantener una reunión con agentes de la CIA en Washington.[38] Manfredi había sido, además, curiosamente, el encargado de investigar la muerte de Emrich y, junto con Arpaio, uno de los policías que destapó la cloaca de corrupción de las oficinas del BNDD en Nueva York. La situación sería menos extraña si Manfredi no hubiera trabajado en el pasado para la CIA, el Servicio Secreto y la División de Investigaciones Criminales del Ejército de Estados Unidos.[39]

Muertos Emrich y Manfredi, Arpaio apareció como la mejor opción para dirigir las operaciones del BNDD en México. Su nombramiento fue una suerte de recompensa por su fidelidad a los dirigentes del BNDD. Arpaio se convirtió en el director regional más joven de la historia del FBN/BNDD y en el único agente federal antidrogas con experiencia en Turquía y México, probablemente las dos zonas de producción de drogas más importantes en la época.

Arpaio llegó a México solo cuatro meses después de Operación Intercepción y se instaló, como otros diplomáticos, en el lujoso fraccionamiento de La Herradura, una de las zonas más acomodadas del Estado de México. A primera vista, la elección de un tipo como Arpaio como director regional parece un poco extravagante. México y Estados Unidos pasaban por un momento de reconciliación diplomática que buscaba dar vuelta a página al desastre de Intercepción. La elección de alguien con fama de duro resulta, cuando menos, curiosa. La opción más probable es que en las oficinas del BNDD se pensase que la situación en México a principios de los años setenta era similar a la de Turquía una década atrás y, por tanto, valía la pena utilizar las mismas técnicas de presión que se usaron en el país otomano.

En México la situación era compleja. El país era, a principios de la década de los años setenta, un importante productor de marihuana y comenzaba a situarse también como un notable productor de amapola para el mercado estadounidense. Además era, como en los años cuarenta, puente en el comercio de heroína que llegaba, o bien en avión desde París a la Ciudad de México, o desde los puertos franceses por barco a Veracruz.

Como en otras épocas, a México llegaba droga proveniente de todas partes del mundo. En 1972, por ejemplo, se descubrió el intento de introducir al puerto de Veracruz cuatrocientos kilos de hachís provenientes de Hong Kong.[40] Según dijo uno de los traficantes detenidos —un ciudadano estadounidense— la droga era "propiedad de la mafia de narcotraficantes con oficinas en Chicago y Nueva York".[41] En el aeropuerto de la Ciudad de México eran frecuentes las detenciones de paquetes de cocaína provenientes de Lima, por lo general no mayores a los diez kilogramos,[42] así como de heroína embarcada en Europa.[43]

No era, pues, menor el reto al que se enfrentaba Arpaio. Para ello contaba con una estructura inimaginable apenas una década atrás y de la que nunca pudo disfrutar, por poner un ejemplo, un agente como Alvin Scharff.

En julio de 1972 la estructura del BNDD en México (región 15) estaba dirigida por Joe Arpaio (director regional), Ralph E. Barber (subdirector) y Humberto M. Moreno (enlace policiaco y jefe de entrenamiento). Además de personal administrativo, a cargo de Arpaio estaban los siguientes agentes especiales en Ciudad de México: Joseph W. Bock, Rafael S. Halperin, Amadeo R. Medina y Arthur M. Sedillo. En la oficina en Guadalajara trabajaban los agentes Tomás Zepeda, Robert Dunne y George Ellin. En Hermosillo operaban Frank Figueroa y su colega Stanley Grobe. Por último, en Monterrey estaban a cargo de las operaciones del BNDD George C. Frangullie Jr. y Richard A. Fekete.[44]

Aquí es de destacar la cantidad de agentes con apellidos hispanos. Desde finales de la década de los años sesenta el BNDD se había esforzado por aumentar la cantidad de agentes que hablasen español. El *pool* de selección no era muy amplio y resultó en contrataciones sui géneris. Algunos de ellos fueron extraficantes cubanos, normalmente anticastristas (veteranos de la invasión a Bahía de Cochinos); otros, mormones con experiencias como predicadores en América Latina; y otros, naturalmente, chicanos.[45] La búsqueda por ampliar la cantidad de agentes que, cuando menos, masticaran el español no fue sino una respuesta a la relevancia que comenzaban a tomar —o retomar— México y Sudamérica en el mercado de la droga en Estados Unidos.

Operación Cooperación y las campañas de erradicación

En su biografía, Arpaio se jacta —aun en contra de la plana mayor de Washington— de haber "resucitado" y "reinventado" Operación Intercepción y de haberla convertido en Operación Cooperación.[46] Fue él, nos dice, quien convenció en "largas noches de copas" al procurador general de Estados Unidos de ello. Nuevamente, Joe Arpaio miente. Como revisamos anteriormente, Operación Cooperación fue el resultado de las negociaciones bilaterales celebradas en la Ciudad de México los días 27, 28 y 29 de octubre de 1969 para dar fin al conflicto acontecido tras el cierre de fronteras de septiembre. Como resultado de la cumbre de Ciudad de México, el 30 de octubre se firmó una declaración conjunta que a su vez impulsó la creación de un Grupo Binacional de Trabajo Conjunto (GBTC) a partir del cual funcionarios mexicanos —de la SRE y de la PGR — comenzaron a reunirse periódicamente con sus pares estadounidenses para tratar temas de política antinarcóticos. Por la parte estadounidense, fue el jefe de operaciones del BNDD, George H.

Gaffney, quien tomó el mando operativo de la negociación con los mexicanos.[47] Arpaio no solo no aparece mencionado en alguno de los documentos, sino que tampoco parece haber tomado parte de los procesos de negociación posteriores.

Uno de los varios programas que se acordaron en las negociaciones del GBTC fue la implementación, con fondos estadounidenses, de un programa piloto de localización de cultivos y rocío de herbicidas en el noroeste de México. El financiamiento de ese primer programa piloto fue acordado en marzo de 1970 entre el BNDD y la PGR.[48] En esa ocasión, se transfirieron 150 mil dólares para "llevar a cabo experimentos de percepción remota dirigidos al descubrimiento de plantíos de adormidera, marihuana, y cualquier otra planta en crecimiento de las cuales se puedan extraer o derivar estupefacientes u otras drogas peligrosas".[49] Además del dinero para la puesta en marcha del programa piloto, se entregaron 35 mil dólares etiquetados para la compra de químicos, y 815 mil dólares en tres avionetas ligeras Cessna y cinco helicópteros Bell 206 con capacidad para cinco personas, así como el entrenamiento de pilotos y mecánicos.[50] Todo ello supuso un salto cualitativo en el arsenal del gobierno mexicano que para ese momento solo contaba con seis aviones y tres helicópteros para desarrollar la totalidad de su campaña antinarcóticos.[51]

Al acuerdo de marzo de 1970, en el que Arpaio no tuvo la menor relevancia, lo sucedieron otros más en los que no participó. En 1971, por ejemplo, se concretó la compra de tres helicópteros más a cuenta de ambos gobiernos.[52] Tras una cumbre entre Echeverría y Nixon en el verano de 1972 se acordó la compra, con dinero estadounidense, de dos helicópteros para transporte de pasajeros, un avión STOL, doscientos radios portátiles, seis "estaciones base de radio portátiles", el subsidio de un programa de entrenamiento para policías (a ser impartido por el BNDD) y doscientas pistolas semiautomáticas. En total: un millón trescientos mil dólares.[53]

Este tipo de acuerdos celebrados a principios de la década de los años setenta fueron el preludio de las durísimas campañas de erradicación aérea con herbicidas y otras acciones policiales que comenzaron en noviembre de 1975 y en las que participaron cientos de agentes de la DEA.

Sin apenas contrapesos, la DEA ayudó a definir el perfil de tres operaciones: Seam (1974), Seam Clearview (1975) y Trizo (1976), conocidas en México bajo la nomenclatura única de Canador, acrónimo para *cannabis* y *adormidera*.[54] Hoy sabemos, gracias a cables desclasificados y reportes de inteligencia de las oficinas de la DEA, cómo decenas de agentes, pilotos y asesores de la agencia, al lado de agentes de la PJF, trabajaron en el establecimiento de retenes combinados en carreteras secundarias, asaltos a laboratorios clandestinos, participación en interrogatorios, acciones de vigilancia, así como operaciones clandestinas en todo el país. Según datos conservadores, al menos una treintena de agentes de la DEA colaboraron en unas doscientas detenciones en 1973 y hasta quinientas en 1974 y 1975.[55]

Tales *field missions* binacionales y campañas de erradicación no eran nuevas del todo; la diferencia es que ahora estaban aprobadas desde las más altas esferas del Estado. Varios reportes escritos por la oficina de la DEA en México al Departamento de Estado dejan ver la libertad sin límites que disfrutaron agentes estadounidenses por todo el territorio mexicano. En esos ejercicios fueron heridos hasta tres agentes de la DEA: Rogelio Guevara, Antonio Celaya y un tercero de apellido García.[56] Los cables de la DEA también dan cuenta de decenas de casos de desapariciones y muertos sin identificar en Culiacán, Hermosillo, Mexicali, Tequila, Díaz Ordaz (Tamaulipas), Matamoros, Guadalajara, Tijuana, Reynosa, Mazatlán, Chihuahua, San Luis (Sonora), Nuevo Laredo, Ciudad Juárez, Acapulco, San Isidro, Nogales, Orizaba, Monterrey, Tecate, Talismán (Chiapas), Iguala, Empalme (Sonora) y otra docena de pueblos y ciudades a lo

largo del país. ¿Quiénes fueron? La falta de investigaciones ministeriales y de transparencia impiden ofrecer respuesta a esta incógnita. Entre los arrestos más significativos de la época y en los que estuvieron inmersos agentes de la DEA podemos rastrear los de Sicilia Falcón, Jaime Herrera y José Valenzuela.[57]

Arpaio se considera el constructor del preludio de estos ejercicios y programas. Es falso. De su funcionamiento estuvo a cargo el BNDD —luego DEA— desde su oficina en Washington. Arpaio, sin embargo, asegura que fue él quien organizaba las reuniones periódicas, que mantenía contacto directo con Nixon para la continuación de los esfuerzos narcóticos, y que su relación con el presidente hacía que "la CIA, el embajador estadounidense en México, la Oficina de Aduanas, el FBI y el resto reconocieran su liderazgo en la guerra contra las drogas".[58] Arpaio, francamente, delira.

Si su relevancia diplomática era nula, ¿qué hizo realmente Arpaio durante su estancia que se prolongó hasta 1972? Como director regional del BNDD en Ciudad de México, Arpaio fue responsable de algunas de las operaciones de la corporación en México, América Central y América del Sur. Ello lo llevó, en principio, a involucrarse en la vigilancia de puertos en Argentina y Uruguay que habían comenzado a volverse centros de importación de heroína que posteriormente sería reexportada vía terrestre o marítima a Estados Unidos.

Según Arpaio, fue él quien, en su papel de director regional para América Latina, localizó en Paraguay al francés Auguste Ricord, el Viejo, uno de los líderes de una red de tráfico que logró, a finales de la década de los años sesenta, llevar heroína proveniente de Turquía, China, Hong Kong e incluso Filipinas hacia Francia, España o Suiza, y de ahí a América del Sur para después ser exportada a Nueva York.[59] Según una acusación de un juez federal de Nueva York, Ricord logró exportar una tonelada anual de heroína a Estados Unidos entre 1965 y 1971.[60]

En su autobiografía, Arpaio deja entrever que él personalmente dirigió una operación que, en 1972, secuestró a Ricord cerca de Asunción y lo llevó clandestinamente a Dallas para ser juzgado sin necesidad de acudir a un lento proceso de extradición.[61] Arpaio cuenta detalles que dan sensación de verosimilitud: un avión 707 no registrado volando en medio de la noche de Estados Unidos a Paraguay, un grupo de agentes paraguayos a sus órdenes, un conflicto con el embajador por su intención de evitar un conflicto burocrático, el permiso del procurador Richard Kleindienst para actuar. Todo muy detallado. Todo, también, ilusorio.

El problema con la narración es que es esencialmente falsa. Ricord fue arrestado el 25 de marzo de 1971 en Asunción, Paraguay, por las autoridades de aquel país; estuvo preso en una cárcel de Asunción más de un año y fue extraditado oficialmente a Estados Unidos en septiembre 1972 gracias a la presión ejercida por Henry Kissinger al presidente Stroessner. Es falso, pues, que Ricord fuera sustraído ilegalmente de Paraguay y que Arpaio jugara un papel relevante en el caso. El nombre de Arpaio no aparece ni una sola vez en los papeles del juicio de Ricord.

Es verdad, sí, que Ricord era blanco del BNDD desde hacía tiempo y que los estadounidenses tuvieron que salvar muchísimos obstáculos ante la burocracia paraguaya para hacer detener a Ricord; sin embargo, quien en realidad coordinó la operación de Ricord —y otras semejantes— fue Jerry Strickler, uno de los agentes más avezados del BNDD y quien, en colaboración con la CIA y Tony Pohl, otro agente del BNDD, se encargó de desactivar parte de la red de exportación de heroína de Sudamérica a Estados Unidos a principios de la década de los años setenta. Hoy sabemos, por ejemplo, que Strickler organizaba el envío de agentes del BNDD con pasaportes falsos producidos por la CIA —en algunos casos de nacionalidad mexicana— a Sudamérica para arreglar compras de cocaína.[62] Varias de las operaciones coordinadas por Strickler se

hicieron a espaldas de Arpaio, de quien se pensaba podría "arruinarlas" al comentárselas a sus pares mexicanos en la Policía Judicial.[63] En otra operación que involucraba al general panameño Manuel Antonio Noriega, decidieron enviarle información equivocada a Arpaio. Para Strickler y sus colegas, Arpaio, era un déficit, no un activo.

Douglas Valentine, uno de los principales conocedores de la estructura de las policías federales antinarcóticos, sostiene, a partir de entrevistas hechas a otros agentes que conocieron a Arpaio en su época, que su presencia en México se caracterizó por premiar la lealtad, y muy poquito la ética. Durante su estancia en México se dieron varios episodios bochornosos para la oficina: uno de sus agentes tuvo dos hijos ilegítimos en México; otros estuvieron envueltos en tiroteos fatídicos; y otro más, establecido en Guadalajara, fue acusado de corrupción. En ningún caso hubo repercusiones. Como señala Valentine, "la actitud complaciente de Arpaio llevó a nuevos abusos y generó problemas serios con México".[64]

La fuente de información más cruda y confiable que tenemos sobre lo sucedido durante aquel tiempo proviene del interior de la oficina de Arpaio. Es la voz de uno de sus antiguos subordinados.

Jack D. Compton fue agente del BNDD en México entre julio de 1970 y julio de 1971. Al igual que Arpaio, trabajó en la investigación de corrupción que llevó a la renuncia y despido de decenas de agentes del FBN en 1968. Al igual que Arpaio, solía trabajar en operaciones encubiertas; sin embargo, a diferencia de Arpaio, pronto se dio cuenta de la corrupción y desorden que imperaba en la organización. Decidió renunciar y comenzar a hablar.

En una declaración jurada grabada ante un fiscal estadounidense, cuya transcripción tengo enfrente de mí, Compton rememora su estancia en México a principios de los años setenta. Señala, sin abundar demasiado, que agentes antinarcóticos de Estados Unidos

participaban en casos de tortura de sospechosos de tráfico de drogas de manera constante.[65] Lo hacían con y al lado de la policía mexicana que, según Compton, era particularmente cruel no solo con sospechosos de traficar droga, sino con cualquier ciudadano que les saliera al paso.

Los excesos de los agentes estadounidenses eran mucho más que eso. Compton reconoce haber matado a cinco supuestos traficantes mexicanos en una balacera.[66] No parece haber llamado la atención de nadie porque "ese tipo de cosas pasaban constantemente, todo el tiempo". Era tan común que ese tipo de casos no se investigaban y eran encubiertos por la policía mexicana. Compton rememora que, tiempo después de haber dejado México, ya cuando trabajaba como agente del BNDD en El Paso, supo que colegas suyos golpearon a palos a un individuo de una cantina en Ciudad Juárez y asesinaron, también en esa ciudad, a un fugitivo cuya muerte encubrieron con ayuda de Arpaio.

Compton también señala en su declaración jurada que los agentes del BNDD en México, operando de manera clandestina, solían hacerse pasar por compradores de drogas en México e incentivar exportaciones, supuestamente controladas, a Estados Unidos, que después no eran recuperadas y que se hacían a espaldas de la Oficina de Aduanas y otras agencias estadounidenses. Las sustancias terminaban vendiéndose en la calle y nadie se hacía responsable de eso. Esto es verosímil si tomamos en cuenta que el propio jefe de la División para América Latina del BNDD, Jerry Strickler, mencionado párrafos atrás, llegó a enviar cargamentos completos de cocaína desde Sur América a Estados Unidos que terminaron por perderse.[67] Ese tipo de prácticas, por cierto, continúan siendo realizadas por la DEA, un día sí y otro también.

Durante la regencia del BNDD en México, la corrupción en la corporación no parece haber sido menor. En su declaración jurada, Compton aseguró que durante su estancia en México, un amigo suyo

de la PJF le mostró una lista de todos los policías que recibían sobornos de un grupo de narcotraficantes del norte del país (probablemente los hermanos Hernández, una red criminal que operó en la frontera de Chihuahua al principio de la década de los años noventa). Para su sorpresa, en esa lista en la que —reconoce— también se encontraba el nombre de su amigo, así como de altos burócratas mexicanos —incluyendo al presidente en turno— estaba también el nombre del agente del BNDD Joseph J. Baca.[68]

Baca era un agente antinarcóticos que, a pesar de haber sido acusado de vender drogas en Nuevo México a finales de los años sesenta, había conseguido puestos importantes en las oficinas del BNDD en San Diego, Los Ángeles y Nueva Orleans. Baca era, además —según algunas fuentes no enteramente contrastadas— primo de Francisco Sahagún Baca, el siniestro jefe policiaco que, al ser acusado de narcotráfico, mandó a construir una tumba en un panteón en un pueblo de Michoacán para simular su muerte. Todo indica que Joseph J. Baca tenía una moral similar a la de su primo mexicano. Si son ciertas las acusaciones de Compton, Baca proveía información a los Hernández a cambio de módicas sumas de dinero.

Las acusaciones de Compton sobre Baca tienen toda probabilidad de ser ciertas si se les revisan a la luz de una investigación interna de la DEA de 1976 en la que se sugirió que Baca había sido —también— uno de los principales enlaces en Estados Unidos del cubano Alberto Sicilia Falcón, uno de los pioneros de la exportación masiva de cocaína a Estados Unidos. Según el reporte, Baca le filtraba información secreta a Sicilia Falcón y mantenía su propia red de tráfico de heroína.[69] Así, Baca se habría enriquecido al punto de haber comprado al contado una casa en la ciudad de Tijuana, ciudad que ya se había convertido en uno de los epicentros del narcotráfico nacional. Con el caso de Baca se demuestra que ya, desde entonces, el mercado de la impunidad no solo era local, sino internacional.

Compton también tiene palabras para Joe Arpaio. Sobre él recuerda que "no decía la verdad muy a menudo" y que "falsificaba prácticamente cada reporte" enviado a Estados Unidos. "Todo lo que enviaba eran fabricaciones que le permitían pararse el cuello, pero eran mentiras, puras mentiras." Además, lo acusa de sobornar funcionarios, proteger a oficiales mexicanos de robos flagrantes y darse crédito por detenciones en las que los agentes del BNDD no habían participado. Compton relata que Arpaio tenía un asistente que revisaba los periódicos mexicanos para identificar las detenciones hechas el día anterior, contrastar nombres, cantidad de droga confiscada y otras especificaciones, y luego hacer pasar esas detenciones como resultado de la cooperación entre el BNDD y la policía mexicana.[70]

Contrario al personaje confrontativo de los últimos años, el Arpaio de principios de la década de los años setenta era más conciliador de lo que podemos imaginar. Las entrevistas que otorga a la prensa estadounidense son mesuradas y, en algunos casos, optimistas. Aunque reconoce el aumento del tráfico de drogas a Estados Unidos no deja de subrayar el esfuerzo del gobierno mexicano para atacar el problema.[71] Así, por ejemplo, en una entrevista de diciembre de 1972, Arpaio negó que hubiera corrupción expandida entre las corporaciones policiacas con las que trabajaba en México. Decía no conocer casos de filtración de inteligencia a redes de narcotráfico. La cooperación con México era "si no la mejor, sí de las mejores en el mundo".[72] Como muestra, solía presumir las continuas "conferencias de orientación" que impartían los agentes del BNDD a varías policías mexicanas (incluyendo el Servicio Secreto, la Policía Judicial del Distrito, la Policía Militar, la Dirección Federal de Seguridad y la Policía Federal de Caminos) y a las que asistían más de doscientas personas.[73] La colaboración, según Arpaio, era real y efectiva. Como siempre, la realidad lo desmiente.

En la declaración jurada de Compton, quien, recordemos, fue subordinado de Arpaio entre 1970 y 1971, se pinta otro panorama. La policía mexicana, acusa, nunca destruía la heroína y cocaína confiscada; al contrario, todo lo que supuestamente se decomisaba volvía a las calles a los pocos días. Dice Compton que cuando tenía información sobre un presunto traficante compartía dirección, fotos y número de teléfono a la policía mexicana sobre el objetivo solo para después descubrir que el sospechoso seguía libre luego de ser extorsionado por la PJF. Arpaio, dice, lo protegía todo. Compton asegura que en México podía conseguirse una placa de policía por quinientos dólares al mes.[74]

Las declaraciones de Compton no son la única evidencia que muestra el grado de penetración del crimen organizado en la Policía Judicial. Según una investigación hecha algunos años después por la DEA, y aprobada por un gran jurado en Florida, Arturo *el Negro* Durazo exportó cocaína de México a Estados Unidos —al menos— entre julio de 1968 y diciembre de 1971.[75] Durante ese periodo Durazo fungió como jefe del Grupo Antinarcóticos de la PJF, comisionado en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México y primer comandante de la Policía Judicial Federal. El portafolio criminal de Durazo no comenzó en 1968. Otra investigación mostró que la carrera de Durazo en el narcotráfico comenzó a principios de la década de los años sesenta cuando, según la DEA, comenzó a exportar droga a Nueva York, y continuó hasta bien entrada la década de los años setenta. Sobre las acusaciones de la DEA, por cierto, estaba enterado José López Portillo; aun así lo nombró jefe de la policía del Distrito Federal en 1976. Su amigo de la infancia era intocable.

Socio de Durazo era el coronel Manuel Suárez Domínguez, quien en 1970 fue detenido en Estados Unidos con cuarenta kilogramos de heroína y 24 mil dólares en efectivo; Suárez Domínguez había sido, ni más ni menos, jefe de la Policía Judicial Federal entre 1958 y

1962. Al momento de su arresto, Suárez Domínguez continuaba trabajando en la PJF y tenía credenciales del Servicio Secreto. Una investigación del BNDD descubrió que Suárez Domínguez había viajado entre seis y nueve veces a Alemania del Este para llevar clandestinamente unos trecientos kilogramos de heroína.[76] Suárez Domínguez estuvo varios meses en una prisión estadounidense; poco tiempo antes de que se anunciara su sentencia, en agosto de 1971, el coronel se suicidó en una cárcel de Texas. Igual de mediática que la de Suárez Domínguez fue la detención, en noviembre de 1972 en Francia, del general mexicano Humberto Mariles, ganador de dos medallas de oro en salto ecuestre en las Olimpiadas de Londres de 1948. Mariles fue detenido con sesenta kilos de heroína, en un departamento en París, aparentemente listos para ser exportados a México. Su estatus de medallista olímpico (sigue siendo el único mexicano en haber ganado dos medallas de oro en Juegos Olímpicos) le garantizaba vía libre en las aduanas mexicanas.[77] Según algunos implicados en el caso, el viaje de Mariles iba a ser el tercero en un año cargando heroína por la cual se le pagaban quinientos dólares por kilogramo.[78] Lo cierto es que nada sabremos de las conexiones entre Durazo, Suárez Domínguez y Mariles porque el jinete mexicano fue envenenado en su celda parisina antes de su primera declaración pública.

¿Cómo explicar el silencio de Arpaio? ¿Eran sus halagos públicos a la policía mexicana solo una forma de no tensar la relación bilateral? ¿Fue consciente de que sus pares mexicanos eran, muy probablemente, parte de las redes criminales que, en teoría, buscaba desarticular? A todas esas preguntas Arpaio hace mutis. Mejor así.

Arpaio en Phoenix

En julio de 1973 se fundó la DEA. En el marco de la reorganización institucional resultante, Arpaio fue removido de su posición en la Ciudad de México. Como nuevo director regional se nombró a Thomas Dean, antiguo funcionario de la Oficina de Aduanas y parte de otro grupo político, muy lejano al que permitió el ascenso burocrático de Arpaio.[79] Según una interpretación, la designación de Dean fue un acto de "pura y simple venganza" por parte de los nuevos jefes de la DEA ante la negativa de Arpaio de facilitar a los oficiales de Aduanas adjuntos a la embajada estadounidense en México acceso a sus contactos.[80] Arpaio había, al parecer, cosechado suficientes enemigos.

A pesar de que el embajador estadounidense en México le escribió una buena carta de recomendación, a Arpaio le costó integrarse en las filas de la DEA.[81] Al salir de México se le asignó un puesto de dirección en la Oficina de Inteligencia de la DEA en Washington, y más tarde un trabajo de menor relevancia en Boston. Finalmente, en 1978, Arpaio obtuvo el puesto de sus sueños: fue designado jefe de la oficina de la DEA en Phoenix en reemplazo de Phil Jordan, uno de los grandes enemigos de Arpaio, y quien no perdió oportunidad para referirse a nuestro personaje como "fanfarrón", "paranoico" y policía "que nunca ha trabajado realmente en un caso relevante".[82]

La oficina de la DEA en Phoenix desde siempre ha sido una de las principales en Estados Unidos. Desde sus *headquarters* se han planeado varias de las principales detenciones de narcotraficantes mexicanos. (La detención de Joaquín *el Chapo* Guzmán en 2014 se originó desde esas mismas oficinas.) Desde Phoenix entraban —y continúan entrando— decenas de agentes temporales de la DEA cada año a territorio mexicano en búsqueda de información o con el objetivo de generar evidencia que comprometa a los sospechosos ya identificados.

Según un excolaborador de aquella época, la oficina se convirtió en un "campamento militar". De acuerdo con ese mismo personaje, Arpaio era considerado poco menos que una broma. "Él es su mayor admirador, pero también es su mayor enemigo",[83] concluyó. Esa percepción coincide con análisis similares de gente que lo trató en ese momento.

Arpaio solía presumir su periodo como jefe de la oficina de Phoenix como uno en el que disminuyó considerablemente la droga traficada a Estados Unidos. Dice (miente) haber detenido una red de "islamistas radicales" supuestamente "enviada" por el ayatolá Jomeiní para inundar de droga a Estados Unidos y generar divisas extranjeras.[84] Sin embargo, la principal medalla que se cuelga Arpaio es la de haber detenido gran parte de la heroína proveniente desde México. Como demostraré a continuación, aunque sí se redujo la cantidad de heroína en Arizona, en ello nada tuvo que ver el futuro *sheriff* de Maricopa.

Aunque Arizona había sido históricamente un punto de tránsito de mucha de la droga que cruzaba la frontera entre México y Estados Unidos, lo cierto es que el periodo de 1978-1982, en el que Arpaio dirigió la oficina de la DEA en Phoenix, fue un periodo especial en varios aspectos. En primer lugar, durante esos años disminuyó el porcentaje de heroína proveniente de México, en comparación con, digamos, el ecuador de la década de los años setenta. Miradas así, y bajo esa métrica, las campañas de erradicación que se celebraron en México fueron parcialmente exitosas.

En segundo lugar, la cocaína reemplazó a la heroína como droga prioritaria para la DEA. En tercer lugar, como consecuencia de este cambio, Colombia —y no México, al menos por un tiempo— se convirtió en el centro de atención de la agencia y, en general, de los esfuerzos antinarcóticos del gobierno de Estados Unidos. Por último, el estado de Florida adquirió el dudoso honor de volverse el sitio preferido de los narcotraficantes colombianos para hacer llegar, en

pequeños barcos y avionetas, las toneladas de marihuana y cocaína que mensualmente aterrizaban en Estados Unidos. Durante aquellos años, mucha de la droga que se consumía en Arizona —y específicamente en Phoenix— no vino desde la frontera de México, sino en carretera desde Florida. En resumen: si en esos años se redujo la cantidad de heroína traficada desde México no fue por la buena gerencia de Arpaio en Phoenix, sino por un conjunto de situaciones que escapan, por mucho, su ancha nariz y trémula frente.

DE VENDEDOR DE VIAJES AL ESPACIO AL *SHERIFF* MÁS RUDO *DE AMÉRICA*

En 1982 Arpaio se retiró de la DEA tras 26 años de servicio. Un mes antes de su retiro fue acusado por una agente de la DEA de discriminación racial y acoso sexual. Cuando se desestimó la denuncia, Arpaio había cumplido cincuenta años; le quedaba mucha pila por delante.

La década que siguió a su retiro fue más bien extraña, una suerte de búsqueda por reinventarse. En 1983 Arpaio buscó ser concejal de la ciudad de Phoenix bajo una candidatura demócrata; quedó sexto de ocho en la elección primaria. Tras ese primer fracaso político, Arpaio se asoció con su esposa en la creación de una empresa dedicada a la organización de viajes turísticos al espacio. El antiguo policía antinarcóticos se dedicó a vender boletos para abordar una nave espacial que planeaba llevar a sus pasajeros a orbitar alrededor de la Tierra por unos 52 mil dólares. Su frase de venta era, admitámoslo, muy original: "Si puedes comprarte un Mercedes, también puedes costearte un viaje al espacio".[85] La nave estaba programada para ser lanzada el 12 de octubre de 1992, exactamente el día de la celebración por los quinientos años del

viaje de Cristóbal Colón a América. La explosión del transbordador espacial *Challenger* en 1986 (73 segundos después del lanzamiento, lo cual provocó la muerte de los siete miembros de la tripulación) enfrió los ánimos de los inversionistas, y el sueño espacial de Arpaio y su esposa se vino abajo. Como no podía ser de otra forma, en su autobiografía, Arpaio se da el lujo de señalar que su incursión en la industria turística espacial fue "satisfactoria".[86]

El golpe de suerte llegó en 1992 cuando Arpaio se propuso ser *sheriff* del condado de Maricopa, una de las zonas más pobladas de Estados Unidos; como en otros lugares de ese país, se trata de un puesto de elección popular. Arpaio fue a campaña y ganó.

Fueron tres los motivos de su victoria. En primer lugar, compitió bajo siglas republicanas; ello le permitió atraer a un electorado cautivo y adicto a los discursos de mano dura; en segundo lugar, logró recaudar varios miles de dólares de donaciones de agentes retirados de la DEA.[87] Por último, aquella elección se dio en un contexto muy particular y acaso irrepetible: el bestial asesinato de ocho personas —entre ellas seis monjes budistas— y la incapacidad del anterior *sheriff* para castigar a los responsables; aquel episodio permitió a Arpaio promocionarse como el candidato de la mano dura. Ganó por todo lo alto.

Aunque en su primera campaña prometió no buscar la reelección, Arpaio permaneció en el puesto hasta 2016.[88] Durante ese periodo fue reelegido cinco veces. Su núcleo natural de votantes fue siempre compuesto por conservadores a los que el discurso antinmigrante de Arpaio sedujo y, en más de un sentido, cegó hasta lo incomprensible, hasta lo inhumano.

La marca de la casa de la gestión de Arpaio como *sheriff* de Maricopa fue su política de redadas policiales de carácter masivo en centros de trabajo de bajo perfil. Este tipo de acciones eran desplegadas, por lo general, en zonas con gran concentración de gente de origen hispano en Maricopa. En las redadas, los policías al

mando de Arpaio arrestaban a personas solamente por su estatus migratorio. Para justificar estas acciones, Arpaio solía acusar, sin sustento alguno, a los detenidos de posesión de drogas, tráfico de personas o consumo de alucinógenos. En realidad, aunque nunca lo vaya a aceptar, los acusaba de *ser mexicanos*.

Desde principios de siglo, un sinfín de organizaciones de la sociedad civil, entre las que destacan la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles (ACLU) y el grupo Puente Arizona, denunciaron a Arpaio por emplear caracterizaciones raciales (*racial profiling*) en sus acciones policiacas. A estas demandas se juntó, en 2009, otra más del Departamento de Justicia. Desde entonces, batallas legales en diferentes cortes federales y estatales han debatido sobre la legalidad de las acciones de Arpaio. En lo que fue apenas una victoria provisional para las organizaciones en defensa de los derechos civiles, en 2013 un juez federal acusó a Joe Arpaio y a sus policías de violar los derechos constitucionales de la población latina al caracterizarlos racialmente en las redadas.[89] En julio de 2017 un juez federal acusó a Arpaio de desacatar e ignorar flagrantemente una orden que le impedía continuar con las redadas. Esta decisión pudo llevar a la cárcel por seis meses al famoso *sheriff*. Sin embargo, en un giro inesperado, y en un acto que da muestra de la arbitrariedad que caracterizó a su gobierno, en agosto de ese mismo año, el presidente Donald Trump indultó a Arpaio aduciendo su "abnegada" carrera como servidor público y su vida dedicada "a detener el flagelo de la criminalidad y la inmigración ilegal".[90]

La otra gran herencia de Arpaio durante su gestión como *sheriff* en Maricopa, y correlato a la política de detención de migrantes, fue la construcción de Tent City —la ciudad de las carpas— un sitio que comenzó como una alternativa para alojar presos que no tenían lugar en las cárceles tradicionales y que poco a poco fue convirtiéndose en un precario centro de detención en el que sus reclusos (la mayoría sin sentencia condenatoria dormían y vivían en condiciones infrahumanas). Tent City era el proyecto emblema de

Arpaio y sintetizaba su forma de entender el crimen, la seguridad y la función carcelaria. Arpaio no se andaba con rodeos; para él era, en sus palabras, "un campo de concentración".[91]

En Tent City, clausurada apenas en 2017 tras 24 años de operación, los presos no tenían derecho a comida caliente o a tomar café; por la noche, para "amenizar" el sueño de los presos, Arpaio utilizaba el servicio de sonido de la cárcel para transmitir una y otra vez las grabaciones de clases de políticos republicanos; en la cafetería, donde los presos comían solo dos veces al día, se transmitían, en grandes televisores, *shows* de cocina que recordaban los sabores de la vida en libertad; los reos más peligrosos eran puestos en celdas transparentes para que todos sus movimientos fueran observados por los guardias; los prisioneros eran vestidos de rosa como aparente motivo de humillación; a la población latina de la cárcel (70% de ellos sin condena definitiva) se la segregaba en una misma sección junto a vallas eléctricas.

En Tent City, así como en otras cárceles de Arpaio, los enfermos no eran atendidos, las mujeres en periodo de menstruación no tenían acceso a productos higiénicos y las infecciones pululaban.[92] Gran signo de orgullo de Arpaio era que la comida (siempre fría) que se servía a los presos costaba entre treinta y cincuenta centavos de dólar.[93] Era la más barata de Estados Unidos; por mucho.

Los más de quinientos mil presos que pasaron por la cárcel del *sheriff Joe* vivieron en carne propia la falta de ventilación del lugar y sufrieron las temperaturas que, en uno de los desiertos más calurosos del mundo, sobrepasaron los 45 grados celsius. No es coincidencia, entonces, que las cárceles de Maricopa tuviesen la tasa de suicidios más alta de Estados Unidos, así como de muertes sin explicar.[94] Arpaio defendía que las altas temperaturas debían ser sufridas también por los soldados estadounidenses destacados en Iraq a pesar de "no haber cometido crímenes". La suya era una lógica perversa: si los "héroes" sufrían, ¿por qué los convictos no?[95]

En otros aspectos, la regencia de Arpaio fue también un desastre. Entre 1992 y 2015 la oficina de Arpaio gastó más de 140 millones de dólares de dinero público en indemnizaciones y abogados ante acusaciones por la brutalidad de sus policías.[96] De todo hay en el catálogo: detenciones arbitrarias, maltrato en cárceles, protección a policías violentos. En muchos casos, los gastos fueron escandalosos, injustificados o genuinamente ridículos. Así, por ejemplo, en 1999 su *staff* fabricó un autoatentado contra el *sheriff* y a un supuesto culpable que pasó cuatro años preso sin condena; cuando se descubrió el bochornoso caso, la oficina del *sheriff* tuvo que pagar más de un millón de dólares en recompensa.[97] En 2007, Arpaio y sus policías arrestaron ilegalmente a dos periodistas incómodos de un famoso diario de Arizona; fueron acusados de falsedades que, una vez demostradas ante el juez, supusieron el pago de casi cuatro millones de dólares a las víctimas.[98]

La reputación y récord de violaciones a los derechos humanos no fue pretexto —acaso fue el elemento definitorio— para que en 2008 la cadena Fox invitara a Arpaio a protagonizar tres temporadas del programa *Smile…You're Under Arrest!*, una burda trivialización de la criminalidad y el papel de los policías en Estados Unidos. Por una vez, la televisión buscaba en la realidad su material de ficción.

Acusaciones de negligencia o franca impunidad en investigaciones de delitos sexuales, violencia policial y maltrato a detenidos siguen en el escritorio de un Arpaio que en 2016 perdió, tras 24 años, la elección de *sheriff* de Maricopa. Desde entonces, sus intentos de volver a la política han fracasado miserablemente. En 2020, ya con 88 años, Arpaio perdió, frente a un exsubordinado suyo, la elección interna del Partido Republicano para postularse como candidato para volver a ser *sheriff*. Ese mismo año, Donald Trump perdió la reelección presidencial. Clave para la derrota de Trump fue la histórica victoria, impulsada por cientos de voluntarios latinos y organizaciones civiles, de Joseph Biden en el condado de Maricopa, un antiguo y siempre seguro bastión del Partido

Republicano. Los tiempos cambiaron. Hoy gobiernan Maricopa los demócratas, Trump está fuera de la presidencia y Arpaio podrá ser juzgado. Lo antes aceptable comenzó a ser intolerable.

Migración, mentiras y deslealtades

¿Qué obtenemos del perfil del "policía más rudo e implacable" de Estados Unidos? Para empezar, que Arpaio no se creó por generación espontánea. Su pasado como policía antinarcóticos y, más en concreto, su paso por México, forjaron al *sheriff* racista, mentiroso y conservador que hoy es retratado en cientos de columnas periodísticas, documentales y libros que hacen de él una caricatura —una caricatura que en su momento nadie quiso tomar con la seriedad que merecía.

A manera de retrato hablado, este capítulo dejó ver el desprecio de Arpaio por los derechos humanos más elementales. La figura de Arpaio representa, en más de un sentido, la convergencia de la agenda antidrogas con la agenda antimigrante en la que el odio a los mexicanos es un elemento central. En la figura de Arpaio se sintetiza la parte más cruel de Estados Unidos.

La mentira sistemática como estrategia para dar cauce narrativo a su existencia es otro de los elementos centrales de la personalidad de Arpaio. El antiguo *sheriff* de Maricopa, supuesto protector de la justicia, desprecia la verdad tanto como a los migrantes; en el mejor de los casos, sus historias son exageraciones fabricadas; en el peor, viles mentiras. ¿Por qué es relevante? Porque la guerra contra las drogas y su mitología está hecha de mentiras individuales. Sin esas historias más pequeñas —apenas imperceptibles— la guerra contra las drogas cae como castillo de naipes. Sin historias como la de Arpaio, la narrativa se descose, se hace agua. Acaso por eso es por lo que nuestro personaje disfrutó de toda impunidad imaginable. No solo lo protegieron sus jefes, los medios y su gobierno; también lo

ensalzaron y ascendieron laboralmente. A la mentira siguió la impunidad. A la impunidad siguió la fama.

El trumpismo como forma de hacer política tuvo nombre y apellido mucho antes de lo que todos pensábamos: Joseph Michael Arpaio. ¿Cómo explicar tanta bravuconería, mentira y chapucería? ¿Cómo dar sentido a sus supuestos e inverosímiles secuestros, amenazas de muerte y arrestos grandilocuentes? En una entrevista al *Phoenix New Times* en 2008, su exmano derecha Tom Bearup —y quien se separó de Arpaio después de negarse a encubrir la misteriosa muerte de un preso de Tent City— ofrece una explicación más estructural a nuestras preguntas. Dice Bearup que en cuanto agente antidrogas, "Arpaio fue entrenado por el gobierno para mentir. Su historia es pura decoración. Como agente de la DEA tienes que mentir para ser exitoso en tu trabajo. Arpaio llevó esa máxima a su vida personal".[99] Este capítulo no ha hecho sino probar esa hipótesis: la guerra contra las drogas y la carrera de aquellos que la ejecutan se monta y cuece en una larga cadena de mentiras que absorbe a todos sus involucrados. Las víctimas, lamentablemente, son siempre verdaderas.

[1] En inglés: *America's toughest sheriff.*

[2] Joe Arpaio y Len Sherman, *Joe's Law: America's Toughest Sheriff Takes on Illegal Immigration, Drugs, and Everything Else That Threatens America* (Nueva York: Summit Publishing Group, 2008), 137.

[3] David Fritze, "Arpaio: The Posse-Packing Sheriff", *The Arizona Republic*, 16 de enero de 1994.

[4] "Huge Narcotics Ring in Boston is Smashed", *The Journal Times*, 1 de abril de 1963.

[5] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 175.

[6] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 139.

[7] Fritze, "Arpaio: The Posse-Packing Sheriff".

[8] "Sheriff Joe Arpaio: Report of $1M Bounty on My Head", azcentral.com, 2 de agosto de 2010.

[9] Al respecto, véase Stephen Lemons, "Joe Arpaio 'Kidnapped'? Ex-DEA Honcho Phil Jordan Cries Foul", *Phoenix New Times*, 12 de septiembre de 2012.

[10] Véase, por ejemplo, "Hotel Grocer Found Guilty in Dope Sale", *Chicago Tribune*, 18 de abril de 1961.

[11] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 153.

[12] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 160.

[13] Véase Ryan Gingeras, *Heroin, Organized Crime, and the Making of Modern Turkey* (Oxford: Oxford University Press, 2014), cap. 5. Otros agentes que trabajaron en Turquía antes de Arpaio fueron Paul Knight, Martin Pera, John Cusack, Elmore Gross, Sal Vizzini, James Attie y Michael Picini.

[14] Gingeras, *Heroin, Organized Crime, and the Making of Modern Turkey*, 137.

[15] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 164.

[16] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 167.

[17] "U.S. Helps Turks Crack Dope Ring", *The Akron Beacon Journal*, 23 de agosto de 1963.

[18] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 169.

[19] Fritze, "Arpaio: The Posse-Packing Sheriff".

[20] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 173.

[21] "Narcotics Raid in San Antonio Nets 21 Suspects", *The Corpus Christi Caller-Times*, 5 de octubre de 1966.

[22] "Narcotics Agent Gets Capital Post", *San Antonio Express*, 12 de diciembre de 1967.

[23] "32 U.S. Narcotics Agents Resign in Corruption Investigation Here", *The New York Times*, 14 de diciembre de 1968.

[24] El caso fue conocido como "The McDonnell Case". Véase capítulo dedicado al FBN.

[25] Así lo reconocen varios de los principales involucrados: Frontline/NPR, Entrevista con Myles Ambrose, 2000, Drug Wars; Frontline/NPR, Entrevista con Edward Heath, 2000, Drug Wars; Frontline/NPR, Entrevista con Egil *Bud* Krogh Jr., 2000, Drug Wars.

[26] Véase Carpenter, "The U.S. Campaign against International Narcotics Trafficking", 8.

[27] Richard B. Craig, "Operación Intercepción: una política de presión internacional", *Foro Internacional* 86, núm. 2 (1981): 208.

[28] Carpenter, "The U.S. Campaign against International Narcotics Trafficking: A Cure Worse than the Disease", 8.

[29] Las dos frases entrecomilladas son de Craig, "Operación Intercepción", 211.

[30] Craig, "Operación Intercepción", 213. Para una versión novelada de Intercepción, véase Shannon, *Desperados*, 48-52.

[31] Craig, "Operación Intercepción", 215.

[32] Craig, "Operación Intercepción", 220.

[33] Las tres citas anteriores en Craig, "Operación Intercepción", 223-227. Al respecto de Operación Dignidad, veáse Froylán Enciso, *Nuestra historia narcótica: Pasajes para (re)legalizar las drogas en México* (México: Debate, 2015), 100-108.

[34] Juan Barona Lobato, *México ante el reto de las drogas* (México: Procuraduría General de la República, 1976), 173.

[35] "Drug Chief's Death Scrutinzed", *The Times-Tribune*, 21 de septiembre de 1969.

[36] "U.S. Narcotics Officer Found Dead in Acapulco", *The Billings Gazette*, 21 de septiembre de 1969.

[37] Valentine, *The Strength of the Pack*, cap. 5.

[38] Finlator, *The Drugged Nation*, 64-65.

[39] Pembleton, *Containing Addiction*, 210.

[40] Gregorio Navarrete, "Dos narcotraficantes norteamericanos detenidos con 12 millones de drogas", *El Heraldo de México*, 4 de julio de 1972.

[41] "Era de la mafia la droga interceptada en Veracruz", *El Día*, 5 de julio de 1972.

[42] "Lo habitual: descubrieron otro contrabando de cocaína en el aeropuerto de esta capital", *El Día*, 12 de mayo de 1971.

[43] "Abandonaron cuantioso contrabando de heorína pura en el Aeropuerto", *El Universal*, 28 de mayo de 1971.

[44] "BNDD Structure Region 15-Mexico City", 1 de julio de 1972, Douglas Valentine Papers.

[45] Valentine, *The Strength of the Pack*, cap. 8.

[46] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 183.

[47] Mexico-United States Joint Working Group, "Narcotics, Marihuana & Dangerous Drugs", 12 de diciembre de 1969, MD00092, MEX-USA-C.P-DNSA.

[48] Sócrates Huerta Grados y George H. Gaffney, "V.1.Acuerdo de asistencia técnica y financiera y suministro de equipo para erradicación de estupefacientes, mariguana y otras drogas peligrosas", 5 de marzo de 1970, V.1., PGR RELACIÓN MEX.-E.U. Según el contrato, durante cinco años, el gobierno de Estados Unidos tenía derecho a revisar agendas de vuelo, correspondencia, cuentas y memorándums internos. En caso de que México incumpliera las revisiones, la PGR pagaría el equivalente a todos los gastos no autorizados.

[49] Huerta Grados y Gaffney, "Acuerdo de asistencia técncica y financiera y suministro de equipo para erradicación de estupefacientes, mariguana y otras drogas peligrosas", 2.

[50] Huerta Grados y Gaffney, "Acuerdo de asistencia técnica y financiera y suministro de equipo para erradicación de estupefacientes, mariguana y otras drogas peligrosas". Los fondos provenían de la Foreign Assistance Act (FAA), sección 623(a).

[51] David R. Powell a Engle Byron, John F. Manapoli, y Munroe F. Johnson, "Assistance for Mexico to Narcotics Control [Limited Official Use]", 14 de febrero de 1970, 4, RG 286, caja 89, NARA. Como nota al pie vale la pena señalar que esta no era la primera vez que se habían transferido fondos etiquetados para la lucha antinarcótico; dos acuerdos importantes precedían al de 1970: el Narcotic Control Project Mexico de 1961 (número 523-71-154) con fondos de la antigua Administración para la Cooperación al Desarrollo (International Cooperation Administration, ICA) y un acuerdo de 1967 con el que aterrizaron en México otras aeronaves.

[52] Véase Attorney General John N. Mitchell y procurador general de la República Julio Sánchez Vargas, "Comunicaciones de 23 y 28 de abril de 1971 sobre adquisición de equipo aéreo", 1971, V.2., PGR RELACIÓN MEX.-E.U.

[53] Véase Procurador general de la República Pedro Ojeda Paullada y Attorney General Richard G. Kleindienst, "Comunicaciones de 19 y 29 de septiembre de 1972 sobre suministro de equipo, ayuda técnica y capacitación de personal", 1972, V.3., PGR RELACIÓN MEX.-E.U.

[54] Carlos A. Pérez Ricart, "Taking the War on Drugs Down South: The Drug Enforcement Administration (DEA) in Mexico (1973-1980)", *The Social History of Alcohol and Drugs* 34, núm. 1 (2020): 82-113.

[55] Pérez Ricart, "Taking the War on Drugs Down South".

[56] Pérez Ricart, "Taking the War on Drugs Down South", 103.

[57] Peter B. Bensinger, "DEA Today", *Drug Enforcement* 4, núm. 2 (agosto de 1977): 8-36.

[58] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 184.

[59] Drug Enforcement Administration Office of Intelligence, "Project Pilot, Part III", 1974, 97-98.

[60] William Montalbano, "Frenchman Now Living in Paraguay Called Latin American Heroin King", *The Miami Herald*, 9 de enero de 1972.

[61] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 192-193.

[62] Valentine, *The Strength of the Pack*, cap. 8.

[63] Valentine, *The Strength of the Pack*, cap. 8.

[64] Valentine, *The Strength of the Pack*, cap. 5.

[65] "Jack D. Compton, Statement to US Attorney John Clark", 1975, 65, 82.

[66] "Jack D. Compton, Statement to US Attorney John Clark", 57.

[67] "Jack D. Compton, Statement to US Attorney John Clark", 57.

[68] "Jack D. Compton, Statement to US Attorney John Clark", 58.

[69] James Mills, *The Underground Empire: Where Crime and Governments Embrace* (Nueva York: Doubleday Company, 1986), 615.

[70] "Jack D. Compton, Statement to US Attorney John Clark", 77.

[71] Véase James Redfern, "Latin Drug Traffic Continues", *The Courier (Iowa)*, 26 de noviembre de 1970.

[72] "Mexico New International Drug Center", *Express and News (San Antonio, Texas)*, 9 de diciembre de 1972.

[73] "Inaugura el procurador seminario sobre estupefacientes", *Avance*, 11 de mayo de 1971. Véase también "Decrece el uso de la mariguana", *El Diario de México*, 12 de mayo de 1971; "Participación de México en el Seminario Antinarcóticos", *Excélsior*, 15 de mayo de 1971.

[74] "Jack D. Compton, Statement to US Attorney John Clark", 78.

[75] Rafael Rodríguez Castañeda, "Durazo estaba sujeto a juicio, en Miami, cuando se le encumbró", *Proceso*, 26 de julio de 1984.

[76] Drug Enforcement Administration Office of Intelligence, "Project Pilot, Part III", 368.

[77] "Mexico New International Drug Center".

[78] "Declaraciones de Jorge Asaf Bala en el caso de Humberto Mariles", *El Siglo de Torreón*, 19 de diciembre de 1972.

[79] Departamento de Estado de los Estados Unidos, "Assignment to Mexico of Thomas Dean [Limited Official Use]", 15 de junio de 1973, sin número, MEX-USA-C.P-DNSA.

[80] Valentine, *The Strength of the Pack*, cap. 20.

[81] Robert H. McBride a Drug Enforcement Administration. *The Administrator*, 23 de junio de 1973.

[82] Terry Sterling, *Illegal: Life and Death in Arizona's Immigration War Zone* (Guilford: Lyons Press, 2014), 96.

[83] Fritze, "Arpaio: The Posse-Packing Sheriff".

[84] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 197-199.

[85] Dave Eskes, "Apaio's Travel Agency Offers 'Affordable' Bookings on Space Flights", *The Phoenix Gazette*, 5 de mayo de 1985.

[86] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 201.

[87] Fritze, "Arpaio: The Posse-Packing Sheriff".

[88] "Ex-DEA Agent Seeks Agnos' Job, Says Post Should Be Appointive", *The Arizona Republic*, 21 de febrero de 1992.

[89] Fernanda Santos, "Judge Finds Violations of Rights by Sheriff", *The New York Times*, 25 de mayo de 2013.

[90] Lindsay Moore y Joseph Flaherty, "The Friday Surprise: Donald Trump Pardons Sheriff Joe Arpaio", *Phoenix New Times*, 25 de agosto de 2017.

[91] Stephen Lemons, "Joe Arpaio: Tent City a 'Concentration Camp'", *Phoenix New Times*, 2 de agosto de 2010.

[92] Maya Salam, "Last Inmates Leave Tent City, a Remnant of Joe Arpaio", *The New York Times*, 11 de octubre de 2017.

[93] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 213.

[94] Michael Lacey, "Prisoners Hang Themselves in Sheriff Joe Arpaio's Jails at a Rate That Dwarfs Other County Lockups", *Phoenix New Times*, 24 de noviembre de 2015.

[95] Arpaio y Sherman, *Joe's Law*, 211.

[96] Lacey, "Prisoners Hang Themselves in Sheriff Joe Arpaio's Jails at a Rate That Dwarfs Other County Lockups".

[97] John Dickerson, "A Phony Murder Plot Against Joe Arpaio Winds Up Costing Taxpayers $1.1 Million", *Phoenix New Times*, 28 de octubre de 2008.

[98] Matthew Hendley, "Joe Arpaio Loses: *New Times* Co-Founders Win $3.75 Million Settlement for 2007 False Arrests", *Phoenix New Times*, 20 de diciembre de 2013.

[99] Stephen Lemons, "Sheriff Joe Buffaloes Readers with Bogus Yarns in his Book Joe's Law", *Phoenix New Times*, 26 de junio de 2008.

Capítulo 7

Enrique Kiki Camarena: la muerte que lo cambió todo

La muerte de Enrique *Kiki* Camarena, agente especial de la DEA en México, lo cambió todo.

Lo cambió todo para la relación entre México y Estados Unidos. Lo cambió todo para la DEA. Lo cambió todo en la lucha global contra las drogas. Lo cambió todo a pesar de que —o precisamente por ello — el *quién*, *cómo* y *por qué* de su asesinato sigue siendo parte de un mito, una fantasía, un castillo de naipes sobre el cual es posible construir las teorías más inverosímiles.

Quizás —solo quizás— si tuviéramos claridad sobre la identidad de sus asesinos y sus motivaciones, la de Camarena no sería sino una muerte más de los miles que hay alrededor de esto que hemos convenido llamar "guerra contra las drogas". Lo que hace de la muerte del exagente de la DEA un evento relevante —acaso el más importante para este libro y punto de fuga de todo lo que hemos escrito aquí— es que ni con las decenas de miles de documentos que tenemos sobre su caso podemos apuntar una respuesta definitiva sobre las motivaciones ulteriores de la tortura y asesinato de Camarena. Y precisamente porque no podemos esbozar una respuesta clara y definitiva, comenzamos a construir teorías casi siempre disparatadas, imposibles, absurdas. Este capítulo —y el siguiente— son intentos parciales por intentar ordenar una discusión

que gira entre la desinformación más conspicua y las teorías de la conspiración más complejas que se hayan escrito nunca.

Admitámoslo: se trata de una tarea compleja. El historiador Benjamin T. Smith, vuelto loco en medio de todos los papeles del juicio que siguió a la muerte de Enrique Camarena, me confesó una tarde: "Este caso es para los mexicanos lo que el asesinato de Kennedy para los gringos". Ben acababa de revisar todas —absolutamente todas— las fuentes primarias relacionadas con el asesinato del exagente de la DEA. Le tomó varios meses este empresa que, al final, le dejó, como se suele decir, más preguntas que respuestas, varias de ellas expuestas de manera brillante en su libro *The Dope*.[1] Pero ¿no estamos yendo demasiado rápido? Quizás haya que comenzar, como casi siempre, por el principio.

¿Quién fue *Kiki* Camarena?

Enrique S. Camarena Salazar era ciudadano mexicano. Nació en Mexicali un 26 de julio de 1947. Fue uno de los nueve hermanos que, junto a sus padres, cruzaron la frontera hacia Calexico en 1956 tratando de salir de la miserable pobreza en la que vivían. Kiki —apelativo que derivó de una mala pronunciación del nombre— tenía nueve años cuando llegó a vivir a Estados Unidos.

El plan no empezó del todo bien al norte del río Bravo; sus padres se divorciaron apenas al llegar a Calexico. Con el padre lejos de casa, fue la madre, Dora Salazar, quien asumió la difícil tarea de cuidar a la extensa familia en medio de un contexto complicado. Por lo que cabe a los hijos varones, el sueño americano fue poco más que una pesadilla. Enrique y su hermano mayor, Eduardo, se unieron al Cuerpo de Marines de Estados Unidos, una de las pocas formas de ascenso social para hijos de migrantes pobres. Eduardo, sin embargo, moriría en Vietnam en 1965; estaba por cumplir 22 años.

El otro hermano, Ernesto, estuvo inmerso en problemas de drogas y líos —no menores— con la policía desde los 12 años; terminó por ser deportado a México a mediados de los años ochenta.[2] Kiki parecía que podía salvarse de un destino catastrófico. No pudo.

Enrique Camarena no fue a Vietnam. Al terminar los tres largos años en el Cuerpo de Marines volvió a Calexico, por entonces apenas un pueblo de menos de veinte mil habitantes. A principios de la década de los setenta se casó con su novia de toda la vida, se unió al Departamento de Policía de Calexico y pronto a la unidad especializada en temas antinarcóticos de esta corporación, la Imperial County Narcotics Task Force (ICNTF). El golpe de ¿suerte? llegó en 1974 cuando Enrique Camarena y su hermana Myrna fueron contratados por la DEA: él como agente especial y ella como secretaria. Ayudó en mucho que la DEA acabase de formar su programa para atraer personal que hablara español, hasta entonces una rareza en las policías de Estados Unidos.

La carrera de Camarena en la DEA comenzó en la oficina de la agencia en Calexico. En su ciudad adoptiva trabajó por tres años hasta que en 1977 fue reasignado a la oficina distrital de la DEA en Fresno, en el norte de California, última estación antes de ser enviado en 1981 a Guadalajara, ciudad en la que encontraría su destino final. Más adelante escarbaremos en su periodo como agente en México, pero antes, ¿qué sabemos de sus años en Calexico y Fresno?

Testimonios de sus jefes directos y compañeros de carrera describen a Enrique Camarena como alguien "comprometido", "innovador", "honrado", "hombre bueno", "tranquilo", "caballero", "admirable".[3] Puede ser que algo se ajuste a la realidad; lo más probable, sin embargo, es que esos adjetivos y descripciones constituyan más bien una hagiografía. Camarena, si hacemos caso a los testimonios orales que pululan en los videos producidos por la DEA, era poco más que un santo. Seguramente algo de verdad hay

en eso; seguramente también algo de mentira. Lo que sí parece verosímil, a partir de toda la evidencia que he logrado recabar, es la extraordinaria capacidad de Camarena para tratar con informantes.

Todos sus colegas resaltan la enorme capacidad de Camarena para realizar operaciones encubiertas; aparentemente era capaz de hacerse pasar por un traficante puertorriqueño lo mismo que por un ganadero sonorense. Docenas de veces fingió dirigir a una red de vendedores minoristas de heroína. Su facilidad de combinar acentos, aparentar cierta inocencia y voluntad por infiltrarse en grupos violentos lo llevó a que compañeros y jefes lo quisieran siempre en primera línea de batalla.

Aunque realizó una postulación formal, *Kiki* Camarena llegó a Guadalajara por recomendación de Pedro *Pete* Hernández, agente al que conoció en la academia de la DEA y con quien había trabajado brevemente en algunas expediciones a México a finales de los años setenta. Hernández era padrino de sus hijos y probablemente su amigo más cercano hasta el día de su muerte; fue él también el que lo convenció de dejar la monotonía de los valles de California por un destino en el que sus habilidades iban a ser mejor explotadas.

¿Agente de la DEA en México? Sonaba raro. El cargo, por ese entonces, era todavía una curiosidad, una anécdota en la hoja de vida de los agentes. A principios de los años ochenta en México la presencia de la DEA se limitaba probablemente a unos treinta agentes distribuidos en las principales ciudades del país, y a otro puñado de agentes temporales (TDY) asignados a tareas específicas. Aunque México era, ya desde entonces, el lugar con mayor presencia de agentes antinarcóticos, lo cierto es que ser enviado al sur de frontera era visto como una buena oportunidad para hacer turismo, visitar playas y pasar un buen rato.[4] Los años por venir harían evidente el error en el diagnóstico.

El narcotráfico en el México de los años ochenta

A principios de la década de los años ochenta, México era poco menos que una historia de éxito para la DEA. El programa de erradicación había funcionado incluso mejor de lo pensado. Entre 1975 y 1980 se había reducido enormemente la cantidad de amapola cultivada en el país. Como consecuencia de lo anterior, el porcentaje de heroína mexicana consumida en Estados Unidos había disminuido 80% en 1974 y a menos de 30% para finales de la década.

La atención de la DEA estaba puesta en otro lado. Día sí y día también los periódicos narraban cómo la cocaína colombiana, traficada en avioneta por el Caribe, inundaba las calles de Miami para después ser distribuida en Estados Unidos. El enemigo público no era México, sino Colombia. Allá estaban enfocados los recursos humanos y materiales de la agencia antidrogas. Justamente fue ahí, en el país suramericano, donde, en agosto de 1982, dos agentes de la DEA, Charlie Martínez y Kelly McCullough, fueron secuestrados en un hotel en Cartagena por cinco hombres vestidos de policías. Los agentes participaban en la Operación Tiburón, un programa de cooperación entre Colombia y Estados Unidos enfocado en atacar el cultivo y tráfico de marihuana. Martínez y McCullough apenas salvaron sus vidas debido a la poca pericia de sus secuestradores.[5] Su caso debió ser un aviso para la DEA. No lo fue.

Además de Colombia como punto de arranque y Miami como centro de llegada, el otro lugar donde la DEA concentraba su atención era Nueva York. A raíz del "éxito" de la erradicación en México, se había disparado a las nubes la importación de heroína desde Asia. Ello había ocasionado, como en la década de los años setenta, que la DEA focalizara sus esfuerzos en los puertos del este de Estados Unidos. Allá ocurrían las confiscaciones; allá se celebraban los arrestos. Era tal el papel secundario que jugaba México en los flujos

globales de drogas que un comité del Senado había felicitado a finales de 1983 a su vecino del sur por "eliminar virtualmente la producción de marihuana" y reducir "sustancialmente" el cultivo de opio. México era "líder" y "ejemplo" para el resto del planeta.[6] Todavía en enero de 1985, la embajada de Estados Unidos dio a conocer un informe en el que felicitaba a México como uno de los países con mayor éxito en su campaña contra el tráfico de drogas.

Las noticias son buenas hasta que dejan de serlo. Algo se movía al sur de la frontera con Estados Unidos: a cuentagotas llegaban rumores de que en México comenzaban a brotar nuevamente cultivos de marihuana y opio en el histórico Triángulo Dorado. Jerry Kelley, agente asignado a la oficina de la DEA en San Diego y que había participado como piloto en las campañas de erradicación de los años setenta en Sinaloa, volvió a ser contactado en 1981 por uno de sus antiguos informantes. Lo llamaban desde México y el tono era agitado. ¿El mensaje? Todo había vuelto a ser como antes: los cultivos estaban de regreso. Kelley intentó conseguir permiso para profundizar en el tema, viajar a México y volar por los plantaciones para verlo todo con sus ojos; sus jefes no se lo permitieron. Otros, unos pocos, sí pudieron viajar a México y constatar que los sembradíos de amapola y marihuana habían vuelto. Para siempre.

Ese era un problema, pero no el único. En Guadalajara se cocinaba, fuera del radar de los *headquarters* de la DEA en Virginia, una dinámica que cambiaría para siempre la historia del narcotráfico en México: el establecimiento de una ruta para el tráfico de cocaína proveniente de Colombia. Fueron varios los grupos que comenzaron a construir la infraestructura para llevar la cocaína de los Andes a Estados Unidos, pero quizás el más exitoso —y en el que puso especial atención la DEA— fue la red dirigida por un grupo de sinaloenses que en años recientes habían hecho de Guadalajara su lugar de residencia. A la cabeza de esta red estaba Miguel Ángel Félix Gallardo, un expolicía que, además, había sido guardaespaldas

del gobernador Leopoldo Sánchez Celis. La DEA lo tenía en su radar al menos desde 1977, año en que se confirmó su participación en un envío de varios kilos de cocaína desde Colombia a Culiacán. ¿Cómo habían llegado tan lejos los sinaloenses en Guadalajara? Fácil: a consecuencia de las campañas de erradicación de los años setenta.

En las oficinas de la DEA se pensaba, quizás de manera profética, que si los mexicanos se integraban al mercado de la cocaína, su capacidad para matar y cooptar a las autoridades aumentaría significativamente. Esto, en la medida en que el negocio de la cocaína era no solo mayor que el del opio y la marihuana, también era mucho más sencillo: era mucho más fácil y redituable mover un par de kilogramos de polvo blanco acomodados en el asiento trasero de una avioneta que decenas de toneladas de marihuana transportadas en camiones repletos por la frontera.

Según la narrativa hegemónica —que primero establecieron las corporaciones policiales en Estados Unidos, que después recogieron *bestsellers*, periódicos, artículos académicos de dudosa calidad, y que años más tarde difundió Netflix en todo el mundo—, la organización de Félix Gallardo, conocida como el Cártel de Guadalajara, fue la primera organización en México capaz de controlar la importación y exportación de cocaína, así como la mayoría del cultivo de marihuana en prácticamente todo el territorio nacional. Es, en más de un sentido, el arquetipo de la organización que todo lo hacía, sabía y controlaba.[7] El problema de esta historia, que bien ha calado en la opinión pública en México y que es fácil traducir en guiones para series, películas y libros es que es falsa.

La más reciente investigación académica en torno al supuesto Cártel de Guadalajara coincide en afirmar que este fue, en realidad, un ente mucho menos poderoso que el imaginado por las series de televisión.[8] Por el contrario, fue una organización cuasi familiar que nunca logró una completa integración vertical de su proceso de producción, transporte y comercialización de drogas, que no alcanzó

a implantar reglas bien definidas entre sus miembros, ni a establecer un mecanismo jerárquico de toma de decisiones consensuadas. De hecho, durante el tiempo en que la organización supuestamente existió, apenas hubo quien se refiriera a esta organización con ese mote.

¿Qué sí fue el Cártel de Guadalajara? Como el resto de sus organizaciones contemporáneas, fue una red criminal compleja basada en núcleos familiares y sin liderazgos claros. Es verdad que Miguel Ángel Félix Gallardo tuvo un papel predominante —y acaso difícil de emular— en la construcción de un canal de distribución de cocaína —hasta ese momento inédito— entre Colombia, el Pacífico mexicano y el oeste de Estados Unidos. También es verdad que Félix Gallardo y su grupo más cercano lograron administrar grandes campos de cultivo de marihuana y amapola en algunos estados del norte, así como del Pacífico mexicano. Sin embargo, de ahí a afirmar que el famoso narcotraficante sinaloense lograra dominar los diferentes procesos de producción, transporte y distribución de drogas ilegales en México hay mucho tramo.[9]

El Cártel de Guadalajara fue, en realidad, una red familiar que funcionaba de manera variable y cambiaba sus modos de operación según las circunstancias. Así, para la ejecución de una operación específica —por ejemplo, la exportación de varios kilogramos de cocaína del norte de Colombia al suroeste de Estados Unidos— podía ser necesaria la ayuda de familiares, amigos o socios en una o varias tareas: la negociación con diferentes grupos de cultivadores de hoja de coca; la renta y manejo del equipo necesario para el transporte marítimo, aéreo y terrestre de la droga; la vigilancia en las casas de seguridad y en los distintos tramos de camino; la negociación o cooptación de autoridades portuarias, aduanales o de caminos; el establecimiento de los distribuidores minoristas en diferentes ciudades de Estados Unidos, etcétera. Para otro tipo de operaciones —el asesinato de un competidor o el surtido de marihuana en una ciudad pequeña— el núcleo duro de los guardaespaldas de Félix

Gallardo podía ser más que suficiente. Todo dependía de la complejidad de la tarea por delante, así como de los frágiles acuerdos informales —que se actualizaban constantemente— en los que participaba un sinfín de actores estatales y no estatales.[10]

La DEA entendía la plasticidad y volatilidad con la que funcionaba la red de Félix Gallardo. En sus documentos internos la agencia refiere que narcotraficantes de la época como Caro Quintero, Ernesto Fonseca Carrillo, Jorge Favela Escobosa, Juan Esparragoza Moreno o Jaime Herrera Nevares eran, acaso, "socios" de Félix Gallardo, nunca subordinados. Todos ellos tenían su propio séquito de incondicionales y forjaban alianzas implícitas y explícitas. Algunos de ellos se reunían —casi siempre sin éxito— para distribuirse tareas, territorios y mercancías; otros se juntaban en la iglesia o el rancho para volverse padrinos de los hijos de aquel; algunos se mandaban matar con mayor crueldad de la estrictamente necesaria; solo unos pocos lograron sobrevivir, fuera de la cárcel, el cambio de siglo.

Los reportes internos producidos por las oficinas de la DEA en Ciudad de México, Guadalajara y Hermosillo no refieren a la existencia de una organización capaz de funcionar de forma vertical. Para muestra un botón: en marzo de 1984, precisamente en el supuesto apogeo de la red dirigida por Félix Gallardo, el otrora jefe de la DEA en Guadalajara, James H. Kuykendall, escribía un reporte referente al cultivo de marihuana en el norte de Zacatecas. Según Kuykendall, tan solo en el norte de ese estado operaban entre 18 y 20 "grupos más o menos entrelazados" (*loosely related groups*).[11] Algunos terrenos de cultivo pertenecían a Ernesto Fonseca y al grupo que hoy vinculamos al Cártel de Guadalajara, otros no; algunos eran protegidos por un comandante de la DFS; otros por la policía local, otros por el Ejército y otros por bandoleros independientes. Había competencia, disputas, pugnas y violencia, mucha violencia. Enrique Camarena iba a ser testigo de ello.

Camarena en Guadalajara (1981-1984)

Enrique *Kiki* Camarena aterrizó en la ciudad de Guadalajara en junio de 1981. La oficina de la DEA en esa ciudad, como en otras zonas del país, estaba localizada en el edificio del consulado de Estados Unidos; fue fundada en 1969 todavía bajo las siglas del FBN. Aunque tenía presupuesto para mantener hasta siete agentes y tres secretarias, raramente la DEA solía tener todas las plazas ocupadas; con suerte, en la oficina había tres o cuatro agentes de tiempo completo y dos secretarias encargadas de la administración. A diferencia de los agentes del FBI que recibían un suplemento salarial por trabajar en México y obtenían pasaporte diplomático, los agentes de la DEA solían quejarse de sus condiciones laborales. Los sueldos eran bajos, las horas extras se pagaban mal.

Entre junio de 1980, la fecha en que llegó Camarena a la ciudad y su asesinato en febrero de 1985, el exagente trabajó con nueve agentes distintos. Cuando aterrizó, trabajaban en la oficina de la DEA en Guadalajara cuatro agentes, incluyendo a Butch Sears y su compadre y mejor amigo, Pete Hernández. Otros más se fueron incorporando con el paso de los años: Mike Chavarría, Roger Knapp, Victor *Shaggy* Wallace, Alan Bachelier y el supervisor de la oficina desde 1982, James Kuykendall, agente con amplia experiencia en la Patrulla Fronteriza, el Ejército estadounidense, la Oficina de Aduanas y en la DEA (Quito y Houston).

En los cuatro años y medio que trabajó en Guadalajara, Camarena participó en operaciones contra el grupo de Miguel Ángel Félix Gallardo y sus socios Rafael Caro Quintero y Ernesto Fonseca. A diferencia de lo que suelen presentar las series de televisión, Camarena no fue el líder de ninguna operación importante; fue un colaborador más de esfuerzos amplios en los que solían participar agentes con mayor experiencia y jerarquía que él. Aun así, su récord laboral en México no fue pobre. Uno de sus mayores éxitos fue el

descubrimiento en septiembre de 1982, a partir del trabajo cercano con un informante, de un enorme campo de marihuana sin semilla en el desierto de San Luis Potosí. Como otros que aparecerían en los años siguientes, el campo había sido cultivado con las más avanzadas técnicas de irrigación conocidas en México. Un mes más tarde, en octubre, Camarena participó en el descubrimiento de otro campo de marihuana cultivado al norte de Ciudad Obregón, Sonora. Los informes de Camarena no dejan lugar a dudas: la magnitud de los cultivos se asimilaba mucho a la de los años setenta. En las oficinas de la DEA en Virginia, sin embargo, seguían sin escuchar.

A lo largo de 1983 y parte de 1984, según dejan ver los informes internos de la oficina de la DEA en Guadalajara, Camarena participó en varias otras operaciones antinarcóticos.

Resalta una investigación en la que intentó detener una red de exportación de heroína dirigida por los traficantes Manuel Chávez y Joel Medina, dos personajes muy cercanos a Caro Quintero.[12] Sobresalen también sus investigaciones sobre la existencia de campos de marihuana administrados por Caro Quintero, en Fresnillo, Zacatecas. Según descubrió el propio Camarena, aquellos sembradíos contaban con la complicidad de al menos sesenta agentes de la DFS y varios policías judiciales más.[13]

La investigación sobre los campos de cultivo de marihuana en Zacatecas fue tan robusta que gracias a la presión que ejecutó la oficina de la DEA en Guadalajara se llevó a cabo, en conjunto con la PJF, el 26 de mayo de 1984, una redada en la cual se incautaron veinte toneladas de marihuana y varias decenas de personas fueron arrestadas. Fue, sin dudarlo, el golpe más duro de la DEA a los negocios de Rafael Caro Quintero en aquel año.

Clave para la localización de aquel campo —y de otros más— fue la ayuda del capitán Alfredo Zavala, un piloto retirado de la Fuerza Aérea Mexicana (FAM) y por entonces al servicio de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH). El capitán Zavala —lo

veremos más adelante— se convertiría en figura central de este capítulo: él fue secuestrado la misma tarde que Camarena en febrero de 1985. Por ahora, sin embargo, valga decir que Zavala solía, además de hacer vuelos para la SARH para realizar mapas topográficos, ayudar a la DEA a identificar sembradíos de amapola o marihuana desde el cielo. Era, pues, un informante que, además, tenía una ventaja comparada sobre otros: el hangar que correspondía a la avioneta de la SARH en el aeropuerto de Guadalajara estaba apenas a unos metros de distancia del de Félix Gallardo. Fue gracias a los viajes de Zavala, en algunos de los cuales iban también agentes de la DEA a bordo, que pudo revelarse la existencia del campo en Zacatecas y otros más en el noroeste de la República.

Operación Padrino

Camarena y otros agentes de la oficina de la DEA en Guadalajara fueron parte —si bien solo de manera tangencial— en un proyecto de obtención de inteligencia que apuntaba directamente a la organización de Félix Gallardo, la famosa Operación Padrino.

Operación Padrino fue un plan de la DEA en México, iniciado en 1982, para perseguir el dinero depositado en bancos estadounidenses por narcotraficantes mexicanos. Contrario a una versión que ha circulado extensamente, el responsable de la Operación Padrino entre 1982 y 1984 no fue Camarena, sino Butch Sears, quien más adelante, en la primavera de 1984, fue reemplazado por Roger Knapp como líder de la operación.

En la mira no estaba solamente Félix Gallardo, sino otros narcotraficantes que hoy pueden parecer desconocidos para el gran público; en particular dos: Jorge Favela y Juan Ramón Matta Ballesteros. El proyecto empezó a tener éxito cuando la oficina de la

DEA en Guadalajara logró interceptar las comunicaciones que mantenía Félix Gallardo desde uno de sus hoteles en Zapopan. Así fue como se descubrió, tan pronto como en la primavera de 1984, que socios de Félix Gallardo solían viajar en avioneta a diferentes ciudades de Estados Unidos a depositar dinero. Con esa información en la mano, poco a poco las autoridades estadounidenses comenzaron a confiscar cientos de miles de dólares repartidos en varias cuentas bancarias relacionadas a los narcotraficantes de Guadalajara. Según cuentas —quizás demasiado optimistas— de la DEA, se realizaron entre doscientos y trescientos decomisos de dinero por un monto de unos mil millones de dólares. Otro descubrimiento de Sears, Knapp y el resto de los agentes de la DEA fue la certeza de que Félix Gallardo había comenzado a utilizar bancos mexicanos para lavar dinero. Según fueron confirmando al paso de la investigación, las cuentas de Félix Gallardo y sus prestanombres eran utilizadas para realizar oscuras transacciones en lugares tan lejanos como Colombia, Perú o incluso Suiza. A pesar de avisar en tiempo y forma de estas operaciones a las autoridades aduanales mexicanas, los agentes de la DEA no solamente no recibían respuesta alguna, sino que sus esfuerzos era constantemente saboteados. Los agentes de la DEA no tenían duda: alguien en México, muy en las altas esferas, protegía a Félix Gallardo. La explicación más probable es que toda esa información era filtrada por dos de los principales agentes mexicanos que sabían de la existencia de Operación Padrino: el por entonces jefe de Interpol en México, Miguel Aldana Ibarra (1982-1985), y el exdirector de la Policía Judicial, Manuel Ibarra Herrera (1982-1985).

Quizás fue gracias a la información filtrada por Ibarra o Aldana que Félix Gallardo se enteró de la existencia de la Operación Padrino. Según una versión confirmada por Kuykendall, Félix Gallardo supo más o menos a principios de 1984 que la oficina de la DEA en Guadalajara había intervenido sus comunicaciones y que iba

tras él. Decidió actuar. El famoso narcotraficante pidió a un amigo suyo, un comandante de la PJF de apellido Espíndola, reunirse con el jefe de la DEA en Guadalajara para enviarle un mensaje que bien podía ser interpretado como amenaza: que lo dejaran en paz de una vez por todas.[14] Espíndola apenas conocía a Kuykendall, pero mantenía una buena relación con Camarena por lo que fue a este último a quien le entregó el mensaje una noche de marzo de 1984, poco menos de un año antes de su asesinato. Si verdaderamente ocurrió esa reunión, Camarena no se dejó intimidar, pues la erradicación de aquel rancho en Zacatecas se dio apenas dos meses después de la reunión.

La última investigación de Camarena, al menos la última de la que dejó constancia, estuvo relacionada con la existencia de laboratorios de procesamiento de cocaína en Chapala, Jalisco, administrados por gente cercana a Félix Gallardo. El último reporte sobre este asunto lo escribió el 24 de enero de 1985, apenas un par de semanas antes de su secuestro.[15]

¿Por qué es relevante todo lo anterior? Porque nos permite dibujar un diagnóstico de la situación en Guadalajara que bien podía anticipar los acontecimientos por venir: por un lado la DEA atacaba los intereses de Félix Gallardo y su grupo a través de distintas herramientas (confiscaciones bancarias, redadas de enormes campos de marihuana y detenciones de cocaína proveniente de Colombia); por otro lado, la certeza del traficante mexicano de que un conjunto de agentes estadounidenses estaba poniéndole límites al imperio que él quería construir. En medio de toda esta configuración estaba el agente Enrique Camarena, un mexicanoamericano de menos de cuarenta años que en este tablero de ajedrez era, si acaso, otro peón más.

El largo año de 1984: los ataques a la DEA y el decomiso en El Búfalo

Al iniciar 1984, la oficina de la DEA en Guadalajara tenía jurisdicción sobre Jalisco, San Luis Potosí y Zacatecas. A pesar del enorme territorio por cubrir, y del contexto ya descrito de incremento de la producción de marihuana y el traslado de cocaína, en la perla tapatía trabajaban solamente cuatro agentes: el supervisor James Kuykendall y los agentes especiales Roger Knapp, Butch Sears y Enrique Camarena. Este puñado de agentes apenas era suficiente para afrontar una situación que ya desde entonces apuntaba a un terrible desenlace.

En rigor, el año no había comenzado mal: de la Operación Padrino habían surgido varias confiscaciones al grupo de Félix Gallardo. Además, la redada en mayo del campo en Zacatecas había puesto en evidencia —ante los ojos escépticos de los *headquarters* de la DEA en Virginia— la existencia de una nueva oleada de enormes terrenos de cultivo de marihuana. Entrado el verano, sin embargo, la cosa se había comenzado a torcer.

El primer aviso llegó en junio. Una tarde de finales del mes, al terminar su trabajo, Roger Knapp, todavía por entonces adscrito a la oficina de la agencia en Guadalajara y jefe de la Operación Padrino, notó que su Ford blanco era seguido por otro coche mientras transitaba en una concurrida calle de Guadalajara. No tuvo dificultad en detectar a los ocupantes del automóvil que ocupaba todo el espacio de su retrovisor: el conductor y su copiloto eran dos de los guardaespaldas de Miguel Ángel Félix Gallardo. Los conocía bien porque Knapp había pasado esa mañana —y otras más— vigilando los movimientos de una de las casas del narcotraficante sinaloense. Aunque se había mantenido lo más alejado posible de la propiedad de Félix Gallardo, era obvio que su identidad había sido descubierta. Algo andaba mal.

Un mes después llegó el segundo aviso. James Kuykendall, el supervisor de la oficina, fue igualmente hostigado en su automóvil por gente de Félix Gallardo mientras realizaba tareas de vigilancia a varios metros de distancia de otro de los centros de operación de la

red criminal. No pasó a mayores, pero las preguntas se agolpaban en su cabeza: ¿alguien había filtrado su identidad?, ¿quién vigilaba realmente a quién en esa ciudad?, ¿estaban en riesgo los agentes de la DEA? Kuykendall hacía explícitas sus dudas a sus jefes en Estados Unidos y en Ciudad de México. Sus cartas se quedaban sin responder.

El tercer aviso fue menos amable. El 30 de septiembre de 1984, uno de los informantes de Camarena, quien trabajaba en un ministerio público de la ciudad, pero filtraba información a la DEA, fue baleado en un restaurante de Guadalajara por una persona no identificada. Aunque no murió, uno de los disparos impactó en su espina dorsal y el informante quedó parapléjico. En el mundo criminal es normal que los informantes sean objeto de venganza; sin embargo, la cercanía que mantenían este hombre y Camarena supuso no solo la pérdida de una importante fuente de información, sino la advertencia de que el círculo comenzaba a estrecharse.

Apenas diez días después, a las siete de la mañana del 10 de octubre, el Ford blanco del agente Roger Knapp fue ametrallado afuera de su casa mientras su mujer terminaba de preparar el desayuno para sus hijos que se alistaban para ir a la escuela; desde la cocina pudieron ver y escuchar cómo el automóvil era impactado por al menos treinta municiones que lo dejaron inservible. Esta era ya una señal de guerra.

El evento alteró a toda la oficina de la DEA. Knapp y su familia tuvieron que ser evacuados de emergencia de la ciudad esa misma semana. Fue un golpe durísimo: supuso el exilio del agente al frente de la Operación Padrino y el descobijo de una oficina que ya estaba en los huesos. La oficina que otrora era vista como un destino agradable para familias y como una potencial forma de avanzar en la carrera como agente antinarcóticos se convirtió en zona de guerra. Tras la balacera al coche de Knapp, tres agentes de la DEA, que habían comenzado su proceso de incorporación a Guadalajara ese

mismo año, renunciaron inmediatamente a tal pretensión.[16] Habrán pensado, quizás con razón, que era mejor idea quedarse en una aburrida ciudad de Estados Unidos. En Guadalajara solo permanecieron como agentes permanentes Kuykendall, Camarena, Alan Bachelier y Victor *Shaggy* Wallace, este último también proveniente de la oficina de Calexico y aterrizado en México apenas hacía unas semanas. Para colmo, la oficina preveía una reducción aún mayor: Camarena estaba a punto de terminar su estancia en Guadalajara y había comenzado el papeleo burocrático necesario para ser transferido a la oficina de la DEA en San Diego.

En medio de la abierta confrontación que ya se celebraba en Guadalajara entre los agentes de la DEA y los narcotraficantes de la ciudad, ocurrió, el 6 de noviembre, el famoso decomiso de marihuana en la colonia agrícola conocida como El Búfalo en el estado de Chihuahua y propiedad de Caro Quintero y sus socios.

Contrario a lo que suele señalarse en series de televisión y otras fuentes secundarias, en la gran confiscación de El Búfalo poco o nada tuvo que ver Camarena; es más: se trató de una redada operada por la oficina de la DEA en Hermosillo, y en particular por los agentes Charles Lugo y Mike Groseclose. El propio Camarena reconoció, en el interrogatorio al que fue expuesto durante su tortura y del cual tenemos las transcripciones, que fue un trabajador de El Búfalo, convertido en informante de la DEA, quien avisó a la oficina de la agencia de Hermosillo sobre la existencia de los cientos de hectáreas sembradas de marihuana.

Resulta imposible soslayar la relevancia que tuvo la redada de El Búfalo. Para empezar, están los números: según cifras oficiales se decomisaron al menos diez mil toneladas de marihuana.[17] El descubrimiento de aquella plantación causó sensación en la prensa nacional que no tuvo empacho en exagerar, tanto la cantidad de droga confiscada, como el tamaño de la operación en la que participaron "15 helicópteros, tres avionetas Cessna, 170 agentes de

la Policía Judicial Federal, 35 agentes del Ministerio Público, cincuenta agentes auxiliares, 270 soldados del 35.° batallón".[18] Lo que más sorprendió fue la noticia de que en las plantaciones vivían y trabajaban más de diez mil campesinos provenientes de todo el país. Si bien es exagerado señalar, como hizo algún diputado, que El Búfalo era "un campo de concentración",[19] sí es verdad que las condiciones de trabajo eran poco menos que miserables. Por último, el decomiso de El Búfalo mostró a Félix Gallardo y a sus socios, en particular a Caro Quintero, que la protección de la que presumían estaba en entredicho. Ahora había que agregar a las redadas de San Luis Potosí y Zacatecas esta nueva de Chihuahua. Había que hacer algo, encontrar las fuentes delatoras, terminar con los hostigadores.

Así siguió el resto del año. Dos agentes de la DEA que pasaban de manera temporal por Guadalajara, Thomas Gómez y Héctor Sánchez, a punto estuvieron de caer en manos de los narcotraficantes sinaloenses. Aunque iban a estar unas pocas semanas en la Perla Tapatía encargados de otros asuntos, no pasó mucho tiempo antes de ser identificados por la gente de Félix Gallardo. El 14 de noviembre, ambos agentes fueron perseguidos y arrinconados al ser identificados tomando fotografías a dos de los hangares que mantenía el narcotraficante en el aeropuerto de Guadalajara. Gómez y Sánchez apenas pudieron salvarse al ser auxiliados por sus colegas en una operación que bien podría ser filmada en una serie de Netflix.[20] El siguiente golpe contra la DEA en Guadalajara fue uno mal dado.

El domingo 2 de diciembre de 1984 cuatro testigos de Jehová de nacionalidad estadounidense desaparecieron en el barrio de Chapalita, Guadalajara. Estaban a la mitad de sus treinta. Bien uniformados —ellas con traje largo y ellos con saco y corbata— habían pasado la mañana tocando puertas y difundiendo su fe en las casas de clase media alta de la zona. Llevaban los folletos y libros típicos. Como en toda esta historia, hay enormes vacíos y no es claro

lo que sucede después. En la versión más probable, los misioneros tocaron el timbre equivocado, el de la casa de Ernesto Fonseca Carrillo, don Neto. Acaso confundidos con agentes de la DEA, los cuatro testigos fueron torturados mientras se los interrogaba. Según admitió un informante varios años después, las mujeres fueron violadas hasta el cansancio. Los cuerpos nunca fueron localizados.

Sí, los sinaloenses en Guadalajara se habían equivocado una vez, y se volverían a equivocar otra. La noche del 30 de enero de 1985 fueron asesinados, en el restaurante La Langosta Loca en Zapopan, Alberto Radelat y John Clay Walker, dos ciudadanos estadounidenses que pasaban por México y que probablemente jamás habían escuchado hablar de Félix Gallardo y sus secuaces. Walker era un aspirante a escritor que había elegido Guadalajara para pasar un año sabático y escribir su gran obra; Radelat era estudiante y solo visitaba a su amigo por unos días. Hay versiones encontradas sobre lo acontecido aquella noche. Todas, sin embargo, coinciden en tres cosas: que Caro Quintero se encontraba en el restaurante; que los estadounidenses fueron torturados con picahielos, cuchillos y navajas; y que Walker y Radelat fueron confundidos con agentes de la DEA —la razón última de su asesinato.

El resto de la información sobre aquel suceso es menos clara. En una versión las cosas suceden en solo cinco minutos, en otra la agresión dura más de tres horas; el lugar también cambia según quien lo cuente: la bodega, la cocina o las mesas del restaurante. El hecho es que Walker y Radelat fueron brutalmente asesinados y sus cuerpos enterrados clandestinamente en el bosque La Primavera de Guadalajara. Durante muchos meses ambos estuvieron catalogados como desaparecidos; en junio de 1985, en el marco de la búsqueda de los restos de Camarena, sus cuerpos fueron finalmente encontrados y exhumados.

Estas son, en resumidas cuentas, los acontecimientos principales que antecedieron al secuestro de Camarena en febrero de 1985 y quien sería el séptimo ciudadano estadounidense en desaparecer en

pocos meses en Guadalajara. Que a pesar de esos antecedentes la oficina de la DEA en Guadalajara tuviera para ese entonces apenas cuatro agentes en activo —y no los siete que correspondían— solo se explica por dos razones.

En primer lugar, por la mala relación que mantenían Kuykendall y Ed Heath, el jefe de la DEA en México; en la interpretación de Kuykendall, Heath era demasiado complaciente con el embajador John Gavin, así como con el jefe de la PJF, Manuel Ibarra. Era, a ojos de Kuykendall, un tibio que no quería meterse en demasiados problemas; un burócrata de escritorio. Eso explica el silencio ante las llamadas de emergencia que llegaban desde Guadalajara.

En segundo lugar, por la sensación que aún predominaba en Washington de que los recursos de la DEA tenían que estar centrados en Colombia, Nueva York y Florida, y no en México. Si el país era todo un referente mundial en la lucha antidrogas, ¿por qué desperdiciar los escasos recursos de la agencia ahí? La respuesta sería tan obvia como dolorosa.

Una mañana de febrero de 1985

No eran ni las siete de la mañana del 9 de febrero de 1985 cuando el agente de la DEA en Guadalajara Victor *Shaggy* Wallace recibió una extraña llamada. No podían ser buenas noticias. Llamaba Mika Camarena, la esposa de su amigo. Kiki no solo no había llegado a dormir esa noche a casa; tampoco sabía de él desde que en la mañana anterior se había marchado a trabajar. No, Wallace tampoco sabía mucho más: había visto a Camarena hacia el mediodía, pero después de eso nada. Sonaron las alarmas.

Mika no lo sabía en ese momento, pero pasadas las dos de la tarde del día anterior, el 7 de febrero, Enrique Camarena, agente especial de la DEA en México, había sido secuestrado a dos calles del

consulado de Estados Unidos en Guadalajara. Las versiones difieren, pero la narración más aceptada, basada en los testimonios de un testigo —uno de los choferes de la embajada que caminaba por la zona— señala que en el secuestro participaron cuatro personas que han sido más o menos identificadas tras décadas de investigación: dos policías judiciales de Jalisco, un expolicía judicial con credencial de la DFS y uno de los principales guardaespaldas de Ernesto Fonseca Carrillo. Uno o dos de ellos cubrieron la cabeza de Camarena con una chamarra, mientras otro más lo obligaba a subirse en un Volkswagen Atlantic color crema. Inmediatamente después, los captores lo llevaron a una casa de seguridad localizada en la calle Lope de Vega en la colonia Arcos Vallarta de Guadalajara. Todo sucedió en pocos minutos.

De manera casi paralela, ese mismo día, en el por entonces desolado camino que va del aeropuerto de Guadalajara a la ciudad, el coche en el que viajaba el capitán Alfredo Zavala junto con otras dos personas fue detenido por hombres armados que manejaban un Ford Galaxy café sin placas. Hubo gritos y amenazas que ninguno de los testigos entendió muy bien. Lo único claro es que el objetivo era el piloto mexicano. No era un asalto; era un secuestro. A punta de metralla, Zavala fue obligado a cambiar de automóvil; como a Camarena, también se le cubrió la cabeza. El carro se dirigió a la misma dirección que el de los secuestradores de Camarena: la casa de seguridad ubicada en Lope de Vega 881.

Llegaron en carros separados y también fueron torturados en cuartos separados. Sabemos, porque hay cintas grabadas por los captores, que a Camarena lo vendaron, le ataron de pies y manos y lo sometieron a un interrogatorio. Durante unas treinta horas Camarena fue, además, golpeado al punto de romperle las costillas. El hecho de que el exagente estuviera completamente vendado durante la tortura y que supuestamente hubiese un médico disponible para "reanimarlo" cada vez que perdía la conciencia, hace suponer que la intención de los secuestradores era detenerlo, pero

no matarlo. Del interrogatorio de Zavala no tenemos grabaciones, pero, a juzgar por las huellas de tortura impresas en su cuerpo, es fácil concluir que su calvario no fue muy distinto.

¿Qué se desprende del interrogatorio a Camarena y cuya transcripción —si bien incompleta— conocemos gracias a que las cintas se encontraron semanas después en una mansión en Puerto Vallarta durante el arresto de Ernesto Fonseca? No mucho. Sabemos, por ejemplo, que fueron dos los torturadores que se intercambiaron la tarea de interrogar a Camarena. Les interesaba, al grado de la obsesión, identificar los nombres de agentes e informantes de la DEA que participaron en las redadas del año anterior. Preguntaban por números de placas y marcas de coche, apellidos, direcciones específicas, nombres de pequeños poblados. Contrario a lo que se suele decir, el interrogatorio no parece haber sido muy profesional: los interrogadores se detenían en detalles sin relevancia que solo generaban confusiones al propio Camarena. A juzgar por las grabaciones, estos ni siquiera parecían saber bien a bien quién era en realidad Camarena más allá de su genérica posición como agente de la DEA. De las transcripciones de las grabaciones del interrogatorio podemos intuir una cosa más: la tortura fue larga, incesante, inhumana.

En busca de Camarena

Mientras Camarena era interrogado en Lope de Vega, la estructura de la DEA había comenzado a moverse. Kuykendall, después de peinar comisarías de policías, hospitales y morgues de la ciudad, avisó el mismo 8 de febrero a la oficina en Ciudad de México de la desaparición de Camarena. Así se enteraron del evento los dos hombres fuertes de la DEA en México: Walter White y Edward Heath. La noticia corrió rápido en el resto del país; no era ni medio día y ya

estaban informados de manera oficial el gobernador de Jalisco, el jefe de la PJF y el embajador de Estados Unidos en México, John Gavin. En Guadalajara, Kuykendall intentó, sin suerte, movilizar a toda la estructura de la Policía Judicial del estado, previsiblemente cooptada.

Alarmados por la situación, la central de la DEA en Virginia operó el envío de agentes desde Estados Unidos, así como de equipos de comunicación para interceptar llamadas. En las siguientes horas, llegó a México el primer puñado de los más de sesenta agentes que se ofrecieron para viajar y ayudar en la tarea de rescatar al agente Camarena.[21] Además, como no podía ser de otra forma, todos los agentes de la DEA ya establecidos en ciudades mexicanas tomaron el primer vuelo disponible rumbo a Guadalajara. La premisas centrales eran las siguientes: la policía mexicana no era confiable; tenían que ser ellos los que recuperaran a su colega.

La oficina de la DEA, generalmente habituada a sillas y escritorios vacíos, comenzó a llenarse de mochilas, equipos de radio, armas largas y bolsas de dormir. La noche del 8 de febrero durmieron ya sobre el frío piso de la oficina varios de los agentes recién llegados a Guadalajara. El mismísimo administrador Francis *Bud* Mullin, quien dejaría el puesto semanas después como resultado del secuestro de Camarena, viajó inmediatamente a México, con pistola en mano, para ver de primera fuente cuál era la situación.[22]

El 9 de febrero, ya de mañana, un grupo de más de cien policías compuesto por policías estatales y federales, a cargo del comandante de la PJF Armando Pavón Reyes, y personal de la DEA se reunieron en las oficinas de la corporación para dar inicio a una investigación. Aquel día había optimismo y cierta expectativa ante la figura de Pavón Reyes, un alto mando con el aparente respaldo de toda la estructura federal quien, además, conocía a Camarena por haber participado con él en operativos en Oaxaca, Nayarit, Guerrero y Sinaloa.[23] La confianza tardó en esfumarse tan pronto como llegó.

Apenas unas horas después sucedió una escena tan trágica como patética: Edward Heath, el jefe de la DEA en México, informó a Pavón Reyes de una pista sobre la posible localización de Caro Quintero; estaba, si la fuente confidencial decía la verdad, a punto de abordar un vuelo privado en el aeropuerto de Guadalajara.

Salieron a toda velocidad hacía allá una veintena de policías judiciales y un puñado de agentes de la DEA. Era un golpe de suerte. ¿Tan fácil era encontrar al principal sospechoso? En efecto: Caro Quintero y los suyos planeaban huir de la ciudad en el preciso instante en que llegaron las patrullas de la PJF.

Pavón Reyes se acercó a la avioneta. Mantuvo una corta conversación con Caro Quintero y su gente. Sin embargo, en lugar de arrestarlos o pedirles su rendición, y después de hablar brevemente con ellos, el comandante de la PJF los dejó despegar en libertad. A lo lejos, los agentes de la DEA y los mismos policías judiciales observaban atónitos aquel espectáculo. El rumor de que en ese momento Pavón Reyes recibió varios fajos de miles de dólares a cambio de la libertad de Caro Quintero llevó al agente de la PJF, algún tiempo después, a cuatro años de prisión. La escena, admitámoslo, si no fuera tan triste, daba para novela.

Mullin, el director de la DEA, explotó. En púbico y en privado acusó a Pavón Reyes de inepto y narcotraficante; Pavón Reyes, a cambio, lo mandó, literalmente, a chingar a su madre. *Quid pro quo*. La confianza estaba definitivamente rota.

En el plano diplomático, el 12 de febrero, junto al embajador Gavin, Mullin ofreció una conferencia de prensa en la que anunció una recompensa de cincuenta mil dólares para quien ofreciera a la embajada —no a las autoridades mexicanas— alguna pista sobre el paradero de Camarena. Además, habló de la "corrupción" y "deshonestidad" que permeaba en la policía mexicana. Dos días después, y en perfecta sintonía, el Departamento de Estado hizo pública su intención de emitir un *travel advisory* que buscaba

desincentivar los viajes a México. En la práctica, el hasta ahora país amigo y socio comercial empezaba a ser tratado como territorio enemigo. Olvidando los históricos agravios entre la DEA y la Oficina de Aduanas, esta última impulsó, a partir del 16 de febrero, una suerte de Operación Intercepción II por la cual se sometió a inspección prácticamente la totalidad de los autos que buscaban traspasar la frontera a Estados Unidos. Al igual que el cierre de fronteras de 1969, Intercepción II, fue un acto de presión política y no un intento por detener el paso de droga hacia el país del norte. De manera análoga a lo sucedido en 1969, la cancillería y la embajada mexicana fueron notificadas apenas cuatro horas antes de que comenzara el bloqueo; la embajada "no alcanzó siquiera a meter las manos", escribió un columnista mexicano.[24] En México el acto se interpretó como una agresión. Ya en Estados Unidos, Mullen comenzó una campaña de desprestigio contra el gobierno y, ante varios medios de comunicación, acusó a las autoridades mexicanas de "haber dejado escapar a los responsables del secuestro".[25] En México, el embajador Gavin dio por sentada la discusión sobre la legalidad de la presencia de Camarena en México al señalar que los treinta agentes de la DEA que operaban en México lo hacían con la "discreción y el beneplácito del gobierno de México".[26]

Hasta ese momento la PGR había negado públicamente la operación de agentes de la DEA en el país. Las declaraciones de Gavin asentaban un duro golpe al discurso nacionalista y soberanista que aún sobrevivía del gobierno del presidente De la Madrid. Cuestionados por las declaraciones de Gavin, los funcionarios mexicanos en la SRE apenas atinaban a contestar que la legalidad de los agentes de la DEA en México residía en el famoso convenio de octubre de 1930 del que ni siquiera tenían copia.[27] Para colmo, estaban equivocados: aquel acuerdo solo establecía condiciones para el intercambio de información, no para la operación de agentes extranjeros en territorio nacional. Tal como resumió un periodista de

la época: "No hay, pues, documento conocido que justifique y haga leal la presencia de agentes policiacos de Estados Unidos en México. Y menos aún que explique la implementación de toda una campaña antinarcóticos por la DEA".[28]

De vuelta al plano policiaco hubo pocos avances en la investigación durante la segunda y tercera semanas de febrero. Durante ese tiempo, agentes de la PJF y policías estatales allanaron casas sin ton ni son por toda la ciudad. Testimonios de la época afirman que Guadalajara estaba acorralada no ya por los jefes sinaloenses, sino por las patrullas que se movían con total libertad. La sensación de sitio se hacía más obvia a medida que llegaban a la ciudad más policías estadounidenses, incluida una decena de agentes del FBI a quienes no les importaba dejarse ver en los bares de avenida Chapultepec.

Pavón Reyes, debilitado y sin la menor confianza de la DEA, siguió al frente de la operación por unas pocas semanas más. El momento clave para su destino y el de la investigación llegó el jueves 28 de febrero. Aquel día —21 días después del secuestro— el comandante Pavón Reyes compartió con dos agentes de la DEA, Tony Ayala y James Kuykendall, una nota supuestamente anónima en la que se ubicaba a Camarena en un rancho en la frontera entre Jalisco y Michoacán, cerca del poblado de La Angostura. Era una más de las decenas de pistas que por aquellas semanas llegaban a oídos de la policía; parecía ser falsa, pero aun así se le dio seguimiento. No es claro cómo y por qué, pero lo cierto es que los agentes de la PJF llegaron la mañana del 2 de marzo al rancho conocido como el Mareño, en compañía de agentes de la DEA, y realizaron un operativo que terminó en desastre: la masacre de los ocupantes del rancho, Manuel Bravo Cervantes, su esposa y tres hijos de ambos. Según declaraciones de testigos recogidas por *La Jornada* un día después, niños y mujeres que se encontraban en la casa fueron golpeados

durante horas. A otras casas del poblado entraron los policías a robar dinero y alhajas.

Según una versión el operativo fue, en realidad, un ajuste de cuentas entre miembros de la PJF y Bravo Cervantes, quien había sido diputado local. Según otra fuente, la operación se salió de control tras un malentendido con los residentes del rancho que pensaron que todo se trataba de un asalto. El hecho es que la operación policial fue ilegal: no había ni orden de cateo ni de aprehensión que justificara su ejecución; además, tal como sugería la nota anónima, tampoco se encontraron rastros de Camarena. Por si fuera poco, pronto se descubrió que la policía había sembrado varias armas de alto calibre y un kilo de cocaína en el rancho de los Bravo Cervantes con el fin de criminalizarlos.

A pesar de la protesta púbica del entonces gobernador de Michoacán, Cuauhtémoc Cárdenas, nadie investigó la responsabilidad de la masacre ni hubo sospechosos indiciados. Por su parte, los medios de comunicación apenas atrajeron el caso pues tres días después, el 5 de marzo, iba a explotar una bomba: en la parte trasera de la casa de aquel mismo rancho y a pocos metros de la carretera, un jornalero encontró dos cadáveres en proceso de descomposición; estaban a la vista de cualquier persona en una zona que había sido caminada decenas de veces por policías ese día y los anteriores. La tierra en las uñas de los dedos anunciaba una realidad: los cuerpos habían sido desenterrados de otro lugar y llevados, unos treinta días después, a ese misterioso lugar. ¿Por qué el Mareño? ¿Quién había buscado afectar a la familia Bravo Cervantes? Hasta hoy no hay una respuesta.

Por fin se habían encontrado los cuerpos de Zavala y Camarena. La verdadera investigación, sin embargo, apenas estaba por comenzar.

UNA MUERTE QUE LO CAMBIÓ TODO

Es imposible minimizar la importancia del asesinato de Camarena. En muchos niveles lo cambió todo. Son imposibles de rastrear en unas pocas páginas los cambios institucionales y políticos en México y Estados Unidos que siguieron a la muerte del agente. Vale la pena, sin embargo, examinar brevemente los impactos que tuvo el caso en, por lo menos, dos dimensiones: por un lado, la relación entre política y narcotráfico en México, y por otro, la forma de operar de la DEA fuera de sus fronteras. Lo cierto es que ya nada fue lo mismo.

Reconfiguración de la relación entre política y narcotráfico en México

Los acontecimientos inmediatos que siguieron al descubrimiento de los cuerpos de Zavala y Camarena fueron los siguientes: Pavón Reyes fue aprehendido por autoridades federales el 5 de marzo, el mismo día en que se ubicaron los restos del piloto y el agente de la DEA en el rancho el Mareño. Estuvo cuatro años preso.

Una vez que salió de la cárcel, Pavón Reyes se convirtió en algo así como en el ejemplo de la corrupción institucionalizada en México. La DEA intentó, por todas las vías, hacerlo responsable del fracaso de la operación para rescatar a Camarena y de la fuga de Caro Quintero. En venganza, todavía en 1995, la DEA pujó por su detención ilegal —de la misma manera que lo hizo con otros sospechosos del caso— para llevarlo y juzgarlo en Estados Unidos. Se le ubicó erróneamente en Italia. Afortunadamente para él, las autoridades encargadas equivocaron su objetivo y detuvieron en Italia a un homónimo suyo que resultó ser un turista chileno.[29] El ruido de ese desliz prendió las alarmas del verdadero Pavón Reyes, que solicitó la protección del gobierno ante un posible acto de secuestro, similar al que sucedió con el doctor Álvarez Machaín y cuyo caso revisaremos con atención en el siguiente capítulo.

Poco menos de dos meses después del secuestro de Camarena y uno después de la aprehensión de Pavón Reyes, el 4 de abril de 1985 fue detenido Caro Quintero en una mansión a pocos kilómetros de San José, la capital de Costa Rica. Aunque el arresto de Caro fue materializado por la policía costarricense, este se logró gracias a información recabada por la DEA. Unos días después aterrizó en el Reclusorio Norte de la Ciudad de México donde pasó 28 largos años en prisión hasta 2013, fecha en que fue misteriosamente liberado por una extraña resolución de un tribunal de Jalisco. Cuando escribo este libro, Caro Quintero es prófugo de la justicia y la DEA ofrece veinte millones de dólares a cambio de información que conduzca a su segunda captura.

El encargado de traer de vuelta a Caro Quintero desde Costa Rica fue Florentino Ventura, un exfuncionario de la DFS que en 1960 había comenzado a trabajar en la PJF. Famoso por torturar prisioneros, Ventura había hecho carrera en la PJF hasta llegar a ser primer comandante, así como líder el grupo de la PJF encargado para la detención de narcóticos en el aeropuerto de la Ciudad de México. La caída de Pavón Reyes le permitió a Ventura hacerse también del control de la investigación del caso Camarena por un corto periodo. Como otros inmersos en el caso, su futuro no fue deslumbrante: Florentino Ventura murió misteriosamente en septiembre de 1988. Según la versión oficial, Ventura se suicidó tras matar a su esposa y a otra mujer.

Durante el resto del primer semestre de 1985 "cayeron" varios funcionarios importantes. Uno de los principales señalados fue el extitular de la DFS, José Antonio Zorrilla Pérez, acusado tan pronto como en mayo de ese año por la DEA de haber autorizado las credenciales de la corporación policiaca a Rafael Caro Quintero, Ernesto Fonseca y Miguel Ángel Félix Gallardo.[30] Zorrilla Pérez había dejado su posición en la DFS y se había apuntado como candidato a diputado federal para las elecciones de julio de ese año. Niño estrella

entre el priismo nacional, su máximo sueño era llegar a la presidencia de México en 1988 o a más tardar en 1994. En lugar de eso, fue detenido en 1989 tras ser señalado como autor intelectual del asesinato del periodista Manuel Buendía ocurrido en mayo de 1984 y por el cual fue sentenciado a 35 años de prisión. También en 1989 fue detenido, finalmente, Félix Gallardo en Guadalajara. La captura la realizó un viejo conocido suyo y con quien había estado en contacto en los últimos años: Guillermo González Calderoni (véase el siguiente capítulo).

Si bien no todas fueron perseguidas, además de Zorrilla fueron destituidas otras figuras importantes de la PJF y de la DFS: Francisco Sahagún Baca, Alberto Arteaga García y Carlos Aceves Fernández. Miguel Aldana Ibarra, el exjefe de la oficina de la Interpol en México, no solo tuvo que dejar su cargo: también resultó sospechoso de haber dejado escapar al hondureño Juan Ramón Matta Ballesteros de una arresto seguro en febrero de 1985. Aldana Ibarra tuvo, hasta el día de su muerte en 2021, una solitud de aprehensión por parte de la DEA.

El caso Camarena provocó, pues, una reconfiguración de nombres y perfiles al frente de las principales corporaciones policiales de México. La principal víctima del caso Camarena fue, sin embargo, la Dirección Federal de Seguridad, una corporación que a pesar de no tener *de jure* funciones antinarcóticas, solía extralimitar sus funciones —siempre amplísimas y difusas— a prácticamente cualquier campo. Como ya lo ha apuntado Sergio Aguayo, no existe ni decreto oficial ni fecha que permita ubicar la fundación de la DFS, aunque probablemente se haya creado entre el último mes de 1946 y los primeros de 1947. La DFS fue, acaso, la máxima expresión de lo que Gabriel Zaid llamó el "dinámico mercado de compraventa de obediencia y buena voluntad" en el que se había convertido el sistema político en México al inicio de la administración del *Cachorro de la Revolución*, Miguel Alemán Valdés. Durante décadas la DFS fue

uno de los principales mecanismos coercitivos del régimen, así como una "entidad omnipotente y omnipresente en la vida del país y vigilante, sobre todo, de cuanto hacían y decían los mexicanos de oposición y sus organizaciones".[31] Aunque su socio natural en México era la CIA y no la DEA, los directores de la DFS mantuvieron siempre relaciones fluidas con la DEA y, en particular, con sus burócratas de la oficina en Ciudad de México. ¿Sabían estos que exagentes de la DFS cómo Rafael López Chao y Rafael Aguilar Guajardo habían dirigido, hasta hace muy poco, el paso de droga por las plazas de Mexicali, Monterrey, Nuevo Laredo y Ciudad Juárez sin apenas oposición? ¿Sabían en la DEA que *charolas* de la DFS pululaban entre industriales, sindicalistas, periodistas, políticos y narcotraficantes de México? Dos respuestas que no se contradicen: sí, lo sabían, y no, no les importaba demasiado. Hasta que les empezó a importar.

La —aparente— indestructible institución que en los primeros años de la década de los años ochenta había pasado a tener de 459 efectivos en 1977 a más de tres mil en 1984 fue disuelta por acuerdo presidencial en noviembre de 1985.[32] Es fácil decirlo pasados los años, pero es casi imposible imaginar que alguna otra fuerza, suceso o proceso político hubiera llevado a la disolución de la DFS. Pues bien, Camarena pudo; de ese tamaño fue el impacto de la tortura y asesinato del agente de la DEA.

La disolución de la DFS provocó, entre otras cosas, un reacomodo importante en la búsqueda de otras instituciones estatales por apropiarse de las rentas ilegales del mercado de drogas. Los agentes de la DFS no desaparecieron del mapa, solo se reacomodaron en otras corporaciones a lo largo y ancho del país, en particular en las delegaciones estatales de la PJF que vieron su presupuesto crecer de manera dramática en los siguientes años.[33] Las prácticas se mantuvieron; solo cambiaron los lugares de operación. De manera análoga a como lo plantea la ley de la conservación de la energía en

México: *los circuitos criminales no se crearon ni se destruyeron, solo se transformaron*. Ello provocó mayores disputas territoriales, precarios equilibrios de poder imposibles de mantener en el largo plazo y el nacimiento de organizaciones criminales con nexos cada vez más difusos con el poder central. Los así llamados Cártel de Sinaloa, Cártel del Golfo, Cártel de Tijuana y Cártel de Juárez comenzaron una serie de guerras fratricidas cuyas penúltimas batallas —con otros nombres, otros perfiles, otros muertos— se siguen peleando aún hoy. ¿Habría cambiado el derrotero del narcotráfico en México sin la muerte de Camarena? Probablemente no, pero es imposible no reconocer que la tortura y la muerte del agente Camarena aceleró un proceso que nadie, absolutamente nadie, estaba listo para recorrer. El asesinato de Camarena aceleró el tiempo y al hacerlo, en más de un sentido, nos regresó a la barbarie.

Los agentes de la DEA en México: ya nada fue igual

Las ondas sísmicas del temblor ocasionado por la muerte de Camarena se sintieron más allá de México. El epicentro no estuvo en Guadalajara o Ciudad de México, sino en Washington D. C. Fue allá, en la capital de Estados Unidos, donde la tortura del agente acarreó consecuencias estructurales y facilitó dos cosas: el discurso fácil contra el uso de drogas que abanderaba la administración de Ronald Reagan y la avalancha de recursos hacia la DEA.

El caso tenía todos los ingredientes necesarios para volverse un escándalo. Para comenzar, se trató del primer asesinato de un agente de la DEA fuera de Estados Unidos. Es verdad que había algunos antecedentes: la misteriosa muerte de George Emrich en Acapulco, el accidente aéreo de dos agentes de la DEA en 1974 o el secuestro en Colombia de los agentes Charlie Martínez y Kelly McCullough. Todos esos episodios, sin embargo, palidecían ante el

de Camarena. Además, había otro componente: más allá del asesinato, estaba la forma: las tres autopsias que se realizaron al cuerpo de Camarena revelaron una tortura larga, cruel y dolorosa. La forma de morir sí era del todo inédita. Y eso nunca lo iban a perdonar en Washington D. C.

Al funeral de Camarena en Calexico asistieron cientos de personas, incluyendo decenas de funcionarios de agencias federales de todo Estados Unidos, políticos de medio pelo que buscaron sin suerte una fotografía con la viuda.

A las pocas semanas se crearon a lo largo y ancho de Estados Unidos grupos que juraban "vivir y pelear" por un "mundo sin drogas". Camarena empezaba, así, a convertirse en un potente símbolo para avanzar agendas políticas bien definidas. En ese contexto se creó la Red Ribbon Week, un conjunto de eventos organizados a escala nacional por la DEA de una semana de duración que cada octubre "celebra" la vida de Camarena.

Nancy y Ronald Reagan olfatearon muy bien la oportunidad y se montaron en el movimiento por "honrar" la vida de Camarena. Unos años antes, con fines electorales, ambos habían creado la campaña *Just Say No*, un slogan del que Nancy era protagonista. La muerte del exagente de la DEA potenció la campaña. Son míticas las fotos de Nancy Reagan y la viuda de Camarena repartiendo cintas rojas a niños y adolescentes de todo el país. Lo hicieron por años.

En los meses que siguieron a la muerte de Camarena desde la Casa Blanca se agudizó aún más el discurso de la guerra contra las drogas: en 1986 la administración de Reagan declaró el tráfico de drogas como una amenaza a la seguridad nacional (National Security Directive 221), y, poco después, anunció la "política de certificación", uno de los mecanismos de presión con los que Washington pretendió influir descaradamente en la política de drogas de toda América Latina.[34] La embajada de Estados Unidos, por su parte, suspendió por varios meses las visas a ciudadanos mexicanos durante el primer semestre de 1986.

Más allá del uso político del caso Camarena por parte de la nomenclatura del Partido Republicano, el principal impacto de la muerte del exagente estuvo en la manera en que potenció a la DEA en tanto burocracia todopoderosa. Cuesta escribirlo pero es verdad: hay muertes que traen buenas noticias; la de Camarena trajo excelentes noticias a la lógica burocrática de la DEA.

El contexto es importante: a principios de la década de los años ochenta la DEA estuvo cerca de desaparecer; parte de sus funciones habían sido absorbidas por el FBI y la agencia estaba siendo profundamente cuestionada por su falta de eficacia y uso de recursos. Después del asesinato de Camarena nunca nadie se volvió a atrever a discutir los millones de dólares que, prácticamente sin supervisión legislativa, se entregan anualmente a la DEA.

Ofrecer carretadas de dinero se convirtió en una estrategia política ganadora para todos los congresistas estadounidenses. Así, entre 1984 y 1990, la DEA duplicó su presupuesto; con esos fondos la agencia logró la contratación de unos mil quinientos agentes en apenas un lustro.[35] El incremento presupuestal también se manifestó en la creación de nuevas oficinas en territorio mexicano y en el apuntalamiento de las ya existentes. Así, por ejemplo, la oficina de la DEA en Guadalajara, que antes de 1985 tenía apenas ocupadas tres o cuatro posiciones permanentes, terminó el año con la aprobación de una docena de nuevas plazas. Además, mejoraron los salarios, las condiciones laborales y el *status* de los agentes viviendo fuera de Estados Unidos. Héctor Berrellez, a quien conoceremos en el siguiente capítulo, llegó a vivir en 1987 en una mansión en Mazatlán con alberca olímpica, cancha de tenis y jardín en el que vivían animales salvajes. Además, contaba con cocinero, empleada doméstica y chofer. La austeridad había terminado para siempre. Los agentes se habían convertido en virreyes.

Hubo otro cambio. En 1986 una nueva ley (Anti-Drug Abuse Act) relajó la prohibición (Mansfield Amendment) que impedía a policías

estadounidenses participar en arrestos en países extranjeros.[36] Con ello se liberaban los propios agentes de la DEA de una directriz que limitaba su forma de operar en México y que, a la postre, permitiría la cacería en nuestro país de los sospechosos de haber asesinado a Camarena en los años siguientes: la famosa Operación Leyenda. Durante los años siguientes los agentes de la DEA estuvieron exentos de las limitaciones habituales. Hicieron lo que quisieron: desde dirigir el secuestro de ciudadanos mexicanos hasta proteger a policías en casos de desaparición y asesinato de personas. Quien mejor representa la libertad con la que operaron los agentes de la DEA tras el asesinato de Camarena es el agente Héctor Berrellez.

CAMARENA, EL MITO

¿Por qué se convirtió Camarena en un objetivo del narcotráfico en México? Nunca lo sabremos con exactitud. Sí sabemos, en cambio, que la versión que vincula directamente el secuestro de Camarena con los sucesos del rancho El Búfalo en Chihuahua es equivocada. Podemos decir, casi sin lugar a dudas, que la venganza de Caro Quintero, Félix Gallardo y Ernesto Fonseca no tiene que ver con aquel acontecimiento.

A partir de las cintas del interrogatorio al que fue expuesto el exagente y de lo investigado para este libro podemos concluir que lo más probable es que Camarena haya tenido la mala fortuna de representar, por sí mismo, los males que aquejaban a los narcotraficantes sinaloenses en Guadalajara. Sí, el torturado y asesinado fue Enrique Camarena, pero bien pudo ser Roger Knapp, cuyo auto fue baleado, o James Kuykendall, hostigado más de una vez en los meses previos, o algún otro agente que hubiera estado en el lugar y en el momento incorrectos —tal como les sucedió a los

turistas estadounidenses o a los testigos de Jehová desaparecidos a finales de 1984.

Es imposible no leer, incluso décadas después, el caso Camarena con algo de frustración. Desde cualquier punto de vista, se trata de un caso sobredimensionado y con efectos que trascienden por mucho la muerte de un simple agente antinarcóticos. Así se leyó, también, en su momento, por jefes policiacos y otros funcionarios públicos en México.

Cada vez que había la posibilidad, por aquí y por allá, se recordaba cómo en el periodo 1980-1985 habían muerto en México al menos cincuenta policías vinculados a tareas antinarcóticos.[37] En pleno escándalo por el descubrimiento de los cuerpos de Camarena y Zavala se dio a conocer que otros cinco agentes judiciales de Tamaulipas habían sido asesinados por una banda de narcotraficantes apenas ese fin de semana.[38] ¿Cuánta atención iban a recibir? ¿Cuánto vale y cuanto valía la vida de un extranjero comparada con la de un nacional? El hermano del capitán Zavala, en una entrevista para *Proceso*, tuvo las palabras precisas para describir la doble vara con la que se medían las vidas de unos y otros: "Ni México es culpable de que haya malos mexicanos, ni Estados Unidos es culpable de que tantos millones de estadounidenses sean drogadictos. Pero cuando se trata de uno de ellos, es héroe: cuando se trata de Juan Pérez, es otra cosa".[39]

Así es. Así fue. Mientras, el nombre de Enrique Camarena quedará siempre tallado en los grandes murales de la Historia (con H mayúscula), los Juan Pérez de México continuarán llenando de sangre las calles de México; de ese tamaño es la injusticia de la guerra contra las drogas.

[1] Benjamin T. Smith, *The Dope: The Real History of the Mexican Drug Trade* (Londres: Ebury Press, 2021).

[2] H. G. Reza, "INS to Deport Camarena's Brother: Slain DEA Agent's Kin Has a History of Drug Addiction", *Los Angeles Times*, 19 de diciembre de 1986.

[3] Véase, por ejemplo, el documental producido por DEA Museum, *Remembering Kiki: Through the Eyes of his Family, Friends, & Colleagues*, 2021. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=RFRGBQdw9Gg&t=1491s.

[4] Retomo esto de la descripción que hace Kuykendall. Véase James Kuykendall, *O Plata o Plomo? Silver or Lead?* (Bloomington: Xlibris Corp, 2006), 276.

[5] Una narración algo exagerada del secuestro de Charlie Martínez y Kelly McCullough fue producida por National Geographic en 2016.

[6] Peter Dale Scott y Jonathan Marshall, *Cocaine Politics: Drugs, Armies, and the CIA in Central America* (Berkeley: University of California Press, 1991), 37.

[7] Este y los siguientes párrafos están basados en mi investigación sobre el Cártel de Guadalajara realizada junto a Jack Pannell. Una versión completa de la misma puede encontrarse en Carlos A. Pérez Ricart y Jack Pannell, "El Cártel de Guadalajara nunca existió", Noria Research, noviembre de 2021.

[8] Smith, *The Dope*; Jack Pannell, "'Cartels' in Mexico: The Origins of a Categorization" (tesis de maestría, University of Oxford, 2020); Astorga, *Drogas sin fronteras*; Diego Enrique Osorno, *El cártel de Sinaloa: Una historia del uso político del narco* (México: Grijalbo, 2009).

[9] Para un ejemplo de esta narrativa en la esfera académica: Peter A. Lupsha, "Drug Lords and Narco-Corruption: The Players Change but the Game Continues", *Crime, Law & Social Change* 16 (1991): 41-58. Para un ejemplo en la esfera periodística: Anabel Hernández, *Los señores del narco* (México: Grijalbo, 2010).

[10] Smith, *The Dope*, cap. IX.

[11] James Kuykendall, "DEA Report of Investigation", 12 de marzo de 1984.

[12] Enrique S. Camarena, "DEA Report of Investigation", 4 de mayo de 1984.

[13] Enrique S. Camarena, "DEA Report of Investigation", 13 de enero de 1984. Véase también Enrique S. Camarena, "DEA Report of Investigation", 14 de mayo de 1984.

[14] Kuykendall, *O Plata o Plomo? Silver or Lead?*, 258.

[15] Véase Enrique S. Camarena, "DEA Report of Investigation", 24 de enero de 1985.

[16] Kuykendall, *O Plata o Plomo? Silver or Lead?*, 39.

[17] Fernando Ortega Pizarro, "La operación antidroga, un espectáculo, pero no se tocaron las raíces", *Proceso*, 19 de noviembre de 1984.

[18] Ortega Pizarro, "La operación antidroga, un espectáculo, pero no se tocaron las raíces".

[19] Ortega Pizarro, "La operación antidroga, un espectáculo, pero no se tocaron las raíces".

[20] *Proceedings Had before the Grand Jury of the United States, in and for the Central District of California, at United States District Courthouse*, 31 de enero de 1990.

[21] Kuykendall, *O Plata o Plomo? Silver or Lead?*, 44.

[22] Kuykendall, *O Plata o Plomo? Silver or Lead?*, 90.

[23] "'Me quieren secuestrar', denuncia el excomandante Pavón Reyes, y cuenta entretelones del caso Camarena", *Proceso*, 22 de octubre de 1995.

[24] Jorge Castañeda, "Washington y Gavin, ya en la línea dura, jaquean a México", *Proceso*, 25 de febrero de 1985.

[25] Mary Thornton, "Three Held in DEA Agent's Disappearance: Mexico Orders Probe into Charges Police Aided Another Key Suspect", *Washington Post*, 26 de febrero de 1985.

[26] Rafael Rodríguez Castañeda, "De la legal Operación Janos, a la delictuosa Operación Padrino", *Proceso*, 2 de marzo de 1985, 16.

[27] Rodríguez Castañeda, "De la legal Operación Janos, a la delictuosa Operación Padrino".

[28] Rafael Rodríguez Castañeda, "La intromisión de agentes de Washington en México vulnera la Constitución", *Proceso*, 4 de marzo de 1985.

[29] "'Me quieren secuestrar', denuncia el excomandante Pavón Reyes, y cuenta entretelones del caso Camarena".

[30] Fernando Ortega Pizarro, "El excandidato era distribuidor de dinero a altos niveles", *Proceso*, 1 de junio de 1985.

[31] Raúl Jardón, *El espionaje contra el movimiento estudiantil: Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias estadounidenses en 1968* (México: Ítaca, 2003), 15.

[32] La cifra la obtengo de Camilo Vicente Ovalle, *[Tiempo suspendido] Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980* (México: Bonilla Artigas, 2019), 86.

[33] Víctor Hugo Carvente Contreras, *Reestructuraciones de órganos y funciones de combate al tráfico de drogas. Procuraduría General de la República (1952-2012)* (México: Instituto Nacional de Administración Pública, 2014), 192.

[34] Mónica Serrano, "Unilateralism, Multilateralism, and US Drug Diplomacy. The Politics of the Certification Process in Latin America", en *Unilateralism and U.S. Foreign Policy*, ed. por Yuen Foong Khong y David Malone (Boulder: Lynne Rienner Publishers, 2003), 117-136.

[35] Véase Drug Enforcement Administration, Budget Trend Data, https://www.justice.gov/archive/jmd/1975_2002/2002/html/page100-103.htm

[36] Andrew B. Campbell, "The Ker-Frisbie Doctrine: A Jurisdictional Weapon in the War on Drugs", *Vanderbilt Journal of Transnational Law* 23, núm. 2 (1990): 424.

[37] Miguel Cabildo, "En Estados Unidos se promueven presiones económicas y la Procuraduría niega que México sea trampolín de droga", *Proceso*, 25 de febrero de 1985.

[38] Redacción, "El narcotráfico sacó al sol incapacidades e inmoralidades oficiales", *Proceso*, 11 de marzo de 1985.

[39] Fernando Ortega Pizarro, "El piloto entregaba informes a Estados Unidos por consejo de policías judiciales", *Proceso*, 18 de marzo de 1985, 11.

Capítulo 8

Héctor Berrellez y la danza de los testigos protegidos

Héctor Berrellez mató por primera vez a un hombre en 1974. Fue en Guadalajara con un cuerno de chivo recortado. Berrellez no llevaba ni un año en la DEA y ya tenía un primer cadáver en su cuenta: un presunto narcotraficante mexicano cuyo nombre no conocía ni llegó a conocer.[1] Sucedió en una redada preparada por agentes de la DEA y policías mexicanos contra vendedores de amapola y marihuana de la región. Algo salió mal: un infiltrado dio el pitazo y comenzó un enfrentamiento que dejó muertos y heridos en uno y otro bando. Por aquel entonces, Héctor Berrellez acababa de ser reclutado por la oficina de la DEA en Arizona y apenas imaginaba que el resto de su vida como policía antinarcótico estaría vinculado a México. Matar a su primer hombre le dolió; los que le siguieron —según sus propias palabras— le dolerían cada vez menos.[2]

Héctor Berrellez no fue solo un agente antinarcóticos capaz de realizar las más inverosímiles operaciones encubiertas en territorio mexicano durante gran parte de las décadas de los años setenta y ochenta; también fue, a partir de finales de 1989, con 42 años a sus espaldas, el encargado de investigar —y, en más de un sentido, de vengar— el secuestro y asesinato de Enrique Camarena. Desde su oficina en Los Ángeles, Berrellez dirigió un equipo compuesto por una docena de agentes cuyas prácticas son muestra de lo más

abyecto de las actividades de la DEA en México. En lo que hizo y permitió Berrellez se sintetiza mucho de la perfidia con la cual las agencias antinarcóticos de Estados Unidos se condujeron hacia México durante décadas. Como veremos a continuación, el paso del agente por México no solo puso en jaque la relación bilateral entre nuestro país y Estados Unidos, también tuvo repercusiones políticas que todavía duran hasta hoy.

En este capítulo utilizo la figura de Héctor Berrellez no solo para explorar la personalidad de uno de los agentes más excéntricos y controvertidos de la DEA; describo su figura y contexto para inquirir sobre un tema en el que no he profundizado hasta ahora: el tipo de relación que suelen construir los agentes de la DEA con sus informantes en México.

El tema del reclutamiento, trato y protección a informantes, así como su posible reconversión en testigos protegidos, es uno de esos asuntos que escuece cada tanto la relación entre los dos países. Como este capítulo documenta, Berrellez, en su condición de líder de la Operación Leyenda —el esfuerzo estadounidense por aclarar lo sucedido en el secuestro de Enrique Camarena— reclutó a decenas de informantes, algunos de los cuales se convirtieron en testigos protegidos, que habían estado directa e indirectamente coludidos en el secuestro y asesinato del agente de la DEA.

Héctor Berrellez reclutó y garantizó impunidad a personajes que podrían haber terminado en la silla de los acusados. Y viceversa: acusó con encono y se obstinó en castigar a individuos que bien podrían haber cumplido el perfil de testigos protegidos. Nuestro protagonista actuó, más que como policía de investigación, como juez todopoderoso.

Gran parte de este capítulo se basa en la investigación que Berrellez hace del secuestro y asesinato de Camarena, misma que se analiza como una metáfora de las contradicciones de la justicia estadounidense. Argumento que este caso ofrece un excelente

mirador para observar el papel de dioses que toman los agentes de la DEA cuando se trata de decidir sobre la vida y muerte de otras personas. La guerra contra las drogas es, como se ve, también una guerra arbitraria y parcial en la que las víctimas no son siempre las mismas, pero nunca dejan de ser las de siempre.

El capítulo desarrolla un segundo tema que está presente a lo largo del libro, pero sobre el cual no se había ahondado demasiado: el de la supuesta —y acaso no tan supuesta— participación de la CIA en el tráfico de drogas en México en la década de los años ochenta, así como en el asesinato de Camarena. Acusar a la CIA de ambas cosas se ha convertido en la obsesión de Berrellez en la última década. ¿Tienen sustento las afirmaciones de Berrellez? ¿Hay razones para pensar que, como él dice, la DEA en México fue cooptada por la CIA para permitir el trasiego de cocaína proveniente de Colombia? ¿Fue el asesinato de Camarena la única forma que encontró la CIA para evitar que esta información saliera a la luz pública? O, por el contrario, ¿se trata todo de una teoría de conspiración sin apenas fundamentos? Sobre estas preguntas girará el final de este texto.

El capítulo, como el resto del libro, abreva de informes policiales, transcripciones de entrevistas, testimonios en audiencias judiciales, así como fuentes secundarias y hemerográficas variadas. Además, toma las memorias de Héctor Berrellez —publicadas apenas en 2020 — como guía para explorar aspectos de su vida privada otrora no revelados.

¿Quién es Héctor Berrellez?

Como muchos agentes de la DEA, Berrellez es nieto e hijo de mexicanos. Su relación con México es algo que siempre lo incomodará: aunque dice venir de una estirpe de españoles

arraigados en el norte de México por más de un siglo y a los que el mestizaje "nunca los tocó", lo cierto es que, para muchos, Berrellez es un mexicano más radicado en el sur de Estados Unidos. La ambivalencia de ser y no ser —tan propia de los policías *chicanos*— constriñó su visión de México como la de un sitio que repudia, pero del que no puede salir. México es ese lugar que para mantener lejos es preciso conservar cerca.

Los agentes binacionales de la DEA —*rara avis* hasta finales de la década de los años sesenta— tenían y tienen una dualidad que los hace ser tan preciados como temidos. Por un lado, su aspecto étnico y capacidades lingüísticas son oro para la DEA. Ellos pueden, mejor que nadie, operar de manera encubierta con casi completa libertad de un lado a otro de la frontera. Berrellez, como Camarena y tantos otros, podía moverse en círculos vedados para los típicos agentes anglosajones de la DEA. Por otro lado, existe —y esto me lo han confirmado algunos agentes entrevistados para la escritura de este libro— la idea de que estos agentes, precisamente por su *mexicanidad*, resultan siempre sospechosos de corrupción y potencialmente capaces de traicionar a sus colegas. No importa cuántos méritos tengan; muchos de sus jefes no meterían las manos al fuego por ellos. Los estereotipos son más potentes de lo que imaginamos.

Héctor Berrellez nació y creció en Tucson, Arizona. En 1966 se matriculó en la Universidad de Arizona; ingresó al Ejército estadounidense en 1968 y fue enviado a una base militar en Corea del Sur. Un año después volvió a Estados Unidos, donde trabajó en la sección antinarcóticos del Departamento de Policía del Sur de Tucson, antes de ingresar formalmente a la DEA en 1973. En la agencia trabajó durante 27 años hasta 1996, año en el que se retiró malamente por temas directamente relacionados con el corazón de este capítulo.

En 2021, cuando escribo este libro, Héctor Berrellez tiene 74 años. Hoy, como antes, no es un tipo de traje y corbata. En él todo es excesivo: las hebillas doradas del pantalón, la barbilla cerrada, su forma de montar a caballo, el sombrero ranchero, el pesado reloj de oro en la muñeca izquierda, las camisas de colores oscuros sin abrochar. Incluso su español, que por momentos da la finta de naturalidad, pero que a los pocos segundos resulta forzado y hace retumbar nuestro oído; no hay matices ni pausas de aire. Su frente es ancha y sus ojos breves se pierden en el pasado de tiempos mejores a punto de ser olvidados. En los 23 años que trabajó para la DEA, Berrellez presume haber participado en cuatrocientas operaciones subrepticias y haber llevado a cientos de narcotraficantes a la cárcel.[3] A juzgar por las cicatrices de su cara, algo de eso debe ser verdad. A juzgar por su bravuconería, mucho de eso debe ser mentira.

Entre 1974 y 1987 Berrellez trabajó en Arizona como agente encubierto. Su dominio del español y sus contactos familiares lo llevaron, quizás en mayor grado que a sus colegas, a participar en operaciones encubiertas en México similares a la descrita al inicio de este capítulo. ¿Cuántos hombres mató? ¿Cuántos kilogramos de droga ayudó a confiscar? Imposible saberlo: se trata de eventos de los que apenas tenemos anécdotas.

De la vida de Héctor Berrellez nos interesa más el periodo que va de finales de la década de los ochenta a principios de la década de los noventa: la etapa en que su trabajo lo llevó a interesarse más en México; primero como agente antinarcóticos en Mazatlán (1987-1989) y después como jefe de la Operación Leyenda (1989-1994).

Primera estancia permanente en Mazatlán (1987-1989)

Después de más de una década anclado a una oficina en Arizona, en 1987 Berrellez obtuvo su primer cargo de dirección importante. En 1987 fue promovido a agente residente en cargo (RAC) de la oficina de la DEA en Mazatlán. ¿Qué significa eso? Asumir la representación de la DEA en uno de los enclaves centrales del narcotráfico en México, así como en el lugar de nacimiento o residencia de muchos de los principales líderes del tráfico de drogas en el país.

Dos años después del asesinato de Enrique Camarena, las condiciones de los agentes de la DEA en México habían cambiado mucho. La precariedad en la que vivían Camarena y sus colegas al inicio de la década había dado un giro de 180 grados. Ahora todo era diferente. En Mazatlán, Berrellez vivió, según su propia biografía, en una mansión de unos cinco mil metros cuadrados con alberca olímpica y cancha de tenis; presume haber tenido a su disposición chofer, cocinero, empleada doméstica, y hasta un zoólogo encargado de la vida de los animales salvajes que vivían en su jardín —monos araña incluidos.[4]

Su vida de lujos en Mazatlán no solo contrastaba con la de sus colegas unos pocos años atrás en México, sino con la relativa austeridad con la que el propio Berrellez se había visto obligado a vivir en Arizona. Ir a México bien podía ser peligroso, pero en la costa del océano Pacífico se podía vivir como rey. Una cosa era cierta: la sombra de Camarena había convertido a los agentes de la DEA en pequeños caciques con infinitos recursos a su disposición.

Como para el resto de los agentes de la DEA en el extranjero, la función oficial de Berrellez era servir como enlace con los principales mandos policiales de la zona, odiosa tarea para quien ya entonces pensaba —y sigue pensando— que trabajar con la policía mexicana era equivalente a "trabajar directamente con los cárteles de la droga". La premisa principal que repite a quien quiera escucharla no deja lugar a dudas sobre la visión que tiene de México: "allá todo es corrupto".[5]

De su tiempo en Mazatlán, Berrellez rememora —o dice rememorar— un evento que deja al descubierto la extraña relación que mantenían los agentes de la DEA con la policía mexicana. Una mañana, apenas unos días después de llegar a Sinaloa, Berrellez fue buscado por uno de los jefes policiales del estado. Aquel comandante —de quien omite su nombre y corporación específica— lo citó esa misma tarde en el aeropuerto de Mazatlán para que Berrellez supuestamente participase en el interrogatorio de tres presuntos traficantes detenidos por trasiego de marihuana apenas el día anterior. Complacido por la invitación, que para Berrellez no era sino un signo de buena voluntad, nuestro protagonista acudió contento a la cita.

Para su sorpresa, el interrogatorio no se llevó a cabo en los hangares del aeropuerto o en alguna oficina aledaña, sino en una avioneta de doble hélice en la cual lo esperaban, ya sentados, además del comandante, los tres detenidos y dos soldados. Berrellez, contrariado y sin saber muy bien qué hacer, subió a la avioneta tal como se le indicó. Volaron hasta los treinta mil metros y, cuando se perdieron de vista las montañas de Sinaloa y todo lo que se podía observar era mar, el comandante rompió el incomodo silencio de la cabina y, dirigiéndose a los detenidos, preguntó: "¿Dónde están? ¿Dónde están los plantíos de marihuana?". Por varios segundos solo se escuchó el sonido de las hélices rompiendo el viento. Fue tanto el silencio al interior de la cabina que el comandante ordenó a uno de los soldados abrir una de las compuertas de la avioneta y, señalando dramáticamente a uno de los tres acusados, ordenó que lo arrojaran fuera.[6] Así se hizo. Una vez que la avioneta se estabilizó tras la entrada de oxígeno, el comandante, ya con voz más suave, volvió a preguntar: "Ahora bien, ¿quién más quiere nadar?".

Si la historia es falsa o verdadera nunca lo sabremos. La interpretación que Berrellez le da a este acto en su biografía es, sin embargo, de llamar la atención: según él se trató de la "bienvenida a

México" que aquel comandante ofrecía a Berrellez, y no un ejercicio puntual de represión. Por medio de ese acto el comandante le mostraba al agente de la DEA su implacabilidad y dureza: a través de Berrellez enviaba un mensaje a Washington sobre la forma en que se ejercitaba el poder en la región. De ser una historia verídica, lo que para el agente solo es una anécdota más en su biografía, puede ser una importante pista documental para inquirir sobre la existencia, tan tarde como en 1987, de "vuelos de la muerte" en México, una práctica relativamente usual en la década de los años setenta por personal castrense en México.[7]

Las historias de Berrellez en Mazatlán no terminan ahí. El exagente recuerda cómo un tal coronel Montenegro, con quien Berrellez mantenía una relación de relativa cercanía, le llamó una madrugada por teléfono a su mansión para pedirle que fuera inmediatamente a una carretera a las afueras de Mazatlán a "escribir un reporte" sobre lo acontecido en una supuesta balacera hacía solo unos pocos minutos. Berrellez se vistió rápidamente y apuró el automóvil hasta llegar al sitio acordado. Al llegar a la carretera, Berrellez no tardó en darse cuenta de cómo los cuerpos de seis personas tirados en el pavimento no solo no tenían zapatos, sino que compartían una característica común: todos tenían un tiro de gracia en la cabeza. Incluso el menos avezado de los policías podía llegar por sí mismo a una conclusión: ahí había ocurrido una ejecución, no una balacera.

La tarea que le pedía Montenegro al agente de la DEA no era la de escribir un reporte sobre lo que *realmente* había ocurrido, sino corroborar, en su condición de supuesto testigo, la historia que el coronel había ya comunicado a sus superiores y que pronto se filtraría a la prensa: a saber, que los hombres a su mando habían repelido un ataque; Berrellez debía confirmar que se trataba de una balacera en la que cual los "malos" se habían enfrentado a los "buenos" y, curiosamente, los "buenos" habían ganado seis a cero —

un tipo de narración que, por lo demás, comenzó a ser cada vez más frecuente a partir de 2006.

Berrellez entendió la indirecta; encubrió a Montenegro y escribió el reporte. De forma separada y en secreto, dice haber enviado otro documento a la DEA en el cual comentaba sus sospechas de lo verdaderamente acontecido. Satisfecho consigo mismo, Berrellez dice que su jugada le permitía "tener una carta con la cual jugar en el futuro". Ahora el coronel le debía un favor que iba a ser utilizado en otro momento.[8] Del verdadero motivo de la muerte de aquellas seis personas era mejor no hacer demasiadas preguntas. El encubrimiento de ejecuciones extrajudiciales por parte de agentes extranjeros no es, como esta historia demuestra, una práctica tan antigua como escandalosa.

Del resto de la estancia de Berrellez en Mazatlán sabemos poco. Su biografía está llena de historias difíciles de probar; algunas de ellas, al ser contrastadas con otras fuentes, parecen, sin embargo, acercarse a la verdad. Es el caso de la supuesta participación de Berrellez, de la mano del Ejército mexicano, en un operativo que tuvo lugar en un Sanborns en Guadalajara, Jalisco.

La historia va más o menos así: en el famoso restaurante desayunaba con un informante el objetivo del operativo: un tipo conocido como el Cuchillo, mano derecha de Manuel Salcido Uzeta, alias el Cochiloco, uno de los principales narcotraficantes de la época. La idea era grabar, por medio de un micrófono escondido, las palabras que el Cuchillo confesaba al policía encubierto y en las que, con suerte, iba a desprenderse la ubicación del Cochiloco. Tras un par de horas de espera y harto de observar una reunión que, comenzaba a imaginar, no llevaría a nada, Berrellez dice haberse armado de valor y, contra todo el plan y sin permiso de los mandos militares, caminado hacia la mesa del informante. Sin llamar la atención de las familias que ahí desayunaban, colocó la pistola en la costilla del Cuchillo y lo llevó tranquilamente a la salida para entregárselo ni más ni menos que al famoso general Jesús Gutiérrez

Rebollo, líder del operativo y quien, según esta historia, lo llevó a un sitio desconocido.

Pasaron los minutos. Gutiérrez Rebollo habría vuelto al centro del operativo pero ya sin el informante. Cuando Berrellez le preguntó al general por el paradero del Cuchillo, este sacó de su bolsa el Rolex de oro del informante y se lo entregó a Berrellez: "Él quería que tú te lo quedaras. Ya no lo necesitará más".[9] Según Berrellez, a partir de ahí el agente de la DEA comenzó una relación de amistad con Gutiérrez Rebollo con quien, dice, llegó a compartir cigarros y varios caballitos de tequila,[10] así como a pedirle favores extraoficiales relacionados al secuestro de personas en territorio mexicano para ser llevadas a Estados Unidos.[11] *Quid pro quo* a la mexicana. Del Cuchillo, por supuesto, nunca se supo nada más.

Berrellez no ahorra en detalles cuando se trata de presumir su "extraordinario" valor. El agente cuenta que, en 1988, con ayuda de su amigo Guillermo González Calderoni, comandante de la Policía Judicial, dirigió una redada en un rancho cerca de Navolato, Sinaloa. Estuvo, según relata, al mando de ocho agentes de la DEA armados con pistolas automáticas, así como de una docena de agentes de la PJF con cuernos de chivo. La idea era decomisar cocaína supuestamente almacenada en una casita en un enorme rancho aparentemente abandonado.

Los equipos se prepararon para un operativo sencillo. El informante que había dado el pitazo juró que el rancho estaba abandonado y que, acaso, encontrarían un par de veladores. Tras horas de camino por carreteras secundarias, los policías encontraron el rancho. Para su sorpresa, Berrellez, González Calderoni y sus muchachos fueron recibidos por un carnaval de disparos desde los techos de las construcciones que se expandían a lo largo del rancho; habían caído en una emboscada.

La balacera, cuya narración parece sacada del peor capítulo de *Miami Vice*, duró varias horas hasta que el parque de uno y otro

bando se terminó y Berrellez y los suyos vencieron. Atrás quedaron, en medio de la nada, autos quemados, llantas incendiadas y decenas de heridos; tan solo esa tarde, presume Berrellez, se logró arrestar a 15 pistoleros, así como confiscar veinte toneladas de marihuana y una de cocaína.

¿Verdad o mentira? Admitamos los tonos grises. Aunque Berrellez exagera, documentos oficiales de la DEA, sí refieren que en marzo de 1988, efectivamente, agentes estadounidenses y mexicanos "confiscaron 13 toneladas de cocaína después de una balacera de más de tres horas de duración" en un rancho de Navolato.[12] Se mencionan algunos heridos, incluyendo tres policías mexicanos que Berrellez habría enviado a atenderse a hospitales en San Diego —acción que lo hizo merecedor de un reconocimiento del procurador general de Estados Unidos.

¿Qué rescatamos de todo esto? Que más allá de exageraciones de Berrellez, operaciones parecidas a la descrita líneas arriba sí se realizaban en México de manera constante. Al cotejar con documentos desclasificados tenemos evidencia de varias operaciones verificadas: el arresto de 19 personas y la confiscación de setecientos kilogramos de cocaína, así como de una avioneta en Sinaloa tras una investigación realizada por la DEA y la PJF en agosto de 1988; redadas en Guadalajara realizadas por un equipo de ambas corporaciones en abril de 1988 y que trajeron como resultado la confiscación de 12 toneladas de marihuana; la detención en diciembre de 1987 de los narcotraficantes Miguel Ángel Bátiz Salcido e Ignacio Bojórquez, así como la confiscación de 244 kilogramos de cocaína por parte de otro equipo compuesto por agentes de la DEA y la PJF.[13] Por supuesto, en los documentos oficiales solo aparecen los números que avalan los éxitos de la cooperación. Los muertos, torturados y heridos se olvidaron para siempre: nunca pasaron a los documentos; son una cifra negra más de la guerra contra las drogas.

A partir de las narraciones de Berrellez, así como de los archivos a los que he tenido acceso para escribir este capítulo, es posible señalar que la DEA, a finales de la década de los años ochenta, muy a pesar de la fractura que significó el caso Camarena, continuó trabajando de manera bastante libre en México. ¿Qué quiere decir esto? Que, si bien en las oficinas de la DEA en Washington y Virginia sí se resintió la relación, a escala local se continuó operando con libertad. Lo anterior deja un aprendizaje importante para la situación actual: lo que pasa en la alta diplomacia tiene pocos efectos sobre lo que sucede en el terreno.

La estancia de Berrellez en Mazatlán termina cuando supuestamente dos extraños intentaron secuestrar a su hija y a su esposa en una playa de Mazatlán a finales de 1988. Ante la amenaza —que no sabemos si fue verdadera o no— la DEA decidió que el tiempo de Berrellez en el Pacífico mexicano había llegado a su fin. Berrellez y su familia volvieron a Tucson, Arizona, donde el agente recibiría la tarea que, luego de encumbrarlo, lo terminaría por destruir: la de liderar la investigación del asesinato del agente Camarena.

Operación Leyenda

Todo empezó con una llamada. Era diciembre de 1988. De un lado de la línea estaba Héctor Berrellez; del otro, el administrador de la DEA, John Lawn. El gran jefe de la agencia le pedía a su subordinado, así, sin más, tomar las riendas de Operación Leyenda. Ese encargo cambiaría la carrera y la vida de nuestro protagonista.

Operación Leyenda es el nombre que otorgó la DEA a la unidad de investigación encargada de llevar a la justicia estadounidense a los responsables del asesinato de Enrique Camarena. En rigor, el esfuerzo para encontrar a los culpables del asesinato de Camarena

se formó apenas unos días después de su desaparición en 1985; sin embargo, Operación Leyenda, tal y como la conocemos, se reanimó apenas a finales de 1988 con la llamada de Lawn a Berrellez. ¿Por qué se formó o, mejor dicho, se relanzó Operación Leyenda casi cuatro años después del asesinato de Camarena? Básicamente por dos razones.

En primer lugar, por la frustración que provocaba que, a pesar de muchísimos recursos invertidos, casi cuatro años después del asesinato de Camarena no hubiese en Estados Unidos un solo acusado preso. Aunque Caro Quintero y Ernesto Fonseca ya habitaban en cárceles mexicanas, a principios de 1989 seguían en libertad varios sospechosos del crimen. La lista era larga y la encabezaban Miguel Ángel Félix Gallardo, Rubén Zuno Arce, el Cochiloco, así como el comandante de la PJF, Manuel Ibarra Herrera. El dedo en la llaga —y probablemente el motivo por el cual se apresuró la reactivación de Leyenda— fue un famoso artículo publicado por la revista *Time Magazine* de noviembre de 1988 que tenía a Camarena en portada y hacía ver a la DEA como incapaz de presentar avances en la investigación. La agencia era expuesta como incapaz de procurar justicia incluso para los suyos. A los ojos del círculo rojo, sus agentes eran poco más que un nido de *cowboys* inútiles. Era imprescindible mejorar su imagen pública.

La segunda razón por la cual se reanimó Leyenda fue por la certeza que tenían los estadounidenses de que, a pesar de la presión de su gobierno, el mexicano no avanzaría por sí mismo en la investigación. La interpretación dominante en la administración de G. H. W. Bush era que nadie en México tenía intención de profundizar en el caso. Según esta visión, las autoridades mexicanas no solo eran incompetentes, también eran parte del pacto de silencio que había emergido a partir del secuestro de Camarena. Conforme a esta lectura, México estaba burlándose de Estados Unidos. ¿Hasta cuándo lo iban a permitir?

Ahora bien, ¿por qué, entre todas las alternativas posibles, decidió la administración de la DEA elegir a Berrellez para liderar Leyenda? Por su relación con México. Como ya hemos visto, el inicio y desarrollo de su carrera estuvieron vinculados a México. Si algún agente de la DEA tenía una red de informantes en México, ese era Berrellez; si alguien *conocía bien cómo hacer que las cosas funcionaran* en México, ese era también Berrellez.[14] Nuestro personaje, además, era conocido por su peculiar arrojo y fama de agresivo: su pasado en Mazatlán no había pasado desapercibido en las oficinas de la DEA. Ahora llegaba su momento. Para Berrellez el reto era algo personal.

Ya desde sus años en Mazatlán, Berrellez estaba convencido de que en el relato oficial del caso Camarena algo no cuadraba del todo. Algo no encajaba. Para empezar, le parecía raro que, durante su interrogatorio, a Camarena le hubiesen vendado los ojos. Según Berrellez, quien había presenciado decenas de interrogatorios en México durante su periodo como agente en Mazatlán, era del todo inusual que a las víctimas se les impidiera ver a los captores; la lógica es la siguiente: si igualmente iban a asesinarlo, ¿por qué vendarle los ojos?

El segundo punto que le hacía ruido a Berrellez era que el interrogatorio de Camarena hubiese sido grabado. Si Caro Quintero era el principal interesado en castigar a Camarena y él mismo se encontraba en Guadalajara durante el secuestro del agente, ¿qué necesidad había de grabar todas y cada una de las respuestas del agente? ¿Quién estaba interesado en escuchar las cintas? El tercer y último elemento que hacía dudar a Berrellez de la veracidad del relato oficial era la certeza de que Camarena poco o nada había tenido que ver con la confiscación de marihuana en el rancho El Búfalo, tema que exploramos en el capítulo anterior. Si Camarena no era el responsable de aquella acción, ¿por qué la saña en su contra? No. Algo no encajaba, pensaba Berrellez. Alguien escondía una parte

de la historia. ¿Para qué?, ¿por qué? Pronto tendría la oportunidad de averiguarlo.

Para llevar a la justicia a los culpables del caso Camarena, Berrellez tuvo todos los recursos imaginables a su disposición: unos tres millones de dólares solo el primer año y el apoyo de una docena de agentes de la oficina de la DEA en Los Ángeles.[15] *Grosso modo*, Leyenda tuvo dos etapas: la primera consistió en generar la mayor información posible del caso Camarena; la segunda, llevar, a como diera lugar, a los sospechosos a Estados Unidos para que fueran juzgados en aquel país.

Para la primera etapa, el *modus operandi* de Leyenda fue muy básico: había que buscar, hasta por debajo de las piedras, a los testigos directos e indirectos del caso que hasta ahora, por miedo o desinterés, no habían podido o querido hablar. Había que encontrarlos, interrogarlos y abrir nuevas pistas por donde escudriñar. Para ello, Operación Leyenda gastó cientos de miles de dólares en identificar a personas que hubieran estado medianamente cerca del círculo de Rafael Caro Quintero y Miguel Ángel Félix Gallardo en 1985, así como en llevarlos —por las buenas o por las malas— a Estados Unidos para ser interrogados y finalmente convertirlos en informantes. De esta manera, fueron llevados a Los Ángeles, bajo engaño o con el ofrecimiento de una mejor vida, una serie de expolicías de poca monta, guardaespaldas, narcomenudistas y esbirros que se convirtieron en figuras clave de la investigación. No importaba que muchos de ellos en realidad no supieran nada de lo ocurrido con Camarena; la sed de información de Berrellez y su equipo dio pie a que los supuestos testigos inventaran e imaginaran las más absurdas confabulaciones.

Es imposible saber cuántos informantes fueron "volados" a Estados Unidos en el marco de Operación Leyenda. Algunos calculan que pudieron ser más de doscientos. De todos ellos, sin embargo, solo una decena pudo ser utilizada por los fiscales para participar directamente en los juicios que se celebraron entre 1991 y 1992. El

resto de los supuestos testigos, o presentaban testimonios francamente inverosímiles, o habían estado tan involucrados en la detención y tortura de Camarena que difícilmente habrían soportado un contrainterrogatorio que podría volverlos culpables a ojos de los jueces.[16] El resultado fue un menjurje de declaraciones que, hasta el día de hoy, sigue confundiendo a propios y extraños sobre lo verdaderamente sucedido aquella tarde de febrero de 1985.

La acusación contra México

La DEA y el gobierno de Estados Unidos siempre sospecharon de la participación de políticos de primer nivel en el asesinato de Camarena, pero esta línea de investigación nunca se había explotado y documentado sino hasta que Berrellez tomó el mando de Operación Leyenda. Berrellez y su equipo hicieron surgir a varios testigos que declararían exactamente lo que el agente, la DEA y parte del gobierno de Estados Unidos querían escuchar: detrás del asesinato de Camarena estaba la plana mayor del gobierno de México.

Clave para reclutar estos testimonios y producir esta historia fue la aparición de un misterioso hombre: Antonio Gárate Bustamante.

Gárate Bustamante es una figura fascinante y conviene detenernos brevemente en ella. Nacido en Arizona en 1939, fue policía judicial de Jalisco y teniente coronel del escuadrón de apoyo del grupo antimotines de ese estado; según sabemos, trabajó durante 22 años como policía hasta que, como muchos otros expolicías, encontró un segundo aire laboral trabajando directamente para Ernesto Fonseca Carrillo, quien llegó a ser su padrino de boda.[17]

No está claro si Gárate participó directamente en el asesinato de Camarena ni cómo. Tampoco está claro cómo Berrellez conoció a

Gárate. Lo cierto es que en 1985 Gárate seguía dirigiendo un grupo de policías municipales de Guadalajara antes de ser contratado como informante por la DEA meses después y estar en la nómina de la agencia por varios años.[18] En una versión que circuló tras su muerte en 2009, se dijo que Gárate había sido agente encubierto de la DEA e infiltrado en la policía mexicana incluso antes de la tortura de Camarena.[19] Difícil saberlo.

En una entrevista para *Los Angeles Times*, Gárate aceptó haber cobrado hasta cuatro mil dólares mensuales por participar en el supuesto esclarecimiento del crimen.[20] Según su versión, el exjudicial tuvo que dejar México en 1986 cuando traficantes de droga de Guadalajara anunciaron una recompensa de quinientos mil dólares por su cabeza.[21] La verdad es que tenía una oferta laboral irrechazable: la DEA llamaba.

Fue Gárate quien reclutó y "produjo" a los principales testigos que inculparon a personajes como el exprocurador Enrique Álvarez del Castillo, el general Juan Arévalo Gardoqui, el secretario de Gobernación Manuel Bartlett y otros. ¿Quiénes fueron estos testigos? Hoy tenemos sus nombres completos: Héctor Cervantes Santos, Jorge Godoy López y René López Romero, por señalar a los tres principales. Los tres fueron exagentes policiacos y los tres estuvieron ligados directa o indirectamente al secuestro de Camarena. Los tres conocían a Gárate Bustamante, el hombre en el que quiso confiar Héctor Berrellez para armar su estrategia de investigación.

Quizás sin meditarlo demasiado, Héctor Berrellez había ampliado la investigación. Ya no se trataba de aclarar el caso Camarena. Operación Leyenda se había convertido en una investigación contra México. Mientras más fuertes fueran los señalamientos, mejor. Mientras más arriba apuntaran los testigos protegidos, mejor. La verdad era lo de menos.

De criminales a informantes; de informantes a testigos protegidos

Héctor Cervantes Santos había sido expolicía y guardaespaldas del narcotraficante Javier Barba Hernández. Gárate lo conocía porque trabajó con él durante su paso en el escuadrón antimotines de Jalisco, y fue él quien lo invitó, por órdenes de Berrellez, a colaborar, en condición de informante, con la DEA.[22]

El testimonio de Cervantes Santos fue clave para avanzar la narrativa según la cual gran parte de la plana mayor del gobierno de México estaba implicada en el asesinato de Camarena. Tuvo también implicaciones en la condena de varias personas. El problema es que sus declaraciones fueron tan demoledoras como extrañas. Así, por ejemplo, afirmó que en el día en que Camarena fue torturado estuvieron presentes en la casa de la calle Lope de Vega al menos los siguientes personajes: Javier García Paniagua, Manuel Ibarra, Miguel Aldana Suárez, Manuel Bartlett y Rubén Zuno Arce.

Conviene detenernos en este último nombre. Rubén Zuno Arce fue cuñado del expresidente Echeverría (1970-1976) e hijo del exgobernador de Jalisco, José Guadalupe Zuno (1923-1926). Durante el sexenio de Echeverría, Zuno Arce había trabajado en la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo). Según rumores nunca confirmados, este había puesto las avionetas de la Conasupo al servicio del tráfico de marihuana en el occidente del país a finales de los años setenta; también había sido acusado formalmente del asesinato de dos agentes de la PJF, cargo del que fue absuelto misteriosamente. Finalmente, Zuno Arce ya era sospechoso, al menos desde 1982, de manejar avionetas cargadas de marihuana de Guadalajara a Texas.[23] Su imagen era, por tanto, todo menos impoluta cuando Héctor Cervantes Santos lo involucró en el crimen de Camarena.

Si bien había acusaciones anteriores que sostenían que el cuñado de Echeverría había sido propietario de la casa en donde Camarena

fue torturado, fue Cervantes Santos quien realmente lo involucró en la acusación al afirmar que lo vio en varias reuniones en las que supuestamente se había planeado el secuestro del exagente. Fue también Cervantes Santos quien afirmó que una noche, en mitad de una fiesta, vio a Rafael Caro Quintero bajarse de un caballo blanco y abrazar con efusividad a Zuno Arce. La imagen es tan inverosímil que a los jueces les pareció real.

Zuno Arce fue detenido en San Antonio, Texas, el 9 de agosto de 1989. Se lo detuvo como sospechoso del caso Camarena debido a su relación con la casa de Lope de Vega, pero se le fijó una fianza que le permitió volver a México. Cuatro meses después, en diciembre de 1989, sin embargo, al acudir a una segunda audiencia a Los Ángeles, fue detenido nuevamente, pero ahora ya acusado por delitos de conspiración, así como por participar en el secuestro, tortura y asesinato de Camarena. En varias entrevistas, ya condenado, Zuno Arce afirmó que agentes de la DEA lo visitaron en la cárcel y le ofrecieron reducir su pena si acusaba a los expresidentes Luis Echeverría, José López Portillo y Miguel de la Madrid de narcotráfico.[24] Se negó. Seis meses después fue declarado culpable.

La suerte pareció sonreírle por un momento a Rubén Zuno Arce cuando en mayo de 1991 el juez alegó errores de la fiscalía, revirtió la sentencia y ordenó comenzar el juicio desde cero. Sin embargo, el segundo juicio que se celebró entre agosto de 1991 y septiembre de 1992, y que incluyó nuevos testimonios producidos por Berrellez —y que analizaremos más adelante— volvió a señalar la culpabilidad de Zuno Arce. ¿La clave? La decisión de la fiscalía de presentar dos informantes más que terminaron por sellar el destino de Zuno Arce y que completaron lo afirmado por Cervantes Santos. Estos fueron René López Romero y Jorge Godoy López.

René López Romero había sido policía del estado de Jalisco y era otro de los conocidos de Gárate Bustamante. Hacia 1985, cuando aconteció el secuestro de Camarena, trabajaba como guardaespaldas personal de Ernesto Fonseca Carrillo; era, por tanto,

supuesto testigo presencial de varias de las reuniones en las que se habría decidido el futuro de Camarena. Al igual que lo hiciera Cervantes Santos dos años antes, en 1992 López Romero rindió testimonio contra Rubén Zuno Arce. Habló, además, de supuestas reuniones entre los miembros del —así llamado— Cártel de Guadalajara y varios políticos mexicanos. Una de estas reuniones se habría llevado a cabo en un hotel de Guadalajara en el otoño de 1984. La supuesta lista de asistentes incluía a Manuel Bartlett, Juan Arévalo Gardoqui, Rubén Zuno Arce, Enrique Álvarez del Castillo, Miguel Aldana Ibarra, así como a Caro Quintero, Javier Barba Hernández, Ernesto Fonseca y Miguel Ángel Félix Gallardo. Según López Romero, al menos otras tres reuniones con más o menos los mismos asistentes se habrían celebrado entre noviembre de 1984 y febrero de 1985.

Es una paradoja que alguien con el perfil de López Romero haya jugado un papel de testigo y no de acusado. Todo apunta a que el expolicía estuvo presente no solamente en la tortura de Camarena, sino que fue parte del comando que asesinó a los cuatro testigos de Jehová que fueron confundidos con agentes de la DEA apenas semanas antes del secuestro de Camarena.[25] A cambio de no acusarlo por esos delitos, se presume que René López Romero dijo todo lo que le pidió la fiscalía. Fue el mejor negocio de su vida; además de no ser imputado, López Romero fue protegido por el Programa Federal de Protección de Testigos de Estados Unidos, recibió varios miles de dólares de pago en efectivo, así como permiso de trabajo en ese país.[26] El mismo Berrellez actuó como su "ángel de la guarda" cuando en 1992, días antes del juicio, lo ayudó a liberarse de una acusación por haber golpeado a su mujer.[27] En mi posesión tengo la relación de pagos que recibió López Romero a razón de tres mil dólares mensuales al menos de marzo a septiembre de 1992; sin embargo, con toda seguridad los pagos anteceden y suceden a este periodo. El caso de López Romero es la

prueba de que Héctor Berrellez mintió al jurado cuando aseguró que ninguno de los testigos había sido parte del asesinato o tortura de Camarena.

Con algunas diferencias —no menores—, el tercer informante de esta saga, Jorge Godoy López, confirmó el involucramiento de Zuno Arce en la trama Camarena, así como las reuniones narradas por René López Romero.

Godoy López es pan con lo mismo. Se trata de otro exagente de la PJF de Jalisco y conocido de Gárate Bustamante. Su historia personal, sin embargo, es un poco más relevante: aunque nació en México, creció y estudió en Los Ángeles; llegó a graduarse, incluso, de un instituto de la armada estadounidense. Sin embargo, por un tema migratorio nunca pudo trabajar en Estados Unidos como policía; tuvo que volver a México. El perfil de Godoy López —vaya paradoja— no era muy distinto que el de Berrellez o cualquier otro agente de la DEA. A él le tocó cruz mientras a otros les tocó cara. En la guerra contra las drogas más vale caer del lado correcto. Pero ¿cuál es?

Cuando Camarena fue secuestrado y asesinado, Godoy tenía veintipocos años; oficialmente seguía siendo policía judicial, pero en realidad trabajaba de tiempo completo como guardaespaldas de Ernesto Fonseca, al menos desde 1983. Tanto en el juicio como en las declaraciones al fiscal, Godoy López manejó varias versiones de lo sucedido en la Guadalajara de mediados del decenio. En una ocasión aceptó no haber estado presente en la tortura de Camarena, pero eso no le impidió narrar con elocuente exactitud lo supuestamente acontecido durante la tortura del agente. Al igual que lo hicieran los otros dos testigos, incluyó a Bartlett y a Zuno en la lista de los asistentes a las reuniones con narcotraficantes de finales de 1984.[28] Dijo haber escuchado las conversaciones mientras entraba a servir más café, cocaína y carne asada.

Godoy López llegó a afirmar que el mismísimo secretario de Gobernación Manuel Bartlett había estado presente en la casa de

Lope de Vega mientras Camarena era torturado. Además, se dio el lujo de acordarse de lo hablado en cada una de las reuniones. Godoy López no solo era informante, también era, como el *Funes el Memorioso* de Borges, incapaz de olvidar nada… nada que no fuera importante para la fiscalía.

La verdad es que Godoy López tenía incentivos para recordarlo todo. A cambio de su información, el gobierno de Estados Unidos le tramitó permiso de residencia, tres mil dólares mensuales mientras durase el proceso judicial, así como seguro médico para él y toda su familia. Tengo en mis manos la relación de pagos que confirma que Godoy recibió entre agosto de 1991 y septiembre de 1992 al menos 62 mil dólares a cambio de su información. Eso, lo que dicen los documentos oficiales; probablemente se le ofreció mucho más dinero.

Ser testigo de Berrellez y de Operación Leyenda fue el negocio de la vida de Godoy López: sobre todo si lo que quería era liberarse de la cárcel por haber sido arrestado junto a Ernesto Fonseca en 1985 (antes estuvo dos años preso en México) y ser acusado de posesión de armas, así como de haber robado gasolineras y equipo médico en 1991.

La identidad de los tres personajes reseñados fue, durante mucho tiempo, un secreto para todos. Sus palabras, sin embargo, fueron, por muchos años, las piezas del rompecabezas del caso Camarena. Berrellez era un hombre feliz hasta que dejó de serlo.

Se cae la narrativa

En junio de 1997 la historia dio un giro dramático. Todo comenzó con un reportaje publicado por *Los Angeles Times*. Mediante un brillante trabajo de investigación que incluyó la revisión de unas treinta mil páginas de reportes y memorándums internos de la DEA, el periodista Fredric Tulsky tiró el teatro de Berrellez. Tulsky mostró

cómo el mismísimo Héctor Cervantes Santos, testigo principal del juicio de 1990, había falseado su testimonio para convencer al jurado de que Zuno Arce era parte del Cártel de Guadalajara.[29] Según relataban los documentos desclasificados, Cervantes Santos había sido obligado en 1990 por el fiscal del caso, Manuel Medrano, y por el mismísimo Berrellez, a involucrar a Bartlett y a Zuno Arce en el asesinato de Camarena.

La narrativa se cayó por la que parecía ser su parte más sólida: la repartición de dinero. Oficialmente, el acuerdo entre Berrellez y Cervantes Santos incluía un pago mensual de tres mil dólares mensuales más gastos, mientras durara el juicio. Sin embargo, el mismo Cervantes reconoció que durante seis años él y su familia recibieron una media de seis mil dólares mensuales; esto es, en total, algo menos de medio millón de dólares. Además, supuestamente Berrellez le había ofrecido doscientos mil dólares extras al terminar el juicio, de los cuales solo se le habrían entregado cien mil. El incumplimiento del acuerdo habría llevado a Cervantes Santos a retractarse no solo ante el periodista Tulsky, sino también frente a un notario y ante el cónsul de México en Los Ángeles.[30] El testigo principal del caso estaba quemado.

La investigación del periodista Tulsky sacó más cosas a la luz. En primer lugar, que la supuesta *suite* de un hotel donde, según las declaraciones de Godoy López, se habrían reunido funcionarios mexicanos con el grupo de Caro Quintero simplemente no existía. En segundo lugar, que Berrellez y los detectives de Operación Leyenda habían pagado más dinero a los testigos de la fiscalía que lo admitido formalmente. Por último, que contrario a lo asegurado a la Corte, al menos uno de los testigos protegidos sí había estado involucrado de manera directa en el secuestro y asesinato del agente Camarena.[31] Junto a los hallazgos de Tulsky hay una serie de datos que muestran la poca fiabilidad de los testigos. Entre otras cosas, que el otrora secretario de Gobernación, Manuel Bartlett Díaz, logró demostrar haber estado en Ciudad de México el día en que

Camarena fue torturado. Así, la supuesta presencia del secretario de Gobernación en Guadalajara era imposible.

En un segundo reportaje publicado tres días después, Tulsky mostró cómo la fiscalía omitió fragmentos de la declaración de otro informante llamado Ramón Lira, quien finalmente no participó en el juicio. Según Ramón Lira —un expolicía judicial— él mismo había sido testigo de una reunión entre los expresidentes Miguel de la Madrid y José López Portillo y narcotraficantes mexicanos. La declaración era tan o más inverosímil como su aseveración de que uno de los Mercedes blindados de Fonseca Carrillo era regalo del mismísimo López Portillo.[32] La decisión de la fiscalía de suprimir las declaraciones de Ramón Lira y no convocarlo a juicio habría sido tomada para no evidenciar la poca credibilidad de este y otros informantes del caso.[33] Aun así, Ramón Lira recibió dinero e inmunidad a cambio de su participación como informante.

De manera silenciosa y tardía, algunos funcionarios que antes pedían sangre llegaron a arrepentirse. Tal es el caso de John Gavin, embajador de Estados Unidos en México entre 1981 y 1986, y quien se dijo "avergonzado" por el "equivocadísimo" trabajo hecho por el Departamento de Justicia en el caso Camarena. El administrador de la DEA Terrence M. Burke entre 1989 y 1991 aceptó, igualmente en entrevista con Tulsky, que había sido un error de la fiscalía haber hecho caso a las declaraciones de Héctor Cervantes.[34]

A pesar de toda esa evidencia Rubén Zuno Arce permaneció en la cárcel hasta su muerte en septiembre de 2012. ¿Fueron los informantes solo marionetas del fiscal y de la DEA? ¿Declararon lo que les pedían Berrellez y la fiscalía solamente para evitar ser procesados? La evidencia indica que sí.

Un último y reciente acontecimiento da cuenta de la poca fiabilidad de los testigos producidos por Gárate Bustamante y Berrellez. En 2018 el nombre de Jorge Godoy López volvió a la luz pública cuando el informante dejó atrás su silencio mantenido por

décadas para asegurar en la televisión estadounidense que nada más y nada menos que Joaquín el Chapo Guzmán había estado presente en la tortura de Camarena. Al narcotraficante lo acusaba, además, de haber sido el autor material del asesinato de los cuatro testigos de Jehová confundidos con agentes de la DEA en enero de 1985. Nada de esto, por supuesto, se mencionó en los juicios de 1992. En el mismo programa de televisión en que Jorge Godoy López acusaba al Chapo de tales delitos, apareció un ya envejecido Héctor Berrellez confirmando la fiabilidad del testigo y la historia que contaba.[35]

Las declaraciones de Godoy López y Berrellez llegaban justo meses antes de que empezara el juicio en el que finalmente se declararía culpable al *Chapo* Guzmán. Parece evidente que la vuelta a la luz de Godoy López fue orquestada por el mismo Berrellez con el fin de aprovechar la coyuntura para "revivir" el caso Camarena y volver a obtener algo que nunca ha dejado de ambicionar: los reflectores públicos.

A casi cuarenta años del asesinato de Kiki Camarena es imposible saber quién miente y quién dice la verdad. Una cosa es segura: los "testigos" usados por Héctor Berrellez y por Operación Leyenda tenían nula credibilidad y todos los incentivos para exagerar la participación de la clase política mexicana en el caso. Los testigos sirvieron, más que a la verdad, a una fiscalía deseosa de culpar al gobierno mexicano del asesinato del exagente de la DEA.

La discusión sobre la culpabilidad o inocencia de gente como Bartlett o de Zuno Arce es, como se suele decir, harina de otro costal. Es imposible decir nada más que lo que ya se ha escrito en los ríos de tinta que han corrido sobre este caso. Lo único cierto es que las acusaciones contra ellos fueron —por último y por primero— intentos por humillar al gobierno de México. Lo demás es también lo de menos.

Los secuestros de ciudadanos mexicanos: una práctica común

Caía la tarde del 24 de enero de 1986 en el puerto de San Felipe, en el norte de Baja California, cuando el carro que iba manejando René Verdugo Urquídez fue detenido de manera sorpresiva por un retén improvisado en el que había media docena de personas. No podía imaginar que en ese momento su vida cambiaría para siempre.

Verdugo, por ese entonces apenas un muchacho de 34 años, bajó del carro. Apenas un segundo después fue esposado y colocado con la cara hacia el piso en la parte trasera de otro auto. En completo silencio Verdugo fue llevado varios kilómetros hacia el norte, exactamente hasta el puente internacional que separa Mexicali de Calexico. Ahí, sus captores lo bajaron del coche, lo hicieron caminar algunos metros, cruzar la frontera y, como si de un paquete se tratara, lo entregaron a policías pertenecientes al Cuerpo de Alguaciles de Estados Unidos que pacientemente esperaban. Inmediatamente Verdugo fue llevado a la oficina de la DEA en Calexico en donde, finalmente y de forma oficial, se ejecutó una orden de arresto en su contra solicitada por la Corte Distrital del Sur de California.

René Verdugo era uno de los tantos sospechosos de haber estado en la casa de Lope de Vega durante los días del secuestro de Camarena. Verdugo era, en efecto, parte del círculo cercano de Caro Quintero y, por tanto, uno de los posibles implicados en la tortura y asesinato del agente estadounidense. En su contra, sin embargo, había evidencia casi anecdótica: muestras de pelo supuestamente encontradas en la casa de Lope de Vega por un laboratorista del FBI de dudosa reputación. Los restos de pelo habían sido encontrados varios meses después del secuestro de Camarena y solo una vez que la casa fuera limpiada, pintada y encarpetada. A pesar de lo poco concluyente de las pruebas y de haber sido secuestrado ilegalmente

en México, René Verdugo recibió en 1988 cuatro sentencias de sesenta años de prisión y una cadena perpetua.

Que la justicia en Estados Unidos, como en México, es muchas veces un tema de poder y no de mérito lo demuestra el que los secuestradores de Verdugo corrieran con mucha mejor suerte. Las personas que lo retuvieron contra su voluntad aquella tarde del 24 de enero de 1986 y lo llevaron por la fuerza a los Estado Unidos —entre ellos, al menos cuatro exagentes de la Policía Judicial de Baja California—[36] fueron retribuidos, según fuentes de la misma DEA, con 32 mil dólares por su "servicio" (en otra versión cincuenta mil dólares), así como con su ingreso formal al programa de protección de testigos del gobierno de Estados Unidos.[37] Ello les permitió quedarse en ese país, llevar a su familia y hacer frente a una orden de extradición que un juez mexicano interpuso contra ellos por el delito de secuestro. Otra vez, lo que es cruz para unos, es cara para otros.

¿Cuántos casos más como el de René Verdugo se han producido en el último siglo y han sido justificados, aceptados e incluso incentivados por la justicia estadounidense? ¿En cuántos de ellos participó Berrellez? Imposible saberlo.

En una entrevista de 2014, Héctor Berrellez admitió que durante sus años al mando de la oficina de la DEA en Mazatlán (1987-1989) era usual que se dieran casos de "levantamiento indirecto" de personas; esto es, situaciones en las que algún agente de la DEA pagaba para que policías, expolicías o militares mexicanos secuestraran a un sospechoso de haber cometido un crimen y luego lo llevaran a la línea fronteriza para ser entregado a alguna autoridad estadounidense; Berrellez reconoció pagos de entre cinco mil a cincuenta mil dólares, "dependiendo de la importancia de la persona".[38] El mismo Berrellez aceptó haber estado involucrado directamente en cuatro operativos distintos. La descripción resulta odiosa: "A veces nos los dejaban en el desierto en la cajuela del

carro y ya nosotros lo cruzábamos, otras veces en el monte y otras ellos mismos nos los cruzaban a Estados Unidos y ya nosotros los recogíamos aquí".[39]

A diferencia del de Verdugo, cuyo caso atrajo atención mediática por estar directamente vinculado al caso Camarena y por las notas de protesta interpuestas por la diplomacia mexicana, estos casos se mantuvieron en completo silencio. Nunca podremos saber cuánta gente fue secuestrada y violentada bajo órdenes de la DEA en México.

El caso de secuestro más famoso de todos fue orquestado en 1990 y tuvo como víctima al médico mexicano Humberto Álvarez Machaín. Se trata de un caso que a punto estuvo de romper la relación entre México y Estados Unidos. En su planeación y ejecución estuvo involucrado, como no podía ser de otra manera, ni más ni menos que Héctor Berrellez.

El secuestro del doctor Mengele y Los Gansos Salvajes (abril de 1990)

Josef Mengele, también conocido como el Ángel de la Muerte, fue un médico nazi. Pasó a la historia por realizar experimentos, muchas veces mortales, con prisioneros del campo de concentración y exterminio en Auschwitz. Sobre Mengele y sus inhumanos experimentos se han escrito decenas de libros y se han producido algunas malas películas. Para la década de los años ochenta el caso de Mengele había llegado a oídos de los miembros de Operación Leyenda. De ahí que cuando escucharon hablar por primera vez del doctor Humberto Álvarez Machaín comenzaran a llamarlo Doctor Mengele.[40]

Como casi en todo lo que toca a los agentes de la DEA en México, el apodo era una exageración. Álvarez Machaín, un ginecólogo de unos 130 kilogramos de peso, era acusado por la DEA de haber

inyectado a Camarena estimulantes y anestésicos para prevenir un paro cardiaco durante su tortura, y no, como Mengele, de haber *experimentado* con el cuerpo de Camarena. En cualquier caso, el apodo se quedó.

A pesar de que la evidencia contra él era endeble, Álvarez Machaín era visto poco menos que como un criminal de guerra. ¿Qué se sabía del doctor? Poco y nada: supuestas huellas digitales en unas bolsas de plástico encontradas en la casa de Lope de Vega, la presencia de agujas hipodérmicas en ese mismo lugar y las declaraciones de un par de testigos que señalaban que Álvarez Machaín no solo había estado presente durante la tortura de Camarena, sino que solía proveer a los traficantes con remedios —los así llamados "cocteles Machaín"— para tratar de reducir los efectos negativos de las excesos de droga a los que eran asiduos los traficantes.[41] Con base en esa poca evidencia se ordenó desde Estados Unidos el secuestro de Álvarez Machaín sin la sospecha de que aquel evento por poco descarrila por completo la negociación del Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá.[42]

Según Berrellez, la orden de secuestrar a Álvarez Machaín vino directamente del administrador de la DEA, Jack Lawn, y le fue comunicada a él y al agente Dough Kehl en febrero de 1990. También, según su versión, el secuestro no fue consultado con la embajada de Estados Unidos en México, ni con el entonces jefe de la DEA en México, Ralph Saucedo.[43] Las órdenes venían de arriba, "de muy arriba", subraya Berrellez, sugiriendo que provenían del entonces presidente George H. W. Bush.

Gracias a sus contactos en México y a la infalible ayuda de Antonio Gárate Bustamante, Berrellez logró reunir a un grupo de 12 personas compuesto por expolicías y militares mexicanos a los que se les dio el nombre clave de Los Gansos Salvajes. Las versiones

sobre el costo de la operación varían y van de 250 mil a cincuenta mil dólares "más gastos".[44]

Un mes tardaron Los Gansos Salvajes en dar caza al ginecólogo mexicano. Con ayuda de dos mujeres "con una cara bonita y un cuerpo escultural",[45] que se hicieron pasar por supuestas pacientes, el 2 de abril de 1990 Los Gansos Salvajes ingresaron, a punta de pistola, al consultorio del ginecólogo. Tomaron a Álvarez Machaín como rehén, embutieron sus 130 kilogramos de peso en un auto y luego, en una pista clandestina de Silao, Guanajuato, en una avioneta que voló hasta El Paso, Texas.

A pesar de tratarse de un vuelo ilegal y que los tripulantes no llevaban ni siquiera pasaporte, los oficios de Berrellez ante la Oficina de Aduanas y la Agencia Federal de Aviación aseguraron que el vuelo pudiera aterrizar en el aeropuerto de El Paso sin ningún contratiempo.[46] Ahí, en la pista, Héctor Berrellez esperaba impacientemente a su víctima. Dice no haber querido saludar al acusado cuando este bajó por las escalerillas de la avioneta; "Traen sangre de Camarena", explicó.[47]

Aquel mismo día Álvarez Machaín y Berrellez fueron a las oficinas de la DEA en El Paso. En un proceso a todas luces ilegal, se obligó al médico a firmar una declaración en la que aceptaba que había estado en la casa de Lope de Vega los días que en que fue torturado Camarena. Apenas una semana después, el ginecólogo mexicano fue presentado ante un fiscal federal en Los Ángeles. Álvarez Machaín aprovechó la oportunidad para denunciar su secuestro, mismo que fue negado rotundamente por el vocero de la DEA en toda oportunidad que tuvo. Según la versión oficial, el acusado había sido llevado a la frontera por cazarrecompensas mexicanos con la esperanza de recibir algún dinero por parte del gobierno de Estados Unidos.[48] La DEA y Berrellez podrán eludir su responsabilidad tanto como quieran; lo cierto es que Los Gansos Salvajes hicieron el

negocio de su vida: a siete de sus miembros se les pagó una enorme recompensa y se les garantizó su residencia en Estados Unidos.[49]

A Héctor Berrellez no le escandaliza la práctica del secuestro de sospechosos en México por parte de agencias del gobierno de Estados Unidos. Se trata, en todo caso, de utilizar las mismas técnicas que sus enemigos. En el caso de Álvarez Machaín su lógica es muy simple: Operación Leyenda compró policías "de la misma manera en que los criminales compran policías en México".[50] Podríamos repetir la frase hasta el cansancio: en la guerra contra las drogas la moneda es la misma; a veces toca cruz y a veces toca cara.

Tensión en la relación bilateral (1990-1992)

A los cinco días del secuestro de Álvarez Machaín, la SRE, a través de la embajada mexicana en Estados Unidos, envió una nota de protesta dirigida al Departamento de Estado. De forma paralela, el gobierno de México inició una investigación en contra de Los Gansos Salvajes, que derivó en que fuesen detenidos dos policías en activo, un expolicía y otras tres personas; todos ellos confesaron que habían recibido algún soborno. Además, el gobierno de México anunció órdenes de aprehensión para siete individuos más.[51] En la tercera semana de julio de 1990, la SRE pidió oficialmente la extradición a México de Héctor Berrellez y del informante Antonio Gárate Bustamante.[52] La tensión diplomática comenzaba a escalar.

El procurador de Estados Unidos, Dick Thornburgh, se declaró "molesto y desconcertado" por la petición de México.[53] William Barr, entonces procurador de justicia de la administración de George H. W. Bush (después lo sería de Trump), pidió, a cambio, la extradición a Estados Unidos del secretario de la Defensa, Juan Arévalo Gardoqui; del secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, y del

entonces subprocurador, Enrique Álvarez del Castillo. México se negó.

El gobierno de México y la defensa de Álvarez Machaín argumentaron que el secuestro había sido ilegal y por tanto este no podía ser juzgado en Estados Unidos. Sin embargo, esa línea de defensa naufragó el 15 de junio de 1992 cuando la Corte Suprema de Estados Unidos declaró legal, por seis votos contra tres, el procedimiento por el cual el ginecólogo llegó a ese país. Esto es, *de facto* legalizó el secuestro y tiró al traste todo tipo de acuerdos y leyes internacionales.

Increíblemente la Corte argumentó que ni el tratado de extradición con México ni otros firmados entre los gobiernos de México y Estados Unidos prohibía expresamente el secuestro de personas. La argumentación de la DEA y del Departamento de Justicia era muy simple: ningún agente estadounidense había estado presente ni en el momento de la detención de Álvarez Machaín ni en la avioneta que lo llevó a El Paso.[54]

En México apenas podía creerse semejante disparate. En la Cámara de Senadores, así como en la de Diputados, hubo unanimidad en condenar la "flagrante violación al Tratado de Extradición, el secuestro en territorio nacional de cualquier persona y todo acto atentatorio de la soberanía nacional". De igual forma, como era de esperarse, el mismo 15 de junio de 1992, al conocer la sentencia, la cancillería mexicana divulgó un comunicado en el que calificaba la decisión de la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos de "criminal", "inválida" e "inaceptable".[55] Más aún, señalaba: "Los agentes de la DEA comisionados en México no podrán desempeñar, a partir de esa fecha, las actividades que les fueron autorizadas, hasta que se determinen nuevos criterios de cooperación que permitan garantizar el respeto a nuestro orden jurídico y la completa salvaguardia de la soberanía nacional".[56]

La suspensión de actividades de la DEA en México duró poco más de 24 horas. En un segundo comunicado del 16 de junio, quizás advertida por las consecuencias que esta decisión podría tener en la negociación del TLC, la cancillería anunció que siempre sí permitiría la "cooperación bilateral en la lucha contra el narcotráfico" pues no se quería "dar pauta a una señal equívoca de quienes se dedican a esta actividad".[57] La errática posición del gobierno de México trajo críticas en la esfera pública y dudas sobre la seriedad con la que se asumía el tema.[58]

En un nuevo vuelco a la política zigzagueante del gobierno mexicano, el 23 de junio —ocho días después del fallo de la Suprema Corte— el procurador general de la República, el secretario de Relaciones Exteriores y el secretario de Gobernación dieron a conocer una serie de normas relativas a la operación de agentes estadounidenses en México, las llamadas "nuevas reglas del juego", publicadas finalmente en el *Diario Oficial de la Federación* el 3 de julio de 1992.

No era cualquier cosa. Aunque no se mencionaba específicamente a la DEA, las reglas publicadas eran de una claridad sorpresiva. Aquí enumero algunas de las principales disposiciones. En primer lugar, se obligaba a los agentes "representantes de entidades de gobiernos extranjeros" en México a acreditarse ante la SRE. Se estableció que la permanencia temporal de los agentes estaría regulada por programas de cooperación específicos. En segundo lugar, se prohibía expresamente "la posibilidad de realizar tareas reservadas a autoridades mexicanas". En tercer lugar, se aclaraba: "[Los agentes] no tendrán ningún tipo de inmunidad de jurisdicción en caso de violación de leyes o disposiciones legales aplicables". En cuarto lugar, se acotaba el margen de actividades permitidas de los agentes a "servir de enlace para intercambio de información con las autoridades mexicanas". No se podrían sostener relaciones con autoridades no convenidas o con otros actores, y se

limitaba geográficamente su área de acción. Esto es importante porque implícitamente se prohibía la comunicación con informantes o con autoridades subnacionales. En quinto lugar, se les prohibía "involucrarse deliberadamente en situaciones de enfrentamientos armados, persecución y detención por cualquier medio de presuntos delincuentes". Igualmente, se prohibía la incitación o promoción de delitos —el llamado *buy and bust*—. Por último, el gobierno de México amenazaba no solo con expulsar inmediatamente a quien no respetara las "nuevas reglas del juego", sino con cancelar los proyectos de cooperación bilateral que estuvieran llevándose a cabo.[59]

La decisión provocó el enojo de la DEA y del Departamento de Justicia. William Barr, el procurador general, dijo que, de ser mantenidas las reglas, se "mandaba un mal mensaje" en lo relacionado a la aprobación del TLCAN. Calificó, además, las nuevas reglas de "inflexibles" y "paralizantes".[60] Aun así, el gobierno de México se mantuvo en su posición.

Año y medio después del secuestro de Álvarez Machaín y seis meses después de la increíble resolución de la Corte, en diciembre de 1992, el juez estadounidense Edward Rafeedie resolvió que la evidencia contra el médico Álvarez Machaín no era concluyente y ordenó su liberación inmediata. Se trató de un acto inesperado que dejó en ridículo a Berrellez, a la DEA y al Departamento de Justicia. El médico mexicano fue liberado.

Además de generar una tensión diplomática sin precedentes y de no ser capaz siquiera de probar una acusación en contra de uno de los principales sospechosos, Operación Leyenda tuvo resultados pírricos en cuanto al número y tipo de sentenciados. Cuatro años después de su inicio, solo había cuatro personas cumpliendo sentencias carcelarias: Rubén Zuno Arce, quien falleció en prisión en 2012; Javier Vásquez Velasco, un traficante del segundo círculo de Caro Quintero; Juan Ramón Matta Ballesteros, el famoso

narcotraficante hondureño; y Juan José Bernabé Ramírez, liberado apenas en 2020.

En resumen: Operación Leyenda fue, en conjunto, poco más que un fracaso: aunque Berrellez y sus muchachos acusaron a decenas de implicados, fueron muy pocas las personas finalmente condenadas. Ni el asesinato de Camarena se esclareció, ni la relación entre México y Estados Unidos quedó bien parada. Por si fuera poco, el personaje de nuestra historia terminó su misión triste y frustrado. Su moneda había salido cruz.

La protección a González Calderoni, *Mr. Impossible*

Hay un tema del que no hemos hablado lo suficiente en este libro: el de la relación de protección y apoyo que agentes de la DEA solían —y suelen— mantener con policías y militares mexicanos, incluso con los más ominosos de ellos, a cambio de apoyos y silencios. Ya hemos documentado algunas historias de complicidad. Sin embargo, la que mantuvo Berrellez con el comandante de la PJF, Guillermo González Calderoni, figura en la que se condensan las contradicciones de la lucha contra las drogas en México, es una de las más dramáticas. Es uno de los ejemplos más acabados de cómo los agentes de la DEA terminan por confundir sus metas con sus supuestos objetivos.

Calderoni (utilizaremos, tal como hizo la prensa de la época, su segundo apellido) y Berrellez fueron aliados durante décadas; se cuidaron y protegieron hasta que un balazo en la cabeza le quitó la vida al famoso comandante de la PJF en 2003. Esta es la historia.

Al comandante de la PJF Guillermo González Calderoni los agentes de la DEA solían llamarlo *Mr. Impossible*… *Impossible in Mexican law enforcement*.[61] Para los estadounidenses, su eficacia y aparente honestidad lo hacían único sobre el resto de los policías mexicanos: imposible de replicar. Incluso sus enemigos históricos reconocían en

él varios atributos: "tipo duro, fuerte, capaz e inteligente", aunque matizaban: "no tan listo como se creía".[62]

Guillermo González Calderoni nació en 1948 en Reynosa, Tamaulipas. Después de una carrera más bien irrelevante en la administración pública, Calderoni ingresó en 1983 a la PJF como jefe de grupo en Monterrey. Al paso de pocos años llegó a dirigir dos de los lugares donde más dinero se podía hacer en el México de los años ochenta: la División de Investigaciones contra el Narcotráfico de la PJF y la Dirección General de Intercepción Aérea, Terrestre y Marítima (DGIATM) de la misma corporación. En este segundo encargo González Calderoni era responsable, ni más ni menos, que de interceptar y notificar todo lo relativo a los vuelos cargados de cocaína que día sí y día también intentaban cruzar México desde América del Sur para llegar a Estados Unidos. Como era de esperarse, como jefe de la DGIATM amasó no solo una impresionante fortuna —que incluía lujosos automóviles y mansiones en varias ciudades de México—, sino relaciones con algunos de los líderes más importantes del tráfico de drogas en el país. Además de los puestos citados, González Calderoni fue primer comandante de la PJF en Monterrey, Ciudad Juárez y Tuxtla Gutiérrez.

Las acusaciones sobre González Calderoni son muchísimas. Miguel Ángel Félix Gallardo, por ejemplo, llegó a afirmar que él había estado presente en la famosa reunión de Acapulco en la que se habrían distribuido "las plazas" tras la desaparición de la DFS y el encarcelamiento de los líderes del llamado Cártel de Guadalajara. Según Óscar López Olivares, el Profe, antes colaborador de Juan García Ábrego y luego parte del Programa de Protección de Testigos de Estados Unidos, González Calderoni recibió no menos de cincuenta millones de dólares mientras trabajó en Tamaulipas para el Cártel del Golfo por proteger sus avionetas que todos los días atravesaran la frontera de Matamoros.[63] El Profe aseguró, además, que González Calderoni era ni más ni menos que el enlace entre

García Ábrego y Raúl Salinas de Gortari, este último acusado de lavado de dinero.

A principios de la década de los años noventa, Calderoni estuvo al frente de dos grupos de élite (Palmas y Tiburón) responsables de la desaparición de enemigos políticos del régimen.[64] Era tal su fama que en los círculos de la PJF se le conocía con el mote de *Memo Calentoni*, por su forma despiadada de ejecutar interrogatorios. Decir que en ese personaje se sintetizaba la corrupción y el autoritarismo del antiguo régimen es decir lo obvio.

Lo increíble de todo, y a pesar de que Calderoni fue acusado y enjuiciado por tortura y enriquecimiento ilícito en Estados Unidos, Mr. Impossible seguía siendo amado e idolatrado por la DEA y sus agentes. Para Berrellez, González Calderoni es el paradigma del policía comprometido. Le reconocía —y le sigue reconociendo— el mérito de haber dirigido las detenciones de Juan N. Guerra, Miguel Ángel Félix Gallardo, Rafael Chao López y del exdirector de Interpol Miguel Aldana, así como de haber asesinado, en una operación conjunta con el FBI, a Pablo Acosta, el Zorro de Ojinaga.

Quizás la mayor virtud de Calderoni fue la de utilizar para su propio beneficio los deseos de los agentes estadounidenses y de los narcotraficantes con los que trabajaba. Era tremendamente efectivo cuando se alineaban los incentivos de unos y otros. Así, por ejemplo, su cooperación con el FBI para terminar con la vida de Pablo Acosta no se explica sin el pacto que González Calderoni hiciera antes con Amado Carrillo para apropiarse de la plaza del Zorro de Ojinaga.[65] En una frase: los *gringos* usaban a Calderoni para conseguir una medallita más en su guerra contra las drogas, mientras él los utilizaba para conseguirse una casita más. "Alinear incentivos", se llama en el lenguaje empresarial.

En la frontera entre México y Estados Unidos era donde más se quería a Calderoni. Durante sus años como policía en Ciudad Juárez y Matamoros, Calderoni mantuvo estrecha relación con varios

departamentos de policías de todo Texas. Según estos, a diferencia de otros policías, González Calderoni sí ofrecía información en tiempo real para detener a contrabandistas.[66] Era común que sus pares estadounidenses lo invitaran a comer y beber a restaurantes caros de la región; ahí, entre tequilas y mezcales, Calderoni se daba cuerda y contaba historias que enamoraban a sus colegas.[67] Su elegancia y estilo los seducía; lo invitaban a sus casas, lo presentaban con sus mujeres e hijos. Los policías texanos no sabían que Calderoni justamente utilizaba esa cercanía para vender a sus enemigos mientras acumulaba información para vender a sus aliados.

La suerte se le acabó a Calderoni en 1992. En agosto de ese año un periódico de Texas lo acusó de proteger a García Abrego, sobrino de Juan Nepomuceno Guerra, el histórico contrabandista de la frontera noreste de México y Estados Unidos. Algunos meses después, en febrero de 1993, fue despedido de la PJF al ser acusado de falsedad de declaraciones y enriquecimiento ilícito. Según fuentes de la época, su fortuna superaba los cuatrocientos millones de dólares.[68]

Antes de hacerse efectiva una orden de aprehensión en su contra, y como era de esperarse, Calderoni huyó a Estados Unidos bajo la protección, ni más ni menos, que de Héctor Berrellez. Según contó Berrellez al periodista Jesús Esquivel en 2013, Calderoni le llamó pidiendo ayuda para escapar del país. Ni tardo ni perezoso, Berrellez envió un jet a González Calderoni desde Los Ángeles, lo escondió en Palm Springs, California, lo volvió informante y "le cambió el nombre".[69] ¿Por qué en Palm Springs? Porque ahí hay "muchos campos de golf" y Calderoni era un golfista, dijo Berrellez en otra entrevista.[70]

Según Berrellez, a cambio del favor de sacarlo de México, González Calderoni le confesó la historia del involucramiento de la

CIA en el asesinato de Camarena, versión que analizaremos más tarde en este capítulo.[71]

Cuando el gobierno de México pidió a Estados Unidos enviar de vuelta a Calderoni al país, Mr. Impossible se defendió como pudo y ganó dos juicios de extradición, en parte, gracias a la ayuda de la DEA. En uno de los juicios, González Calderoni mostró "copias fotostáticas de diplomas y reconocimientos" entregados por la DEA y el FBI en los que se constataba el apoyo que diera el excomandante "en el combate al narcotráfico" y en el esclarecimiento del caso Camarena.[72] En su juicio de extradición señaló: "Por mi cuenta [y] sin que nadie me lo pidiera, apoyé al agente de la DEA Tony Ayala, con armamento y equipo", para realizar las investigaciones del caso de Camarena. Además, dijo que contrario a lo que pensaba "la gran mayoría de los funcionarios", en su criterio sí era positivo trabajar conjuntamente con la DEA.[73] A pesar de la negativa de los burócratas de la DEA, Héctor Berrellez fungió como testigo en la defensa del juicio de extradición de González Calderoni.

La protección de Berrellez a la DEA no le duró mucho a González Calderoni. El 7 de febrero de 2003, a media mañana, fue asesinado en McAllen, Texas.

El final de Berrellez en la DEA y las revelaciones de 2013

Con la liberación de Álvarez Machaín se acabó la buena suerte de Berrellez. Operación Leyenda, su gran creación, se había revelado como una pantomima política, diplomática y judicial. Alguien tenía que pagar los platos rotos y ese fue nuestro personaje.

La Oficina de Responsabilidad Profesional de la DEA inició una investigación interna sobre el grado de responsabilidad de Berrellez en el secuestro de Álvarez Machaín. La pregunta era sencilla: ¿había sido la operación de Los Gansos Salvajes avalada por los cuarteles

de la DEA en Virginia? O, por el contrario, ¿se había ido Berrellez por la libre? Ya sea porque la DEA buscaba deslindarse de la responsabilidad diplomática del caso o porque de verdad Berrellez había actuado sin autorización, nuestro personaje comenzaba a ser un apestado en la agencia donde había trabajado por más de veinte años. Los jefes dejaron de responderle las llamadas, los premios desaparecieron, y lo que antes eran felicitaciones y buenas palabras pronto se convirtieron en silencios incómodos.[74] En ese contexto, en abril de 1994, unos cinco años después de haber sido asignado al caso, finalmente Héctor Berrellez fue relevado del caso Camarena. Dos años después renunció definitivamente de la DEA. Como las malas noticias nunca vienen solas, en 1997 se dieron a conocer las ya citadas publicaciones de *Los Angeles Times* que mostraban la forma de operar de Operación Leyenda y, sobre todo, la compra de informantes por parte de Berrellez.

Durante muchos años nuestro agente vivió furioso con el mundo: con la DEA que lo había traicionado, con el gobierno federal que lo había dejado a la deriva, e incluso con su familia: su esposa lo abandonó y su hijo murió, tiempo después, tras sufrir una severa depresión. Se aburrió jugando golf, montando a caballo y dando clases de uso de polígrafo a policías en Panamá. Por si fuera poco, continuaba activa la petición de extradición del gobierno de México. Pasó, según cuenta, semanas completamente borracho en su rancho de Arizona, lugar donde se recluyó a vivir casi en completa soledad. Coqueteó con la idea de matarse de una vez por todas.

Entonces vino su resurrección. Por una de esas casualidades que gustan a la vida, en julio de 2013, Berrellez fue invitado de carambola a un programa de televisión en Fox News. ¿El tema? La investigación del caso Camarena. Ahí se dio cuerda. De pronto, todo el silencio guardado durante dos décadas se convirtió en una cascada de palabras, ideas y acusaciones. En esa y en otras entrevistas que vinieron después, Berrellez comenzó a hablar de un

tema al que apenas había hecho referencia en los años noventa: el papel de la CIA en el asesinato de Camarena. En televisión afirmó no solamente que la principal agencia de investigación de Estados Unidos había mandado a asesinar a Camarena, sino que había impedido directamente la investigación de Operación Leyenda.[75] La CIA, y no su incapacidad, fue, pues, la culpable del fracaso de la investigación.

La hipótesis que Berrellez repitió a todos los periodistas que lo quisieron escuchar se puede resumir en la siguiente frase: si bien fueron los traficantes mexicanos los responsables de ejecutar el secuestro de Camarena, el plan para hacerlo vino directamente de la CIA.

Las declaraciones de Berrellez comenzaron a llamar la atención no solo de los teóricos de la conspiración, sino de la prensa *mainstream*. No fueron pocos los que voltearon a ver con atención al exagente y comenzaron a reproducir las cada vez más escandalosas declaraciones. Primero, llegaron algunos reportajes en periódicos locales; después vinieron ensayos y libros que se tomaron el tiempo de entrevistar a algunos de los testigos protegidos por Berrellez —incluyendo dos obras muy bien hechas del mítico periodista Charles Bowden y del corresponsal de *Proceso* en Washington, Jesús Esquivel—. En 2020 Amazon transmitió una miniserie basada ni más ni menos que en la versión del ahora exagente, dispuesto a contar su verdad al mundo. Su objetivo, decía Berrellez, era "desahogarse" y quitarse "una espina clavada".[76] Lo que en realidad consiguió fue fama, dinero y enlodar aún más —si eso era posible— el *thriller* Camarena. Y, sin embargo, ¿qué hay de cierto? ¿Asesinó la CIA a Camarena?

El papel de la CIA en el asesinato de Camarena

Héctor Berrellez está seguro de que a Camarena lo mató la CIA. Hacer pública esa hipótesis —que para él es una verdad obvia, evidente— se ha convertido en el objetivo de su nueva vida. Según la historia que ha contado a diestra y siniestra y que se refleja más mal que bien en la serie de Amazon, *The Last Narc* (2020), en su biografía y en las cientos de entrevistas a la televisión estadounidense disponibles en YouTube —el secuestro y el asesinato de Camarena están íntimamente ligados con la supuesta pretensión de la CIA por financiar operaciones anticomunistas en América Latina con dinero proveniente del narcotráfico. ¿De dónde viene esa idea y en qué consiste exactamente? ¿Hay alguna pista real que apunte en esa dirección? ¿Hay motivos para imaginar que Berrellez haya dado en el blanco y nuestro escepticismo esté infundado? Como suele suceder, la historia es más compleja de lo que quisiéramos.

Para empezar, valga decir que el rumor sobre la participación de la CIA en el tráfico de drogas en México antecede al secuestro y asesinato de Camarena y, por tanto, a la investigación del propio Berrellez. Es más, el rumor de que agencias estadounidenses financian el cultivo de opio en México es tan viejo como el propio narcotráfico en el país.

Más en concreto, el primer indicio de colaboración entre la CIA y traficantes mexicanos es la más que probable ayuda recibida por Alberto Sicilia Falcón por parte de la agencia de inteligencia tan pronto como en la década de los años setenta.[77] Ya en los años ochenta circuló entre periodistas mexicanos la hipótesis de que Rafael Caro Quintero trabajaba, de la mano con la CIA, en la búsqueda por distribuir armas a la contrarrevolución en Nicaragua —país en el que se celebraba una cruenta guerra civil—. Aunque las versiones variaban, el corazón del argumento iba más o menos así: la CIA ejecutaba en México un plan similar al escándalo Irán-Contra y que a punto estuvo de costarle el cargo al presidente Reagan. Como es de conocimiento público, a principios de los años ochenta la CIA

vendió, de forma ilegal y contraviniendo las limitaciones del Congreso de Estados Unidos, armamento al gobierno islámico de Irán para, con ese dinero, financiar y armar a las fuerzas que se oponían al Frente Sandinista en Nicaragua, la fuerza política que impulsaba un proyecto socialista en aquel país.

En la versión *mexicanizada* de esta historia —nunca probada del todo— la CIA habría financiado la *contrarrevolución* en Nicaragua con el dinero proveniente del tráfico de cocaína que pasaba por México y se originaba en Colombia. Según una línea de investigación, el mismísimo periodista Manuel Buendía habría estado investigando esta pista al momento de ser asesinado el 30 de mayo de 1984 en las calles de la Ciudad de México. Asesinarlo fue, si creemos esta hipótesis, una manera de evitar que su investigación saliera a la luz.

La de Buendía no fue la única muerte misteriosa de un periodista dedicado a estudiar estos temas y vinculado a esta teoría. Veinte años después de su asesinato, en diciembre de 2004, fue hallado muerto en su casa de California el periodista Gary Webb, autor de *Dark Alliance*, controvertido libro que examina los orígenes del comercio de crack en Los Ángeles y que vincula ese evento con el supuesto acuerdo entre la CIA y los *contras* para llevar drogas a Estados Unidos.[78]

La versión más acabada del posible involucramiento de la CIA en el caso Camarena proviene, sin embargo, de uno de los testigos protegidos más excéntricos y enigmáticos que Berrellez reclutó en 1990, un ciudadano estadounidense llamado Lawrence Victor Harrison, también conocido como Torre Blanca, y cuyo nombre real era George M. Davis. Su historia complica este relato todavía un poco más.

Lawrence Harrison vivía en México desde 1968, pero comenzó a trabajar de cerca con Ernesto Fonseca en 1983. Torre Blanca, quien luego confesó haber trabajado tanto para la CIA como para la DFS y la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), era

proveedor de radios de onda corta y otros sistemas complejos de comunicación para los narcotraficantes de Guadalajara.[79] Su cercanía con don Neto era tal que aparentemente llegó a vivir en su casa durante varios meses antes del asesinato de Camarena.

El nombre y existencia de Harrison llegaron a oídos de Berrellez a mediados de 1989, a quien, como a otros tantos, reclutó como informante. A pesar de la resistencia que puso la DEA en México —algunos de sus miembros desconfiaban abiertamente de él— Berrellez logró llevar a Harrison de forma secreta a Estados Unidos y le aseguró dinero e inmunidad a cambio de su testimonio.[80]

Lo que dijo Harrison a Berrellez en Estados Unidos bajo condición de testigo protegido no fue cosa menor y quedó reflejado en un reporte de investigación fechado el 23 de febrero de 1990 y que meses después fue filtrado a *Proceso*.[81] Se trata del único documento que conozco que refiera directamente a la participación de la CIA en el asesinato de Camarena. Entre otras afirmaciones relacionadas al asesinato del periodista Buendía, Torre Blanca señaló que la CIA y la DFS habrían organizado, y hasta cierto punto operado, una red de tráfico de cocaína proveniente de Barranquilla, Colombia. El hombre que operaba la red era ni más ni menos que Juan Matta Ballesteros, el narcotraficante hondureño que hoy sigue preso en Estados Unidos.

Las ganancias de esta red dirigida por Matta, siempre según el documento en cuestión, habrían sido invertidas en entrenar a guerrilleros guatemaltecos que integrarían la contrarrevolución en Nicaragua. Asimismo, Harrison afirmó que la CIA utilizaba terrenos propiedad de Caro Quintero como campos de entrenamiento de estos mismos guerrilleros.[82]

En este punto entramos a una pregunta clave: ¿hizo suyos Harrison los rumores que desde antes se esparcían sobre el supuesto involucramiento de la CIA en el tráfico de droga a cambio de ser integrado en el programa de protección de testigos y recibir

dinero a cambio? ¿Dijo lo que Berrellez quería escuchar? O, en cambio, ¿estamos frente a un testimonio clave que debería cambiar para siempre nuestro entendimiento del involucramiento de la CIA y del gobierno de Estados Unidos en México? Imposible saberlo.

Una tercera pista sobre el posible involucramiento de la CIA en el caso Camarena está en las declaraciones de dos testigos reclutados por Berrellez, entre ellos el de Ramón Lira, uno de los testigos que por poco confiable decidió no llamar a declarar la fiscalía durante los juicios en California. Lira introduce otra figura clave en esta historia, un tal Félix Ismael Rodríguez, también conocido como Max Gómez o el Gato, un cubano de entonces unos cuarenta años y hoy figura mítica de la CIA en México. La figura que nos faltaba para aderezar esta ensalada de personajes inverosímiles.

El historial del Gato es tan largo como la Guerra Fría en América Latina; es un anticomunista de libro: un tipo que dedicó toda su vida profesional a combatir el castrismo y cualquier movimiento revolucionario de la región. Su vida lo llevó a pasar largas temporadas en El Salvador, Guatemala, Vietnam y Bolivia —donde participó activamente en la caza del Che Guevara en 1967—.[83] En México su función habría sido clara: ayudar a que el dinero obtenido por el tráfico de cocaína proveniente de Colombia se destinara a patrocinar la contraguerrilla contra los sandinistas en Nicaragua. Según Lira, el Gato es ni más ni menos quien organizó el secuestro de Enrique Camarena.[84] La tesis sobre la participación del Gato, y al menos otro cubano más que supuestamente trabajaba para la CIA, fue revivida con bombo y platillo en 2013 por Berrellez, su colega Phil Jordan y Tosh Plumlee, un oscuro piloto que trabajó con la CIA y que sostiene haber transportado drogas en aviones de la agencia.[85] Pasados 28 años luego del asesinato de Camarena, los tres exagentes fueron a un programa de televisión de Fox News y ahí contaron, palabras más, palabras menos, la historia del párrafo anterior. Por si fuera poco, en la serie de Amazon, *The Last Narc*,

Berrellez acusa directamente al entonces jefe de la oficina de la DEA en Guadalajara, James Kuykendall, de ser cómplice de narcotraficantes mexicanos y de estar envuelto en el asesinato de Camarena —razón por la cual Kuykendall demandó judicialmente a Amazon y al propio Berrellez por difamación.

La última pista que refiere al posible involucramiento de la CIA en el narcotráfico en México tiene que ver con la supuesta operación de agentes encubiertos de la CIA al interior de la estructura de la DEA en México. Al igual que ocurrió con el FBN y el BNDD (y se exploró en capítulos anteriores), es un hecho que la CIA introdujo a sus agentes en la estructura de la DEA.[86] La pregunta central es, sin embargo, si la famosa agencia de inteligencia lo hizo con el fin de investigar casos de corrupción al interior de la DEA, para lograr metas concretas que eran más sencillas de lograr de manera encubierta, o directamente para facilitar el trasiego de drogas. Si le creemos a Héctor Berrellez entonces fue por lo segundo.

Héctor Berrellez: ¿víctima o victimario?

Héctor Berrellez hay muchos en el mundo. Su importancia radica en lo que significa y lo que sus actividades dejan ver de él y del resto de sus compañeros.

En este capítulo utilicé su figura para explorar un eje sin el cual es imposible entender la presencia de la DEA en México: el —mal— uso de la figura de testigos protegidos. Lo ejemplifiqué a partir de la Operación Leyenda y el reclutamiento, por parte de Berrellez, de varios individuos que ejercieron como tales. Como documenté en páginas anteriores, el perfil de estos deja mucho que desear: se trata de expolicías que sirvieron de guardaespaldas de los principales narcotraficantes de la época. En algunos casos, estos mismos testigos protegidos fueron partícipes del secuestro y asesinato de

Enrique Camarena; a ellos no solo se les recompensó su participación en los juicios con miles de dólares, sino con una vida nueva en Estados Unidos.

Ni el caso de Berrellez es excepción ni debe verse como una anormalidad. El pago irresponsable a informantes continúa siendo práctica común de la DEA. En el año 2000, se dio a conocer que uno de sus informantes, un tal Andrew Chambers, recibió más de dos millones de dólares en el transcurso de 16 años a cambio de información que las más de las veces resultó ser falsa.[87] Chambers había hecho de la fabricación de información un modo de vida. ¿Engañaba o se dejaba engañar? La misma pregunta cabe para Berrellez y sus colegas.

¿Es Berrellez víctima o victimario? La guerra contra las drogas da espacio a figuras como él: caracteres improbables que en medio de una gran ficción construyen una invención de sí mismos. No es casual que, sobre el escritorio de caoba de su oficina, de frente a su visitante, Berrellez siga mostrando una plaquita azul con letras doradas en las que se lee "Héctor Berrellez, Leyenda Supervisor".

Sí. Berrellez quedó momificado en un personaje atado a su identidad y al que nuestra imaginación —sí, la nuestra, querido lector— le ofrece el aire necesario para existir.

[1] Héctor Berrellez, *The Last Narc* (Beverly Hills: Renaissance Literary & Talent, 2020), 4-5.

[2] Berrellez, *The Last Narc*, 5.

[3] "Reporter's Transcript of Proceedings, Case No: CR 87-422 (F)-ER", 21 de junio de 1990, 19.

[4] Berrellez, *The Last Narc*, 96.

[5] Berrellez, *The Last Narc*, 97.

[6] Berrellez, *The Last Narc*, 98-99.

[7] David Marcial Pérez, "Los vuelos de la muerte en México: 50 años de impunidad y olvido", *El País*, 2021.

[8] La historia la cuenta en Berrellez, *The Last Narc*, 102.

[9] Berrellez, *The Last Narc*, 115.

[10] Berrellez, *The Last Narc*, 117.

[11] Redacción, "Exagente de la DEA confirma que se paga a militares y policías de México por 'levantar' y entregar sospechosos", sinembargo.mx, 13 de enero de 2014.

[12] Office of Intelligence Strategic Section Latin America Unit DEA, "Talking Points on Mexico", 6 de marzo de 1989.

[13] DEA, "Talking Points on Mexico", 6 de marzo de 1989.

[14] Berrellez, *The Last Narc*, 159.

[15] Algunos de sus nombres han resistido el paso del tiempo: Abel Reynoso, Doug Kuehl, Jim Spurr, Salvador (Sal) Leyva, Marty (Mario) Martínez, Wayne Schmidt, Tom Morales, Delbert Salazar y Susanna Baldwin.

[16] Charles Bowden y Molly Molloy, "Blood on the Corn", medium.com, 2015.

[17] Jesús Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero*, 109-112. Gárate Bustamante fue, por cierto, uno de los varios informantes que aseguraron haber escuchado rumores, meses antes del evento, sobre planes para asesinar al entonces candidato Luis Donaldo Colosio. Véase Héctor de Mauleón, "Los profetas del crimen", *Nexos*, 1 de marzo de 2014.

[18] Michael Isikoff, "Arrest of Mexican Doctor Strains DEA's Reputation", *The Washington Post*, 2 de mayo de 1990.

[19] Jim Price, "José Antonio Gárate Lived a Life Full of Danger", *Nogales International*, 23 de marzo de 2009.

[20] Henry Weinstein, "DEA Operative Details His Role in Kidnaping: Camarena Case: He Says He Arranged the Abduction of Mexican Doctor with U.S. Agent's Approval", *Los Angeles Times*, 28 de abril de 1990.

[21] Weinstein, "DEA Operative Details His Role in Kidnaping".

[22] Fredric N. Tulsky, "Evidence Casts Doubt on Camarena Case Trials", *Los Angeles Times*, 26 de octubre de 1997.

[23] Enrique S. Camarena, "DEA Report of Investigation", 26 de febrero de 1982.

[24] Jesús Blancornelas, "Complot contra expresidentes: Zuno Arce y la injusticia", *ZETA*, 10 de septiembre de 1999.

[25] Salvador Leyva, "Report of Investigation. Debriefing of René López Romero: Events at 881 Lope de Vega, Guadalajara, Jalisco, Mexico: The Abduction/Interrogation and Torture of DEA S/A Enrique Camarena", 9 de abril de 1992.

[26] Véase, entre otros documentos, Héctor Berrellez a William Mitchell, "Memo: Rene López Romero", 20 de enero de 1993.

[27] Tulsky, "Evidence Casts Doubt on Camarena Case Trials".

[28] Tulsky, "Evidence Casts Doubt on Camarena Case Trials".

[29] Tulsky, "Evidence Casts Doubt on Camarena Case Trials".

[30] Tulsky, "Evidence Casts Doubt on Camarena Case Trials".

[31] Tulsky, "Evidence Casts Doubt on Camarena Case Trials".

[32] Bowden y Molloy, "Blood on the Corn".

[33] Fredric N. Tulsky, "Allegation Was Excised in Camarena Case", *Los Angeles Times*, octubre de 1997.

[34] Tulsky, "Evidence Casts Doubt on Camarena Case Trials".

[35] Jason Whitely y Mark Smith, "'El Chapo' May Face New Charges for the Murder of Six Americans, DEA Agent", WFAA.com, 26 de abril de 2018.

[36] La defensa de Verdugo identificó con nombre y apellido a los policías involucrados: Mohamed Ali Hoy Casas, Domingo Martínez Bueno, Antonio Escobedo y José Luis Pinedo.

[37] Isikoff, "Arrest of Mexican Doctor Strains DEA's Reputation". Véase también Kuykendall, *O Plata o Plomo? Silver or Lead?*, 285; Jesús Blancornelas, "Entrevista a René Martín Verdugo Urquídez", *ZETA*, 28 de julio de 2000.

[38] Redacción, "Exagente de la DEA confirma que se paga a militares y policías de México por 'levantar' y entregar sospechosos".

[39] Redacción, "Exagente de la DEA confirma que se paga a militares y policías de México por 'levantar' y entregar sospechosos".

[40] Elaine Shannon, "Snatching Dr. Mengele. A Suspect in a DEA Agent's Murder is Spirited to the U.S.", *Time*, 23 de abril de 1990.

[41] *Proceedings Had before the Grand Jury of the United States, in and for the Central District of California, at United States District Courthouse*, 18.

[42] Carlos Salinas de Gortari, *México: Un paso difícil a la modernidad* (México: Plaza & Janés, 2000), 358.

[43] Berrellez, *The Last Narc*, 248.

[44] Michael Isikoff, "Extradition of DEA Agent, Informant Sought", *The Washington Post*, 21 de julio de 1990.

[45] Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero*.

[46] Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero,* 163.

[47] Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero,* 164.

[48] Philip Shenon, "U.S. Drug Agency Denies Role in Mexican Capture", *The New York Times*, 22 de abril de 1990.

[49] Alonso Gómez-Robledo Verduzco, *Extradición en derecho internacional: aspectos y tendencias relevantes* (México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 2000), 31.

[50] Berrellez, *The Last Narc*, 249. Según una versión de los hechos, el secuestro de Álvarez Machaín se dio tras una fallida negociación por el intercambio de fugitivos; mientras a la DEA le interesaba el ginecólogo mexicano, la PJF estaba tras dos defraudadores mexicanos escondidos en Estados Unidos. En principio,

la idea era llevar a todos ilegalmente a la frontera e intercambiarlos. Véase Weinstein, "DEA Operative Details His Role in Kidnaping".

[51] Salinas de Gortari, *México: Un paso difícil a la modernidad*, 358.

[52] Isikoff, "Extradition of DEA Agent, Informant Sought".

[53] Salinas de Gortari, *México: Un paso difícil a la modernidad*, 358.

[54] Isikoff, "Arrest of Mexican Doctor Strains DEA's Reputation".

[55] Lucía Luna, "En el caso de Álvarez Machaín, la cancillería protesta y la Procuraduría guarda silencio", *Proceso*, 20 de junio de 1992, 10.

[56] Secretaría de Relaciones Exteriores, "Comunicado B-1122", 15 de junio de 1992.

[57] Secretaría de Relaciones Exteriores, "Comunicado B-1126".

[58] Luna, "En el caso de Álvarez Machaín, la cancillería protesta y la Procuraduría guarda silencio".

[59] Poder Ejecutivo, "Acuerdo de las secretarías de Gobernación, de Relaciones Exteriores, y de la Procuraduría General de la República".

[60] Salinas de Gortari, *México: Un paso difícil a la modernidad*, 360.

[61] Charles Bowden, *Down by the River: Drugs, Money, Murder and Family* (Nueva York: Simon & Schuster, 2004), 166.

[62] Eduardo Valle, "La muerte de un desesperado", *El Universal*, 6 de febrero de 2003.

[63] "Como brazo derecho de Coello Trejo, obtuvo del Cártel del Golfo unos 50 millones de dólares, según un cómplice de García Abrego", *Proceso*, 26 de septiembre de 1994, 19.

[64] "Como brazo derecho de Coello Trejo, obtuvo del Cártel del Golfo unos 50 millones de dólares, según un cómplice de García Abrego", 17.

[65] Bowden, *Down by the River*, 165.

[66] Bowden, *Down by the River*, 163-164.

[67] Terrence E. Poppa, *Drug Lord: The Life and Death of a Mexican Kingpin: A True Story*, cap. 25.

[68] "Como brazo derecho de Coello Trejo, obtuvo del Cártel del Golfo unos 50 millones de dólares, según un cómplice de García Abrego", 17.

[69] Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero*, 66.

[70] Jason McGahan, "How a Dogged L.A. Agent Unraveled the CIA's Alleged Role in the Murder of Kiki Camarena", *LA Weekly* 37, núm. 33 (2015): 11-16.

[71] Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero*, 67.

[72] "'Mandarme a México sería como matarme: tengo mucho dinero, pero también muchas deudas', clama González Calderoni, preso en Texas", *Proceso*, 26 de septiembre de 1994, 22.

[73] "'Mandarme a México sería como matarme'", 22.

[74] Berrellez, *The Last Narc*, 252-253.

[75] Berrellez, *The Last Narc*, 184-185.

[76] Jesús Esquivel, "El 'thriller' Camarena", *Proceso*, octubre de 2013.

[77] Scott y Marshall, *Cocaine Politics*, 35.

[78] Webb, *Dark Alliance*.

[79] Véanse las declaraciones del propio Harrison en el juicio contra Zuno Arce: *Proceedings Had before the Grand Jury of the United States, in and for the Central District of California, at United States District Courthouse*.

[80] Weinstein, "DEA Operative Details His Role in Kidnaping".

[81] Meses antes, en septiembre de 1989, Harrison compareció como testigo en el juicio contra Zuno Arce. En aquella ocasión, además de incriminar al cuñado del presidente Echeverría, vinculó directamente a Caro Quintero con las altas esferas de la clase política mexicana. No hubo mención alguna a la CIA o a los supuestos campos de entrenamiento.

[82] Drug Enforcement Administration, "Debriefing Lawrence Harrison", 13 de febrero de 1990.

[83] Sobre su vida, véase Rodríguez y Weisman, *Shadow Warrior*.

[84] Para esta versión, véase Esquivel, *La CIA, Camarena y Caro Quintero*, 45-48.

[85] Diana Washington Valdez, "Ex-DEA Officials: CIA Operatives Involved in 'Kiki' Camarena Murder", *El Paso Times*, 19 de noviembre de 2013. Hay varios exagentes de la DEA que, desde finales de los años noventa, sostienen versiones similares a la de Berrellez. Uno de los más conocidos es Celerino Castillo III. Al respecto escribió un libro: véase Celerino Castillo III y Dave Harmon, *Powderburns: Cocaine, Contras and the Drug War* (Ontario: Mosaic Press, 1994).

[86] Valentine, *The Strength of the Pack*.

[87] Josh Meyer, "An Undercover Informant Comes under Suspicion", *Los Angeles Times*, 5 de marzo de 2000.

Capítulo 9

La DEA hoy: violencia y derechos humanos

Durante 11 años, el agente de la DEA Joe DuBois guardó silencio sobre aquel día de otoño de 1999 en el que conoció la furia —pero también el miedo— de Osiel Cárdenas Guillén, el Mata Amigos.

Durante más de una década, DuBois se limitó a confirmar lo que había trascendido en los medios: el 9 de noviembre a las dos y media de la tarde, él y el agente del FBI Daniel Fuentes estuvieron a punto de morir en una sucia calle de Matamoros. A su verdugo, el Mata Amigos, apenas se le conocía fuera de Tamaulipas. Esa tarde, Joe DuBois —hoy un nombre desconocido y con mínimos resultados en cualquier búsqueda de Google— estuvo a punto de convertirse en el segundo agente de la DEA asesinado en México. Lo salvó el mito de Camarena.

Joe DuBois era uno de la media docena de agentes de la DEA asignados a la oficina en Monterrey, Nuevo León. Su colega, Daniel Fuentes, trabajaba en un grupo SWAT del FBI en Houston. Ambos seguían, desde hacía días, las pistas del Cártel del Golfo en Matamoros, apenas a unos cientos de metros de la frontera estadounidense. Viajaban en una camioneta Ford blanca con placas diplomáticas; se sentían seguros.

Aquella tarde los acompañaba un periodista local cuyo nombre y apellido se han perdido en el tiempo. Aquel periodista les mostraba las enormes casas recién adquiridas por los jefes del —así llamado—

Cártel del Golfo, incluyendo la de un tal Osiel Cárdenas. La casa era grande, fea y rosa; la protegían sus enormes muros y las cámaras de seguridad colocadas en las esquinas.

Al pasar por la calle, DuBois y Fuentes miraron en el retrovisor una Lincoln Continental con placas —luego supieron, robadas— de Texas. Después vieron una segunda *pickup* y luego una tercera. En apenas unos segundos, los agentes y el periodista estaban debajo de su camioneta y rodeados por unos 12 o 15 tipos que apuntaban a sus caras con cuernos de chivo y pistolas grabadas de oro. Los dirigía un hombre bajito y de frente amplia. Era Osiel.

La historia ocurre dos veces, dijo Marx. La primera como gran tragedia y la segunda como farsa. Aquella tarde, como sucedió en las calles de Guadalajara el 8 de febrero de 1985, quienes perseguían la camioneta Ford en la que viajaban DuBois, Fuentes y el periodista eran una mezcla de policías locales y expolicías. Como en 1985, podían haberlos "levantado" y torturado. Era imposible que no cruzaran por la cabeza de DuBois y Fuentes las grabaciones de la tortura de Camarena. Catorce años después, ¿podría pasar otra vez?

Los agentes se identificaron plenamente. Mencionaron la palabra *agentes* y *gringos* tanto como pudieron. Cárdenas, armado con pistola y un AK-47 colgando del hombro, comenzó a cuestionarlos mientras apuntaba a los dos agentes con su Colt. ¿Quién los enviaba? ¿Quién era el tipo que venía con ellos? ¿Qué estaban buscando en su territorio? Los amenazó. Les gritó. Los encaró.

No era la primera vez que Osiel Cárdenas amenazaba a un policía estadounidense. Apenas unos meses antes, en mayo de 1999, estuvo a punto de matar a Abraham Rodríguez, alguacil del condado de Cameron, poblado al sureste de Estados Unidos. Rodríguez trabajaba con agentes del ICE como agente encubierto. Según trascendió, el alguacil, en su papel de supuesto vendedor de droga, no entregó a Osiel 998 kilogramos de marihuana, pactados en una compra para recolectar evidencia en su contra.[1] Rodríguez logró

salvarse por una coincidencia. Seis meses después, el Mata Amigos volvía a estar en una situación similar.

Osiel Cárdenas, cuenta DuBois, les pidió "irse a la verga inmediatamente" y dejar al periodista con ellos a cambio de no ser asesinados ahí, a plena luz del día, en Matamoros. No sin cierta valentía, los agentes se negaron y advirtieron al narcotraficante que podían matarlos a los tres, pero que mañana, y el día después de mañana, y para toda su vida, Osiel Cárdenas y sus pistoleros serían perseguidos por trecientas mil personas.[2]

Eran gringos. Eran agentes. Osiel Cárdenas, como todo narcotraficante mexicano, sabía lo que una mala decisión podía significar: la cólera infinita del gobierno de Estados Unidos. Osiel Cárdenas era un hombre de impulsos, pero también era más listo que sus colegas de Guadalajara: actuó con prudencia. Veinte minutos duró el encuentro; terminó con una sentencia de Osiel Cárdenas que repetirían los agentes a sus superiores apenas cruzaron la frontera hacia Brownsville: "Este es mi pueblo [...], gringos hijos de puta, no se atrevan a regresar".[3]

Sin embargo, regresaron. Se cuenta que Osiel Cárdenas festejó su —aparente— victoria en una taquería de Matamoros. No sabía, sin embargo, que DuBois y Fuentes, apenas se sintieron seguros, llamaron a Washington D. C., donde, curiosamente, se preparaba el encuentro, para el día siguiente, en el que el procurador mexicano Jorge Madrazo Cuéllar y su equipo se reunirían con Mike Vigil, en aquel entonces jefe de operaciones internacionales de la DEA. La sombra del caso Camarena volvió a ensancharse.

Se activaron las alarmas. No podía repetirse lo sucedido en 1985. Tendría que haber una reacción inmediata.

Avisado del suceso en Matamoros, Madrazo Cuéllar llamó a su oficina y pidió el expediente de Cárdenas Guillén, de quien ni él ni su acompañante, el zar antidrogas Mariano Herrán Salvatti, parecían haber escuchado nunca; del tal Osiel Cárdenas apenas había una nota sobre su participación en un robo de autopartes a los 17 años;

nada sobre el imperio criminal que el Mata Amigos comenzaba a crear en Tamaulipas; nada de su paso como entrenador de perros en el Instituto Nacional de Ciencias Penales (Inacipe). Si Salvatti y Madrazo Cuéllar fingieron, lo hicieron bien.

Mike Vigil no lo podía creer. La DEA tampoco podría creer que, a pesar de que DuBois había llamado desde un teléfono celular al comandante de la Policía Judicial en Tamaulipas durante el encuentro con Cárdenas, este no había acudido al auxilio de los agentes.[4] ¿Se repetía la historia de Camarena? ¿No se había aprendido nada en la última década?

Las consecuencias del episodio no fueron menores. La presión estadounidense fue demencial. Por órdenes de Madrazo Cuéllar, fue removido inmediatamente de su posición el comandante de la Policía Judicial de Tamaulipas, un coronel del Ejército mexicano; además, desde la Ciudad de México, se ordenó el despliegue inmediato, por tierra y aire, de un operativo militar que duró semanas en Reynosa, Matamoros y Nuevo Laredo.[5] Era demasiado tarde: el capo ya había huido a un rancho de Nuevo León. El resto de su guardia pretoriana vacacionaba en Cancún.

Por su parte, la DEA y el FBI comenzarían una cruzada personal contra Cárdenas Guillén. No tardó mucho en que el Mata Amigos ingresara a sus listas de delincuentes más buscados y que las agencias comenzaran a equipar con vehículos blindados a sus agentes en México. Detenerlo se volvió una fijación que se cumplió en 2003, pero solo después de dejar una estela de sangre en todo el norte del país.

Esta historia da un último vuelco. En 2008, Cárdenas, ya extraditado, se convirtió, nada más y nada menos, que en un informante del gobierno de Estados Unidos. La cosa funcionó así: a cambio de una reducción en su condena a solo 25 años —Cárdenas saldrá de la cárcel con 68 años en 2035— el Mata Amigos otorgó información sobre la operación de los Zetas, entregó más de

cincuenta millones de dólares entre efectivo y propiedades, incluyendo helicópteros.[6] A cambio, se desestimaron 12 de los 17 cargos penales de los que estaba acusado. La inédita reducción en su sentencia, asegurará a Osiel Cárdenas una vejez en libertad que, de otro modo, nunca habría conseguido. La evidencia contra Cárdenas, que incluía más de tres mil horas de grabaciones telefónicas, habría sido suficiente, tirando por lo bajo, para una sentencia de media docena de cadenas perpetuas.

Había, sin embargo, un problema. ¿Cómo pagar la fianza? El dinero de Osiel Cárdenas estaba escondido en al menos nueve búnkeres en ranchos y casas de Nuevo León y Tamaulipas. Los fajos de billetes fueron subidos a una camioneta y transportados hacia la frontera por Juan Jesús Guerrero Chapa, abogado y mano derecha de Cárdenas. Cerca del puente internacional que va de Reynosa a McAllen, Guerrero Chapa entregó el dinero a agentes estadounidenses colocados especialmente ahí para esos fines.[7] El dinero era tanto que la transacción se repitió varias veces. Por si fuera poco, al menos un avión otrora en posesión de Cárdenas voló de México a un hangar en Vancouver, Canadá, para ser vendido y así pagar parte de la deuda contraída.[8] Parece ficción, pero no lo es.

Parte del dinero devuelto por el narcotraficante se repartió entre varias agencias locales y federales que participaron de alguna forma u otra en las investigaciones contra Osiel Cárdenas, dándole así una vuelta de tuerca más a la lógica de la guerra contra las drogas. Como era de esperarse, las víctimas del Mata Amigos no recibieron un centavo de este acuerdo.

La transfiguración de Osiel Cárdenas en informante de la DEA —y en su mecenas— a cambio de una reducción de su condena están ahí para recordarnos que la realidad siempre es más poderosa que la ficción. Es también un recordatorio de que en la guerra contra las drogas las víctimas son una nota al pie, apenas un daño colateral. Al final ganan los de siempre.

¿Ha caducado el mito? El asesinato del agente Jaime Zapata (2011)

Hasta los mitos tienen fecha de caducidad. El mito de Camarena alcanzó para salvar la vida del agente Joseph DuBois y Daniel Fuentes, pero ya no para proteger la de Jaime Zapata, originario de Brownsville y agente del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos, el famoso ICE. En 2011, cuando Zapata fue asesinado, el agente tenía 32 años y comenzaba su carrera. Fue el primer agente federal asesinado en México desde Camarena.

El 15 de febrero de 2011, Jaime Zapata manejaba una Suburban —blindada, de color azul y con placas diplomáticas— en una carretera en San Luis Potosí cuando fue interceptado por un comando armado. En el asiento del copiloto estaba su colega Víctor Ávila, nacido en El Paso, y también agente de ICE; como Zapata, tenía ascendencia mexicana y era completamente bilingüe.

Aun hoy no es claro lo que Jaime Zapata y Víctor Ávila hacían en México ni cuál era su misión esa mañana de febrero. Sabemos lo siguiente: Ávila era agente permanente del ICE en México y llevaba al menos año y medio viviendo en la capital. Zapata, en cambio, estaba asignado a uno de los grupos élite de ICE en Laredo, Texas, el llamado Border Enforcement Security Task Force. Debía permanecer no más de tres meses en el país; era lo que comúnmente se conoce como un agente temporal (TDY).[9]

Lo poco que se sabe es que buscaban llevar de Matehuala, San Luis Potosí, a la capital "cajas con equipo técnico" para "apoyar una investigación criminal". El equipo habría sido solicitado por la representación del grupo de investigación de ICE en la embajada de México. La tarea de Zapata y Ávila era, en principio, más bien simple: llevar de Matehuala a Ciudad de México diez misteriosas cajas que debían llegar inmediatamente y que, precisamente por la premura, no habían sido enviadas por valija diplomática. Aunque ICE no ha declarado nada acerca de la naturaleza del "equipo técnico",

funcionarios de la agencia han mencionado *off the record* que se trataba de aparatos para realizar escuchas telefónicas.[10]

El ataque sucedió hacia las dos de la tarde. Zapata y Ávila ya habían recogido las cajas en las afueras de Matehuala y manejaban por la carretera federal número 57, una de las principales del país. Sin apenas darse cuenta, a la Suburban le cerraron el paso dos camionetas con gente armada. Los agentes pararon con la confianza en que el blindaje de la camioneta los protegería de la emboscada. Para mala suerte de Zapata y Ávila, las puertas de la Suburban se desbloquearon automáticamente y los agresores dispararon al menos ochenta balas provenientes de pistolas y fusiles semiautomáticos.

Zapata, quien iba en el asiento del conductor, recibió seis balazos. Ávila, también herido con dos impactos de bala en la pierna, pudo volver a activar los seguros de las puertas y huir del lugar. Al día siguiente, soldados mexicanos y policías federales catearon varias casas de seguridad de los Zetas en San Luis Potosí. Una semana después del asesinato ya había seis presuntos responsables: todos ellos parte de una célula de los Zetas en la región.

Sobre el asesinato hay dos hipótesis. La primera es sostenida precisamente por los agresores confesos, José Emanuel García, el Zafado, y Jesús Iván Quezada Esqueda, el Loco. En el juicio que antecedió a su extradición a Estados Unidos, ambos mencionaron que cumplían con una misión: robar camionetas blindadas que, en algún punto, pudieran ser utilizadas para cometer actividades criminales. En esta hipótesis, Zapata y Ávila habían estado simplemente en el lugar incorrecto y a la hora incorrecta.

Víctor Ávila, sobreviviente del ataque, es escéptico a esta primera explicación y sugiere un ataque planeado y dirigido. De otro modo, ¿cómo explicar que los agresores persiguieran una camioneta con placas diplomáticas? ¿Por qué habrían disparado a pesar de que Ávila y Zapata gritaron varias veces que eran diplomáticos estadounidenses? Al exagente Ávila tampoco le quedan del todo

claras las motivaciones ulteriores de sus jefes de enviarlo a tal misión, a pesar de que la embajada tenía contratado un servicio de mensajería justo para ese tipo de tareas.[11] Una investigación interna señaló que no hubo coordinación con otros oficiales del Departamento de Estado antes del viaje ni se avisó a las autoridades mexicanas del mismo. Además, no se tomaron en cuenta los reportes de violencia ocasionada por células del Cártel del Golfo y los Zetas en la zona.[12] Por si fuera poco, tiempo después se descubrió que el cuerno de chivo con el que fue asesinado Zapata era parte del conjunto de armas perdidas del famoso Operativo *Rápido y Furioso,* acción en la que se extraviaron unas dos mil armas supuestamente "controladas" por agencias estadounidenses. Por una vez, las víctimas no eran mexicanas.

El homicidio de Zapata no provocó el temblor político que sí ocasionó la tortura y asesinato de Camarena, pero no estuvo exento de consecuencias. Barack Obama, entonces presidente de Estados Unidos, llamó a casa de la familia de Zapata para expresar sus condolencias; el gobierno mexicano anunció una recompensa de un millón de dólares a quien otorgara información que llevara a la detención de los sospechosos; una vez detenidos y enjuiciados, el Zafado y el Loco fueron extraditados y condenados a cadena perpetua en Estados Unidos; otros cinco detenidos cumplen largas sentencias en cárceles federales de ese país.

Como respuesta al asesinato de Zapata, agencias federales de Estados Unidos activaron la Operación *Fallen Hero* (héroe caído) para la cual enfocaron sus actividades en ejecutar todas las órdenes de aprehensión de presuntos colaboradores de los Zetas y otros grupos criminales en Estados Unidos. En ese esfuerzo, se realizaron casi setecientos arrestos en una semana.[13] Se construyeron bustos, placas y memoriales; se organizaron carreras conmemorativas y renombraron salones, salas de conferencias y pasillos en las oficinas del ICE y otras agencias federales. Con la figura de Zapata el mito

Camarena intentó, sin demasiado éxito, reinventarse. Es cuestión de tiempo para que un nuevo héroe tome su lugar. Volverán las estatuas, los cuadros y las fechas conmemorativas. Así, hasta el final de la guerra contra las drogas.

Eliminar al enemigo: DEA y la Kingpin Strategy

Ya hablamos de los agentes y los peligros a los que están expuestos. Es hora, sin embargo, de abordar las consecuencias del trabajo de la DEA en México en la extensión de la violencia en el país. Sin una última reflexión en este sentido, este libro estaría incompleto. Así, dedicaré las últimas páginas a explicar las consecuencias que ha tenido para México el impulso de una estrategia policial caracterizada por priorizar —como mecanismo para reducir la oferta de narcóticos— la fragmentación de organizaciones criminales, la famosa Kingpin Strategy.

¿Qué es la Kingpin Strategy? Se trata de una "maniobra designada para debilitar, desmantelar y destruir grandes organizaciones de narcotraficantes".[14] Se creó en la DEA durante la década de los años noventa bajo el principio de la necesidad de enfocar una cantidad desmedida de recursos humanos y materiales en detener o eliminar al líder de una organización criminal. Forma parte de la narrativa que da un peso desproporcionado al liderazgo de una persona sobre las estructuras y relaciones sociales, políticas y económicas en las que la actividad ilegal tiene lugar: una narrativa tan equivocada como conveniente para el discurso de la guerra contra las drogas.

Por medio de esta estrategia, la DEA ha impulsado un enfoque punitivo en el problema de las drogas en México que no solo no ha logrado reducir la oferta de narcóticos en Estados Unidos, sino que ha estimulado violaciones generalizadas a los derechos humanos en

México. Para impulsar la Kingpin Srategy, la agencia creó e implementó el programa de Unidades de Investigación Sensibles (Sensitive Investigative Unit, SIU). Las SIU son, como se mostrará en las páginas siguientes, el corazón del programa internacional de la DEA y pieza clave de su estrategia operativa en México.

La narrativa oficial de la DEA dicta que fue Robert Nieves —un agente especial con experiencia en Costa Rica y en ese momento jefe sustituto de la sección contra la cocaína de la DEA— quien, en 1992, nutrió de contenido al concepto. En su mente estaba el desarrollo de una estrategia para enfrentar a las organizaciones de Cali y Medellín.

El plan de Nieves partía de una serie de premisas interconectadas: *las organizaciones dedicadas al transporte y venta de drogas están verticalmente organizadas*. Así, al eliminar a los jefes de estas —normalmente más crueles y capaces que el resto de los miembros— las organizaciones se debilitan. *Su fragmentación y debilidad les impide participar activamente en el tráfico de drogas, por lo cual la oferta de narcóticos tenderá a reducirse en Estados Unidos*.[15] El objetivo se vuelve, entonces, la eliminación de los jefes, los *kingpins*; los medios para hacerlo son, entre otros, el monitoreo de las comunicaciones, el análisis de las llamadas telefónicas de los líderes y la congelación de las cuentas bancarias.

Estas premisas no habían asimilado los resultados de investigaciones que ya en la década de los años ochenta, con evidencia empírica, habían denunciado el mito de la estructura vertical de las organizaciones ilegales[16] o señalado su tendencia a compartimentar sus operaciones.[17] Tampoco habían atendido la evidencia que señalaba que la eliminación de los así llamados *kingpins* no daba como resultado la reducción de la oferta en el marcado de drogas. Así lo advertían, ya desde principios de la década de los años noventa, documentos oficiales del gobierno de

Estados Unidos,[18] así como los estudios empíricos más completos producidos en ese país.[19]

No obstante estas advertencias, la Kingpin Strategy contó con el respaldo del administrador de la DEA, pues rápidamente se entendieron los beneficios que podría tener; en particular dos. Por un lado, se trató de un concepto relativamente fácil de explicar a los congresistas estadounidenses, a la esfera pública y al resto de las agencias de implementación de la ley. En palabras de Robert Bonner —jefe de la DEA a principios de los años noventa— tenía cierto *"sex appeal* entre la comunidad interagencial".[20] Esto proveyó de legitimidad a la propia agencia al momento de solicitar recursos al Congreso y de subordinar al resto de la comunidad antinarcóticos bajo el liderazgo de la DEA.[21] Todo esto fue especialmente relevante ante un ambiente de fragilidad y amenaza de recursos presupuestales que por entonces pesaba sobre la agencia.[22] Por otro lado, el atractivo pedagógico del concepto hizo de la Kingpin Strategy un producto fácilmente exportable —al menos en la teoría— a los pares de la DEA en el extranjero. En particular, permitió mostrar con claridad a las fiscalías y policías en Colombia y México los muchísimos beneficios burocráticos a los que podían acceder si implementaban la misma perspectiva en sus operaciones antinarcóticos.

En 1995, como una extensión de la Kingpin Strategy, fue fundada la División de Operaciones Especiales de la DEA (Special Operations Division, SOD). Aunque enclavada en la DEA, la SOD incorporó a policías provenientes de otras agencias, incluyendo el FBI y el Servicio de Aduanas.[23] Su función era ayudar a las divisiones locales a construir amplios casos antinarcóticos que incluyeran dos o más jurisdicciones.[24] Entre las operaciones clave de la Kingpin Strategy y de la SOD durante la década de los noventa se encuentran: la Operación Tiger Trap (1994) en Tailandia; Zorro I (1992-1994) y Zorro II (1995-1996), centradas en desarticular organizaciones

colombianas y mexicanas, respectivamente; y las Operaciones Limelight y Reciprocity (1996-1997), enfocadas en atacar células de la organización de los Arellano Félix en Estados Unidos.[25]

Ya en el nuevo siglo, la DEA continuó diseñando una serie de programas que en sí mismos refrendan las premisas de la Kingpin Strategy. Así, por ejemplo, además de continuar generando casos policiales, se creó una lista de los objetivos "más codiciados de la DEA", los llamados Consolidated Priority Organization Targets (CPOT).[26] La creación de la lista en 2002 es el principal componente de una amplia estrategia, diseñada desde el Departamento de Justicia, abocada a identificar y atacar objetivos prioritarios que, con algunas modificaciones, continúa vigente. Aunque la DEA asegura que en esta lista están aquellas organizaciones que operan a gran escala, una auditoría de la Oficina del Inspector del Departamento de Justicia demostró que la DEA carecía de criterios objetivos para definir estas organizaciones, y no contaba con definiciones claras de lo que significaba desmantelar o romper una organización dedicada al tráfico de drogas.[27]

De lo anterior rescato dos ideas centrales. La primera: que el desarrollo de la Kingpin Strategy no contempló un plan integral para detener el flujo de narcóticos a Estados Unidos. En otras palabras, la detención del *kingpin* se fijó como meta, no como medio. La segunda: que en la planeación de esa estrategia no se tomaron en cuenta consideraciones de derechos humanos ni la evidencia que sugiere que tal estrategia desemboca, sobre todo en áreas con estatalidad limitada, en dinámicas violentas. Así sin más, se vendió la estrategia a México. Todo estaba listo para el desastre.

La Kingpin Strategy en México

¿Cómo llevar esta idea a México y al resto del mundo? Esa es la pregunta que se hacían en los cuarteles generales de la DEA. La respuesta: a partir de la creación de pequeñas unidades policiales que, bajo la tutela de la DEA, ejecutarían los postulados de la Kingpin Strategy. Así se crearon las Unidades de Investigación Sensible (Sensitive Investigative Unit, SIU). Las SIU fueron y continúan siendo el corazón del programa internacional de la DEA y pieza clave para articular sus esfuerzos en América Latina.

La historia de las SIU se remonta a 1996. Ese año el Congreso de Estados Unidos aprobó 18 millones de dólares para la creación del programa de Unidad de Investigaciones Sensibles. Las SIU debían cumplir dos objetivos. El primero, reducir la posible filtración de información sensible, una preocupación permanente para la DEA en contextos de corrupción institucionalizada.[28] El segundo, proveer a la DEA de una fuerza operativa en otros países entrenada a partir de las prácticas, técnicas y estrategias favoritas de la agencia, con un énfasis especial en el uso de las ya referidas técnicas de incitación al delito y la ejecución de operaciones especializadas en la captura de *kingpins*.

Muy al principio, el programa SIU estuvo dirigido al entrenamiento por parte de la DEA de unidades policiacas en Bolivia, Colombia, México y Perú.[29] Hacia 2006 el programa se había expandido a 11 países y había formado 26 unidades con casi mil miembros.[30] Hacia 2019 participaban 1,290 oficiales en 15 países, diez de los cuales eran latinoamericanos.[31]

Las SIU no son tan originales. Desde principios del siglo XX diferentes burocracias estadounidenses han formado policías en América Latina con cuestionables resultados.[32] Asimismo, la pretensión de la DEA de formar unidades policiales extranjeras data de, por lo menos, 1975.[33] La diferencia estriba en que solo gracias a su planeación formal a mediados de los años noventa pudo asegurar

cantidades significativas de dinero para la creación de estos grupos. Por lo demás, la DEA no ha sido la única agencia del gobierno federal de Estados Unidos en crear Unidades de Investigación Sensible en México y otras partes del mundo. El propio Departamento de Defensa de Estados Unidos financió, desde principios de la década de los años noventa, sus propios programas en la Secretaría de Marina y la Secretaría de la Defensa, los famosos Grupos Anfibios de Fuerzas Especiales (Ganfe) y los Grupos Aeromóviles de Fuerzas Especiales (Gafes). Estos grupos estuvieron en el centro del debate público al demostrarse que cerca de cuarenta miembros de estas unidades pasaron a formar parte de la guardia pretoriana del narcotraficante Arturo Guzmán Decena, el llamado Z-1, fundador de los Zetas y enemigo acérrimo del Mata Amigos.[34] Se trata de uno de los mayores fiascos de la política antidrogas de Estados Unidos en México.

Vale la pena centrarnos, aunque sea por un momento, en el funcionamiento del programa SIU. Primero, se realiza una selección de policías y fiscales del país en cuestión. Estos son llevados a Estados Unidos e instruidos por varias semanas en la academia de entrenamiento de la DEA en Virginia. Para su ingreso y permanencia en el grupo, esta primera selección de policías y fiscales debe aprobar varios filtros; entre otros, exámenes psicológicos, toxicológicos y psicométricos, prueba de polígrafo, investigaciones patrimoniales y visitas domiciliarias.

Una vez terminada esta primera etapa, la DEA conduce un escrutinio periódico sobre los miembros de las SIU. A cambio, la agencia mantiene una política de compensaciones salariales a sus miembros de hasta novecientos dólares mensuales.[35] A pesar del sobresueldo, el compromiso entre la DEA y las agencias extranjeras es que la cadena de mando original de la unidad intervenida no se modifique formalmente. Además, se asigna a un agente especial de

la DEA en condición de "asesor". Aunque depende del país y unidad, la norma es que haya un asesor por cada 15 miembros de las SIU.[36]

México y Colombia fueron los primeros "laboratorios" del programa. En México comenzó a implementarse en mayo de 1996, poco después de obtener la anuencia del gobierno del presidente Zedillo. El escrutinio y proceso de veto de los primeros 21 elementos se completó en noviembre. En enero de 1997 comenzó a operar la primera unidad. Es importante subrayar que la implementación del programa ocurrió justo entre la desaparición del Instituto Nacional para el Combate a las Drogas (INCD) y la creación, en mayo de 1997, de la Fiscalía Especializada para la Atención de Delitos contra la Salud (FEADS), la nueva unidad antinarcóticos de la PGR.

En el marco del programa SIU, para septiembre de 1998, la DEA había entrenado a 232 elementos de la recién creada FEADS. Estos estaban distribuidos en tres unidades. La primera estaba compuesta por 14 miembros dedicados exclusivamente a la recolección de evidencia y trabajaba fuera de la Ciudad de México. Otros 196 elementos pertenecían a las llamadas Bilateral Border Task Forces, grupos que operaban a lo largo de la frontera y con oficinas en Tijuana, Ciudad Juárez, Monterrey y Guadalajara. Estos eran responsables de ejecutar arrestos, así como órdenes de aprehensión. La última unidad SIU funcionaba en la Unidad Especializada en Delincuencia Organizada (UEDO) de la FEADS y estaba compuesta por 122 elementos, incluyendo investigadores y agentes policiacos. La misión de esta unidad era concentrarse precisamente en organizaciones de gran escala.[37] Todas las fuentes consultadas subrayan el trabajo relevante de fiscales y auxiliares de la PGR en el marco del programa. Ellos debían iniciar las averiguaciones previas correspondientes a cada operación criminal de acuerdo con los parámetros establecidos por la DEA.

En 2003 la FEADS fue desmantelada tras revelarse el grado de corrupción estructural entre sus mandos y casi setecientos agentes.

Los escándalos de corrupción, sin embargo, no terminaron con el programa SIU; solo modificaron su ubicación. El núcleo duro de la SIU fue transferido a la recién creada Subprocuraduría Especializada en Investigación de Delincuencia Organizada (SIEDO, después SEIDO). Según un informe de la época, para 2003 había en México 11 unidades con 180 individuos.[38] A partir de ahí los datos se vuelven confusos porque apenas tres años después, en 2006, la DEA reconocía la existencia de solo dos unidades con 184 elementos; todos ellos miembros de la Agencia Federal de Investigaciones (AFI).[39] Información de 2007 señala que entre 2002 y 2006, la DEA entrenó en su academia de Virginia a 298 potenciales miembros de la SIU.[40] En ese mismo periodo, las SIU mexicanas habrían logrado el arresto de 19 *kingpins* que la DEA había categorizado como de primer y segundo rango.[41]

Los años del gobierno de Felipe Calderón (2006-2012) fueron especialmente prolíficos para la expansión del programa SIU. La DEA no solo reconoció, sino que fue una de las principales promotoras del "notable compromiso" (*remarkable commitment*) de Felipe Calderón en su estrategia contra el crimen organizado. Durante su periodo, bajo el paraguas de la Iniciativa Mérida, se crearon dos Oficinas Binacionales de Inteligencia o Centros de Fusión en la Ciudad de México y Monterrey. Desde ahí, funcionarios de la DEA y otras agencias estadounidenses trabajaban en tareas de inteligencia en completa colaboración con autoridades mexicanas.[42] No es exagerado apuntar que hicieron y deshicieron tanto como fue su voluntad.

La alegre relación entre la DEA y el gobierno mexicano se enfrió al inicio del gobierno de Enrique Peña Nieto. Algunos oficiales de inteligencia fueron expulsados del centro de inteligencia de la Policía Federal en Monterrey y se dieron por terminadas las pruebas de polígrafo impuestas por la DEA a sus potenciales contactos.[43] La Secretaría de Gobernación, por su parte, buscó asumir el control de

toda la relación de seguridad entre ambos países. Todo esto, en el marco de una política más general que buscó "desecuritizar" la política exterior mexicana.[44] Sin embargo, el cambio de estrategia nada modificó el reclutamiento de oficiales para las SIU, ni su funcionamiento, ni la estrategia, ni el paradigma.

Derechos humanos, al margen

El desarrollo global del programa SIU ha sido fuente de fuertes críticas. Estas han sido tanto de instituciones del gobierno federal de Estados Unidos como de la prensa y la academia. En 2007, un informe del inspector general del Departamento de Justicia concluía que, más allá de mostrar algunos logros puntuales, la DEA no tenía manera de registrar los éxitos globales del programa SIU. Entre los problemas que resaltaba este informe —levemente censurado— se señalaban: pobre registro de participantes en el programa, ausencia de métricas objetivas, control inadecuado del equipo de las unidades SIU, prácticas irregulares vinculadas a suplementos salariales de los participantes, falta de evidencia de entrenamiento en algunas unidades, falta de permisos para uso de armas de personal de la DEA, así como prácticas deficientes en la administración y supervisión de las propias SIU.[45]

En México no han sido menores los escándalos relacionados con los grupos SIU. Tres años después de comenzar a operar en el país, en 1999 un periódico nacional divulgó una filtración en la que se exponían las operaciones de una unidad, así como su localización y actividades específicas.[46] Un año después, en marzo de 2000, Cuauhtémoc Herrera Suástegui, exdirector operativo de la UEDO, centro de operaciones de la primera SIU, fue asesinado; apenas unas semanas antes la DEA lo había acusado de mantener una estrecha

relación de colaboración con la organización del Golfo.[47] Desde entonces, otros dos supervisores mexicanos de unidades SIU han sido asesinados luego de ser filtradas sus identidades.[48] Las carpetas de investigación sugieren que figuras dentro de la corporación conspiraron en ambos homicidios. Otro caso comprometedor es el de Iván Reyes Arzate, uno de los principales contactos de la DEA en México, quien fue acusado en 2018 por la fiscalía de Chicago de filtrar información en 2016 a la organización de los Beltrán Leyva. Según el expediente judicial, un informante de aquella organización habría sido torturado como consecuencia de la filtración.[49]

Otros reportes periodísticos han centrado sus críticas en la forma de operar de las SIU. En 2017 se publicó un artículo basado en 23 entrevistas con agentes y exagentes de la DEA en el que se denunciaba la forma en que la agencia había abandonado a su suerte a cinco personas secuestradas tiempo atrás por un comando de los Zetas en un hotel de Monterrey, Nuevo León. Según demostraron investigaciones posteriores, el comando perseguía a miembros de una unidad SIU de la Policía Federal que, en estrecha colaboración con la DEA, vigilaban desde el hotel las operaciones de un jefe de los Zetas en Nuevo León. Al percatarse de que lo perseguían, el jefe Zeta ordenó el secuestro de la unidad. Sin embargo, en una confusión fatal, en lugar de los agentes de la SIU, el comando criminal capturó a huéspedes que encajaban vagamente con el perfil de sus objetivos. La DEA supo del ataque y de los motivos originales del mismo. Sin embargo, no solo no ayudó en la investigación del secuestro, sino que tampoco mostró interés en esclarecer el incidente, "ni dirigió un escrutinio interno para averiguar si la filtración de inteligencia que había traído a los Zetas al hotel había salido de la SIU".[50]

La conclusión de uno de los entrevistados da cuenta de la asimetría con la cual la DEA investiga este tipo de casos en México: "Si esto hubiera sucedido en Estados Unidos, habría habido todo tipo

de indignación […] pero en México, siento decirlo, a nadie le importa una mierda".[51] En la medida en que la DEA continúe sin exigir a sus oficinas locales llevar a cabo revisiones internas de operaciones o investigaciones que resulten en pérdidas de vida, este tipo de situaciones son proclives a repetirse.

En junio de 2017, otra investigación de la periodista Ginger Thompson para *ProPublica* y *National Geographic* puso al descubierto otro episodio trágico que tuvo lugar en 2011, que involucró a la DEA en México y que derivó en crímenes atroces. En este caso, una masacre en un pueblo ganadero de Allende, Coahuila, perpetrada por los Zetas como consecuencia parcial de filtraciones de inteligencia provistas por la DEA a su SIU mexicana.[52]

En el ataque de los Zetas al pueblo de Allende en marzo de 2011 desaparecieron al menos 26 personas, aunque probablemente fueron más.[53] Las cosas transcurrieron más o menos así: miembros de los Zetas llegaron al pueblo de Allende con el único objetivo de matar y desaparecer a los familiares, amigos y conocidos de tres miembros de bajo rango del mismo grupo criminal, pero señalados por algún tercero de traicionar a la organización y colaborar con la DEA. Según la investigación de Thompson, la identidad de los informantes fue filtrada a los jefes de los Zetas directamente por un oficial de la SIU mexicana, que a su vez había recibido información clave del informante por la propia DEA.

Las premisas de trabajo de las SIU no solo pecan de optimistas, sino que muestran evidencia de la falta de comprensión del contexto latinoamericano en su conjunto. Un reporte de 2011 señalaba que el entrenamiento de 15 policías locales por un agente de la DEA no solo garantizaba la existencia de 15 policías excelentemente instruidos en el desarrollo de casos antinarcóticos, sino en el desarrollo de al menos diez fuentes confidenciales por policía. Así se formarían 150 fuentes de información. Si cada una de esas potenciales 150 fuentes de información —siguiendo la lógica— pudiese identificar diez

aparatos electrónicos de presuntos traficantes, en total se accedería a unas mil quinientas potenciales grabaciones listas para ser utilizadas como evidencias ante un juez.[54] La aritmética no solo es arbitraria; también la premisa de que el acceso a comunicaciones personales puede lograrse sin órdenes judiciales específicas es, cuando menos, equivocada.

Otro problema más general de las SIU es que, aunque el comandante de la unidad sea mexicano, el que sus complementos salariales provengan de la DEA pone en duda el orden jerárquico de sus objetivos. La prioridad pasa a ser, en el mejor de los casos, la eliminación del *kingpin*; sin embargo, la perpetración de otros delitos, así como las dinámicas violentas que puedan generarse tenderán a pasar a segundo plano. La policía, entonces, se ocupa de las prioridades de la DEA, no de las metas en materia de seguridad del Estado que originalmente lo contrató. El problema sobre el descontrol de la cadena de mando entre la DEA y policías extranjeras es evidente.[55] En última instancia la pregunta es: ¿para quién trabajan de verdad los policías que participan en este tipo de ejercicios?

La respuesta tiene severas consecuencias si pensamos que las SIU están separadas del resto de las corporaciones policiales, a las que se les relaciona con corrupción e ineficiencia. De ahí que se las considere como una élite privilegiada, con relaciones, sueldos y jerarquías distintas. Más allá de los celos burocráticos que esta situación inevitablemente provoca, las posibilidades de cooperación con el resto de las corporaciones se esfuman. De ahí que las fricciones y disputas con oficiales de otras unidades que no disfrutan del apoyo económico de la DEA sean el resultado natural de esta división entre *policías confiables* y *no confiables*. Por lo demás, una vez que termina el financiamiento de las SIU, no solo se pierden las capacidades institucionales formadas, sino que los agentes quedan completamente aislados. En algunos casos, una vez retirados de sus

propias instituciones, mandos medios y superiores terminan por trabajar como operadores formales de la DEA.[56]

A raíz de todos los problemas mencionados, pero sobre todo de la evidencia acumulada en las investigaciones periodísticas de Ginger Thompson alrededor de lo sucedido en Allende y en Monterrey, así como de tres eventos de violencia en Honduras en 2012, en los que agentes de la DEA se vieron involucrados, en 2018 varios congresistas demócratas exigieron al Departamento de Justicia tomar medidas urgentes alrededor del programa SIU, al que calificaron como "área de alto riesgo" (*an area of high risk*).[57] En septiembre de ese año, el inspector general del Departamento de Justicia anunció el inicio de una investigación sobre el programa SIU de la DEA, así como de sus regulaciones internas. Cambiarán de nombre, cambiarán de jefes, pero en la lógica ineludible de la guerra contra las drogas, solo una modificación estructural eliminará la corrupción y la violencia ancladas a la forma de operar de la DEA en todo el mundo.

MÁS Y MÁS VIOLENCIA

En 2009, el jefe de inteligencia de la DEA, Anthony P. Placido, explicó el crecimiento de la violencia durante el sexenio de Calderón no como resultado de la incapacidad del gobierno federal, sino como un "intento desesperado de los traficantes de droga de resistirse ante los sostenidos esfuerzos de un gobierno decidido" a confrontar al crimen organizado.[58] Más aún, la violencia criminal, que en 2008 comenzaba a expandirse en México, era interpretada por Placido como una serie de "actos de verdadera desesperación; acciones de organizaciones heridas, vulnerables y peligrosas".[59] Según esta interpretación, la violencia era momentánea; lo realmente importante eran las capturas de los *kingpins* que hacía un día sí y otro también el gobierno de México.

En marzo de 2009 el gobierno de México publicó una lista con los nombres y seudónimos de los 37 principales traficantes del país. Además, anunció recompensas de hasta dos millones de dólares para la detención de algunos de ellos. Tres años y medio después, 16 habían sido arrestados y siete asesinados.[60] Tan solo entre 2009 y 2011 habían logrado capturarse, gracias al trabajo de las SIU de la Secretaría de Marina y la Policía Federal, a cuatro de los más relevantes líderes de organizaciones criminales, incluyendo a Édgar Valdez Villarreal, la Barbie; Nazario Moreno González, el Chayo; José Jesús Méndez Vargas, el Chango; y José Antonio Acosta Hernández, el Diego.[61] A pesar de eso, la tasa de violencia en el país para finales de 2012 no había hecho sino crecer exponencialmente. Mientras en el primer mes de la administración de Felipe Calderón se registraron 676 homicidios (enero de 2007), en octubre de 2012 la cifra de defunciones mensuales por homicidios en el país subió a 2,127.[62]

Si bien mostrar una relación causal entre la implementación de la Kingpin Strategy y la explosión de la violencia en México es tarea compleja, la bibliografía académica sí ha logrado mostrar con agudez cómo la fragmentación de los grupos criminales vuelve más violentas a sus partes, así como los efectos contraproducentes que supone centrar la atención en las organizaciones que controlan la exportación de narcóticos, en lugar de ir por las más violentas.

Existe un amplio consenso de que las luchas por pequeños espacios criminales de poder son importantes generadores de violencia.[63] La lógica es más bien sencilla: la acción represiva contra los grupos consolidados provoca dinámicas violentas entre ellos para hacerse del control del mercado.[64] Asimismo, existe evidencia que apunta a que la fragmentación de grupos del tráfico de drogas da pie a que —sobre todo en lugares con estatalidad limitada y ausencia de Estado de derecho— proliferen otro tipo de delitos, incluyendo el robo de automóviles, el secuestro, el robo de gasolina, la trata de personas y el cobro de derecho de piso.[65] Así se ha

mostrado, por ejemplo, la estrecha relación entre el crecimiento de la tasa de secuestros en Tijuana y la fragmentación del grupo de los Arellano Félix.[66]

El segundo problema que conlleva la Kingpin Strategy es su meta de combatir los circuitos importantes de droga y no la expansión de las organizaciones más violentas. Estudios empíricos disponibles no solo dejan ver que las organizaciones violentas no necesariamente son las que más drogas hacen circular, sino que las organizaciones preponderantes suelen ser menos violentas en mercados consolidados que fragmentados.[67] Un tercer problema asociado a la Kingpin Strategy es el de la falta de respeto a derechos humanos que conlleva su aplicación. El principio de presunción de inocencia es sustituido por un régimen especial en materia penal que avala allanamientos, detenciones arbitrarias, el uso de técnicas de incitación al delito (*entrapment*), la publicación de carteles de recompensa sin juicio de por medio, la intercepción de comunicaciones privadas y, sobre todo, el otorgamiento de poderes discrecionales a las autoridades policiales para la persecución de una nebulosa llamada *crimen organizado*. En contextos de corrupción institucionalizada y debilitamiento del Estado de derecho, el peligro es especialmente alto. En México este tipo de prácticas ha traído en la última década una erosión de derechos humanos que ha afectado, sobre todo, a los más vulnerables.[68]

Por si no fuera suficiente con todo lo ya expuesto, no hay evidencia de que la Kingpin Strategy en México haya reducido la oferta de droga en el mercado de Estados Unidos. Como es obvio, la Kingpin Strategy no interviene en las causas últimas de oferta y demanda de drogas. Tampoco interviene ni logra incidir en el funcionamiento de economías ilegales. En su lógica se presume que la consolidación de organizaciones criminales en México está asociada al liderazgo de jefes puntuales, y no, como resulta claro en el contexto mexicano, al respaldo de grupos políticos que permiten

la actividad criminal.[69] Los datos son concluyentes: entre 1991 y 2016, el precio —ajustado por inflación— de venta al por mayor de cocaína en Estados Unidos se ha reducido de 83 mil dólares a solo 28 mil. El precio de heroína al por mayor en el mismo periodo ha pasado de 298 mil dólares a solo 53 mil.[70] Naturalmente, la reducción del precio de narcóticos tiene explicaciones multivariadas, pero, en última instancia, da cuenta del fracaso de la estrategia general de la política de drogas promovida por la DEA.

Las métricas del éxito de la DEA son las cuentas del fracaso de México. Lo que la DEA asume como logros ineludibles de la estrategia antinarcóticos —la fragmentación de las grandes organizaciones de la droga en entes más pequeños y aparentemente más controlables — no ha sido sino el detonador de las mayores oleadas de violencia criminal en todo el continente. En esa medida, la DEA es responsable directa de violaciones a los derechos humanos. *Cien años de espías y drogas* dan cuenta de ello.

[1] The United States Attorney's Office for the Southern District of Texas, "Osiel Cardenas-Guillen, Former Head of the Gulf Cartel, Sentenced to 25 Years' Imprisonment", 24 de febrero de 2010, https://archives.fbi.gov/archives/houston/press-releases/2010/ho022410b.htm.

[2] Dane Schiller, "DEA Agent Breaks Silence on Standoff with Cartel", *Houston Chronicle*, 15 de marzo de 2010. Para otra excelente narración del episodio, véase Ricardo Raphael, *Hijo de la guerra* (México: Seix Barral, 2019).

[3] Schiller, "DEA Agent Breaks Silence on Standoff with Cartel".

[4] Donnie R. Marshall, "Statement by Donnie R. Marshall, Acting Administrator of the Drug Enforcement Administration before the Senate Drug Caucus on International Narcotics Control", 21 de marzo de 2000.

[5] Ricardo Ravelo, *Osiel: Vida y tragedia de un capo* (México: Grijalbo, 2009), 186.

[6] Alfredo Corchado y Kevin Krause, "Deadly Deal: A Drug Kingpin's Plea with the U.S. Triggered Years of Bloodshed Reaching All the Way to Southlake", *The Dallas Morning News*, 14 de abril de 2016.

[7] Corchado y Krause, "Deadly Deal".

[8] Corchado y Krause, "Deadly Deal".

[9] Mary Cuddehe, "Agent Zapata", *The Altavist Magazine*, noviembre de 2012.

[10] Cuddehe, "Agent Zapata", 12-13.

[11] Cuddehe, "Agent Zapata".

[12] Matthew Albence a Henry Kerner, "OSC File No. DI-19-0071", 11 de junio de 2019.

[13] Cuddehe, "Agent Zapata", 14.

[14] Robert Bonner, "The Kingpin Strategy: Did It Work and Is It Still Relevant?" [transcripción] (Arlington: DEA Museum & Visitors Center, 2012), 6.

[15] Bonner, "The Kingpin Strategy", 6-7. Las cursivas son mías.

[16] Peter Reuter, *The Organization of Illegal Markets: An Economic Analysis* (Washington D. C.: National Institute for Justice, 1985).

[17] Michael Kenney, "The Architecture of Drug Trafficking: Network Forms of Organisation in the Colombian Cocaine Trade", *Global Crime* 8, no. 3 (2007):

233-259.

[18] Bureau of Justice Statistics, "Drugs, Crime, and the Justice System", U.S. Department of Justice, 1992, 148.

[19] Mark Kleiman y Kerry Smith, "State and Local Drug Enforcement: In Search of a Strategy", *Crime and Justice* 13 (1990): 69-108.

[20] Bonner, "The Kingpin Strategy", 28.

[21] Véase Bonner, "The Kingpin Strategy", 12-13.

[22] Bonner, "The Kingpin Strategy", 31. Sobre esto, véase United States General Accounting Office, "Coordination Between DEA and the FBI", 1990, 8-9.

[23] United States General Accounting Office, "DEA's Strategies", 1990, 49.

[24] United States General Accounting Office, "DEA's Strategies", 49.

[25] James S. Milford, "Statement by James S. Milford, Acting Deputy Administrator of the Drug Enforcement Administration before the Senate Foreign Relations Committee and Senate Drug Caucus", 29 de octubre de 1997, 46-48.

[26] Drug Enforcement Administration, "FY 2012 Performance Budget: Congressional Submission", 2012.

[27] Department of Justice, Office of the Inspector General, "The Drug Enforcement Administration's Implementation of the Government Performance and Results Act (Audit Report: 03-35)", septiembre de 2003, 6.

[28] Nadelmann, "The DEA in Latin America".

[29] Department of Justice, "The Drug Enforcement Administration's International Operations", 30.

[30] Department of Justice, "The Drug Enforcement Administration's International Operations", 31.

[31] Drug Enforcement Administration, "FY 2020 Performance Budget Congressional Budget Submission", 2019, 22.

[32] Kuzmarov, *Modernizing Repression*; Martha K. Huggins, "U.S.-Supported State Terror: A History of Police Training in Latin America", *Crime and Social Justice*, núm. 27/28 (1987): 149-171.

[33] Drug Abuse Task Force. Supply Reduction Working Group, "The Potential of a Forward Strategy against Heroin in Mexico [secret]", 15 de agosto de 1975, MD00255, MEX-USA-C.P-DNSA.

[34] Sobre su historia, véase Jorge Luis Sierra Guzmán, *El enemigo interno: Contrainsurgencia y fuerzas armadas en México* (México: Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana, 2003).

[35] Department of Justice, "The Drug Enforcement Administration's International Operations", 40.

[36] Department of Justice, "The Drug Enforcement Administration's International Operations", 41-42.

[37] United States General Accounting Office, "DEA's Strategies", 57-58; ver también Milford, "Statement by James S. Milford".

[38] Rogelio E. Guevara, "Statement before the House Judiciary Committee, Subcommittee on Crime, Terrorism, and Homeland Security", 9 de julio de 2003.

[39] Department of Justice, "The Drug Enforcement Administration's International Operations", 89.

[40] United States General Accounting Office, "Drug Control: U.S. Assistance Has Helped Mexican Counternarcotics Efforts, but Tons of Illicit Drugs Continue to Flow into the United States", 2007.

[41] U. S. Embassy Mexico, "President Fox's National Security Legacy [Sensitive]", 25 de octubre de 2006, 06MEXICO6085, WikiLeaks US Department Cables.

[42] Dana Priest, "U.S. Role at a Crossroads in Mexico's Intelligence War on the Cartels", *The Washington Post*, 27 de abril de 2013.

[43] Randal C. Archibold, Damien Cave y Ginger Thompson, "Mexico's Curbs on U.S. Role in Drug Fight Spark Friction", *The New York Times*, 30 de abril de 2013.

[44] Jorge Chabat, "La seguridad en la política exterior de Peña Nieto: el invitado incómodo", *Foro Internacional* LIX, núm. 3-4 (2019): 989-1020.

[45] Department of Justice, "The Drug Enforcement Administration's International Operations", xii-xx.

[46] William E. Ledwith, "Statement before the Subcommittee on Criminal Justice, Drug Policy, and Human Resources", 29 de febrero de 2000.

[47] Ledwith,"Statement before the Subcommittee on Criminal Justice, Drug Policy, and Human Resources".

[48] Keegan Hamilton, "Exclusive: DEA Took Years to Fix Secret Program Linked to a Massacre in Mexico," *Vice News*, 5 de marzo de 2018.

[49] "Demandan en EU más de diez años de cárcel a mexicano que cooperó con los Beltrán Leyva", *La Jornada*, 24 de agosto de 2018, 18.

[50] Ginger Thompson, "DEA Operation Played Hidden Role in the Disappearance of Five Innocent Mexicans", *ProPublica*, 21 de diciembre de 2017.

[51] Thompson, "DEA Operation Played Hidden Role in the Disappearance of Five Innocent Mexicans".

[52] Ginger Thompson, "How the U.S. Triggered a Massacre in Mexico", *ProPublica*, 12 de junio de 2017. Sobre la masacre de Allende, véase Sergio Aguayo Quezada, *En el desamparo: los Zetas, el Estado, la sociedad y las víctimas de San Fernando, Tamaulipas (2010), y Allende, Coahuila (2011)* (México: El Colegio de México, 2016).

[53] Aguayo Quezada, *En el desamparo*, 16.

[54] United States Senate Caucus on International Narcotic Drugs, "Responding to Violence in Central America", septiembre de 2011, 37.

[55] Fernando Germán Torres Gorena, *La influencia norteamericana en los organismos policiales: el caso boliviano (1993-1997)* (Quito: FLACSO, 2012), 81-91.

[56] Germán Montenegro, "Antecedentes, estrategia y formas de intervención de la DEA", en *De militares a policías: la "guerra contra las drogas" y la militarización de Argentina,* de Juan Gabriel Tokatlian, Marcelo Fabián Sain y Germán Montenegro (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2018), 259.

[57] Ginger Thompson, "Justice Department Inspector General to Investigate DEA Program Linked to Massacres in Mexico", *ProPublica*, 19 de septiembre de 2018.

[58] Committee on the Judiciary Hearing before the Subcommittee on Crime and Drugs, "Law Enforcement Responses to Mexican Drug Cartels, First Session (Hearings Published)", 17 de marzo de 2009, 14. La traducción es mía.

[59] Committee on the Judiciary Hearing before the Subcommittee on Crime and Drugs, "Law Enforcement Responses to Mexican Drug Cartels", 15.

[60] "Mexico's Drug Lords: Kingpin Bowling", *The Economist*, 12 de octubre de 2012.

[61] Elyssa Pachico, "Why the DEA Should, and Shouldn't, Train More Local Drug Agents", *InSight Crime*, 14 de octubre de 2011.

[62] Inegi, Mortalidad. Conjunto de datos: defunciones por homicidios.

[63] Gabriela Calderón *et al.*, "The Beheading of Criminal Organizations and the Dynamics of Violence in Mexico", *The Journal of Conflict Resolution* 59, núm. 8 (2015): 1455-1485.

[64] Laura H. Atuesta y Yocelyn Samantha Pérez-Dávila, "Fragmentation and Cooperation: The Evolution of Organized Crime in Mexico", *Trends in Organized Crime* 21, núm. 3 (2018): 235-261.

[65] John Bailey, *The Politics of Crime in Mexico: Democratic Governance in a Security Trap* (Londres: Lynne Rienner Publishers, 2014).

[66] Nathan Jones, "The Unintended Consequences of Kingpin Strategies: Kidnap Rates and the Arellano-Félix Organization", *Trends in Organized Crime* 16, núm. 2 (2013): 156-176.

[67] Angélica Durán-Martínez, *The Politics of Drug Violence: Criminals, Cops, and Politicians in Colombia and Mexico* (Oxford: Oxford University Press, 2018); Benjamin Lessing, *Making Peace in Drug Wars: Crackdowns and Cartels in Latin America* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017).

[68] Antonio Barreto Rozo y Alejandro Madrazo Lajous, "Los costos constitucionales de la guerra contra las drogas: dos estudios de caso de las transformaciones de las comunidades políticas de las Américas", *Isonomía* 43 (2015): 165.

[69] Véase Mónica Serrano y Paul Kenny, *Mexico's Security Failure: Collapse into Criminal Violence* (Nueva York: Routledge, 2012).

[70] UNODC, Heroin and Cocaine Prices in Europe and USA: Statistics and Data, https://dataunodc.un.org/drugs/heroin_and_cocaine_prices_in_eu_and_usa-2017.

Epílogo y agradecimientos

La investigación realizada para este libro se basa casi exclusivamente en trabajo de archivo. Abreva principalmente de las siguientes fuentes:

Los archivos dedicados a la política dirigida hacia México del Federal Bureau of Narcotics (FBN), del Bureau of Narcotics and Dangerous Drugs (BNDD) y de la Drug Enforcement Administration (DEA) concentrados en las instalaciones de la National Archives and Records Administration (NARA) en College Park, Maryland. Este fondo documental reúne la correspondencia entre burócratas de las dos agencias estacionados en México, sus pares mexicanos y las oficinas centrales en Estados Unidos. En palabras del sociólogo Luis Astorga publicadas en su libro *Drogas sin fronteras*: estos documentos contienen "la acumulación y organización del conocimiento del gobierno estadounidense sobre el tema en territorio nacional; los principales agentes sociales que fundaron las bases de la política de Estados Unidos sobre drogas y las instituciones en las cuales se apoyaron; los argumentos que emplearon, y las estrategias que pusieron en práctica para inscribir de manera permanente el tema de las drogas en la agenda bilateral". Los archivos son, además, recipiente de las publicaciones de las agencias, así como de un conjunto de actas de congresos y conferencias bilaterales y multilaterales en los que las agencias estadounidenses participaron. Sigo con Astorga: "Ese grupo documental es sin duda la fuente de información oficial conocida y abierta al público más importante para

la historia del tráfico de drogas en México y tal vez en otras partes del mundo". Aunque con otro foco de interés (la comprensión de la formación y modificación del campo de tráfico de drogas en México), el mismo Luis Astorga hizo ya una revisión amplia de estos archivos. Mi investigación toma muchas de sus referencias como una suerte de hoja de ruta, pero el lector y la lectora podrán encontrar en este trabajo ciertas divergencias en la interpretación de hechos objetivos.

Además de este fondo documental, esta investigación incluye la revisión de otros registros de la NARA. Sobresalen dos: la caja 89 correspondiente al registro 286 (Records of the Agency of International Development. Office of Public Safety. Latin American Branch) y la caja 2472 correspondiente al registro 59 (Records of the Department of State. Central Foreign Policy Files, 1970-1973. Political Affairs and Relations).

En este punto quiero agradecer a Wil Pansters y a Benjamin Smith por facilitar para esta investigación mucho del material recolectado a través de su proyecto "Narco-Mex: Drugs and the Making of Modern Mexico, 1910-2012", financiado por el Arts and Humanities Research Council (AHRC) de Gran Bretaña. Entre otros materiales que tuvieron a bien compartir conmigo Wil y Ben, están los registros policiales de oficinas fronterizas de la Oficina de Aduanas (registro 36) y del Narcotics Task Force de la DEA en Los Ángeles, California (registro 170). Asimismo, gracias a Wil y a Ben pude acceder a varias de las colecciones depositadas en la biblioteca presidencial de Richard Nixon en California (en particular al archivo de Egil Krugh), así como a los archivos de George White y Harry J. Anslinger, depositados en la Universidad de Standford y la Universidad Estatal de Pennsylvania respectivamente. A Benjamin Smith también debo el acceso al archivo personal de Douglas Valentine y de Tony Ricevuto. Mi deuda con él es inacabable.

Otra fuente crucial para esta investigación fue la colección Mexico-United States Counternarcotics Policy, 1969-2013 del fondo documental del National Security Archive en Washington D. C. (En

adelante, MUSCP-DNSA). El archivo concentra documentos internos de las siguientes entidades: la Oficina de Seguridad Pública (Office of Public Safety, OPS), la embajada de Estados Unidos en México, el FBI, la Oficina para la Prevención del Consumo de Drogas (Special Action Office for Drug Abuse Prevention, SAODAP), las distintas oficinas del Departamento de Estado relacionadas con México (International Narcotics Matters, INM), Cabinet Committee on International Narcotics Control (CCINC), la Oficina de Aduanas de los Estados Unidos, la CIA y, de las distintas oficinas de la DEA: su oficina nacional en la Ciudad de México, sus oficinas regionales y su oficina para asuntos internacionales en Washington. Además de todos los documentos otrora clasificados y de uso interno de las agencias, el MUSCP-DNSA concentra publicaciones internas de las agencias (publicaciones, reportes institucionales) y reportes ampliados de la Oficina de Investigación del Congreso de Estados Unidos (General Accounting Office, GAO).

Durante la investigación revisé puntualmente los archivos internacionales de la biblioteca/archivo de la Drug Enforcement Administration en Virginia (a partir de ahora, LDEA). El archivo de la LDEA para México recupera algunas comunicaciones formales e informales entre agentes de la DEA en México, funcionarios mexicanos y burócratas en Estados Unidos. A partir de esos documentos pude rastrear el tipo de acuerdos transgubernamentales firmados entre la DEA y la PGR, los programas de entrenamiento realizados en conjunto, los seminarios especializados organizados por la DEA (en particular, la International Drug Enforcement Conference), así como los programas de *law enforcement* impulsados y financiados por la DEA.

Aprovechando el sistema federal de desclasificación de archivos del gobierno de Estados Unidos, entre 2012 y 2016 realicé varias peticiones de información alrededor de la participación de la DEA en

el marco de las campañas de erradicación en la década de los años setenta.

En México consulté los informes políticos entre la embajada de México y la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) concentrados en el Acervo Histórico Genaro Estrada (desde 1934 hasta 1991), la base de datos del Archivo de la Embajada de México en los Estados Unidos (AEMEAU) y legajos del Centro Mexicano de Estudios en Farmacodependencia (Cemef). Especialmente útil fue mi búsqueda de documentos en el Archivo Histórico del Senado de la República.

En el Archivo General de la Nación (AGN) revisé documentos de la Dirección General de Gobierno, del Fondo Presidentes y, naturalmente, de dos instituciones clave para entender la política de drogas en el México contemporáneo: la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS) y la Dirección Federal de Seguridad (DFS). Mientras de la DGIPS obtuve prácticamente todos los documentos deseados, de la DFS solo pude acceder a versiones públicas.

En la Ciudad de México visité durante meses el Archivo Histórico de la Secretaría de Salud (AHSSA). En la Biblioteca del Congreso de la Unión, Cámara de Diputados, hice revisión puntual de dos campos importantes del derecho mexicano: los decretos de reforma de los Códigos Penales Federales y de los Códigos Sanitarios. A Sergio Aguayo le agradezco haber compartido conmigo el expediente de Carlos I. Serrano concentrado en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Otra fuente central para esta investigación fueron los legajos remitidos por la Procuraduría General de la República a la Cámara de Senadores en 1986 alusivos a la "relación México-Estados Unidos en la campaña contra el narcotráfico". El corpus está compuesto por 117 documentos; entre otros: Estatutos de Personal Diplomático, Tratados Internacionales y Bilaterales, Acuerdos Genéricos de Intercambio de Información e Investigación de Delitos, Acuerdos

sobre Procedimientos de Cooperación, Acuerdos Específicos sobre Apoyo Financiero y Erradicación de Plantíos Ilícitos, y todo tipo de comunicaciones sobre adquisición de equipo aéreo, asistencia técnica, entrenamiento y apoyo financiero entre 1930 y 1986.

Para indagar sobre la reestructuración interna de la PGR, este trabajo abrevó de las Memorias de esa institución depositadas parcialmente en la Biblioteca del Congreso de la Unión y en la Biblioteca Emilio Portes Gil, propiedad de la misma Procuraduría. Del mismo modo me abastecí de los informes de labores de cada procurador empezando por los de Francisco González de la Vega (periodo 1946-1952), así como de distintos documentos revisados con cierta sistematicidad: "lineamientos básicos de trabajo", reuniones de cumbres, reglamentos y códigos de ética en la institución, informes de gobierno de presidentes, etcétera.

Para la revisión de periódicos visité la hemeroteca del Archivo General de la Nación y la mucho más completa Hemeroteca Nacional de México de la Universidad Nacional Autónoma de México. Además, hice uso de la base de datos Proquest Historical Databases que conjunta 14 periódicos estadounidenses. Fuente importante de consulta fue también la compilación de artículos periodísticos del Joint Publications Research Service (JPRS) a los que tuve acceso de forma electrónica. Del acervo de la Biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín fui tomando otras revistas y periódicos de la época. *Hearing*s de cientos de comités y subcomités de la Cámara de Representantes y Senado de Estados Unidos fueron consultados en bases de datos digitales como HathiTrust y HeinOnline.

Me ayudaron a documentar este libro las decenas de memorias escritas por agentes del FBN, el BNDD y la DEA. A veces publicadas por editoriales de prestigio y a veces simplemente liberadas en internet, se trata de fuentes de información con las que hay que tener particular precaución, pero que resultaron muy útiles para comprender contextos y formas de concebir el mundo.

Además de las consultas de los diferentes fondos documentales ya citados, en los últimos diez años he entrevistado a decenas de policías y funcionarios públicos de México y Estados Unidos. En algunos casos he utilizado sus narraciones para apuntalar hechos escritos en este libro. Todas, sin embargo, fueron clave para contextualizar mucho de lo aquí escrito. Si bien no siempre he estado de acuerdo con sus posiciones (y en algunos casos he detestado lo que me han dicho), a todos quienes me hablaron —a veces algunos minutos, a veces por días enteros— les extiendo mi sentido agradecimiento. Sin ellos, este libro no hubiera sido posible.

Este libro lo fui construyendo a lo largo de varios años. Más que cualquier cosa, es una colección de deudas y agradecimientos. En especial agradezco a: Marianne Braig, Eduardo Posada Carbó, Mónica Serrano, Alan Knight, Pablo Piccato, Isaac Campos, Thomas Rath, Francesca Lessa, Carlos Solar, Markus Hochmüller, Javier Vaqueiro, Daniel Herrera, Nathaniel Morris, Domingo Schievenini, Sabina Morales, Francisco Félix, Valeria Hernández Almaguer, Leonore Lukschy, Édgar Martín, Gonzalo Almeyda, Owen Henkel, Ingrid Simson, Ricardo Pérez Montfort, Carlos Alba, Alejandro Orozco, Arturo Santa-Cruz, Norma López y Juan Carlos Ortega.

Agradezco en especial a Benjamin Smith y Sergio Aguayo, con quienes por más de tres años discutí una y otra vez los capítulos que componen este libro. Los aciertos son de ellos; los errores solo míos.

A mi madre y hermana agradezco la aventura de tener una familia. A Vanessa, el leerme y ofrecerme la tibieza de sus brazos cada noche. Por la vuelta a la izquierda. Por Tiro al Blanco.

A mi padre le dedico estas y todas las páginas que escribiré en el futuro; lo extrañaré todos los días de mi vida.

Bibliografía

Academia Farmacéutica de la Capital de la República. *Farmacopea mexicana formada y publicada por la Academia Farmacéutica de la Capital de la República*. México: Imprenta de Manuel de la Vega, 1846.

Aguayo Quezada, Sergio. *En el desamparo: Los Zetas, el Estado, la sociedad y las víctimas de San Fernando, Tamaulipas (2010), y Allende, Coahuila (2011)*. México: El Colegio de México, 2016.

———. *La Charola: Una historia de los servicios de inteligencia de México*. México: Grijalbo, 2001.

Aguirre, Stephen E. "Importation of Narcotic Drugs at Manzanillo, Mexico", 3 de mayo de 1923. RG 59 812.114/ Narcotics 72. NARA.

———. "Memorandum of Conversation", 23 de julio de 1934. RG 59 812.114. NARA.

Albence, Matthew. Carta a Henry Kerner. "OSC File No. DI-19-0071", 11 de junio de 2019.

Albuquerque Journal. "Smuggling Opium via Mexico: Officer Busy", 26 de noviembre de 1911.

American-Statesman. "Opium Smugglers Active along Mexican Border", 12 de junio de 1914.

Andreas, Peter. *Killer High: A History of War in Six Drugs*. Nueva York: Oxford University Press, 2020.

Andreas, Peter, y Ethan Nadelmann. *Policing the Globe: Criminalization and Crime Control in International Relations*. Nueva York: Oxford University Press, 2006.

Anslinger, Harry J. Carta a C. H. L. Sharman. "[Confidential]", 28 de marzo de 1940. Caja 2, expediente 21. Harry J. Anslinger Papers.

———. Carta a Howard Lewis, 24 de agosto de 1950. RG 170, caja 161, fólder 1. NARA.

———. "Narcotics Bureau Conducts Training School for Police". FBI *Law Enforcement Bulletin* 31, núm. 10 (1962): 7-10.

Anslinger, Harry J., y Will Oursler. *The Murderers: The Story of the Narcotic Gangs*. Nueva York: Farrar, Straus and Cudahy, 1962.

Anslinger, Harry J., y William F. Tompkins. *The Traffic in Narcotics*. Nueva York: Funk and Wagnalls, 1953.

Archibold, Randal C. "Adding to Unease of a Drug War Alliance". *The New York Times*, 12 de mayo de 2012.

Archibold, Randal C., Damien Cave, y Ginger Thompson. "Mexico's Curbs on U.S. Role in Drug Fight Spark Friction". *The New York Times*, 30 de abril de 2013.

Arpaio, Joe, y Len Sherman. *Joe's Law: America's Toughest Sheriff Takes on Illegal Immigration, Drugs, and Everything Else That Threatens America*. Nueva York: Summit Publishing Group, 2008.

Associated Press. "Sheriff Joe Arpaio: Report of $1M Bounty on My Head". azcentral.com, 2 de agosto de 2010. <http://archive.azcentral.com/news/articles/2010/08/02/20100802arpaio-sheriff-bounty-threat.html>.

Astorga, Luis. *Drogas sin fronteras*. México: Grijalbo, 2003.

———. *Mitología del "narcotraficante" en México*. México: Plaza y Valdés, 1995.

Atuesta, Laura H., y Yocelyn Samantha Pérez-Dávila. "Fragmentation and Cooperation: The Evolution of Organized Crime in Mexico". *Trends in Organized Crime* 21, núm. 3 (2018): 235-261.

Autrique Escobar, Cecilia. "Los orígenes de los movimientos prohibicionistas del alcohol y las drogas. El caso de México

(1917-1928)". *Historia y Grafía* 27, núm. 53 (2019): 145-183.
Avance. "Inaugura el Procurador seminario sobre estupefacientes", 11 de mayo de 1971.
Bailey, John. *The Politics of Crime in Mexico: Democratic Governance in a Security Trap*. Londres: Lynne Rienner Publishers, 2014.
Ball, Larry. *The United States Marshals of New Mexico and Arizona Territories, 1846-1912*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1978.
Barona Lobato, Juan. *México ante el reto de las drogas*. México: Procuraduría General de la República, 1976.
Barreto Rozo, Antonio, y Alejandro Madrazo Lajous. "Los costos constitucionales de la guerra contra las drogas: dos estudios de caso de las transformaciones de las comunidades políticas de las Américas". *Isonomía* 43 (2015): 151-193.
Barrios González, Boris. *Las operaciones encubiertas*. Panamá: Universal Books, 2013.
Bartley, Russell H., y Sylvia Erickson Bartley. *Eclipse of the Assassins. The CIA, Imperial Politics, and the Slaying of Mexican Journalist Manuel Buendía*. Madison: The University of Wisconsin Press, 2015.
Bensinger, Peter B. "DEA Today". *Drug Enforcement* 4, núm. 2 (agosto de 1977): 8-36.
Berrellez, Héctor. Carta a William Mitchell. "Memo: Rene López Romero", 20 de enero de 1993.
———. *The Last Narc*. Beverly Hills: Renaissance Literary & Talent, 2020.
Bertram, Eva, Morris Blachman, Kenneth Sharpe, y Peter Andreas. *Drug War Politics: The Price of Denial*. Londres: University of California Press, 1996.
Bewley-Taylor, David R. *The United States and International Drug Control 1909-1997*. Nueva York: Pinter, 1999.

Bisher, Jaime. *The Intelligence War in Latin America, 1914-1922*. Jefferson: McFarland & Company, 2016.

Blancornelas, J. Jesús. "Complot contra expresidentes: Zuno Arce y la injusticia". *ZETA*, 10 de septiembre de 1999.

———. "Entrevista a René Martín Verdugo Urquídez". *ZETA*, 28 de julio de 2000.

Block, Alan, y John C. McWilliams. "On the Origins of American Counterintelligence: Building a Clandestine Network". *Journal of Policy History* 1, núm. 4 (1989): 354-372.

Blocker, William P. Carta a Secretary of State. "Opium Being Raised in the State of Nayarit (Mexico) for Illicit Purposes", 7 de marzo de 1927. RG 59 812.114/ Narcotics 112. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Special Measures Being Undertaken by Mexican Government to Supress Illicit Traffic in Narcotic Drugs", 13 de mayo de 1931. RG 59 812.114/ Narcotics 166. NARA.

Bohr, Frank. "Periodical Report on Political Conditions and Activities", 14 de marzo de 1927. RG 59 812.114/ Narcotics 113. NARA.

Bonnie, Richard J., y Charles H. Whitebread II. *The Marijuana Conviction: A History of Marijuana Prohibition in the United States*. Charlottesville: University Press of Virginia, 1974.

Bonner, Robert. "The Kingpin Strategy: Did It Work and Is It Still Relevant?". Arlington: DEA Museum & Visitors Center, 2012.

Bowden, Charles. *Down by the River: Drugs, Money, Murder and Family*. Nueva York: Simon & Schuster, 2002.

Bowden, Charles, y Molly Molloy. "Blood on the Corn", medium.com, 2015. <https://medium.com/matter/blood-on-the-corn-52ac13f7e643>.

Bowman, Howard A. Carta a Secretary of State. "Arrest of Mauricio Eghise, Alleged Narcotic Smuggler", 20 de febrero de 1937. RG 59 812.114/ Narcotics 635. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Arrest of Four Persons in Mexico City for Smuggling Eleven Kilograms of Heroin into Mexico from Germany", 19 de noviembre de 1934. RG 59 812.114/ Narcotics 402. NARA.

_____. Carta a Secretary of State. "List of Persons Recently Arrested in Mexico City as Drug Traffickers and Addicts", 2 de agosto de 1933. RG 59 812.114/ Narcotics 357. NARA.

———. Carta a William Palmer, 15 de septiembre de 1932. RG 59 812.114. NARA.

Boyle, Walter F. Carta a Secretary of State. "Lower California May Go Prohibition; Provided the Price Is Paid", 28 de marzo de 1919. RG 59 812.114/ Liquors 8. NARA.

Buffington, Robert Marshall. "Prohibition in the Borderlands: National Government-Border Community Relations". *Pacific Historical Review* 63, núm. 1 (1994): 19-38.

Bureau of Justice Statistics. "Drugs, Crime, and the Justice System". U.S. Department of Justice, 1992.

Bureau of Narcotics and Dangerous Drugs (BNDD). "BNDD Structure Region 15-Mexico City", 1 de julio de 1972. Douglas Valentine Papers.

Bursley, Herbert S. Carta a Secretary of State. "Opium Production in Yaqui and Mayo Valleys", 24 de mayo de 1928. RG 59 812.114/ Narcotics 135. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Opium Production near Mulegé, Lower California", 23 de diciembre de 1927. RG 59 812.114/ Narcotics 126. NARA.

Cabildo, Miguel. "En Estados Unidos se promueven presiones económicas y la procuraduría niega que México sea trampolín de droga". *Proceso*, 25 de febrero de 1985.

Calderón, Gabriela, Gustavo Robles, Alberto Díaz-Cayeros, y Beatríz Magaloni. "The Beheading of Criminal Organizations and

the Dynamics of Violence in Mexico". *The Journal of Conflict Resolution* 59, núm. 8 (2015): 1455-1485.
Camarena, Enrique S. "DEA Report of Investigation", 24 de enero de 1985.
———. "DEA Report of Investigation", 14 de mayo de 1984.
———. "DEA Report of Investigation", 4 de mayo de 1984.
———. "DEA Report of Investigation", 13 de enero de 1984.
———. "DEA Report of Investigation", 26 de febrero de 1982.
Campbell, Andrew B. "The Ker-Frisbie Doctrine: A Jurisdictional Weapon in the War on Drugs". *Vanderbilt Journal of Transnational Law* 23, núm. 2 (1990): 385-434.
Campos, Isaac. *Home Grown: Marijuana and the Origins of Mexico's War on Drugs*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2012.
———. "Mexicans and the Origins of Marijuana Prohibition in the United States: A Reassessment". *The Social History of Alcohol and Drugs* 32 (2018): 6-37.
Capó Valdivia, Zinnia V. "Clandestinidad, fiscalidad y tolerancia: El opio en el discurso oficial, Mexicali, México 1915-1916". *Culturales* III, núm. 2 (2015): 77-111.
Carey, Elaine. *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, and Organized Crime*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2014.
Carpenter, Ted Galen. "The U.S. Campaign Against International Narcotics Trafficking: A Cure Worse than the Disease". *Cato Institute Policy Analysis* 63 (1985).
Carr, Harry. "The Kingdom of Cantú: Why Lower California is an Oasis of Perfect Peace in Bloody Mexico". *Sunset* 37, núm. 3 (1917).
Carta a Collector of Customs in Los Angeles, 26 de diciembre de 1917. RG 59 812.114/ Narcotics 19. NARA.

Carvente Contreras, Víctor Hugo. *Reestructuraciones de órganos y funciones de combate al tráfico de drogas. Procuraduría General de la República (1952-2012)*. México: Instituto Nacional de Administración Pública, 2014.

Castañeda, Jorge. "Washington y Gavin, ya en la línea dura, jaquean a México". *Proceso*, 25 de febrero de 1985.

Castillo III, Celerino, y Dave Harmon. *Powderburns: Cocaine, Contras and the Drug War*. Ontario: Mosaic Press, 1994.

Castle, W.R. Carta a Secretary of the Treasury, 13 de junio de 1931. RG 59 812.114/ Narcotics 170. NARA.

Chabat, Jorge. "La seguridad en la política exterior de Peña Nieto: el invitado incómodo". *Foro Internacional* LIX, núm. 3-4 (2019): 989-1020.

Chalkley, John F. *Zach Lamar Cobb: El Paso Collector of Customs and Intelligence during the Mexican Revolution*. El Paso: Texas Western Press, 1998.

Chang, Jason Oliver. *Chino: Anti-Chinese Racism in Mexico, 1880-1940*. Champaigne: University of Illinois Press, 2017.

Chapman, W. E. Carta a Secretary of State. "Cultivation of the Opium Poppy in the Mexican State of Sinaloa", 21 de abril de 1925. RG 59 812.114/ Narcotics 100. NARA.

Chicago Tribune. "Hotel Grocer Found Guilty in Dope Sale", 18 de abril de 1961.

Committee on the Judiciary Hearing before the Subcommittee on Crime and Drugs. "Law Enforcement Responses to Mexican Drug Cartels, First session (Hearings Published)", 17 de marzo de 2009.

Committee on the Judiciary. Senate Subcommittee on Narcotics. "Illicit Narcotics Traffic. Part 7: Austin, Dallas, Fort Worth, Houston, and San Antonio, Texas (Hearings Published)", 22 de septiembre de 1955. HRG-1955-SJS-0067. Congressional Publications.

Compton, Jack D. "Jack D. Compton, Statement to US Attorney John Clark", 1975.

Corchado, Alfredo, y Kevin Krause. "Deadly Deal: A Drug Kingpin's Plea with the U.S. Triggered Years of Bloodshed Reaching All the Way to Southlake", *The Dallas Morning News*, 14 de abril de 2016. <http://interactives.dallasnews.com/2016/cartels/>.

Cornell, Sarah E. "Citizens of Nowhere: Fugitive Slaves and Free African Americans in Mexico, 1833-1857". *Journal of American History* 100, núm. 2 (2013): 351-374.

Courtwright, David T. *Forces of Habit: Drugs and the Making of the Modern World*. Cambridge: Harvard University Press, 2001.

Craig, Richard B. "Operación Intercepción: una política de presión internacional". *Foro Internacional* 86, núm. 2 (1981): 203-230.

Creighton, H.S. Carta a Investigative Unit Commissioner of Customs, 13 de agosto de 1936. RG 170, caja 22, fólder 3. NARA.

———. Carta a Luis G. Franco, 5 de junio de 1937. RG 59 812.114/ Narcotics 750. NARA.

Cuddehe, Mary. "Agent Zapata". *The Altavist Magazine*, noviembre de 2012. <https://magazine.atavist.com/agent-zapata>.

Dale Scott, Peter, y Jonathan Marshall. *Cocaine Politics: Drugs, Armies, and the CIA in Central America*. Berkeley: University of California Press, 1991.

Damm, Henry C.A. Carta a Secretary of State. "Further Concerning the Growth of the Opium Poppy in the Nogales District", 5 de febrero de 1928. RG 59 812.114. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Opium Poppy Cultivation in Sonora", 15 de diciembre de 1928. RG 59 812.114/ Narcotics 147. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Plantings of Opium Poppy in this Consular District", 17 de noviembre de 1927. RG 59 812.114/ Narcotics 124. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Opium Poppy in Sonora", 7 de mayo de 1926. RG 59 812.114/ Narcotics 108. NARA.

Daniels, Josephus. Carta a Secretary of State. "Attempted Suicide of Maurice Eghise, Alleged International Narcotic Trafficker", 17 de febrero de 1937. RG 59 812.114/ Narcotics 634. NARA.

———. Carta a Secretary of State, 27 de julio de 1934. RG 59 812.114/ Narcotics 386. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Departure of Mauricio Eghise", 2 de abril de 1937. RG 59 812.114/ Narcotics 667. NARA.

_____. Carta a Secretary of State. "Illicit Traffic in Narcotic Drugs", 9 de octubre de 1934. RG 59 812.114/ Narcotics 397. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Narcotic Investigation by Mr. A. F. Scharff of the United States Treasury Department [Strictly Confidential]", 3 de octubre de 1936. RG 59 812.114/ Narcotics 581. NARA.

Darling, R.A. Carta a Will S. Wood, 13 de mayo de 1931. RG 59 812.114/ Narcotics 173. NARA.

Dawson, Alexander E. *The Peyote Effect: From the Inquisition to the War on Drugs*. Oakland: University of California Press, 2018.

De Alba, Angusto. "El debate sobre la mariguana". *Jueves de Excélsior*, 17 de noviembre de 1938.

De Kort, Marcel. "Doctors, Diplomats, and Businessmen: *Conflicting* Interests in the Netherlands and Dutch East Indies, 1860-1950". En *Cocaine: Global Histories*, ed. por Paul Gootenberg, 123-145. Londres: Routledge, 1999.

DeLagrave, D.J. Treasury Representative in Charge. Carta a Commissioner of Customs, 5 de junio de 1946. RG 170, caja 22, fólder 7. NARA.

Departamento de Estado de los Estados Unidos. "Assignment to Mexico of Thomas Dean [Limited Official Use]", 15 de junio de 1973. Sin número. MEX-USA-C.P-DNSA.

Departamento de Salubridad Pública. "Disposiciones sobre el cultivo y comercio de productos que degeneren la raza". *Diario Oficial de la Federación*, 15 de marzo de 1920.

Departamento de Justicia de los Estados Unidos. "Annual Report of the Attorney General of the United States 1975", 1975.

Department of Justice, Office of the Inspect General, Audit Division. "The Drug Enforcement Administration's International Operations. Audit Report 07-19 (Public Version)", 2007.

Department of Justice, Office of the Inspector General. "The Drug Enforcement Administration's Implementation of the Government Performance and Results Act (Audit Report: 03-35)", septiembre de 2003.

Díaz, George T. *Border Contraband: A History of Smuggling across the Rio Grande*. Texas: University of Texas Press, 2015.

Dickerson, John. "A Phony Murder Plot Against Joe Arpaio Winds Up Costing Taxpayers $1.1 Million". *Phoenix New Times*, 28 de octubre de 2008. <https://www.phoenixnewtimes.com/news/a-phony-murder-plot-against-joe-arpaio-winds-up-costing-taxpayers-11-million-6629798>.

Dickson, Donald T. "Bureaucracy and Morality: An Organizational Perspective on a Moral Crusade". *Social Problems* 16, núm. 2 (1968): 143-156.

Dresser W.E., Special Agent. Carta a Special Agent in Charge Bureau of Prohibition Ralph Read, 16 de septiembre de 1927. RG 170, caja 22, fólder 3. NARA.

Drug Abuse Task Force. Supply Reduction Working Group. "The Potential of a Forward Strategy against Heroin in Mexico [secret]", 15 de agosto de 1975. MD00255. MEX-USA-C.P-DNSA.

Drug Enforcement Administration. "FY 2020 Performance Budget Congressional Budget Submission", 2019.

_____. "FY 2012 Performance Budget: Congressional Submission", 2012.

_____. "Debriefing Lawrence Harrison", 13 de febrero de 1990.

_____. "Guidelines Relating to Operations in Foreign Countries (Revised)", 30 de julio de 1976.
Drug Enforcement Administration, Office of Intelligence Strategic Section Latin America Unit. "Talking Points on Mexico", 6 de marzo de 1989.
Drug Enforcement Administration, Office of Intelligence. "Project Pilot, Part III", 1974.
Drug Policy Alliance. "D.C. Circuit Court of Appeals Rules that DEA Does not Have to Reconsider Marijuana's Schedule Status", 22 de enero de 2013.
Dunagan, Richard J. Carta a Henry L. Giordano. "Badge for General Ramón Jiménez Delgado", 25 de julio de 1967. RG 170, caja 161, fólder 6. NARA.
———. Carta a Henry L. Giordano. "Request for New Weapons", 20 de julio de 1967. RG 170, caja 161, fólder 6. NARA.
Durán-Martínez, Angélica. *The Politics of Drug Violence: Criminals, Cops, and Politicians in Colombia and Mexico*. Oxford: Oxford University Press, 2018.
Dye, John W. "Destruction of a Fortune in Narcotics at Ciudad Juárez, México", 24 de marzo de 1923. RG 59 812.114/ Narcotics 67. NARA.
———. "The Narcotic Curse in Ciudad Juárez", 24 de febrero de 1923. RG 59 812.114/ Narcotics 64. NARA.
El Demócrata Sinaloense. "En Ahome se destruyeron plantíos", 19 de abril de 1925.
El Día. "Era de la mafia la droga interceptada en Veracruz", 5 de julio de 1972.
———. "Lo habitual: descubrieron otro contrabando de cocaína en el aeropuerto de esta capital", 12 de mayo de 1971.
El Diario de México. "Decrece el uso de la mariguana", 12 de mayo de 1971.
El Nacional, 23 de febrero de 1937.

El Paso Herald. "Juarez Police Make Big Opium Seizure", 6 de enero de 1912.
———. "Opium Trust Forsakes Juárez", 29 de noviembre de 1911.
———. "Police Cannot Go Armed to Juárez", 6 de enero de 1912.
———. "Rewards from Government to Catch Smugglers", 4 de marzo de 1910.
El Paso Times. "Fernandez Threatened to Reveal Rackets in Juarez, Says Friend", 15 de enero de 1934.
———. "Fortune in Dope Goes Up in Smoke", 24 de marzo de 1923.
El Siglo de Torreón. "Declaraciones de Jorge Asaf Bala en el caso de Humberto Mariles", 19 de diciembre de 1972.
El Universal. "Abandonaron cuantioso contrabando de heroína pura en el Aeropuerto", 28 de mayo de 1971.
Embajada de los Estados Unidos en México. Carta a DEA HQS. "GOM Returns Police Chiefs Conference Funding", 29 de diciembre de 1976. 1976MEXICO16178. Wikileaks PlusD, Kissinger Cables.
———. Carta a Departamento de Estado. "Mexican Narcotics Strategy Discussions [Limited Official Use]", 25 de marzo de 1977. 1977MEXICO03742. Wikileaks PlusD, Carter Cables.
———. Carta a Departamento de Estado. "Narcotics Control in López Portillo Administration [Confidential]", 9 de febrero de 1977. 1977MEXICO01581. Wikileaks PlusD, Carter Cables.
Enciso, Froylán. "The Origin of Contemporary Drug Contraband: A Global Interpretation from Sinaloa". Tesis de doctorado, Stony Brook University, 2015.
———. *Nuestra Historia Narcótica: Pasajes para (re)legalizar las drogas en México*. México: Debate, 2015.
Epstein, Edward Jay. *Agency of Fear: Opiates and Political Power in America*. Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1977.
Escohotado, Antonio. *Historia general de las drogas*. Madrid: Espasa, 1998.

Eskes, Dave. "Apaio's Travel Agency Offers 'Affordable' Bookings on Space Flights". *The Phoenix Gazette*, 5 de mayo de 1985.
Esquivel, Jesús. "El 'thriller' Camarena". *Proceso*, octubre de 2013.
———. *La CIA, Camarena y Caro Quintero: La historia secreta*. México: Grijalbo, 2014.
Evans, W.B. Carta a Collector of Customs in Los Angeles, 12 de octubre de 1916. RG 59 812.114/ Narcotics 13. NARA.
———. Carta a Collector of Customs in Los Angeles, 14 de junio de 1935. RG 59 812.114. NARA.
Excélsior. "Participación de México en el Seminario Antinarcóticos", 15 de mayo de 1971.
Executive Order 11727-Drug Law Enforcement (1973).
Express and News (San Antonio, Texas). "Mexico New International Drug Center", 9 de diciembre de 1972.
Finlator, John. *The Drugged Nation: A "Narc's" Story*. Nueva York: Simon and Schuster, 1973.
Flues, Gilmore. "Investigative Jurisdiction in Foreign Areas in Narcotic Drug and Marihuana Matters", 15 de enero de 1960. RG 170, caja 49, fólder 3. NARA.
Fondevila, Gustavo. "Controlling the Madrinas: The Police Informer Management and Control System in Mexico". *The Police Journal* 86 (2013): 116-142.
Friman, Richard H. "Germany and the Transformation of Cocaine, 1880-1920". En *Cocaine: Global Histories*, ed. por Paul Gootenberg, 83-104. Londres: Routledge, 1999.
Fritze, David. "Arpaio: The Posse-Packing Sheriff". *The Arizona Republic*, 16 de enero de 1994.
Frontline/NPR. Entrevista con Edward Heath, 2000. Drug Wars.
———. Entrevista con Egil *Bud* Krogh, Jr., 2000. Drug Wars.
———. Entrevista con Myles Ambrose, 2000. Drug Wars.
Frydl, Kathleen J. *The Drug Wars in America, 1940-1973*. Nueva York: Cambridge University Press, 2013.

Fuller, Stuart J. "Opium Production in Mexico", 5 de abril de 1938. RG 59 812.114/ Narcotics 776. NARA.

Gaffney, George H. Carta a James A. Reed. "Program for Maximum Effort in Narcotic Enforcement", 10 de agosto de 1964. RG 170, caja 49, fólder 1. NARA.

Galliher, John F., David P. Keys, y Michael Elsner. "Lindesmith v. Anslinger: An Early Government Victory in the Failed War on Drugs". *The Journal of Criminal Law and Criminology* 88, núm. 2 (1998): 661-682.

Gieringer, Dale H. "The Forgotten Origins of Cannabis Prohibition in California". *Contemporary Drug Problems* 26 (1999).

Gingeras, Ryan. *Heroin, Organized Crime, and the Making of Modern Turkey*. Oxford: Oxford University Press, 2014.

Giordano, Henry L. Carta a Ernest C. Betts. "Increased Foreign Staffing", 4 de agosto de 1966. RG 170, caja 49, fólder 1. NARA.

———. "Inter-American Efforts Progressing Narcotics Control". *International Police Academy Review*, abril de 1967.

Goldberg, Peter. "The Facts About 'Drug Abuse'". En *Federal Government's Response to Illicit Drugs, 1969-1978*, ed. por The Drug Abuse Council. Nueva York: Free Press, 1980.

Goldstein, Paul J. "The Drugs/Violence Nexus: A Tripartite Conceptual Framework". *Journal of Drug Issues* 15, núm. 4 (1985): 493-506.

Gómez Estrada, José Alfredo. *Gobierno y casinos: el origen de la riqueza de Abelardo L. Rodríguez*. México: UABC/Instituto Mora, 2002.

Gómez Maillefert, Eugenio. "La marihuana en México". *Journal of American Folklore* 33, núm. 127 (1920): 28-30.

Gómez-Robledo Verduzco, Alonso. *Extradición en derecho internacional: aspectos y tendencias relevantes*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 2000.

Gomila, Michael N., y Robert D. Hanser. "The War on Drugs: a Review of U.S. Drug Policy". En *Flawed Criminal Justice Policies: At the Intersection of the Media, Public Fear and Legislative Response*, ed. por Frances P. Reddington y Gene Bonham, 21-37. Carolina del Norte: Carolina Academic Press, 2012.

Goodsell, Nelson. "Drug Agent Stress the Trafficker, Not the Traffic". *Christian Science Monitor*, 25 de enero de 1978.

Gootenberg, Paul. "Secret Ingredients: The Politics of Coca in US-Peruvian Relations, 1915-65". *Journal of Latin American Studies* 36, núm. 2 (2004): 233-265.

Gootenberg, Paul. *Andean Cocaine: The Making of a Global Drug*. Chapel Hill: University of North Carolina, 2009.

Gray, Carroll. Carta a Irey. "Memorandum", 18 de abril de 1938. RG 170, caja 22, fólder 3. NARA.

Grillo, Ioan. *El narco: en el corazón de la insurgencia criminal mexicana*. México: Tendencias, 2012.

Guevara, Rogelio E. "Statement before the House Judiciary Committee, Subcommittee on Crime, Terrorism, and Homeland Security", 9 de julio de 2003.

Haas, Antonio. *Memorias presentes*. México: Siglo XXI/El Colegio de Sinaloa, 2007.

Hamilton, Keegan. "Exclusive: DEA Took Years to Fix Secret Program Linked to a Massacre in Mexico". *Vice News*, 5 de marzo de 2018.

Harris III, Charles H., y Louis R. Sadler. *The Great Call-Up: The Guard, the Border, and the Mexican Revolution*. Norman: University of Oklahoma Press, 2015.

Hatfield, Shelley B. "Indians on the United States-Mexico Border during the Porfiriato, 1876-1911". Tesis de doctorado, University of New Mexico Press, 1983.

Hendley, Matthew. "Joe Arpaio Loses: *New Times* Co-Founders Win $3.75 Million Settlement for 2007 False Arrests", *Phoenix New Times*, 20 de diciembre de 2013.

<https://www.phoenixnewtimes.com/news/joe-arpaio-loses-new-times-co-founders-win-375-million-settlement-for-2007-false-arrests-6651491>.

Henry L. Manfredi, FBN Acting District Supervisor Rome. Carta a Henry L. Giordano. "Training Program Survey", 24 de enero de 1962. RG 170, caja 49, fólder 2. NARA.

Hernández, Anabel. *Los Señores del Narco*. México: Grijalbo, 2010.

Hernández, Kelly Lytle. *Migra! A History of the U.S. Border Patrol*. Los Ángeles: University of California Press, 2010.

Herrán, Mariano, José L. Santiago, Samuel González, y Ernesto Mendieta (eds.). *Análisis, técnicas y herramientas en el combate a la delincuencia organizada y corrupción: con fundamento en la Convención de Palermo*. México: Ediciones Coyoacán, 2007.

Honolulu Star-Bulletin. "Narcotics Ring Suspect Tries to Take Own Life", 13 de febrero de 1937.

Hope, Leighton. Carta a Secretary of State. "Smuggling of Narcotics into Ensenada", 26 de enero de 1923. RG 59 812.114/ Narcotics 60. NARA.

Huerta Grados, Sócrates, y George H. Gaffney. "Acuerdo de asistencia técnica y financiera y suministro de equipo para erradicación de estupefacientes, mariguana y otras drogas peligrosas", 5 de marzo de 1970. V.1. PGR RELACIÓN MEX.-E.U.

Huggins, Martha K. "U.S.-Supported State Terror: A History of Police Training in Latin America". *Crime and Social Justice* 27/28 (1987): 149-171.

Inglis, Lucy. *Milk of Paradise: A History of Opium*. Londres: Picador, 2018.

Isikoff, Michael. "Arrest of Mexican Doctor Strains DEA's Reputation". *The Washington Post*, 2 de mayo de 1990.

———. "Extradition of DEA Agent, Informant Sought". *The Washington Post*, 21 de julio de 1990.

Jardón, Raúl. *El espionaje contra el movimiento estudiantil: los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias estadounidenses en 1968*. México: Ítaca, 2003.

John N. Mitchell, Attorney General, y Procurador General de la República Julio Sánchez Vargas. "Comunicaciones de 23 y 28 de abril de 1971 sobre adquisición de equipo aéreo", 1971. V.2. PGR RELACIÓN MEX.-E.U.

John R. Bartels, DEA Administrator. "Hearing before the Subcommittee on Public Health and Environment of the Committee on Interstate and Foreign Commerce, House of Representatives, Ninety-Third Congress, Second Session, on Heroin Trafficking and Addiction and Related Drug Abuse Problems, October 7, 1974 (Heroin Trafficking and Addiction Oversight)", 1975.

Johnson, F.T. Carta a Collector of Customs in Los Angeles, 29 de septiembre de 1916. RG 59 812.114/ Narcotics 12. NARA.

Johnson, Nick. "American Weed: A History of Cannabis Cultivation in the United States". *EchoGéo* 48 (2019).

Jones, John E. Carta a Secretary of State. "Reporting the Existence of Drug Dens in Agua Prieta", 1 de agosto de 1927. RG 59 812.114/ Narcotics 119. NARA.

Jones, Nathan. "The Unintended Consequences of Kingpin Strategies: Kidnap Rates and the Arellano-Félix Organization". *Trends in Organized Crime* 16, núm. 2 (2013): 156-176.

Jonnes, Jill. *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams: A History of America's Romance with Illegal Drugs*. Nueva York: Scribner, 1996.

Kane, H. H. "A Hashish-House in New York". *Harper's Monthly*, 1883.

Karch, Steven B. *Brief History of Cocaine*. Nueva York: Taylor & Francis, 2005.

———. "Japan and the Cocaine Industry in Southeast Asia, 1864-1944". En *Cocaine: Global Histories*, ed. por Paul Gootenberg,

146-161. Londres: Routledge, 1999.
Kelley, Sean. "'Mexico in His Head': Slavery and the Texas-Mexico Border, 1810-1860". *Journal of Social History* 37, núm. 3 (2004): 709-723.
Kenney, Michael. "The Architecture of Drug Trafficking: Network Forms of Organisation in the Colombian Cocaine Trade". *Global Crime* 8, núm. 3 (2007): 233-259.
Kinder, Douglas Clarck, y William Walker III. "Stable Force in a Storm: Harry J. Anslinger and United States Narcotic Foreign Policy 1930-1962". *Journal of American History* 72 (1986): 908-927.
Kinder, Douglas Clarck. "Nativism, Cultural Conflict, Drug Control: United States and Latin American Antinarcotics Diplomacy through 1965". En *The Latin American Narcotics Trade and U.S. National Security*, ed. por Donald J. Mabry, 12-24. Connecticut: Greenwood Press, 1989.
King, Rufus. "Narcotic Drug Laws and Enforcement Policies". *Law and Contemporary Problems* 22, núm. 1 (1957): 113-131.
Kleiman, Mark, y Kerry Smith. "State and Local Drug Enforcement: In Search of a Strategy". *Crime and Justice* 13 (1990): 69-108.
Kuykendall, James H. "DEA Report of Investigation", 12 de marzo de 1984.
Kuykendall, Jim. *O Plata o Plomo? Silver or Lead?* Bloomington: Xlibris Corp, 2006.
Kuzmarov, Jeremy. *Modernizing Repression*. Boston: University of Massachusetts Press, 2012.
La Jornada. "Demandan en EU más de diez años de cárcel a mexicano que cooperó con los Beltrán Leyva", 24 de agosto de 2018.
Lacey, Michael. "Prisoners Hang Themselves in Sheriff Joe Arpaio's Jails at a Rate That Dwarfs Other County Lockups". *Phoenix New Times*, 24 de noviembre de 2015. <https://www.phoenixnewtimes.com/news/prisoners-hang-

themselves-in-sheriff-joe-arpaios-jails-at-a-rate-that-dwarfs-other-county-lockups-7845679>.

Langston, Edward. "The Impact of Prohibition on the Mexican-United States Border: The El Paso-Ciudad Juárez Case". Tesis de doctorado, Texas Tech University, 1974.

Lansing, Robert. Carta a Secretary of the Treasury, 16 de octubre de 1916. RG 59 812.114/ Narcotics 12. NARA.

Ledwith, William E. "Statement before the Subcommittee on Criminal Justice, Drug Policy, and Human Resources", 29 de febrero de 2000.

Lemons, Stephen. "Joe Arpaio 'Kidnapped'? Ex-DEA Honcho Phil Jordan Cries Foul". *Phoenix New Times*, 12 de septiembre de 2012. <https://www.phoenixnewtimes.com/news/joe-arpaio-kidnapped-ex-dea-honcho-phil-jordan-cries-foul-6503493>.

———. "Joe Arpaio: Tent City a 'Concentration Camp'". *Phoenix New Times*, 2 de agosto de 2010. <https://www.phoenixnewtimes.com/news/joe-arpaio-tent-city-a-concentration-camp-6500984>.

———. "Sheriff Joe Buffaloes Readers with Bogus Yarns in his Book Joe's Law". *Phoenix New Times*, 26 de junio de 2008.

Leonard, H.H. Carta a Secretary of State, 1 de octubre de 1930. RG 59 812.114/ Narcotics 160. NARA.

Lepley, Robert E. "Juarez Authorities Aid in Dope War; Wholesale Arrest of Addicts made". *El Paso Times*, 23 de febrero de 1923.

Lessing, Benjamin. *Making Peace in Drug Wars: Crackdowns and Cartels in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2017.

Letcher, Marion. Carta a State Department. "Activities of Chihuahua Authorities in Suppressing Opium Traffic", 9 de enero de 1912. RG 59 812.114/ Narcotics 1. NARA.

Leyva, Salvador. "Report of Investigation. Debriefing of René López Romero: Events at 881 Lope de Vega, Guadalajara,

Jalisco, Mexico: The Abduction/Interrogation and Torture of DEA S/A Enrique Camarena", 9 de abril de 1992.
Liga de las Naciones. "International Opium Convention". *The American Journal of International Law* 6, núm. 3 (1912): 177-192.
Lindesmith, Alfred. *Opiate Addiction*. Bloomington: Principia, 1947.
Lockett, Thomas H. Carta a Josephus Daniels, 25 de febrero de 1937. RG 59 812.114. NARA.
López, José T. Carta a Josephus Daniels, 5 de marzo de 1934. RG 59 812.114. NARA.
Los Angeles Times. "Net Closes in Dope Hunt: Missing Oriental Girl in New York, Say Agents of Customs Service", 11 de agosto de 1936.
———. "Questioned in Smuggling: Girl Smuggler Suspect Escapes from Guards", 8 de agosto de 1936.
Lubbock Morning Avalanche. "Polish-German Jew Arrested in Purported Nazi Espionage Plot in Mexico", 2 de marzo de 1939.
Luna, Lucía. "En el caso de Álvarez Machaín, la cancillería protesta y la Procuraduría guarda silencio". *Proceso*, 20 de junio de 1992.
Lupsha, Peter A. "Drug Lords and Narco-Corruption: The Players Change but the Game Continues". *Crime, Law & Social Change* 16 (1991): 41-58.
Macías Richard, Carlos. *Vida y temperamento: Plutarco Elías Calles, 1877-1920*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
Mareite, Thomas. "Abolitionists, Smugglers and Scapegoats: Assistance Networks for Fugitive Slaves in the Texas-Mexico Borderlands, 1836-1861". *Mémoire(s), identité(s), marginalité(s) dans le monde occidental contemporain* 19 (2018): 1-14.
Marshall, Donnie R. "Statement by Donnie R. Marshall, Acting Administrator of the Drug Enforcement Administration before the: Senate Drug Caucus on International Narcotics Control", 21 de marzo de 2000.

Martínez, Oscar J. *Ciudad Juárez: Saga of a Legendary Border City*. Tucson: University of Arizona Press, 2018.

Matthews, Matt M. *The US Army on the Mexican Border: A Historical Perspective*. Kansas: Combat Studies Institute Press, 2007.

Mauleón, Héctor de. "Los profetas del crimen". *Nexos*, 1 de marzo de 2014. <https://www.nexos.com.mx/?p=19290>.

Maurice, H. C. Carta a Supervising Customs Agent, 14 de mayo de 1937. RG 59 812.114/ Narcotics 700. NARA.

McBride, Robert H. Carta a Drug Enforcement Administration. *The Administrator*, 23 de junio de 1973.

McGahan, Jason. "How a Dogged L.A. Agent Unraveled the CIA's Alleged Role in the Murder of Kiki Camarena". *LA Weekly* 37, núm. 33 (2015): 11-16.

McMillin, Stewart E. Carta a Secretary of State, junio de 1934. RG 59 812.114/ Narcotics 376. NARA.

McNamara, Joseph D. "The Drug War: The American Junkie". En *Drug War Deadlock: The Policy Battles Continues*, ed. por Laura E. Huggins, 103-111. Stanford: Hoover Institution Press, 2005.

McWilliams, John C. *The Protectors: Harry J. Anslinger and the Federal Bureau of Narcotics, 1930-1962*. Newark: University of Delaware Press, 1990.

———. "Through the Past Darkly: The Politics and Policies of America's Drug War". *Journal of Policy History* 4, núm. 3 (1991): 5-41.

———. "Unsung Partner against Crime: Harry J. Anslinger and the Federal Bureau of Narcotics, 1930-1962". *Pennsylvania Magazine of History and Biography*, 1989, 207-236.

Meier, Kenneth J., y Kevin B. Smith. "Say It Ain't So, Moe: Institutional Design, Policy Effectiveness, and Drug Policy". *Journal of Public Administration Research and Theory* 4, núm. 4 (1994): 429-442.

Meisler, Stanley. "War on Drugs: Mexico, No Place to Get Caught". *Los Angeles Times*, 9 de diciembre de 1974.

Merlin, Mark David. *On the Trail of the Ancient Opium Poppy*. Nueva Jersey: Fairleigh Dickinson University, 1984.

Mexico-United States Joint Working Group. "Narcotics, Marihuana & Dangerous Drugs", 12 de diciembre de 1969. MD00092. MEX-USA-C.P-DNSA.

Meyer, Josh. "An Undercover Informant Comes Under Suspicion". *Los Angeles Times*, 5 de marzo de 2000.

Michael Picini, FBN District Supervisor Rome. Carta a Henry L. Giordano. "Overseas Training", 16 de marzo de 1966. RG 170, caja 49, fólder 2. NARA.

Milford, James S. "Statement by James S. Milford, Acting Deputy Administrator of the Drug Enforcement Administration before the Senate Foreign Relations Committee and Senate Drug Caucus", 29 de octubre de 1997.

Mills, James. *The Underground Empire: Where Crime and Governments Embrace*. Nueva York: Doubleday Company, 1986.

Monsiváis, Carlos. *Los mil y un velorios. Crónica de la nota roja en México*. México: Debate, 2009.

Montalbano, William. "Frenchman Now Living in Paraguay Called Latin American Heroin King". *The Miami Herald*, 9 de enero de 1972.

Montenegro, Germán. "Antecedentes, estrategia y formas de intervención de la DEA". En *De militares a policías: la "guerra contra las drogas" y la militarización de Argentina*, de Juan Gabriel Tokatlian, Marcelo Fabián Sain y Germán Montenegro. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2018.

Moore, Lindsay, y Joseph Flaherty. "The Friday Surprise: Donald Trump Pardons Sheriff Joe Arpaio". *Phoenix New Times*, 25 de agosto de 2017.

Moore, Walton R. Carta a Josephus Daniels, 8 de agosto de 1934. RG 59 812.114/ Narcotics 388. NARA.

Mottier, Nicole. "Drug Gangs and Politics in Ciudad Juárez: 1928-1936". *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 25, núm. 1 (2009): 19-46.

Musto, David, y Pamela Korsmeyer. *The Quest for Drug Control: Politics and Federal Policy in a Period of Increasing Substance Abuse (1963-1981)*. New Haven: Yale University Press, 2002.

Musto, David. *La enfermedad americana: Orígenes del control antinarcóticos en Estados Unidos*. Bogotá: Tercer Mundo, 1993.

———. "Pautas en el abuso de drogas y la respuesta en los Estados Unidos". En *El combate a las drogas en América*, ed. por Peter H. Smith, 67-85. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Myers, David J. D. Carta a Secretary of State. "Representation of Chinese Interests", 18 de abril de 1925. RG 59 812.114/ Narcotics 98. NARA.

Nadelmann, Ethan. "Global Prohibition Regimes: The Evolution of Norms in International Society". *International Organization* 44, núm. 4 (1990): 479-526.

———. "The Role of the United States in the International Enforcement of Criminal Law". *Harvard International Law Journal* 31, núm. 1 (1990): 37-76.

———. *Cops across Borders: The Internationalization of U.S. Criminal Law Enforcement*. Pensilvania: Pennsylvania State University Press, 1993.

———. "The DEA in Latin America: Dealing with Institutionalized Corruption". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 29, núm. 4 (1987): 1-39.

National Commission on Marihuana and Drug Abuse. "Marihuana: A Signal of Misunderstanding", 1972.

Navarrete, Gregorio. "Dos narcotraficantes norteamericanos detenidos con 12 millones de drogas". *El Heraldo de México*, 4

de julio de 1972.
Nichols, James David. "The Line of Liberty: Runaway Slaves and Fugitive Peons in the Texas-Mexico Borderlands". *The Western Historical Quarterly* 44, núm. 4 (2013): 413-433.
Nixon, Richard. "Special Message to the Congress on Drug Abuse Prevention and Control", 17 de junio de 1971.
"Nota", 1931. Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 28, expediente 9. AHSSA.
Official Court Reporter. "Transcript of Criminal Cause for Trial before the Honorable Brian M. Cogan United States District Judge before a Jury (809-CR-00466)", 17 de enero de 2019.
Olvera Hernández, Nidia Andrea. "Policías, toxicómanos y traficantes: control de drogas en la ciudad de México (1920-1943)". Tesis de maestría no publicada, CIESAS, 2016.
Ortega Pizarro, Fernando. "El excandidato era distribuidor de dinero a altos niveles". *Proceso*, 1 de junio de 1985.
———. "El piloto entregaba informes a Estados Unidos por consejo de policías judiciales". *Proceso*, 18 de marzo de 1985.
———. "La operación antidroga, un espectáculo, pero no se tocaron las raíces". *Proceso*, 19 de noviembre de 1984.
Osorno, Diego Enrique. *El cártel de Sinaloa: Una historia del uso político del narco*. México: Grijalbo, 2009.
Pachico, Elyssa. "Why the DEA Should, and Shouldn't, Train More Local Drug Agents". *InSight Crime*, 14 de octubre de 2011. <https://www.insightcrime.org/news/analysis/why-the-dea-should-and-shouldnt-train-more-local-drug-agents/>.
Pannell, Jack. "'Cartels' in Mexico: The Origins of a Categorization". Tesis de maestría, University of Oxford, 2020.
Parada, A. Carta a Jefe del Departamento de Salubridad Pública. "Telegrama", 3 de abril de 1925. Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 4, expediente 2. AHSSA.

Pedro Ojeda Paullada, Procurador General de la República, y Attorney General Richard G. Kleindienst. "Comunicaciones de 19 y 29 de septiembre de 1972 sobre suministro de equipo, ayuda técnica y capacitación de personal", 1972. V.3. PGR RELACIÓN MEX.-E.U.

Pembleton, Matthew R. *Containing Addiction: The Federal Bureau of Narcotics and the Origins of America's Global*. Amherst: University of Minnesota Press, 2017.

Pérez Montfort, Ricardo. "Historias primigenias". *Nexos* 67 (2000): 27-39.

———. *Tolerancia y prohibición: aproximaciones a la historia social y cultural de las drogas en México (1840-1940)*. México: Debate, 2016.

Pérez Ricart, Carlos A. "Estados Unidos frente a la promulgación y suspensión en México del Reglamento de Toxicomanías de 1940". *Foro Internacional* 245, núm. 3 (2021): 649-686.

———. "Taking the War on Drugs Down South: The Drug Enforcement Administration (DEA) in Mexico (1973-1980)". *The Social History of Alcohol and Drugs* 34, núm. 1 (2020): 82-113.

Pérez Ricart, Carlos A., y Jack Pannell. "El cartel de Guadalajara nunca existió". Noria Research, noviembre de 2021. <https://noria-research.com/el-cartel-de-guadalajara-nunca-existio/>.

Pérez, David Marcial. "Los vuelos de la muerte en México: 50 años de impunidad y olvido". *El País*, 2021.

Perry A. Rivkind, Assistant Director for Training BNDD. "BNDD's Comprehensive Training Approach". *BNDD Bulletin* IV, núm. II (abril de 1972): 10-16.

Poder Ejecutivo. "Acuerdo de las Secretarías de Gobernación, de Relaciones Exteriores, y de la Procuraduría General de la República, en el ámbito de sus respectivas competencias, que establece las normas que regulan la estancia temporal de los agentes representantes de entidades de gobiernos extranjeros

que, en su país, tienen a cargo funciones de policía, de inspección o vigilancia de la aplicación de leyes y reglamentos, así como técnicos especializados". *Diario Oficial de la Federación*, 3 de julio de 1992.

Poppa, Terrence E. *Drug Lord: The Life and Death of a Mexican Kingpin: A True Story*. Demand Publications, 1998.

Portes Gil, Emilio. "La campaña contra el alcholismo: Iniciativa presidencial". *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* 42, núm. 1 (1930): 5-7.

Powell, David R. Carta a Engle Byron, John F. Manapoli, y Munroe F. Johnson. "Assistance for Mexico to Narcotics Control [Limited Official Use]", 14 de febrero de 1970. RG 286, caja 89. NARA.

Price, Jim. "Jose Antonio Gárate Lived a Life Full of Danger". *Nogales International*, 23 de marzo de 2009.

Priest, Dana. "U.S. Role at a Crossroads in Mexico's Intelligence War on the Cartels". *The Washington Post*, 27 de abril de 2013.

Proceedings Had before the Grand Jury of the United States, in and for the Central District of California, at United States District Courthouse, 31 de enero de 1990.

Proceedings Had before the Grand Jury of the United States, in and for the Central District of California, at United States District Courthouse, 7 de septiembre de 1989.

Proceso. "'Me quieren secuestrar', denuncia el excomandante Pavón Reyes, y cuenta entretelones del caso Camarena", 22 de octubre de 1995.

_____. "Como brazo derecho de Coello Trejo, obtuvo del cártel del Golfo unos 50 millones de dólares, según un cómplice de García Abrego", 26 de septiembre de 1994.

———. "'Mandarme a México sería como matarme: tengo mucho dinero, pero también muchas deudas', clama González Calderoni, preso en Texas", 26 de septiembre de 1994.

Rachal, Patricia. *Federal Narcotics Enforcement: Reorganization and Reform*. Boston: Auburn House, 1982.

Ramírez Zavala, Ana Luz. "La justificación higiénico-sanitaria en la campaña antichina, 1924-1932". *Letras Históricas* 14 (2016): 159-183.
Raphael, Ricardo. *Hijo de la guerra*. México: Seix Barral, 2019.
Ravelo, Ricardo. *Osiel: Vida y tragedia de un capo*. México: Grijalbo, 2009.
Redacción. "El narcotráfico sacó al sol incapacidades e inmoralidades oficiales". *Proceso*, 11 de marzo de 1985.
Redacción. "Exagente de la DEA confirma que se paga a militares y policías de México por 'levantar' y entregar sospechosos". Sinembargo.mx, 13 de enero de 2014. <https://www.sinembargo.mx/13-01-2014/871202>.
Redfern, James. "Latin Drug Traffic Continues". *The Courier (Iowa)*, 26 de noviembre de 1970.
Reed, James A. "Consolidation of Treasury Foreign Enforcement Program", 13 de julio de 1962. RG 170, caja 49, fólder 3. NARA.
———. "Jurisdictional Guidelines and Operating Procedures for the Bureau of Customs and Bureau of Narcotics in Anti-narcotics and Marihuana Activities", 23 de julio de 1964. RG 170, caja 49, fólder 1. NARA.
Reno Gazette. "Narcotics Ring is Smashed in Mexico", 14 de octubre de 1936.
"Reporter's Transcript of Proceedings. Case No: CR 87-422 (F)-ER", 21 de junio de 1990.
Requena, Juan. "Informe confidencial", 20 de julio de 1931. Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 28, expediente 6. AHSSA.
———. "Memorándum confidencial", 16 de junio de 1931. Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 28, expediente 6. AHSSA.
Reuter, Peter. *The Organization of Illegal Markets: An Economic Analysis*. Washington D.C.: National Institute for Justice, 1985.

Reyes, Alfonso. *Pasado inmediato y otros ensayos*. México: El Colegio de México, 1941.

Reza, H G. "INS to Deport Camarena's Brother: Slain DEA Agent's Kin Has a History of Drug Addiction". *Los Angeles Times*, 19 de diciembre de 1986.

Roark, Garland. *The Coin of Contraband: The True History of United States Customs Investigator Al Scharff*. Garden City: Doubleday Company, 1964.

Robinson, Robin E. "Vice and Tourism on the United States-Mexico Border: A Comparison of Three Communities in the Era of U.S. Prohibition". Tesis de doctorado, Arizona University State, 2002.

Rodríguez Castañeda, Rafael. "De la legal Operación Janos, a la delictuosa Operación Padrino". *Proceso*, 2 de marzo de 1985.

———. "La intromisión de agentes de Washington en México vulnera la Constitución". *Proceso*, 4 de marzo de 1985.

———. "Durazo estaba sujeto a juicio, en Miami, cuando se le encumbró". *Proceso*, 26 de julio de 1984.

Rodríguez, Félix I., y John Weisman. *Shadow Warrior: CIA Hero of a Hundred Unknown Battles*. Nueva York: Simon & Schuster, 1992.

Salam, Maya. "Last Inmates Leave Tent City, a Remnant of Joe Arpaio". *The New York Times*, 11 de octubre de 2017.

Salazar Viniegra, Leopoldo. "El mito de la mariguana". *Criminalia* 5, núm. 4 (1938): 206-237.

———. "Resume for the Mexican Delegation at the League of Nations", 16 de julio de 1938. RG 170, caja 22, fólder 4. NARA.

Salinas de Gortari, Carlos. *México: Un paso difícil a la modernidad*. México: Plaza & Janés, 2000.

San Antonio Express. "Narcotics Agent Gets Capital Post", 12 de diciembre de 1967.

Sandos, James. "Northern Separatism during the Mexican Revolution: An inquiry into the Role of Drug Trafficking, 1910-1920". *The Americas* 41, núm. 2 (1984): 191-214.

Santos, Fernanda. "Judge Finds Violations of Rights by Sheriff". *The New York Times*, 25 de mayo de 2013.

Schantz, Eric Michael. "All Night at the Owl: The Social and Political Relations of Mexicali's Red-Light District, 1913-1925". *Journal of the Southwest* 43, núm. 4 (2001): 549-602.

———. "From the Mexicali Rose to the Tijuana Brass: Vice Tours of the United States-Mexico Border, 1910-1965". Tesis de doctorado, University of California, 2001.

Scharff, Alvin F. "Marihuana: A Study of its Curse". En *Coyote Wisdom*, ed. por J. Frank Dobie, Mody C. Boatright, y Harry A. Ransom, 225-233. Austin: Texas Folklore Society, 1938.

———. "Memorandum for Consul General James B. Stewart Concerning Conversation Had by the Undersigned with Dr. Leopoldo Salazar Viniegra", 7 de septiembre de 1938. RG 170, caja 22, fólder 4. NARA.

———. Carta a Josephus Daniels, 28 de septiembre de 1936. RG 59 812.114. NARA.

Schievenini, José Domingo, y Carlos A. Pérez Ricart. "Pasado y presente del cannabis medicinal en México". *Redes* 26, núm. 50 (2020): 115-145.

Schievenini, José Domingo. "La criminalización del consumo de marihuana en México (1912-1961)". Tesis de doctorado, UNAM, 2018.

Schiller, Dane. "DEA Agent Breaks Silence on Standoff with Cartel". *Houston Chronicle*, 15 de marzo de 2010.

Secretaría de Hacienda y Crédito Público. "Decreto prohibiendo la importación de drogas heroicas". *Diario Oficial de la Federación,* 28 de julio de 1923.

Secretaría de Relaciones Exteriores. "Comunicado B-1122", 15 de junio de 1992.

———. "Comunicado B-1126", 15 de junio de 1992.

Seldes, George. "Border Patrol had 1,000 Fights with Rummers". *Chicago Tribune*, 3 de abril de 1927.

Serrano, Mónica, y Paul Kenny. *Mexico's Security Failure: Collapse into Criminal Violence*. Nueva York: Routledge, 2012.

Serrano, Mónica. "Unilateralism, Multilateralism, and US Drug Diplomacy. The Politics of the Certification Process in Latin America". En *Unilateralism and U.S. Foreign Policy*, ed. por Yuen Foong Khong y David Malone, 117-136. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 2003.

Shannon, Elaine. "Snatching Dr. Mengele. A Suspect in a DEA Agent's Murder is Spirited to the U.S." *Time*, 23 de abril de 1990.

———. *Desperados: Latin Drug Lords, U.S. Lawmen, and the War America Can't Win*. Nueva York: Viking, 1988.

Shenon, Philip. "U.S. Drug Agency Denies Role in Mexican Capture". *The New York Times*, 22 de abril de 1990.

Sierra Guzmán, Jorge Luis. *El enemigo interno: Contrainsurgencia y fuerzas armadas en México*. México: Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana, 2003.

Sinagawa Montoya, Herberto. *Sinaloa: Historia y destino*. Culiacán: Editorial Cahita, 1986.

Siragusa, Charles. *The Trail of the Poppy: Behind the Mask of the Mafia*. Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1966.

Siurob, José. "Report Communicated by the Mexican Delegation to the League of Nations, April 27th, 1937", 31 de mayo de 1937. RG 59 812.114. NARA.

———. Carta a Josephus Daniels, 1 de febrero de 1937. RG 59 812.114. NARA.

Smith, Benjamin T. *The Dope: The Real History of the Mexican Drug Trade*. Londres: Ebury Press, 2021.

Smith, Harry D. Carta a L.G. Nutt. "Personal and Confidential", 22 de diciembre de 1924. RG 59 812.114/ Narcotics 94. NARA.

Smith, Harry. Carta a Harry J. Anslinger, 19 de abril de 1933. RG 59 812.114. NARA.

Smith, Nathaniel Lee. "'Cured of the Habit by Force': The United States and the Global Campaign to Punish Drug Consumers, 1898-1970". Tesis de doctorado, The University of North Carolina at Chapel Hill, 2007.

Spillane, Joseph F. "Making a Modern Drug: The Manufacture, Sale and Control of Cocaine in the United States, 1880-1920". En *Cocaine: Global Histories*, ed. por Paul Gootenberg, 21-45. Londres: Routledge, 1999.

St. John, Rachel. *Line in the Sand: A History of the Western U.S.-Mexico Border*. Princeton: Princeton University Press, 2011.

Sterling, Terry. *Illegal: Life and Death in Arizona's Immigration War Zone*. Lyons Press, 2014.

Stewart, James. Carta a Secretary of State. "Arrest of Chief of the Narcotics Squad", 15 de abril de 1938. RG 59 812.114/ Narcotics 788. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Narcotics Situation in Mexico", 7 de abril de 1938. RG 170, caja 22, fólder 4. NARA.

Struve, Henry C. von. Carta a Secretary of State. "Conditions Aiding Smuggling Operations", 24 de abril de 1925. RG 59 812.114/ Narcotics 99. NARA.

———. Carta a Secretary of State. "Convictions for Violations of Narcotic Laws", 5 de julio de 1923. RG 59 812.114/ Narcotics 76. NARA.

Summerlin, George T. "Campaign against Traffic in Narcotics Inaugurated by the Newspapers in Mexico and Containing Extracts from Articles Appearing in *Excelsior*", 8 de junio de 1923. RG 59 812.114/ Narcotics 73. NARA.

———. Carta a Secretary of State, 27 de julio de 1923. RG 59 812.114/ Narcotics 79. NARA.

Tapia, Mike. *Gangs of the El Paso-Juarez Borderland: A History*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2019.
The Akron Beacon Journal. "U.S. Helps Turks Crack Dope Ring", 23 de agosto de 1963.
The Arizona Republic. "Ex-DEA Agent Seeks Agnos' Job, Says Post Should be Appointive", 21 de febrero de 1992.
The Billings Gazette. "U.S. Narcotics Officer Found Dead in Acapulco", 21 de septiembre de 1969.
The Boston Globe. "Bring Opium from Mexico", 28 de diciembre de 1919.
———. "Mexico Arrests Germans Operating Radio System", 1 de marzo de 1939.
The Californian. "Mexican Army Officer Slain in El Paso", 10 de noviembre de 1928.
The Corpus Christi Caller-Times. "Narcotics Raid in San Antonio Nets 21 Suspects", 5 de octubre de 1966.
The Economist. "Mexico's Drug Lords: Kingpin Bowling", 12 de octubre de 2012. <https://www.economist.com/the-americas/2012/10/20/kingpin-bowling>.
The Journal Times. "Huge Narcotics Ring in Boston is Smashed", 1 de abril de 1963.
The Manning Times. "Opium Smugglers Active: Daily Attempts to Bring Drug across Border from Mexico", 17 de junio de 1914.
The New York Times. "32 U.S. Narcotics Agents Resign in Corruption Investigation Here; 32 U.S. Narcotics Agents Resign in Corruption Investigation Here", 14 de diciembre de 1968.
———. "Check on Narcotics Hampered at Border", 26 de febrero de 1928.
The President's Advisory Commission on Narcotic and Drug. "The President's Advisory Commission on Narcotic and Drug Abuse: Final Report". Government Printing Office, 1963.
The San Francisco Call. "Months Spent in Underworld to Trap Drug Sellers", 27 de noviembre de 1911.

The Times-Tribune. "Drug Chief's Death Scrutinzed", 21 de septiembre de 1969.

The United States Attorney's Office for the Southern District of Texas. "Osiel Cardenas-Guillen, Former Head of the Gulf Cartel, Sentenced to 25 Years' Imprisonment", 24 de febrero de 2010. <https://archives.fbi.gov/archives/houston/press-releases/2010/ho022410b.htm>.

Thompson, Ginger. "DEA Operation Played Hidden Role in the Disappearance of Five Innocent Mexicans". *ProPublica*, 21 de diciembre de 2017. <https://www.propublica.org/article/dea-operation-played-hidden-role-in-the-disappearance-of-five-innocent-mexicans>.

_____. "U.S. Agencies Infiltrating Criminal Groups Across Mexico". *The New York Times*, 24 de octubre de 2011.

———. "How the U.S. Triggered a Massacre in Mexico". *ProPublica*, 12 de junio de 2017. <https://www.propublica.org/article/allende-zetas-cartel-massacre-and-the-us-dea>.

———. "Justice Department Inspector General to Investigate DEA Program Linked to Massacres in Mexico". *ProPublica*, 19 de septiembre de 2018. <https://www.propublica.org/article/justice-department-inspector-general-to-investigate-dea-program-linked-to-massacres-in-mexico>.

———. "U.S. Agents Aided Mexican Drug Trafficker to Infiltrate His Criminal Ring". *The New York Times*, 9 de enero de 2012.

———. "U.S. Agents Launder Mexican Profits of Drug Cartels". *The New York Times*, 3 de diciembre de 2011.

Thornton, Mary. "Three Held in DEA Agent's Disappearance: Mexico Orders Probe into Charges Police Aided Another Key Suspect". *Washington Post*, 26 de febrero de 1985.

Toro, María Celia. *Mexico's "War" on Drugs: Causes and Consequences*. Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1995.

———. "Unilateralismo y bilateralismo". En *El combate a las drogas en América*, ed. por Peter H. Smith, 393-410. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Torres Gorena, Fernando Germán. *La influencia norteamericana en los organismos policiales: el caso boliviano (1993-1997)*. Quito: FLACSO, 2012.

Tulsky, Fredric N. "Allegation Was Excised in Camarena Case". *Los Angeles Times*, octubre de 1997.

———. "Evidence Casts Doubt on Camarena Case Trials". *Los Angeles Times*, 26 de octubre de 1997.

U.S. Bureau of Narcotics, District No. 17. "Overseas Orientation Report, Rome Italy", 9 de marzo de 1966. RG 170, caja 49, fólder 2. NARA.

U.S. Bureau of Narcotics, Mexico City. "Report on Review of Offices and Missions Abroad", 23 de mayo de 1963. RG 170, caja 49, fólder 3. NARA.

U.S. Bureau of Narcotics. "Memorandum. Subject: Federal Bureau of Narcotics", 1965. RG 170, caja 49, fólder 5. NARA.

———. *Traffic in Opium and other Dangerous Drugs: For the Year Ended December 31, 1936*. Washington D.C.: Government Printing Office, 1937.

U.S. Embassy Mexico. "President Fox's National Security Legacy [Sensitive]", 25 de octubre de 2006. 06MEXICO6085. WikiLeaks US Department Cables.

———. Carta a U.S. State Department. "DEA Proposed Increase in Staffing [Limited Official Use]", 11 de julio de 1978. 1978MEXICO11288. WikiLeaks PlusD, Carter Cables.

United States General Accounting Office. "Drug Control: U.S. Assistance Has Helped Mexican Counternarcotics Efforts, but Tons of Illicit Drugs Continue to Flow into the United States". Washington D.C.: GAO, 2007.

———. "DEA's Strategies and Operations in the 1900s". Washington D.C.: GAO, 1999.
———. "Coordination Between DEA and the FBI". Washington D.C.: GAO, 1990.
———. "Drug Control in South America Having Limited Success: Some Progress but Problems are Formidable". Washington D.C.: GAO, marzo de 1978.
———. "If the United States is to Develop an Effective International Narcotics Control Program, Much More Must Be Done". Washington D.C.: GAO, 1975.
———. "Problems in Slowing the Flow of Cocaine and Heroin from and through South America". Washington D.C.: GAO, 1975.
———. "Efforts to Stop Narcotics and Dangerous Drugs Coming from and through Mexico and Central America". Washington D.C.: GAO, 1974.
———. "Difficulties in Immobilizing Major Narcotics Traffickers". Washington D.C.: GAO, 1973.
———. "Heroin Being Smuggled into New York City Successfully". Washington D.C.: GAO, 1972.
United States Senate Caucus on International Narcotic Drugs. "Responding to Violence in Central America", septiembre de 2011.
UNODC. "Heroin and Cocaine Prices in Europe and USA: Statistics and Data". Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. <https://dataunodc.unúm.rg/drugs/heroin_and_cocaine_prices_in_eu_and_usa>.
Urriolagoitia, J.E. Carta a Jefe del Departamento de Salubridad Pública. "Telegrama", 25 de marzo de 1925. Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 4, expediente 1. AHSSA.
Valentine, Douglas. *The Strength of the Pack: The Personalities, Politics and Espionage Intrigues That Shaped the DEA*. Oregón:

Trine Day, 2009.
———. *The Strength of the Wolf: The Secret History of America's War on Drugs*. Nueva York: Verso Press, 2004.
Valle, Eduardo. "La muerte de un desesperado". *El Universal*, 6 de febrero de 2003.
Vanderwood, Paul J. *Satan's Playground: Mobsters and Movie Stars at America's Greatest Gaming Resort*. Durham: Duke University Press, 2010.
Velázquez Morales, Catalina. *Los inmigrantes chinos en Baja California, 1920-1937*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 2001.
Vicente Ovalle, Camilo. *[Tiempo suspendido] Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980*. México: Bonilla Artigas, 2019.
Walker III, William. *Drug Control in the Americas*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1981.
———. *Drug Control in the Americas (edición revisada)*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989.
Washington Valdez, Diana. "Ex-DEA Officials: CIA Operatives Involved in 'Kiki' Camarena Murder". *El Paso Times*, 19 de noviembre de 2013.
Webb, Gary. *Dark Alliance: The CIA, the Contras, and the Crack Cocaine Explosion*. Nueva York: Seven Stories Press, 1999.
Weekly News Sheet. "International Cooperation in the Fight against Drug Smuggling", 16 de octubre de 1936.
Weinstein, Henry. "DEA Operative Details His Role in Kidnaping: Camarena Case: He Says He Arranged the Abduction of Mexican Doctor with U.S. Agent's Approval." *Los Angeles Times*, 28 de abril de 1990.
Welles, Sumner. Carta a Josephus Daniels. "Strictly Confidential", 29 de octubre de 1936. RG 59 812.514/585. NARA.

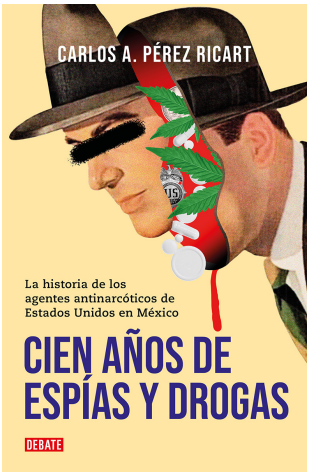
Werne, Joseph Richard. "Esteban Cantú y la soberanía mexicana en Baja California". *Historia Mexicana* 30, núm. 1 (1980): 1-32.

Whitely, Jason, y Mark Smith. "'El Chapo' May Face New Charges for the Murder of Six Americans, DEA Agent". WFAA.com, 26 de abril de 2018. <https://www.wfaa.com/article/news/el-chapo-may-face-new-charges-for-the-murder-of-six-americans-dea-agent/287-546210570>.

Winters, George H. "Memorandum", 29 de diciembre de 1937. RG 59 812.114. NARA.

Wood, H. C. Carta a Secretary of State. "Confiscation by Mexican Authorities of Narcotics on Board French *S.S. Espagne*", 18 de febrero de 1926. RG 59 812.114/ Narcotics 107. NARA.

¿Cómo llegamos hasta acá? ¿Desde cuándo operan agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México? ¿Cuáles son los alcances y límites de sus operaciones? ¿Qué sabemos de su forma de operar y de relacionarse con las instituciones de seguridad de nuestro país? ¿Cuántos [agentes estadounidenses] han jugado a ser policías en México? ¿Pueden aquellos utilizar uniformes y armas de los marinos mexicanos sin consecuencias? ¿Cómo y ante quién son responsables? ¿Quién paga cuando se equivocan? Otra vez, ¿cómo llegamos hasta acá?
—De la Introducción



Han colaborado con los cárteles y con el gobierno, han derrumbado y encumbrado capos, han alimentado y dinamitado la «guerra contra el narco»; son infiltrados, protegidos, impunes y han jugado el juego más peligroso de todos… Son los «espías antinarcóticos» de Estados Unidos y este libro narra su historia.

Con rigor académico, el investigador Carlos A. Pérez Ricart relata el largo siglo en el que los enviados de Washington han atestiguado, protagonizado o, incluso, desatado algunos de los momentos más oscuros en la historia reciente de México. Producto de la consulta de miles de documentos, archivos y registros, *Cien años de espías y drogas* presenta la historia más exhaustiva que se haya hecho sobre el fenómeno.

Aparecen aquí la génesis del narcotráfico en México, los primeros cónsules-detectives, la lógica estadounidense frente a las drogas, el perfil de las agencias que las combaten, los momentos y episodios

más trascendentes, y la vida y obra de algunos de los espías más inauditos que hayan pisado este país.



Carlos A. Pérez Ricart (México, 1987) es profesor-investigador de la División de Estudios Internacionales del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Es doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Libre de Berlín y licenciado en Relaciones Internacionales por El Colegio de México. Entre 2017 y 2020 fue maestro e investigador posdoctoral en la Universidad de Oxford, Reino Unido.

Las investigaciones del profesor Pérez Ricart han sido publicadas en prestigiosas revistas científicas, así como en artículos de divulgación y capítulos de libros sobre comercio de armas, política de drogas, crimen organizado y seguridad en la relación entre México y Estados Unidos. Pérez Ricart es, además, frecuente colaborador de medios de comunicación nacionales e internacionales, así como consultor en temas de seguridad y justicia. Su más reciente publicación es el libro *Gun Trafficking and Violence From The Global Network to The Local Security Challenge* (Palgrave, 2021).

En 2021 fue nombrado integrante de la Comisión para el Acceso a la Verdad, el Esclarecimiento Histórico y el Impulso a la Justicia de las Violaciones graves a los Derechos Humanos perpetradas de 1965 a 1990 en México.



Cien años de espías y drogas
La historia de los agentes antinarcóticos de Estados Unidos en México

Edición en formato digital: junio, 2022

D. R. © 2022, Carlos A. Pérez Ricart

D. R. © 2022, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House / Andrés Mario Ramírez Cuevas
Fotografía de Carlos A. Pérez Ricart: Cortesía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-381-859-9

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Introducción

Primera parte
Los orígenes y las estructuras

1. Cien años de agentes antinarcóticos en México
2. Las drogas y los orígenes del narcotráfico en México
3. Los años veinte o cuando los cónsules se volvieron detectives
4. ¿Qué es un agente antinarcóticos? ¿Qué son las agencias?

Segunda parte
Los agentes

5. Alvin F. Scharff: de contrabandista a policía
6. Joe Arpaio: el policía más rudo, implacable y mentiroso
7. Enrique *Kiki* Camarena: la muerte que lo cambió todo
8. Héctor Berrellez y la danza de los testigos protegidos
9. La DEA hoy: violencia y derechos humanos

Epílogo y agradecimientos
Bibliografía

Sobre este libro

Sobre el autor
Créditos